

825

141-4054

NUEVA HISTORIA

GENERAL Y COMPLETA

DE

LA IGLESIA

DESDE SU FUNDACION, HASTA LA OCUPACION DE ROMA Y CAUTIVIDAD DE PIO IX EN EL VATICANO EN 1870.

OBRA ESCRITA

POR EL PRESBITERO

D. EMILIO MORENO CEBADA.

Enriquecida con extensas tablas cronológicas por orden alfabético de cuantos sucesos se historian en la misma.

18.204
Ley 1847

==
TOMO II
==

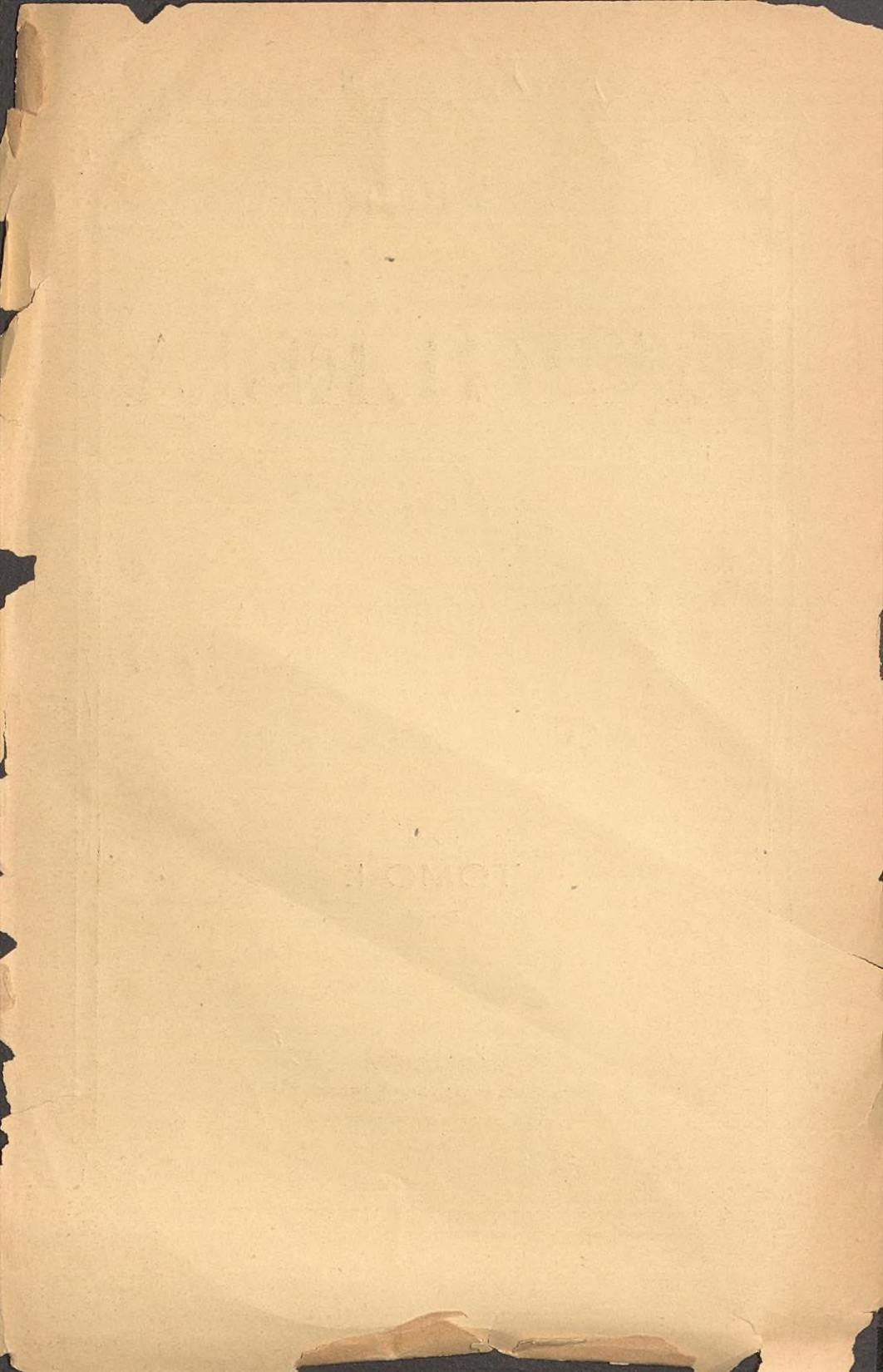
BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG.

CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1874.

7370



JOMOT

247-4054

LA IGLESIA

NUEVA HISTORIA

GENERAL Y COMPLETA

DE

LA IGLESIA.

TOMO V

INVESTIGATION

OF THE

LAIGLESTIA

NUEVA HISTORIA

4.^a Div. 30
76

GENERAL Y COMPLETA

DE

LA IGLESIA

DESDE SU FUNDACION, HASTA LA OCUPACION DE ROMA Y CAUTIVIDAD DE PIO IX EN EL VATICANO EN 1870.

OBRA ESCRITA

POR EL PRESBITERO

D. EMILIO MORENO CEBADA.

Enriquecida con extensas tablas cronológicas por orden alfabético de cuantos sucesos se historian en la misma.

==
TOMO II.
==

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL DE MORENO Y ROIG.

CALLE DE JOVELLANOS, NÚMERO 2.

1874.

11/10/74

NUEVA HISTORIA

COMPLETA Y CORREGIDA

110

LA IGLESIA

ESTÁ EN TERCERA EDICIÓN, CORREGIDA Y COMPLETADA POR EL AUTOR EN 1874

ADVERTENCIA.



Esta obra que no es una reproducción de la primitiva Historia de la Iglesia escrita por el mismo autor y que tituló *Siglos del Cristianismo*, es propiedad de la empresa editorial de Moreno y Roig.

II TOMO

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS.

CALLE PETRITXOL; NÚM. 10, BAJOS

1874.

1781

Moreno y Cebada (Emilio)
Nueva historia general
y completa de la Egle-
sia desde su fundacion,
hasta la ocupacion de Ro-
ma y cautividad de Pio
IX en el Vaticano en 1870,
escrita por el porri-
fero D. ...

Barcelona: Moreno y Poy:
1874.

4.^o mit.

Tom. 2.^o

72-5

NUEVA HISTORIA

GENERAL Y COMPLETA

DE

LA IGLESIA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO XIV.

San Dionisio, papa.—San Dionisio de Alejandría.—Muerte de San Cipriano.—Mártires de la masa blanca.—Persecucion de las Galias.—San Montano y sus compañeros.—El santo niño Cirilo.—Diversos mártires.—La Iglesia entra en un período de paz.—Muerte de Valeriano.—San Marin, mártir.—Desastroso fin de la raza de Valeriano.—San Felix I, sucede á San Dionisio en la Silla apostólica.—Pedro de Somosata.—Su condenacion.—Aureliano emperador.

Antes de ocuparnos de importantes pormenores que hemos de detallar, vamos á reproducir cuanto dejamos consignado en nuestra primitiva obra desde el martirio del Pontífice San Sixto II y del invicto diácono español Lorenzo hasta el advenimiento del emperador Aureliano, autor de la novena persecucion. Fue del modo siguiente:

San Dionisio, natural de Cantabria, presbítero de la Iglesia romana durante el pontificado de San Estéban fue el inmediato sucesor del mártir San Sixto II en la Cátedra de San Pedro. Su eleccion se verificó el 12 de setiembre de 259. Dió nueva distribucion á las parroquias de Roma, y restableció varias instituciones alteradas á causa de la persecucion de Valeriano. San Basilio colma de elogios á este Pontífice por la integridad de su fe y sus grandes virtudes.

Durante este Pontificado se suscitó un conflicto por habersele imputado á Dionisio de Alejandría una grave falta, suponiendo que habia caido en el error de creer que el Hijo en su sustancia era distinto del Padre, en la refutacion que él mismo habia hecho de la herejía de Sabelio, que no reconocia en Dios distincion de personas. El papa Dionisio reunió con este motivo un concilio en Roma, pero antes de tomar medida alguna le escribió y de las explicaciones dadas por Dionisio el obispo de Alejandría, el papa quedó suficientemente satisfecho, haciendo pública la declaracion de aquel obispo que en un todo estaba conforme con la doctrina de la fe.

Valeriano continuaba con todo rigor la persecucion, siendo otra de las ilustres víctimas que derramaron en ella su sangre por la fe de Jesucristo San Cipriano, obispo de Cartago, del que ya nos hemos ocupado. Habia nacido en Africa, y desde su juventud se habia hecho notable por su amor á las ciencias y los grandes adelantos que habia hecho en ellas. Antes de abrazar el cristianismo estuvo dedicado á enseñar retórica en

Cartago. No fue su conversion obra de un dia: habia conocido la verdad de la doctrina evangélica, pero no se resolvía á abrazar la religion cristiana, temiendo que estando ya en edad madura, y acostumbrado á los regalos de la vida y á una mesa abundante y delicada, no habia de poderse acostumbrar á la frugalidad de los cristianos y á su género de vida. Pero al fin la gracia obró, y abandonando sus errores se hizo cristiano. El mismo San Cipriano refiere aquellos sus temores y añade estas notables palabras: «Pero cuando «el agua de la regeneracion hubo lavado las manchas «de mi vida pasada, y mi corazon purificado hubo recibido la luz celestial, todas mis dificultades se desvanecieron: encontraba fácil lo que me habia parecido «imposible.»

Teniendo en cuenta la Iglesia la sabiduría de Cipriano y el modo con que se habia aplicado al ejercicio de todas las virtudes desde el momento de su conversion, le fue ascendiendo por grados hasta constituirle obispo de Cartago. Por orden del procónsul Paterno fue presentado ante el tribunal, donde aquel magistrado le hizo saber la orden vigente que mandaba á todos los que no seguian la religion del imperio que la observasen en lo sucesivo. Preguntóle en seguida que pensaba él hacer, á lo que contestó: «Yo no solamente soy cristiano sino obispo: yo no conozco á otro Dios que al verdadero que hizo el cielo y la tierra, con todo lo que en ellos se contiene.» Entónces el procónsul le mandó que le dijese cuantos y quiénes eran los sacerdotes cristianos de Cartago, á lo que Ci-

priano contestó: «No creo que podeis exigir de mí que contravenga á vuestras mismas leyes que condenan á los delatores: fácilmente podeis hallar á los que buscáis: pues que si nos está prohibido que nosotros mismos nos entreguemos, no somos tan cobardes que el temor nos haga abandonar nuestros puntos.» En virtud de esto el procónsul hizo salir desterrado á San Cipriano á una poblacion distante cincuenta millas de Cartago.

Cerca de once meses pasó Cipriano en su destierro al cabo de los cuales Máximo, sucesor del procónsul Paterno, le hizo volver á Cartago, y el santo, que ya habia predicho la época en que seria martirizado, se retiró á unos jardines que tenia en aquella ciudad para esperar el cumplimiento de su prediccion. Allí iban á visitarle multitud de personas y hasta algunos senadores, suplicándole que pusiese en salvo su vida: pero el santo, á quien no intimidaban los tormentos ni la muerte, atendia con solicitud pastoral al cuidado de sus ovejas. Mas al fin cediendo á las grandes instancias que se le hacian se retiró á otro paraje más oculto; mas si hizo esto fue porque el procónsul se hallaba fuera de Cartago y temia lo llevasen para sacrificarle fuera de la ciudad, siendo así que él queria morir en ella, para dar ejemplo á sus ovejas y que estas se confirmasen en la fe. Así fue que, apénas el procónsul volvió á Cartago, Cipriano salió de su retiro y volvió á sus jardines, donde fue preso, llevándole á presencia de Máximo, que se hallaba en una casa de Campo, en donde detuvieron toda una noche al ilus-

tre obispo. Los fieles que tuvieron conocimiento del hecho rodearon la casa y pasaron toda la noche en la mayor ansiedad por su amantísimo Padre y solícito Pastor.

Al día siguiente fué presentado ante Máximo: este sabia que hubiera sido inútil el tratar de persuadirle, y así habiéndole interrogado, mostrándose él firme en su declaracion y confesion de cristiano, mandó que le fuese cortada la cabeza. Oyó con la mayor tranquilidad San Cipriano su sentencia, y dió gracias al Señor porque le dejaba conseguir la hermosa corona de los mártires y con una serenidad admirable se entregó en manos del verdugo, volando su espíritu al cielo.

Al mismo tiempo que San Cipriano, fueron desterrados otros muchos obispos del Africa, á los cuales consoló y animó aquel con cartas llenas de reflexiones santas que derramaban celestiales delicias en sus corazones, conservándose aun algunas de estas cartas, como asimismo otros escritos suyos. Para comprender á donde llegó el rigor de esta persecucion en el Africa, baste saber que solamente en Utica fue tan extraordinario el número de los confesores, que faltando verdugos, se mandó llenar de cal viva un hoyo profundo, y dirigiendo la palabra el gobernador á los cristianos, les dijo: «Escoged en el instante: ó sacrificar á los dioses ó ser enterrados en este hoyo.» Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando los cristianos se arrojaron inmediatamente en el hoyo y quedaron consumidos. No se sabe á punto fijo cual fue el número de los cristianos que fueron de este modo

sacrificados, pero algunos escritores dicen que pasaron de ciento cincuenta. Los fieles sacaron más tarde sus huesos, y como formaban una especie de masa con la cal, de aquí el que fuesen conocidos con el nombre de los *mártires de la masa blanca*.

Dejando para mas adelante, segun ya hemos indicado. el hablar de los mártires que padecieron en España, entre los que haremos mencion de San Fructuoso, obispo de Tarragona, continuaremos ahora observando los progresos de la persecucion en otras partes.

Las Galias no fueron privilegiadas en este punto, y tambien dieron al cielo multitud de mártires, refiriéndose comunmente á esta época el martirio de San Dionisio de Paris, de San Sebastian de Tolosa y otros muchos héroes no ménos ilustres.

Volviendo de nuevo nuestra vista á Cartago, podemos admirar entre otra multitud de mártires á San Montano y sus compañeros hasta el número de ocho. La relacion de su martirio empezaba por ellos mismos en su prision y fue continuada despues por un testigo ocular de este modo: «Cuando nos hubieron arrestado, supimos que el gobernador debia condenarnos á «sear quemados vivos, y que la ejecucion debia tener «lugar, el dia siguiente; pero Dios, que tiene en su «mano el corazon de los jueces, no permitió que nos «hiciesen sufrir este género de suplicio. El gobernador mudó de resolucion, y nos envió á la cárcel. Este «sitio no tuvo para nosotros nada de horrible; su oscuridad fue reemplazada por una claridad entera-

«mente celestial: un rayo del Espíritu Santo alumbró
«esta negra mansion, é hizo nacer la luz en las tinie-
«blas. Al dia siguiente por la tarde fuimos de repente
«sacados por los soldados y conducidos al palacio para
«ser interrogados. ¡Oh dia feliz! ¡Cuán ligeras nos pa-
«recieron las cadenas de que allí nos cargaron! El
«gobernador nos hizo muchas preguntas, á las cuales
«mezcló amenazas y promesas. Nuestras respuestas
«fueron modestas, pero firmes, generosas y cristianas:
«en fin , salimos del interrogatorio vencedores del de-
«monio. Se nos volvió á la prision , y en ella nos pre-
«paramos á un nuevo combate. El más rudo que tu-
«vimos que aguantar fue el hambre y la sed ; porque,
«despues de habernos hecho trabajar el dia entero, se
«nos rehusaba todo, hasta un poco de agua. Dios por
«sí mismo nos consoló, haciéndonos conocer en una
«vision que nos quedaban pocos dias que sufrir, y que
«no nos abandonaria; nos procuró tambien algunos re-
«frigerios por el ministerio de dos cristianos que cui-
«daron de hacerlos llegar hasta nosotros. Este socorro
«nos alivió un poco; muchos enfermos se restablecie-
«ron: olvidamos bien pronto nuestras fatigas, y nos
«entregamos á la oracion y á bendecir la misericordia
«divina que se habia dignado endulzar nuestras pe-
«nas. Lo que contribuye mucho á sostenernos y con-
«solarnos es la intima union que reina entre nosotros;
«porque no tenemos todos sino un mismo espíritu, que
«se nos incorpora en la oracion y en nuestras conver-
«saciones. Vosotros lo sabeis, nada es más dulce que
«esta caridad fraternal ; tan agradable á Dios, y con

«la cual se obtiene de él todo lo que se pide, segun «esta palabra consoladora de Jesucristo: *Si dos personas se juntaren en la tierra para pedir alguna cosa á mi Padre la obtendrán infaliblemente.*» Hasta aquí la relacion de los santos mártires.

De nuevo fueron presentados al tribunal, donde todos declararon que persistian y se ratificaban en cuanto habian ántes manifestado. Entónces fueron sentenciados á ser degollados, cuya sentencia se ejecutó á presencia de muchos fieles que se confundieron con los paganos, para ser testigos de esta inmolacion.

Ni fueron tan solamente varones esforzados los que durante las grandes persecuciones de la Iglesia vertieron su sangre en defensa de la fe. Ya hemos visto delicadas doncellas, que llenas de un valor é intrepidez superior á la debilidad de su sexo, sufrieron con alegría y regocijo los más crueles martirios. Cual si esto no fuese suficiente, tambien niños de corta edad dieron testimonio de la fe de Cristo, dejándose conducir á los martirios. Esto debió haber sido suficiente para que aquellos obcecados paganos se convenciesen de la verdad y dejasen caer de sus ojos la tupida venda que los cubria. Pero ya hemos visto que todos estos prodigios los atribuian á arte mágica y no al poder de Dios. Uno de los niños de que nos hablan los fastos de la historia es Cirilo, que vivia en Capadocia, y el cual informado de la religion verdadera, tenia siempre en sus labios el nombre santísimo de Jesús. Su padre era idólatra, pero jamás habia podido conseguir de él que invocase los falsos dioses. Así, pues irritado contra él

y no contento con haberle mal tratado de un modo el más cruel, le arrojó de su casa, y él lo sufrió todo sin quejarse ni mostrar la menor impaciencia. Nada de extraño tuviera esto en un hombre dotado de valor, pero fue muy notable en una criatura de tan corta edad.

No tardó el juez de la ciudad en tener noticias de este hecho, y en el momento mandó á sus soldados en busca del niño Cirilo, haciéndole comparecer á su presencia. Empezó por hablarle con la mayor dulzura, creyendo que con facilidad podría hacerle disuadir de sus propósitos, atendida la poca firmeza de la edad; pero no contaba ciertamente con los prodigios que el verdadero Dios sabe hacer cuando es su voluntad, para hacerse admirable en sus escogidos. «Hijo mio, dijo con la mayor dulzura á Cirilo, quiero generosamente perdonarte las faltas que has cometido, en consideracion á tu poca edad; solo depende de tí el que vuelvas á gozar del cariño de tus padres y de tus bienes; sé prudente y renuncia en el momento á tu supersticion.» La contestacion del santo niño demostraba la inspiracion divina. «Contento estoy, dijo, en sufrir represiones por mi modo de obrar. Dios me recogerá, y seguramente mejor estaré con él que con mi padre: me regocijo en gran manera de haber sido echado de la casa paterna: yo habitaré otra que es mucho más grande y más hermosa: renuncio voluntariamente á los bienes de la tierra por conseguirlos del cielo, y tan léjos estoy de temer á la muerte, cuanto que sé que de ella he de pasar á otra vida mejor. Maravillado quedó sobremanera el

juez y mudando el tono de dulce en áspero le amenazó con que le quitaría la vida. Por su mandato le ataron con cuerdas y encendieron á su vista una hoguera. El juez dió órdenes secretas de que solo lo intimidasen haciéndole creer que iban á quemarlo vivo, pero que no lo hiciesen. En efecto aproximaron al santo niño á la hoguera, amenazándole con que le iban á precipitar en ella, pero sin que por esto vertiese una sola lágrima y ántes por el contrario mostraba un semblante alegre y tranquilo. Viendo esto, le presentaron de nuevo al juez el cual le dijo: «Ya has visto el fuego y la cuchilla: ¿serás ahora prudente? ¿Merecerás ahora por tu sumision y obediencia que yo te dé libertad y que tu padre te vuelva su amor?» A estas palabras contestó impávido y sereno el santo niño:—«No sabeis el daño que me habeis hecho con hacerme volver aquí: yo no temo el fuego ni la espada; anhelo ir á otra casa mucho más deseable y hermosa y suspiro tambien por unas riquezas infinitamente más sólidas que las de mi padre. Dios es quien debe recibirme y recompensarme: apresuraos pues á hacerme morir para que de este modo yo vaya á él más pronto.» Al oír estas expresiones que denotaban su grandeza de alma, los que presentes se hallaban no podian contener las lágrimas porque comprendian que á ellas habia de seguirse irremediabilmente la sentencia de su muerte. El santo niño se volvió á ellos diciéndoles: «Vosotros deberiais más bien llenaros de regocijo en vez de llorar: en lugar de enternecerme con vuestras lágrimas, os valdria más animarme y esforzarme á sufrirlo todo. Ig-

norais cuánta es la gloria que me aguarda y cuán grande es mi esperanza: dejad pues que acabe cuanto ántes mi vida temporal.» Estas valerosas confesiones le llevaron al sacrificio, donde terminó una vida corta pero llena de merecimientos recibiendo la preciosa auréola del martirio. A este santo niño pueden muy oportunamente aplicarse las siguientes palabras del Sagrado Libro de la Sabiduría: *Consumó en breve tiempo la carrera de largos años* (1). Ya tendremos ocasion de ocuparnos de nuestros niños españoles Justo y Pastor que padecieron á principios del siglo iv en la antigua Compluto, hoy Alcalá de Henares, que no cedieron en valor y heroismo al santo niño Cirilo.

Todos los tormentos parecian poco á los tiranos para exterminar á los cristianos, y miéntras unos morian en las hogueras, otros eran degollados, tan pronto eran aprisionados en prensas, como despedazados por garfios de hierro. Tres varones de distincion llamados Prisco, Mateo y Alejandro fueron destinados á ser pasto de las fieras.

Vamos ahora á ocuparnos de dos cristianos, el uno sacerdote y el otro lego, que habiéndose profesado una tierna y estrecha amistad llegaron á malquistarse de tal modo que trocaron todo su cariño en un odio implacable. Llamábase el sacerdote Saprício, y el otro Nicéforo. Este reflexionó lo mal que hacia en sostener aquella enemistad y trató de reconciliarse

(1) Sabid. cap. IV. v. 13.

con Saprício; pero fueron inútiles sus ruegos y la influencia de sus amigos. El sacerdote se negó obstinadamente en no perdonarle. En este tiempo Saprício fue preso por cristiano y negándose á sacrificar á los dioses del imperio, confesó con el mayor valor á Jesucristo, por lo cual le hicieron sufrir crueles tormentos. Mas como quiera que perseverase en confesar el nombre de Jesucristo, fue sentenciado á muerte. Apenas lo supo Nicéforo cuando corrió á él y echándose á sus piés le pedia que le perdonase por el Señor por quien tan valerosamente iba á derramar su sangre. Pero por repetidas que fuesen estas súplicas, Saprício le volvía el rostro sin querer concederle el perdon. El verdugo mandó al sacerdote que se arrodillase para degollarle: mas en aquel instante temió á la muerte, y negó á Jesucristo, ofreciendo que sacrificaría á los ídolos. Era natural aquella apostasía por las malas disposiciones que llevaba al martirio. Él se negó á perdonar, y Dios le negó á él la gracia de la fortaleza. Apenas Nicéforo oyó las cobardes expresiones de Saprício, empezó á gritarle que no perdiese la palma y la corona que Jesucristo le ofrecía; pero viendo que todo era inútil, exclamó á grandes voces: «Yo tambien soy cristiano y confieso lo que el sacerdote Saprício acaba de abjurar; permítaseme reparar el escándalo que acaba de dar y morir en lugar suyo.» Dieron cuenta de todo esto al gobernador el cual mandó que Saprício fuese puesto en libertad y que Nicéforo fuese degollado. Cumplióse en el momento la sentencia, recibiendo Nicéforo la corona que en el cielo estaba destinada para aquel

malaventurado sacerdote que tan mal supo corresponder á sus deberes.

Felizmente fueron muy raros los ejemplos de apostasía que por temor se dieron durante las persecuciones. El amor de Dios ardía en los corazones y se cuentan por miles los que despreciando los tormentos y la muerte, se gloriaban en confesar públicamente á Jesucristo.

En el año 260 el emperador Galieno, que había sucedido á Valeriano, restituyó la paz á la Iglesia, pues que revocó todos los decretos promulgados en el anterior reinado contra los cristianos. Es muy notable el edicto publicado por el nuevo emperador, que decía de este modo: «El emperador César Publio—Lucinio—Galieno, pio, feliz y augusto, á Dionisio, á Pinas, á Demetrio y á los demás obispos. Es mi voluntad que os dejen libres y expeditos los lugares consagrados á la religion, y que, sin recelo de ser perturbados, volvais á entrar en posesion de ellos, en virtud de la gracia que os tengo concedida. El intendente general Aurelio.—Cirenio observará puntualmente este rescripto. Tambien he mandado, añade el emperador, que los efectos de mi benevolencia se extiendan por todo el mundo.

Fijando la atencion en los sucesos que tuvieron lugar durante el reinado de su padre Valeriano y el trágico fin de este tirano, podremos creer que Galieno temió seguir la persecucion, creyendo que todas las desgracias de su padre habian sido un castigo del cielo por tanta sangre como había vertido en su im-

placable odio contra los cristianos. Diremos pues, si- quiera, sea cuatro palabras sobre la caída y muerte de Valeriano. Después de la pérdida de una batalla, cayó en manos de Sapor rey de los persas. Orgullosa el Per- sa mandó que le cargasen de cadenas, dejándole para mayor humillación sus vestidos imperiales. No con- tento con esto, cada vez que Sapor montaba á caballo, le obligaba á arrodillarse, y le ponía el pié al cuello en vez de estribo. Por último, después de haberle hecho sufrir las mayores humillaciones, le hizo desollar vi- vo y que salasen su cuerpo, y conservó su pellejo tin- to en sangre para oprobio de los romanos.

Muchos fueron los que pretendieron ser entón- ces proclamados emperador, pero venció Galieno, el cual, según ántes hemos dicho, hizo cesar la persecución que pesaba sobre la Iglesia.

Esto no obstante, durante el reinado de Galieno, hubo un mártir que ha gozado de una gran celebra- ción. Llamábase Marin, era militar y le correspondía ascender un grado en su carrera: mas el oficial que seguía á él en orden de antigüedad, alegó que era cristiano y que por esta cualidad no debía ascender. Inmediatamente el gobernador hizole comparecer á su presencia, y el generoso cristiano confesó, sin vacilar un momento, que profesaba la fe de Cristo. El gober- nador le concedió tres horas de tiempo para que se resolviese. Durante ellas fue visitado por el obispo Teóc- tenes y presentándole á la vez el libro de los Evange- lios y una espada le dijo: «Escoge entre estas dos cosas tan diferentes.» Marin por única contestación puso la

mano derecha sobre los Evangelios. Lleno de gozo el obispo le dijo: «Anda pues, que Dios te llenará de fortaleza, y nadie será capaz de quitarte lo que has elegido.» Presentado de nuevo ante el gobernador, y ratificándose en su anterior declaracion, fue muerto en el instante. Su cadáver fue recogido y sepultado por Asturo, patricio piadosísimo, testigo de su martirio, y que gozaba de gran crédito y reputacion.

El emperador Galieno, si bien no pensaba en perseguir á los cristianos, pasaba su vida entregado á los placeres y deleites más vergonzosos. Dominado completamente por la sensualidad, tenia abandonados todos los asuntos del imperio, de tal modo que llegó á hacerse odioso, por lo que acabó su vida bajo la mano de asesinos, y como no hubiese ya de su sangre más que un hijo y un hermano del mismo Galieno, los precipitaron desde lo alto del Capitolio, terminando de este modo la raza del infame Valeriano. Claudio, general de las tropas de Galieno, y á quien se atribuye su muerte, fue proclamado emperador. Tuvieron lugar estos sucesos el año 268.

En el año siguiente 269 llamó Dios á sí al Sumo Pontífice, San Dionisio, el cual habiendo gobernado la Iglesia por espacio de diez años, cinco meses y algunos dias, durante los cuales creó siete obispos, doce presbíteros y seis diáconos, murió santa y tranquilamente. Solo cuatro dias estuvo vacante la Santa Sede, siendo al cabo de ellos elegido para suceder en la suprema dignidad de la Iglesia San Felix I, hijo de Constancio. Estuvo este Pontífice animado de un gran celo

por la extension de la doctrina evangélica y trabajó con empeño por acabar de extirpar los errores de los innovadores que trataban de alterar la pureza de la fe. El concilio de Antioquía habia depuesto y condenado al obispo de aquella misma poblacion, Pablo de Samosata, que pasaba una vida disipada, entregado al lujo y á los deleites y que entre otros errores, empezó á enseñar que Jesucristo no era por su naturaleza más que un hombre ordinario, aunque concediendo que tenia en sí virtud divina, tan solamente operante, pero no esencialmente unida é inseparable.

El concilio de Antioquía, no solo dió conocimiento de su sentencia á todas las Iglesias, sino que envió una carta al Papa S. Dionisio como jefe supremo de la Iglesia universal, pidiéndole su aprobacion. El papa San Dionisio habia ya muerto y San Felix I recibió aquella carta. No solamente aprobó la decision del concilio, sino que lleno de celo envió á Máximo, obispo de Alejandría, una célebre sinodal que fue citada en el concilio de Efeso, en la que condenó con su autoridad suprema aquella herejía de Pablo, así como tambien los groseros errores de Sabellio.

Cuando tuvo lugar este suceso, ya habia muerto de la peste el emperador Claudio II y su hermano Quintilio, el que no suele ser contado en el número de los emperadores, porque si bien fue ensalzado á esta dignidad por sus soldados, estos mismos viendo su carácter severo, le obligaron á los quince dias á abrirse las venas.

Era entónces el año 270, y fue proclamado empe-

rador Aureliano, natural de Panonia, que si bien era perteneciente á una familia oscura, estaba adornado de grandes prendas, y habiendo entrado de soldado en el ejército imperial, por su valor y méritos, fue sucesivamente ascendiendo hasta sentarse en el trono.

Volviendo ahora á la condenacion de Pablo, cúmplenos decir que en su lugar fue elegido Domno: mas el hereje encolerizado no permitió abandonar la morada episcopal, hasta que el emperador Aureliano, que en los primeros tiempos de su reinado se mostró muy favorable á los cristianos, á petición de las casas de Oriente, mandó expulsar al obispo hereje de la casa episcopal y dar á Domno posesion de ella, reconocido como verdadero y propio obispo de Antioquía por la Iglesia de Roma.

La Iglesia pudo respirar tranquila por algun tiempo, toda vez que ni Galieno ni Claudio la alteraron con ningun decreto sangriento. Pero aun la Esposa del immaculado Cordero no se habia despojado de las fajas de la infancia, aun tenia que dar muchos mártires al cielo, y que sufrir grandes humillaciones por parte de los poderes de la tierra: aun tenia que alcanzar nuevos laureles y aglomerar mayores pruebas de cuán vanos son todos los esfuerzos humanos cuando se dirigen á derrocar una obra divina.

Vamos á ocuparnos de la novena persecucion.

CAPÍTULO XV.

Novena persecucion.—Fué brevísima.—San Mames ó Mamente.—Martirio de San Félix I, papa.—San Eutiquiano.—Los santos Claudio, Artenio, Neon, Domnina y Teonila.—Comon.—Aureliano es asesinado.—Probo, emperador.—Herejía de Manés —El maniqueismo.—San Cayo, papa.—Sabacio.—Caro, emperador.—Reflexiones.—La legion Tebana.—San Marcelino, papa.—Falsedad de su caída.

La benevolencia de Aureliano para con los cristianos duró poco tiempo. Empero al fin de su reinado nos encontramos con la novena persecucion de la Iglesia (1). Esta persecucion fue muy breve y esto se debió á las circunstancias siguientes. Tal vez por captarse la voluntad y el aprecio del Senado romano, determinó hacerse perseguidor. Disponíase á firmar el terrible decreto cuando cayó á sus piés un rayo. Esto le atemorizó y por entonces no se atrevió á llevar á cabo sus propósitos. Lactancio nos explica lo que sucedió despues : «Pasado algun tiempo, como se hubiese entregado á la corrupcion de su corazon, Aureliano no publicó contra nosotros algunos edictos sangrientos y encarnizados ; pero afortunadamente sucedia

(1) S. Aug. *De Civitate Dei* XVIII. c. 52—Oros. VII. c. 23.

«esto casi al fin de su reinado, el que fue tan corto
 »que los edictos no habian aun llegado á las provin-
 »cias lejanas cuando murió. Así hizo ver el Señor que
 »no deja á las potestades del siglo libertad de perse-
 »guir á sus siervos, más que en proporcion á los de-
 »signios de su justicia ó de su misericordia para con
 »ellos (1).» Afirma Orosio que en esta persecucion fue
 mayor el espanto que los estragos (2). Sin embargo,
 fueron tan rigorosos los edictos, que en el breve tiem-
 po que medió entre la publicacion de aquellos hasta
 la muerte del emperador no dejó de correr mucha
 sangre, especialmente en las Galias (3) y en Italia (4).

Léense en los antiguos Martirologios los nombres de
 varios héroes que en esta persecucion vertieron su
 sangre en defensa de la fe y entre ellos el de San Ma-
 mes ó Mamante de Cesarea de Capadocia, del cual San
 Basilio (5) y San Gregorio Nacianceno (6) escribieron
 elegantes sermones, si bien no se sabe el género de
 martirio que sufrieron.

Víctima ilustre de esta persecucion fue el papa San
 Felix I el cual gobernó la Iglesia cinco años. Su cuer-
 po fue sepultado en el cementerio de la via Aurelia,
 en el mismo sitio donde más tarde se edificó una

(1) Lact. *de Mort Persec.* c. 6. Eus. H. E. VII. c. 30.

(2) Oros. VII. c. 27.

(3) Till. *Pers. de Aurel.*

(4) Ibid.

(5) S. Bas. *Hom.* 23 *de Mort. Mam.*

(6) S. Gregor. Naz. *Orat.* 43.

Iglesia que fue consagrada por Felix II. Cuatro dias despues de la muerte de aquel Pontífice fue elegido para sucederle en la Cátedra de San Pedro San Eutiquiano, natural de Luni, ciudad en el dia destruida totalmente. Esta eleccion tuvo lugar el año 273. De este Papa dice Artaud de Montor, que ordenó la bendicion, en ciertas circunstancias, de los ramos de los árboles y de los frutos; y quiso que los fieles que hubiesen tomado por esposa á una mujer antes de ser bautizada, gozasen del derecho de separarse de ella, ó de retenerla á su lado, segun les pareciese mejor, en lo que no hizo otra cosa que conformarse con las leyes romanas de la época; y en suma dispuso que los que se entregaban al vicio de la embriaguez, fuesen separados de la comunión hasta tanto que hubiesen renunciado á él. Segun Bury, San Eutiquiano instituyó el ofertorio de la Misa.

Antes de la décima y última persecucion aparecen las actas de los santos Claudio, Artenio Neon, Dominino y Teonilo, todos los cuales padecieron por orden del gobernador de Lycia ó Cilicia, demostrando un valor verdaderamente heróico.

Tambien debemos hacer mencion de Comon, que vivia en Licaonia, y que se habia hecho notable por la austeridad de su vida y de sus grandes virtudes. Burlábase el juez de esto, y él con la mayor tranquilidad le contestó: «La cruz hace todas mis delicias; no creais intimidarme con el aparato de los tormentos, conozco su importancia y sé cuánto contribuyen á la eterna felicidad; los más rudos y más duraderos forman

el objeto de mis deseos.» Ganoso se hallaba el juez por reducirle á que abjurase de su religion, y así para enternecerle le preguntó si tenia hijos: el santo contestó: «Tengo uno solamente y desearia que participase de mi suerte y felicidad.» El juez mandó llamar al hijo, y como este confesase tambien con valor y generosidad, los condenó á ambos á que les cortasen las manos y despues los hizo arrojar en una caldera de aceite hirviendo, donde espiraron alabando y bendiciendo al Señor.

Sin detenernos ahora en hablar de otros muchos mártires que en esta misma persecucion dieron la vida en defensa de la fe, pasaremos á ocuparnos de Aureliano, el cual recibió el justo castigo á que se habia hecho acreedor por sus grandes crueldades. Tal vez cuando proyectaba nuevas tiranías fue asesinado por sus mismos soldados, á principios del año 275. Cerca de siete meses estuvo vacante el trono, hasta que el Senado y el ejército de comun acuerdo nombraron para suceder á Aureliano, á Tácito, el cual era de un carácter benigno y adornado de bellas cualidades, que hicieron concebir grandes esperanzas; pero á los seis meses de su reinado fue muerto en Oriente por sus soldados, lo que causó un vivo sentimiento al Senado y al pueblo romano.

Despues fue nombrado Probo, que era hijo de un tribuno militar. A los dos años empezó á aparecer la herejía de Manés, que ha sido una de las más duraderas y monstruosas que han afligido á la Iglesia. Era este hereje de una condicion la más humilde, pues que habia nacido en la esclavitud: una viuda que po-

seia muchos bienes de fortuna , y carecia de sucesion le adoptó, declarándole despues heredero de cuanto poseia. Para ocultar su origen, mudó su verdadero nombre que era *Cárbico*, por el de *Manés*.

Merced á la adopcion de que hemos hablado y que fue hecha cuando se hallaba aun en la niñez, habia recibido una educacion brillante, y como se hallase versado en las ciencias, se expresaba con la mayor facilidad. Aparentando gran veneracion á Jesucristo, esparcia con más facilidad los grandes errores de que se hizo corifeo. De Persia , que era su patria, tuvo que huir porque habiendo afirmado que curaria al hijo del rey, que se hallaba gravemente enfermo, aquel murió y de resultas de esto fue encarcelado. Encontró los medios de librarse de la prision y se refugió en Mesopotamia , donde hizo un gran número de discípulos. Vencido en diversas discusiones que sostuvo con el obispo de Cesarea y otras personas , persistió todavía en sus errores , y como el pueblo escandalizado quisiera hacerle morir, se volvió á la Persia , creyendo que ya no correria allí peligro. Pero se equivocó. El rey, apenas tuvo noticia de su regreso, le hizo prender, y en virtud de su sentencia fue desollado vivo, y despues de echar su cuerpo para pasto á las fieras, su pellejo fue clavado en una de las puertas de la ciudad.

Los sectarios de Manés, conocidos con el nombre de maniqueos, se multiplicaron con la mayor rapidez. El principal error de los maniqueos entre los muchos que propagaban era que, no pudiendo ser Dios autor del mal, habia necesariamente dos dioses ó dos principios,

uno que era autor del bien y otro del mal. Negaban el libre albedrío; decían que el hombre tenía dos almas, una buena y otra mala, y en virtud de esto no se creían culpables por las malas acciones que practicasen, aunque fuesen las más criminales, pues decían que eran producidas por el alma mala. Desechaban los artículos de la fe que no eran conformes á sus máximas, y en suma, reunían las más perversas doctrinas de todas las herejías antiguas y aun de las que han aparecido despues en la série de los siglos.

Estaban divididos los maniqueos en dos clases, la de los *oyentes* y la de los *escogidos*. Estos últimos eran los que estaban en todos los secretos de la secta. Entre los *escogidos* había doce que se titulaban maestros, y uno que era tenido por jefe, por considerársele como sucesor directo de Manés.

Aparentando el maniqueísmo austeridad y espiritualidad, consiguió reunir un gran número de prosélitos. Pero al fin un concilio celebrado en Mesopotamia el año 277 condenó esta herejía, que tantas ovejas había arrebatado del verdadero redil de Jesucristo.

San Eutiquiano trabajó con gran celo por que la herejía de los maniqueos no se propagase en Occidente. Este Pontífice, que dió sepultura con sus mismas manos á más de 342 mártires, mandó que ninguno fuese enterrado sin *colobrio* ó dalmática de color rojo. Creó nueve obispos, diez y seis presbíteros y cinco diáconos, y despues de haber gobernado la Iglesia ocho años, once meses y algunos días, murió el 8 de diciembre del año 283. Su cuerpo fue sepultado en el

cementerio de Calixto y luego trasladado á Luny, su patria. Cuando esta ciudad fue destruida, fue su cuerpo depositado en Sabone, á donde se trasladó la silla episcopal.

Despues de una vacante de siete dias subió á ocupar la Santa Sede San Cayo, presbítero de Spalatro, en la Dalmacia, sobrino del emperador Diocleciano (1). Su eleccion tuvo lugar el 16 de diciembre del año 283, y uno de sus primeros actos fue confirmar la costumbre que permitia á los clérigos pasar por las siete órdenes inferiores de la Iglesia durante un tiempo determinado, ántes de poder ser instituidos obispos, costumbre que existia ya en tiempo de San Cornelio.

Probo habia sido asesinado por los soldados del ejército de Iliria, despues de seis años de reinado. durante los cuales no hubo persecucion declarada, sin embargo que muchos magistrados y jueces que odiaban á los cristianos, escudados con los antiguos edictos sacrificaban á muchos de ellos. Mártir de este odio fue Sabacio, acusado ante el juez de Antioquía de ser cristiano. Él, léjos de acobardarse, confesó resueltamente y con el mayor valor á Jesucristo, perdiendo la vida en los más crueles tormentos.

Por muerte de Probo, tuvo tres jefes el estado romano, pues elegido Caro por las tropas del emperador, este hizo aclamar Césares á sus hijos Carin y Numeriano. Pero muerto Caro por un rayo ántes de cumplir

(1) Araud de Montor. Historia de los Pontífices Romanos.

año y medio de su reinado, siguieron gobernando sus dos hijos; mas Numeriano fue asesinado por orden de Aper, suegro suyo, y las tropas no queriendo reconocer á Carin, eligieron emperador á Diocles, el cual tomó el nombre de Diocleciano. Tuvo lugar esta elección, que tan dolorosa habia de ser á la Iglesia, el año 281, cuando todavía era Pontífice San Eutiquiano. No se conformó Carin con su desgracia, y contando con algunas tropas que aun le eran fieles entró en batalla con Diocleciano, al que ganó una victoria; pero en seguida y cuando iba á darle alcance, fue muerto por un tribuno, tomando de este modo venganza del agravio que le habia hecho quitándole su propia mujer.

Entre tanto reinaba en Occidente un hijo de Caro, y Diocleciano, tan pérfido como sagaz político, le hizo arrojar del trono, eligiendo para ocuparle á Maximiano, su más íntimo y confidencial amigo.

Debemos hacer notar un hecho curioso. En el momento de ser Diocleciano proclamado emperador, y estando á la presencia de las tropas desnudó su espada y protestó que no habia tenido parte alguna en la muerte de su antecesor: «El feroz Aper, prosiguió Diocleciano, es el que ha derramado la sangre de su propia familia; y yo he de vengarla.» Diciendo esto, y como Aper estuviese presente, le atravesó el corazón. Fue generalmente aplaudido este acto de justicia, pero es lo cierto que revelaba su instinto feroz y sanguinario.

Tres siglos hacia que el imperio romano luchaba

valiéndose de todos los medios imaginables por destruir el cristianismo. A Diocleciano estaba reservado llevar á cabo la persecucion más sangrienta de las que hasta entónces y desde el establecimiento de la Iglesia habia sufrido la Esposa sin mancilla del divino Corde-ro: pero esta persecucion estaba decretado por Dios que habia de servir para el gran triunfo, y que la Iglesia tan perseguida apareciese á la faz del mundo coronada de triunfos y victorias.

La narracion que hemos venido haciendo forma una demostracion clara á todas luces de la verdad de la Religion cristiana y de la divinidad de su fundador Jesucristo.

Oportuno creemos reproducir aqui las siguientes reflexiones que hicimos en los *Siglos del cristianismo*. Vivió Jesucristo como Dios efectuando prodigios admirables, haciéndose obedecer hasta por los elementos. Pero era necesario no sólo que viviese como Dios sino que tambien sobreviviese como Dios. Era necesario que su fe llegase á ser la norma y guia de una multitud de almas. Era necesario que los hombres que abrazasen esta fe se desnudasen por completo de todas sus pasiones y, si así podemos decirlo, hasta de su misma carne, á fin de poder decir como San Pablo: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí.» No es el sacrificio de la razon el que Jesucristo ha pedido á sus seguidores: ni esto podia ser porque Él es el que nos concede la que poseemos, haciendo reflejar en nosotros la suya, como dice oportunamente el Evangelista San Juan. Lo que constituye el reinado

de Jesucristo sobre las almas es que los que abrazan su fe consientan en hacerse pequeños para gozar luego la verdadera grandeza: en que sepan ser fuertes para sufrir toda clase de infortunios; en que no teman á los que pueden matar el cuerpo sino sólo á Aquel que puede á un mismo tiempo mandar el alma y el cuerpo á los infiernos. Jesucristo ha reinado y reina por el amor desde que se dió á conocer al mundo en un gran número de almas.

La historia de la humanidad nos habla de grandes hombres que admiraron al mundo. ¿Cuál de ellos es amado por la humanidad? ¿Cuál reina en algunos corazones? Ninguno. Se habla de Alejandro, se celebran sus conquistas; pero ¿se le ama? Los musulmanes veneran á Mahoma, pero es indudable que no aman á Mahoma. Verdad que exclaman: «Dios es Dios y Mahoma es su profeta.» No es empero el sentimiento del amor el que les hace prorumpir en estas expresiones. ¿Dónde está el hombre que despues de su muerte y á través de la sucesion de los siglos es objeto de veneracion y de amor? Sólo Jesucristo: pendiente de un madero le vienen contemplando diez y nueve siglos y millares de adoradores se postran en su presencia y besan sus piés y le colman de bendiciones.

¡Cuántas maravillas venimos contemplando en los tres primeros siglos de la Iglesia! No hemos hablado de todos los mártires, pues no es posible tener de todos conocimiento ni habria libros suficientes para citar tan solamente sus nombres. Hemos hablado tan solamente de los más notables, y hemos observado el

modo maravilloso como Jesucristo reinaba en aquellas almas. Hemos visto correr presurosos á las hogueras, al circo y á los demás lugares destinados al sacrificio de los cristianos una inmensa multitud de héroes admirables de toda edad, sexo y condicion, que perdian su vida sin temor alguno, y ántes por el contrario con el mayor regocijo por la defensa de Jesucristo y de su doctrina. Es un hecho constante que cualquiera que exige y obtiene adoracion es precipitado tarde ó temprano por el mismo pueblo que le eleva, haciéndole usurpar la adoracion á la majestad divina. Bien claramente se ve demostrada esta verdad en la historia de los emperadores romanos, elevados en su mayor parte por la mano popular; venerados y adorados como dioses y despues miserablemente asesinados por los mismos que contribuyeron á su elevacion. Sólo Jesucristo que como hombre sufrió la muerte, supo conquistar el imperio de los corazones. No ha habido en el mundo imperio más perseguido que el suyo, y sin embargo, miéntras tanto han sido demolidas las estátuas de los emperadores y más celebrados conquistadores; miéntras aquellas turbas de dioses creadas por la adulacion y la lisonja han desaparecido por completo, no existiendo de sus imágenes y templos ni aun el polvo, conservándose su memoria para que las generaciones admiren por una parte la extravagancia de los hombres, y por otra la justicia de Dios; Jesucristo á través de todo el poder del imperio romano, de rios de inocente sangre que en crueles tormentos derramaban á manos de los tiranos los profesores de su doctrina, ha

sabido permanecer sobre sus altares, que pronto vamos á ver salir de las catacumbas para manifestarse en toda la tierra, en todas las naciones más célebres del mundo. Su trono será una Cruz, pero esta Cruz, signo de la Redencion humana, se elevará sobre la cumbre del Capitolio y será al mismo tiempo el adorno más honroso en la diadema de los monarcas de la tierra. La preparacion de este triunfo admirable que ha de demostrar el poder de Dios y la inutilidad de las fuerzas humanas para contrarestar sus obras, tuvo por preparacion la última y más cruel de las persecuciones suscitada por Diocleciano. Era necesario que se apurasen todos los esfuerzos imaginables, que segun los cálculos humanos no hubiese salvacion para la Iglesia, para que su triunfo sirviese al mundo de una prueba de su origen divino.

Mas ántes de explicar esta última persecucion de Diocleciano, de la que nos ocuparemos más adelante, continuaremos aquí la sucesion de los Romanos Pontífices.

San Cayo gobernó la Iglesia doce años, cuatro meses y diez y siete dias, y murió en 22 de abril del año 296, despues de haber creado en cinco ordenaciones cinco obispos, veinte y cinco presbíteros y ocho diáconos.

Bajo este Pontificado, dice Artaud de Montor en su *Historia de los Soberanos Pontífices*, deseando Maximiano pasar á las Galias, mandó venir de Oriente una numerosa legion llamada Tebana, compuesta enteramente de cristianos, y como quisiese servirse

de ella para perseguir á otros cristianos, los tebanos se negaron á obedecer. Irritado Maximiano por esta desobediencia, mandó que la legion fuese diezmada; pero apenas aquellos intrépidos soldados fueron sabedores de la órden, dijeron que estaban prontos á sufrir toda clase de tormentos y aun la muerte antes que emprender cosa alguna contra la legion cristiana (1). Maximiano mandó entonces que fuesen diezmados la segunda vez, pero este inaudito terror no hizo otra cosa que fortalecer más y más en la fe á los que habian quedado. Tres de los principales oficiales trataban de intimidarlos con el ejemplo de sus compañeros, pero ellos enviaron al emperador una exposicion concebida en estos términos: «Señor, somos «soldados vuestros, pero confesores del verdadero Dios, «do confesamos libremente. A vos os debemos el ser- «vicio de la guerra y á él el de la inocencia; de vos «recibimos el sueldo, de él la vida; así es que no nos «es dable obedeceros, renunciando á Dios, Criador y «Señor nuestro y vuestro, aunque no queráis. Si nos «pedis algo que no le ofenda, estamos prontos á obe- «deceros como hasta aquí lo hemos hecho, pero de otro «modo acataremos ántes su voluntad que la vuestra. «Vuestras manos están dispuestas á pelear contra «cualquier enemigo, mas nosotros no creemos que es «lícito mancharlas en sangre de inocentes; ántes de

(1) Artaud se refiere á Fleury, II, 405 y á Baronio, *ad Mátyr.*, 22 de setiembre.

«prestaros el correspondiente juramento, lo habíamos
«prestado á Dios, y poco podríais fiaros en el segundo
«si violáramos el primero. Nos mandais buscar los
«cristianos y castigarlos; inútil es que los busquemos,
«pues nosotros confesamos á Dios Padre, autor de todo
«lo criado, y á su Hijo Jesucristo. Hemos visto asesinar á nuestros compañeros sin proferir una queja,
«regocijándonos por el honor que les cabia al dar la
«vida por su Dios: ni aquel espectáculo, ni la desesperacion, han podido excitarnos á proferir un grito
«rebeldé; nuestras manos empuñan las armas, y no
«oponemos resistencia, prefiriendo morir inocentes á
«vivir culpables.» Irritado Maximiano al leer tal exposicion, mandó que el resto del ejército fuese sobre ellos y los pasasen á cuchillo. No hicieron resistencia alguna los individuos de aquella legion, compuesta exclusivamente de egipcios reclutados en la Tebaida, y todos murieron, dejando el campo cubierto de cadáveres, creyendo algunos escritores que fueron los mártires en número de seis mil, que era el ordinario de las legiones.

A san Cayo sucedió en el supremo Pontificado san Marcelino, romano, el cual fué elegido Pontífice el año 296. Este papa ha sido calumniado por algunos escritores, que han afirmado que el temor le hizo rehuir el martirio, y que presentándose despues en clase de suplicante ante el concilio de 300 obispos reunidos, pidió declarando su falta que le impusiesen la pena que creyesen justa, y que el concilio dijo que él mismo pronunciase su sentencia, en cuanto que la primera dignidad

de la Iglesia no podia ser juzgada sino por sí misma. ¡Calumnias vil! Dios no ha permitido que ningun sucesor de san Pedro cometa error alguno en materias de fe, ni que haya retrocedido ante los peligros ni la muerte, de confesar á Jesucristo. Esta es una de las muchas fábulas que se han inventado por los enemigos de la Iglesia para el descrédito del Pontificado, de esa institucion que está á más altura que lo que puede alcanzar el ódio de los hombres. El autor de esta falsedad fue un tal Petilio, y hablando de él san Agustin se expresa de este modo : « Llama á Marcelino sacrilego y malvado y yo le declaro inocente, no siendo necesario que me canse en probar mi aserto, en cuanto el mismo Petilio no se atreve á probar su acusacion. » Lambertini, ántes de ser papa, declaró tambien la falsedad del hecho, fundándose así en el silencio que sobre este particular han guardado los escritores antiguos, como en la inutilidad de las imposturas de los donatistas que jamás pudieron probar la verdad de su dicho.

Artaud de Montor cita los escritores que niegan la caida de Marcelino, y son estos Schelstrate, Rocaberti, Pedro de Marco, Pedro Coustant, Papebroch, Natal Alejandro, Pagi Aguirre, Sangallo y Javier de Marco, jesuita, añadiendo que este último ha consignado su opinion en una obra muy importante titulada : *Difesa di alcuni pontefici acusati di errori*. Para nosotros, á más de otras razones, bástanos ver que la Iglesia le califique como santo para que miremos algo más que con prevencion la citada acusacion, es decir, como

una notoria falsedad. Podrá objetarse que se arrepintió y confesó su falta ante el concilio de obispos que hemos citado; pero aun conociendo que el arrepentimiento puede hacer un gran santo de un gran pecador, y vemos el ejemplo de san Pedro, que por cobardía negó á Jesucristo, pecado que lloró amarguísimamente todo el resto de su vida, hemos de comprender que entónces todavía los Apóstoles eran hombres carnales, y que no fueron fortalecidos hasta que, segun la promesa del Salvador, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Así tuvo luego valor para confesar á Jesucristo en todas partes y morir en su defensa como Él crucificado.

Vamos á terminar reproduciendo unos párrafos del Ilustrísimo señor Amat en el que nos da cuenta de algunos mártires ilustres, cuyos nombres debemos dejar consignados en este lugar.

«Hallamos otros mártires en varias provincias que padecieron bajo Diocleciano y Maximiano y segun parece antes de su persecucion general. En Inglaterra á san Albano y otros mártires (1). En Tebeste de la Numidia á san Maximiliano (2), jóven de veinte y un años, que fué degollado en pena de no querer ser soldado, por no querer mezclarse en las cosas malas, á que estaba entónces tan expuesta la milicia. En Tán-ger á san Marcelo Centurion, que por lo mismo dejó

(1) Till. *San Alban*.

(2) Ruin. *Act. S. Maximil.* p. 299.

el servicio, y fué degollado (1) Y á san Casiano notario, que al pronunciar el juez su sentencia contra san Marcelo, no quiso escribirla, diciendo que era inícuo: por lo que fué martirizado poco tiempo despues (2) En Roma al valeroso san Sebastian (3), que como dice san Ambrosio (4), desde Milán su patria fue á Roma, donde era más cruel la persecucion, y logró la corona del martirio. Es muy fundado que era militar de bastante graduacion, y que le hicieron disparar muchas saetas por la tropa, y despues darle de palos hasta que murió (5) Pero entre los mártires del tiempo de Diocleciano, que se creen haber padecido ántes de su persecucion general, es digno de más extensa memoria san Bonifacio por las particulares circunstancias de su martirio.

«Aglæ, mujer riquísima, de linaje de Senadores, vivía en Roma deshonestamente con Bonifacio su mayordomo principal: quien con grandes vicios juntaba la compasion con los pobres, y la hospitalidad con los peregrinos. Despues de algunos años Aglæ compungida de sus desórdenes, reprendió á Bonifacio: le convenció de la necesidad de mudar de vida; y le encargó que fuese al levante, donde ardía entonces la persecucion, á buscar reliquias de mártires, para que dán-

(1) *Id. S. Marcelli.* p. 302.

(2) *Id. S. Cass.* p. 304.

(3) De este glorioso mártir nos ocuparemos detenidamente más adelante.

(4) *In. ps.* 118. n. 44.

(5) *Mart. Rom.* 20. *Jan.*

doles culto pudiesen salvarse, y facilitar la salvacion de otros. Bonifacio partió cargado de tesoros y perfumes, diciendo por chanza á su ama al despedirse, que si le traian su cuerpo por reliquias de mártir, que lo tratase bien. En el viaje no comia carne, ni bebia vino, para mejor prepararse á llevar las santas reliquias; y hacia oracion á Dios para alcanzar un feliz éxito de su viaje, para gloria del santo nombre de Dios.

«Con esto viajaba alegre; y al llegar á Tarso, supo que entónces mismo estaban algunos Santos sufriendo el martirio. Envió sus criados á la posada; y se fue en derechura donde eran atormentados los mártires. Vió á uno pendiente con la cabeza abajo puesta sobre fuego: otro atado á cuatro palos, que estaban dándole azotes sin cesar: otro cortadas las manos: otro clavado en tierra con un palo que le atravesaba el cuello, y otros hasta veinte con semejantes horribles tormentos. Acercóse á ellos Bonifacio, y empezó á clamar. «¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los Mártires! Rogad por mí, siervos de Cristo, para que yo llegue á ser compañero «vuestro en el combate con el demonio.» Se echaba á los piés de los Mártires, los abrazaba, y besaba sus cadenas, animándolos á la constancia y paciencia.

El juez irritado le mandó traer al tribunal, y le dijo: ¿Quién eres tú que con tanta insolencia te burlas de un tribunal respetable? San Bonifacio le respondió: *Yo soy cristiano; y teniendo por mi señor á Jesucristo, te desprecio á tí y á tu tribunal.* El juez le preguntó el nombre, y mandó que sacrificase. Y viéndole cons-

tante en el desprecio de los ídolos, le mandó poner en el ecúleo, y rasgarle sus carnes con uñas de hierro, hasta vérsese los huesos. Una hora despues le dijo el juez: Infeliz, sacrifica á los dioses inmortales, y ten compasion de tí. El Santo respondió: *¿No te avergüenzas de repetirme tantas veces que sacrifique, cuando yo no quiero oír hablar de tus simulacros percederos?* Enfurecido el juez mandó aguzar algunas puntas, y clavárselas entre la carne y las uñas de las manos. Bonifacio levantados los ojos al cielo, sufría con serenidad. Entónces el juez mandó echarle á la boca plomo derretido. El Santo hizo esta oracion: «Gracias os doy, «Señor Jesucristo Hijo de Dios: amparad á vuestro «siervo: dadme alivio en estas penas: no permitais que «sea vencido de este infame juez. Vos sabeis que todo «lo padezco por vuestro nombre.» Y vuelto á los mártires dijo: *Siervos de Cristo rogad por mí.* Los Mártires á alta voz dijeron: «Nuestro Señor Jesucristo, envíe «su ángel, y te libre de este infame juez: acabe pronto tu carrera; y ponga tu nombre entre los primogénitos. Amen.» Los clamores de los Mártires enterrecieron y conmovieron al pueblo, que se alborotó, y empezó á pedradas, de modo que el juez por miedo se retiró.

«Al dia siguiente sentado el juez en el tribunal, hizo venir á san Bonifacio, y le dijo: ¿Cómo es tanta tu locura, que pones tu confianza en uno que murió crucificado como malhechor? El Santo le respondió: «calla «infeliz, no abras tus labios contra nuestro Señor Jesucristo, que padeció por salvar al género humano.»

El juez al oírle mandó llenar de pez una grande caldera y que cuando estuviese hirviendo, echasen á Bonifacio por la cabeza. Le echaron en efecto, haciendo el Santo la señal de la cruz. Pero derritiéndose la caldera quedó ileso el Santo, y quemados algunos de los ministros. Entonces el juez asombrado del poder de Jesucristo, y de la paciencia del mártir, mandó cortarle la cabeza, como inobediente á las leyes de los Emperadores. El Santo rogó á los verdugos que le dejaran un corto rato para hacer oracion : al concluirse se ejecutó la sentencia, y luego hubo terremoto, de modo que todos exclamaron: Grande es el Dios de los Cristianos, y muchos creyeron en el Señor Jesucristo.

«Entretanto los compañeros de Bonifacio, viendo que no comparecía, maliciaban que estaria en algun lugar de placer. Pero preguntando á las gentes si habian visto un extranjero romano, tropezaron con un hermano del carcelero, que al oír las señas, les aseguró que el que buscaban habia sufrido el martirio. No podian creerlo. Pero los redujo á ir á donde estaba el cuerpo ; y en efecto le conocieron ; sucediendo además el prodigio de que la cabeza del Santo, se sonrió. Ellos le pidieron perdon de lo mal que de él habian pensado y hablado, y compraron su cuerpo y cabeza, por quinientos sueldos de oro: le embalsamaron y emprendieron su vuelta, dando gracias á Dios del dichoso fin del Santo Mártir. Antes de llegar á Roma, un ángel se apareció á Aglae, y le dijo: El que era tu esclavo, es ya hermano nuestro: recíbele como señor, y colócale dignamente; pues por su intercesion se te

perdonarán tus pecados. Con este aviso Aglae, con clérigos y varones piadosos, salió á recibir al Santo cuerpo, y le colocó en un decente oratorio, donde sucedieron muchos prodigios. Aglae dió libertad á sus esclavos, sus bienes á los pobres, y con algunas jóvenes que tambien renunciaron al mundo, observó un tenor de vida admirable y ejemplar. Trece años despues murió, y fue enterrada junto al cuerpo del Santo Mártir (1).»

(1) *Ruin. Pass. S. Bonif.* p. 283.

CAPITULO XVI.

Gran número de mártires en España.—Testimonio de Tertuliano y de Arnobio.—San Magin.—San Fructuoso, obispo de Tarragona y sus diáconos Augurio y Eulogio.—Apostasía de los obispos Marcial y Basiliides.—Felix de Tarragona.—Falsificación de actas en España.—Obras de San Cipriano.—Diversos escritores eclesiásticos.

Vamos á ocuparnos de los asuntos referentes á la Iglesia de España y de los mártires que dió al cielo en la época que historiamos. Empezaremos por reproducir las noticias que sobre este particular consignamos en los *Siglos del Cristianismo*.

Sensible es, y lo deploramos, que se hayan perdido gran número de actas de mártires españoles, aunque se conservan felizmente algunas.

Es indudable que el número de los cristianos era muy considerable en España. Ya en el siglo II Tertuliano, que como dijimos á su tiempo afirmaba en su Apología que en todas partes dentro de Roma se encontraban cristianos, ménos en los templos paganos, decia tambien en su libro contra los judíos, capítulo VII, que la fe se hallaba extendida por todos los confines de España. Y á fines del siglo III el retórico Arnobio llamaba innumerables á los cristianos que habia en esta nacion. Si las persecuciones se extendieron á

todas las provincias del imperio romano, ¿cómo no habian de producir víctimas en España, donde tan considerable era el número de los cristianos?

Hemos dicho que felizmente se conservan algunas actas y noticias de nuestros mártires de aquella época, y entre otras podemos hacer recuerdo de San Magin, que oculto en una cueva de los montes de Bufrañas fue descubierto, y por confesar valerosamente á Jesucristo fue degollado por orden del presidente de la provincia Tarraconense. La Iglesia de Tarragona celebra su memoria. Tambien son dignos de recuerdo los santos Luciano y Marciano, cuya fiesta se celebra en el Obispado de Vich, que los reconoce por patronos, el 26 de Octubre.

San Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio son dignos de ocupar una página en la historia de la Iglesia de España por el valor y denuedo que mostraron al dar su vida por la fe de Cristo. Fue preso San Fructuoso en union de sus compañeros, que constantemente acompañaban á su Prelado, por unos soldados de los llamados *beneficiados*, de orden del presidente Emiliano, á cuya presencia fueron conducidos los tres. Interrogólos el presidente acerca de su religion, y ellos confesaron con valor y denuedo á Jesucristo. El sumario fue de muy corta duracion. Reducidos á prision, á poco fueron sacados para conducirlos al anfiteatro, donde debia ejecutarse la sentencia, en virtud de la cual debian ser quemados vivos. Antes de salir para el suplicio ofrecieron á Fructuoso una bebida para confortarle, pero él la re-

husó por ser día de ayuno. Llegado que hubieron al anfiteatro, no pudieron impedir los soldados que algunos cristianos llegasen hasta el santo obispo para ayudarle y encomendarse á sus oraciones. Formaron la hoguera y el cielo recibió las almas de aquellos tres esforzados atletas de la fe cristiana. Segun el P. Florez en su España Sagrada, el martirio de San Fructuoso y de sus compañeros ocurrió el viérnes 21 de Enero del año 259.

Dedicaremos ahora algunas líneas á hablar de la jerarquía eclesiástica en España. Ya veremos, cuando del concilio de Elvira nos ocupemos, como aparecen en él perfectamente establecidas. Pero ahora diremos que á mediados del siglo III la jerarquía eclesiástica constaba ya en España de Obispos, Presbíteros, Diáconos y Ministros inferiores. Se lee en las actas del martirio de San Fructuoso, que como hemos visto fue con sus *diáconos* al suplicio, que un lector suyo llamado Augustal se acercó á descalzarle, y el mismo santo obispo avisa á sus ovejas que ya no les faltará pastor. Aquí vemos ya todo el órden jerárquico. A esta profecía de perpetuidad añade el invicto Prelado su asentimiento á la unidad católica: cuando uno de los fieles se encomienda á sus oraciones, el invicto mártir le contesta: «Necesario es que yo tenga presente á la Iglesia católica, esparcida desde Levante hasta Poniente.»

Tambien se desprende de las actas del martirio de San Fructuoso la severidad con que era observada la ley de ayuno. Ya hemos visto que rehusó tomar la

bebida que le ofrecian por la razon del ayuno, de lo que puede deducirse que la abstinencia no solamente comprendia los manjares sino tambien los licores, vinos y aun el agua, absteniéndose de toda clase de comida y bebida, aun en corta cantidad, hasta pasado el mediodia.

San Cipriano, del que á su tiempo nos hemos ocupado, se lamentaba de que ya en sus dias habia malos cristianos que por sus depravadas costumbres atraian las iras del cielo, manifestadas por frecuentes persecuciones. Tenia mucha razon el santo obispo, y la España por entónces presentó un ejemplo de esta verdad, una defeccion cuya memoria se conserva en una epístola del mismo San Cipriano. Este triste y lamentable ejemplo lo dieron Marcial, obispo de Mérida, y Basíldes, que lo era de Astorga. Ambos apostataron de la fe. Basíldes cayó enfermo y renegó de Dios, segun confesó despues. Marcial frecuentó los impuros convites de los gentiles, enterró sus hijos entre los de ellos, haciendo uso de los ritos de los infieles, abjurando por último de la fe en presencia del procurador Duceuario. Basíldes reconociendo su pecado abdicó de la dignidad episcopal y se redujo á penitencia, aspirando despues tan solamente á la comunion laical. Empero, depuestos ambos de sus respectivas Sillas, fueron elegidos para sucederles los sacerdotes Félix y Sabino, que gozaban de gran reputacion por sus virtudes. Basíldes, al que duró poco su arrepentimiento, se unió á Marcial y ambos se dirigieron á Roma. Ocupaba entónces la Silla de San Pedro el papa San Estéban, al

cual consiguieron engañar, ábusando de su buena fe, manifestándole que se infringieron los cánones haciendo ocupar sus sedes por nuevos obispos estando ellos vivos, pero se infiere que callarian el motivo por el cual habian sido depuestos por todos los obispos comprovinciales. El Papa dando crédito á lo que exponian los repuso, y ellos se presentaron escudados por la órden del Sumo Pontífice. Gran sorpresa y sentimiento causó á la Iglesia española la facilidad con que aquellos dos Prelados ruines habian conseguido engañar al Papa, promoviéndose un conflicto, pues que al paso que unos se reducian á su obediencia otros se la negaban. Para asegurar el acierto en opiniones tan encontradas fueron enviados á la Iglesia de África los dos electos Félix y Sabino con cartas de sus respectivas Iglesias, en las que se consultaba á San Cipriano sobre lo que debian resolver. Aquel santo doctor reunió un concilio de treinta y seis obispos, y de acuerdo con ellos escribió á Félix, presbítero, á los fieles de Leon y de Astorga, como asimismo á Lelio, diácono, y al pueblo de Mérida, exhortándoles á separarse de la comunión de Marcial y Basilides, sacerdotes profanos y contaminados, y que conservasen con religioso temor la constancia y pureza en la fe.

En dicha carta hace S. Cipriano honrosa memoria de Félix de Zaragoza, del cual no existen noticias particulares. En una *Historia de la Iglesia de España*, que no tiene nombre de autor, y sí sólo que está escrita bajo la inmediata direccion del Rdo. P. Lector Buldú, religioso franciscano, se cree muy aventurado

el afirmar que Félix fuese obispo de Zaragoza fundándose en la razon de que no parece probable que el santo doctor hubiese omitido esta circunstancia en su carta, cuando consigna que Lelio de Mérida era diácono y Félix de Leon y Astorga era presbítero. Tambien Risco lo duda, pero el hábil y excelente crítico D. Vicente de La Fuente dice muy oportunamente que á quien conozca cómo suscribian en aquel tiempo y se designaban los obispos, parecerá este escrúpulo demasiado liviano para negar esta tradicion de la Iglesia de Zaragoza (1). Abundamos en las mismas ideas del señor La Fuente. Para nosotros son muy notables estas tradiciones de las Iglesias, pues no vemos la ocasion en que puedan haber sido inventadas.

Sensible es la defeccion de los dos Prelados Marcial y Basíldes, pero esto en nada puede oscurecer las glorias de la Iglesia de España. Acerca de esto dice el mismo San Cipriano en la citada carta: «Si estos dos «Prelados ruines escandalizan á la Iglesia, otra multitud de sacerdotes sostienen el honor de la Majestad «divina y de la dignidad sacerdotal, y la caida de ellos «excita su celo y fervor.»

Desgraciadamente nuestra Iglesia de España tiene que lamentar algunas falsificaciones en las actas de los santos. La mayor parte de ellas fueron forjadas en la

(1) Tenemos á la vista carta de San Cipriano . y estas son sus palabras: *Utque alius Felix de Cæsaraugusta fidei cultor atque defensor veritatis litteris suis significat*, etc. No pueden ser más honrosas para el interesado estas expresiones.

Edad Media y despues algunas en el siglo xvii por los autores de los falsos cronicones. El Padre Florez en el tomo vii de la *España Sagrada* se lamenta del atrevimiento con que algunos fingiendo actas tuvieron la osadía de profanar el martirologio. Como una muestra de esta falsedad cita el mismo Padre Florez las actas de San Justo y San Abundio, que para que fuesen considerados mártires de Baeza no faltó quien raspase de un códice de la catedral de Toledo la palabra *Hierosolina*, patria de dichos santos ó lugar de su martirio substituyéndola con la palabra *Beacia*. Sin embargo puede decirse que en España por punto general las falsificaciones de actas no han tenido por objeto fingir santos, sino las circunstancias ó lugar de sus martirios.

Hemos hasta ahora descrito nueve persecuciones sufridas por la Iglesia en el espacio de los tres siglos de su infancia: hemos visto correr con abundancia la sangre de una multitud de cristianos; pero todo esto no era mas que un preludio de lo que habia de ser la décima y última persecucion. En ella como veremos, la España dió tambien al cielo un gran número de mártires. Esta nacion privilegiada estaba destinada por Dios para ser modelo de catolicismo, y necesariamente tambien en ella la religion salvadora de Jesucristo habia de ser regada en su infancia y para su completo desarrollo con sangre abundante de los confesores de la doctrina evangélica.

Hemos hablado á su tiempo de San Cipriano, constante defensor de la fe, y rígido mantenedor de la dis-

ciplina de la Iglesia, y dimos cuenta de la heroicidad con que sufrió el martirio. Antes, pues, de entrar á reseñar la décima y más cruel de todas las persecuciones que sufrió la Iglesia durante su infancia, numeraremos las obras de aquel Santo Padre.

Las obras de San Cipriano son las siguientes:

Ochenta y una *Epistolas* sobre asuntos de fe, de moral y de disciplina. El *Tratado de los Testimonios*, contra los judios. El *Tratado de Lapsis ó de los caidos*. *La explicacion de la Oracion dominical*, que es un admirable tratado de moral evangélica. *La Exhortacion al martirio*, que escribió poco tiempo antes de su muerte. El libro *De la Paciencia*. Otro sobre *Las obras de misericordia*. El *Tratado de la Mortandad*. El libro *Contra Demetrio*; que forma una bellísima apología de la religion y en suma, la titulada *De la unidad de la Iglesia*, que es entre todas la más notable. Empieza esta obra estableciendo el primado de San Pedro para que solo haya una cátedra y una sola Iglesia, y se ocupa despues de la unidad del Episcopado, de la unidad de la Iglesia y de la necesidad absoluta de permanecer unidos á la divina jerarquía. Hé aquí como se explica: «El que se separa de la Iglesia no recibirá jamás las recompensas de Jesucristo. Debe ser considerado como un extranjero, como un profano ó cual un enemigo. No puede tener á Dios por Padre quien no tiene á la Iglesia por Madre. Así como en el Diluvio perecieron todos los que no entraron en el arca de Noé, perecerán del propio modo en la vida los que no entran en la Iglesia de Jesucristo.»

«No crea nadie, añade, que los buenos pueden separarse de la Iglesia. El viento deja el trigo en la era y solo se apodera de las leves pajas. El cisma es un crimen tan enorme, que ni aun la muerte es bastante para expiarlo. El que no está en la Iglesia no puede ser mártir. Podrá morir pero no será coronado.»

Dejaremos consignados los nombres de varios escritores eclesiásticos que florecieron por la misma época, tales como *Hipólito*, obispo de un lugar controvertido, pues unos afirman que fué del Puerto Romano, mientras otros le hacen metropolitano de Arabia, y alguno de otro punto, llamado tambien Puerto. Escribió por los años 222 de Jesucristo los *Cánones sobre la Pascua*, obra de la que se ocupan con grandes elogios doctísimos varones: *Minucio Felix*, que refutó con brillantez las antiguas fábulas: *Ammonio Alejandrino* que dió á luz su elegantísima obra *Concordia de Moisés con Jesucristo*: *Julio Africano*, que escribió una *Genealogía del Salvador* en su *Epístola á Aristides*. *Dionísio* el obispo de Alejandria, por su *Epístola á Fabio de Antioquía*: *Cayo*, presbítero de la Santa Iglesia Romana, que escribió contra Artemon y Teodoto: *Panfilio*, por sus cinco libros *apologéticos*. *Anatalio*, obispo de Laodicea, el cual trabajó mucho sobre los antiguos cánones, y otros menos notables.

CAPÍTULO XVII.

Reflexiones preliminares al triunfo de la Iglesia católica —Carácter de Diocleciano y Maximiano.—Tiburcio, mártir.—Crueldad de los edictos.—San Vicente, diácono.—Santos Justo y Pastor.—San Servando y San German.—Mártires en diversos puntos.—Santa Eulalia de Barcelona.

La filosofía se asombra al contemplar de qué manera el Evangelio vió caer á sus piés al griego y al romano, triunfando de todos los esfuerzos y conspiraciones que en todo tiempo se han propuesto disputarle su imperio, y trata de atribuirlo á causas puramente naturales, y no quiere ver en el fundador del cristianismo más que á un sábio como lo fueron sus predecesores, aunque más sagaz para aprovecharse de las ventajas que le ofrecian las circunstancias de sus tiempos para poder establecer una nueva religion. Se considera en su muerte y sin tener en cuenta los prodigios que la acompañaron y siguieron no ven en Jesucristo, más que una víctima inmolada por la envidia de sus conciudadanos.

Empero basta fijar la atencion en las páginas de los anales de la Iglesia; basta contemplar las terribles luchas que hubo de experimentar en los tres siglos de su infancia, luchas sostenidas por el poderío de los

Césares, que produjeron rios de inocente sangre, y las que á través de los tiempos viene sosteniendo con las peregrinas doctrinas que aparecen, con las herejías y con el filosofismo moderno, para convencerse que en la realizacion de la obra evangélica no concurrieron ni pudieron concurrir esas causas naturales que forman el recurso de los hombres hostiles á la Religion. Jesucristo no necesitó de nada ni de nadie para llevar á cabo su obra, y la prueba está en que no buscó para propagadores de su doctrina á los sábios del mundo, sino á los pobres é ignorantes que supo convertir en sábios enviando sobre ellos el Espíritu Santo. *Cuando fuere elevado de la tierra*, habia dicho, *todo lo atraeré á mí* (1). Y en otra ocasion profetizando las persecuciones que habian de sufrir sus seguidores, dijo á los Apóstoles; *Como yo fuí enviado por mi Padre, así yo os envío. Es necesario que el Cristo sufra y que muera antes de entrar en su gloria: y vosotros tambien sufrireis aflicciones en el mundo: mas tened confianza que yo he vencido al mundo* (2).

Hé aquí de que manera se espresa Gibbon, cuya autoridad no parecerá sospechosa: «Mientras que el imperio romano cede á los esfuerzos que le atacan por todas partes, una religion humilde y pura, crece en medio del silencio y de la oscuridad, saca de la misma oposicion un nuevo vigor, y enarbola, en suma, sobre

(1) S. Juan XII y 32.

(2) S. Juan XX, 21.—S. Márcos VIII, 31.—S. Juan XVI, 33.

«las ruinas del Capitolio la bandera triunfante de la
«Cruz. Su influencia no se limita á la duracion ni á
«los límites del imperio. Esta religion es abrazada
«tambien por las naciones que sobrepujaron á todos
«los demas pueblos del universo en las artes, en las
«ciencias y en las armas. El cristianismo reina en las
«mas remotas costas del Asia y del Africa, y se halla
«firmemente establecido en el mundo desconocido de
«los antiguos (1).

¿Y cómo podia verificarse todo esto sin causas sobrenaturales? Hemos visto hasta ahora lo que hubo de sufrir la Iglesia en las nueve persecuciones que llevamos historiadas. ¿Qué otra idea que no hubiese sido la idea cristiana, no hubiese quedado sofocada en tan inmensos lagos de sangre? Los Césares regian el mundo con un poder el más absoluto y despótico: todo cedia al empuje y á la fuerza de sus armas: la humanidad entera abatida y humillada se arrastraba al pié del Capitolio y no habia voluntad que se opusiese á la voluntad del César. Y sin embargo, y á pesar de los tormentos, en el siglo II ya los cristianos lo llenaban todo, como afirmaba Tertuliano.

Pues bien, vamos á historiar la décima y última de las persecuciones suscitadas contra la Iglesia en el tiempo de su infancia, la gran batalla librada por el paganismo contra la verdad de la Religion Cristiana y al ver la Cruz enseñorearse magestuosamente sobre las

(1) Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, tomo I, cap. XV.

alturas del Capitolio, inclinaremos la cabeza para saludar ese signo augusto de la redencion humana, glorándonos de que sea nuestra bandera de gloria.

Examinemos ante todo el carácter de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Lo que vamos á referir sobre esta persecucion hasta el martirio de santa Eulalia de Barcelona, lo reproducimos de nuestra citada obra *Siglos del cristianismo*.

Ambos oriundos de familias oscuras, y soldados aventureros, habian llegado por su osadía y tal vez por su valor á verse señores del imperio. Por lo comun el hombre que desde una humilde cuna llega á ocupar puestos elevados en la jerarquía social suele ser un tirano, porque el orgullo y la vanidad suelen con facilidad tomar posesion de su corazon. Por fortuna hay en esto algunas excepciones, y la historia recuerda los gratos nombres de algunos hombres que habiendo sido elevados desde la ínfima clase del pueblo á los más elevados puestos del Estado, han sido humildes y benéficos, captándose el aprecio de sus conciudadanos. No pueden ser incluidos en esta excepcion Diocleciano y Maximiano, que fueron el azote de sus vasallos.

Ya hemos insinuado que en los primeros años de estos emperadores no se declaró por parte de ellos persecucion á los cristianos: sin embargo, los encargados en el gobierno de las provincias obraban á su voluntad sin temor de desagradar á los emperadores. Segun era mayor ó menor el odio que profesaban á los cristianos, así los perseguian más ó ménos encarnizada-

mente. Uno de los que más hostiles se mostraron al cristianismo fue Lisias, gobernador de Cilicia. San Cosme y San Damian hermanos, y ambos de profesion médicos, como asimismo los tres hermanos Claudio, Astero y Neon y dos mujeres llamadas Domnina y Teonila, consiguieron por este tirano la palma y la corona del martirio.

Notable es tambien el martirio de un hombre llamado Tiburcio, el cual fue presentado al prefecto Fabiano, acusado de ser cristiano. Aquel juez le presentó un brasero con incienso y le ordenó que en el momento escogiese entre ofrecer aquel incienso á los dioses ó andar por encima del brasero. Tiburcio sin contestar palabra alguna hizo la señal de la cruz, y empezó á andar sobre las ascuas, sin experimentar daño alguno. Entónces, parándose en medio de ellas, dijo á Fabiano: *Adorador de Júpiter*: ¿te atreverias siquiera á meter la mano en agua hirviendo en nombre *del mayor de tus dioses*? A lo que contestó Fabiano: *Ya sé que tu Cristo es un gran obrador de mágia*. El santo confesor de Jesucristo no pudo sufrir que de tal modo ultrajasen al que es la santidad por esencia y lleno de celo santo le replicó: *Calla, insolente, y no blasfemes de lo que ignoras*. No hubo mas interrogatorio, pues que en el momento mandó que le cortaran la cabeza. Con el mayor regocijo cerró sus ojos á la luz del mundo para abrirlos á la claridad del cielo y disfrutar por siempre la felicidad que Jesucristo tiene ofrecida á los que le confiesan delante de los hombres.

Tanto Diocleciano, emperador de Oriente, como Maximiano, que lo era en Occidente, propusiéronse á todo trance concluir con el cristianismo, y el primero que como hemos dicho se mostró benigno en los primeros tiempos de su reinado, mudó de propósito y publicó en Nicomedia el año 303 un edicto por el que mandaba demoler las Iglesias y quemar las Santas Escrituras. Tras este edicto publicó otros muchos á cuál más crueles que hicieron correr con abundancia en todas partes rios de sangre cristiana. Por su parte Maximiano imitó su ejemplo, que era muy conforme á su carácter feroz y sanguinario.

Cuanto en su odio pudiera inventar el infierno de más cruel, otro tanto se puso en juego para exterminar á los profesores de la doctrina del Crucificado del Gólgota. No contentos con quitarles la vida les hacian sufrir los tormentos más crueles. Con sólo leer la descripción de ellos se resiente la naturaleza. Sólo unas criaturas en cuyos pechos ardia la llama del amor divino, pudieran resistirlos. Solo Dios podia fortalecerlos. En Siria los asaban en grandes parrillas. En Mesopotamia los colgaban cabeza abajo y ponian debajo fuego lento para que se ahogasen con el humo y se quemasen al mismo tiempo. En el Ponto les introducian cañas aguzadas por entre las uñas y despues echaban sobre ellos plomo derretido. En suma, no terminaríamos si hubiésemos de referir todas las crueldades que con los cristianos se ejercian. Los crueles emperadores enviaron á España por presidente á Daciano, que tan feroz como ellos, desempeñó fielmente

su comision ejerciendo las mayores crueldades con los cristianos. Una de las primeras víctimas de Daciano fue el invicto San Vicente, diácono, aprisionado en Zaragoza y que padeció el martirio en Valencia, donde se celebra con la mayor pompa su fiesta cada año. De los mártires de esta persecucion así en España como en otras partes haremos breves reseñas; pero creemos oportuno hacer una excepcion reproduciendo aquí la vida y martirio de San Vicente, tanto por las particularidades que encierra, como por ser tan celebrado en el reino de Valencia. Hemos preferido la narracion escrita por el P. Ribadeneira, que es de este modo:

«El ilustrísimo mártir San Vicente nació en la ciudad de Huesca, y crióse en la de Zaragoza del reino de Aragon. Su padre se llamó Enriquio y su madre Enola. Desde niño se inclinó á las obras de piedad y virtud, se dió á las letras, y finalmente fue ordenado de diácono por San Valerio, obispo de Zaragoza, el cual, por ser ya viejo é impedido de la lengua, encomendó á San Vicente el oficio de predicar. Eran emperadores en este tiempo Diocleciano y Maximiano, tan crueles tiranos y fieros enemigos de Jesucristo, que nunca se vieron hartos de sangre de cristianos, pensando por este camino tener gratos á sus falsos dioses y establecer con el favor de ellos más su imperio. Enviaron los emperadores á España por presidente y ministro de su impiedad á Daciano, tan ciego en la supersticion de sus dioses, y tan bravo y furioso en la fiereza como ellos. Llegó este mónstruo á Zaragoza, hizo grande estrago en la Iglesia de Dios, atormentó y

mató á muchos cristianos, prendió á otros y entre ellos á San Valerio, obispo, y á San Vicente, diácono suyo, que eran los dos que más se podian resistir, en quienes todos los otros cristianos tenian puestos los ojos, y cuyo ejemplo y gran fortaleza más los podia esforzar. Pero queriendo el presidente tratar más despacio la causa de estos dos santos, los mandó llevar á la ciudad de Valencia á pié y cargados de hierro : y ellos fueron con mucha pobreza y mal tratamiento de los ministros, que por esta crueldad pensaban ganar la gracia de su amo. Llegados á Valencia, les echaron en una cárcel oscura, hedionda y penosa, donde estuvieron muchos dias apretados de hambre y de sed, de cadenas y prisiones, pero muy regalados del Señor, porque padecian por su amor. Pensaba el presidente que con el tiempo y mal tratamiento ablandaria aquellos corazones esforzados ; más sucedióle tan al contrario, que cuanto más los afligia, tanto más se alentaban, y con el fuego de la tribulacion resplandecia más el oro de su caridad, y sus mismos cuerpos de carne, y flacos, cobraban fuerza con las penas. Mandólos Daciano traer delante de sí, y como los vió sanos, robustos y alegres, pensando que con el hambre, sed y los trabajos de la dura cárcel estarian marchitos, desmayados y consumidos, enojóse sobremanera contra el carcelero, creyendo que los habia regalado, y díjole : «¿ Esto es lo que te he mandado? ¿Así han de salir de la cárcel fuertes y lucidos los enemigos del imperio?» Y volviéndose á los santos mártires dijo : «¿Qué me dices, Valerio? ¿Quieres obedecer á los emperadores y adorar

á los dioses que ellos adoran?» Y como el santo viejo respondiese mansamente y quedo, y por el impedimento de su lengua no se entendiese bien su respuesta, tomó la mano San Vicente, y con grande espíritu y fervor dijo á Valerio. «¿Qué es esto, padre mio? ¿Por qué hablas entre dientes como si tuvieses temor de este perro? Levanta la voz, para que todos te oigan, y la cabeza de esta serpiente infernal quede quebrantada; y si por tu mucha edad y flaqueza no puedes, dame licencia, que yo le responderé.» Y habida la licencia, dijo á Daciano: «Esos tus dioses, Daciano, sean para tí; ofréceles tú incienso y sacrificio de animales, y adóralos como defensores de vuestro imperio, que nosotros los cristianos sabemos que son obras de los que los fabricaron, y que no sienten ni se pueden mover, ni oír á quien los invoca. Nosotros reconocemos aquel sumo artífice que crió el cielo y la tierra por sola su voluntad, y con su singular providencia rige y gobierna esta máquina del mundo. A este solo Señor tenemos por Dios, á él adoramos, á él reverenciamos, y á su benditísimo Hijo Jesucristo, que vestido de nuestra carne humana murió por nosotros en la Cruz, y para pagarle, de la manera que podemos, aquel infinito amor y aquella muerte con nuestra muerte, deseamos padecer muchos tormentos, y derramar la sangre, y dar la vida por su santísima fe.»

«Con estas palabras cobraron grandes esfuerzos los cristianos que estaban presentes, y el presidente grande indignacion. Mandó que el santo obispo fuese desterrado, y San Vicente cruelmente atormentado. Des-

nudándole los sayones, cuélganle de un alto madero, estíranle con cuerdas de los piés, y descoyuntan sus sagrados miembros; y en el mismo tormento le hablaba Daciano y le decia: «¿No ves, cuitado, cómo está despedazado tu cuerpo?» Al cual el valeroso mártir con rostro alegre y risueño respondió: «Esto es lo que siempre deseé, créeme, Daciano, que ningun hombre me podia hacer mayor beneficio que el que tú me haces, aunque sin voluntad de hacerlo. Mayor tormento padeces tú viendo que tus tormentos no me pueden vencer, que el que yo padezco. Por tanto yo te ruego que no te amances, ni aflojes un punto el arco que contra mí tienes flechado; porque cuanto más crueles fuesen tus saetas tanto más gloriosa será mi corona y yo cumpliré mejor con el deseo que tengo de morir por aquel Señor que por mí murió en la Cruz.» Salió de sí con estas palabras el fiero tirano, y con los ojos turbados, echando espumarajos por la boca y dando bramidos como un leon, arrebató los azotes sangrientos de manos de los verdugos, y comenzó á dar con ellos, no al santo mártir, sino á los mismos verdugos, llamándolos flojos, mujeres y gallinas. Entónces Vicente miró á Daciano blandamente, y dijole: «Mucho te debo, Daciano, pues haces oficio de amigo y me defiendes: hieres á los que me hieren; azotas á los que me azotan, y maltratas á los que me maltratan.» Todo esto era echar aceite en el fuego, y encender más el ánimo del tirano, viendo hacer burla de sus tormentos. Padecia la carne del santo levita, hablaba su espíritu, y con lo que el espíritu hablaba la impiedad del tirano

quedaba convencida, y el mártir cobraba fuerzas. Mandó Daciano á aquellos sayones que continuasen sus tormentos, y con garfios y uñas de hierro rasgasen el santo cuerpo, y ellos lo hicieron con extraño furor; mas el santo, como si no fuera de carne, ni sintiera sus dolores, así hacia escarnio de aquellos crueles atormentadores, y les decia: «¡Qué flacos sois! ¡Qué pocas fuerzas teneis! Por más valientes os tenia.» Estaban los verdugos cansados de atormentar al santo, y él no lo estaba de ser atormentado. Ellos habian perdido el aliento, y no podian pasar adelante en su trabajo, y nuestro Vicente estaba muy alentado y gozoso, y cobraba nuevas fuerzas de sus penas, para que, como dice San Agustin, consideremos en esta pasion la paciencia del hombre y la fortaleza de Dios. Si miramos la paciencia del hombre, parece increíble; si miramos el poder de Dios, no tenemos de qué maravillarnos. Vistióse Dios de la flaqueza del hombre, y por eso sudó sangre cuando oró en el huerto, por la terribilidad de los tormentos que se le representaban, y vistió al hombre de la virtud de su deidad, para que pase las suyas con fortaleza y alegría, y el hombre quede obligado á hacer gracias al Señor, por lo que tomó de su flaqueza y le comunicó de su virtud. Así lo vemos en San Vicente, á quien Dios armó de tan diversa fortaleza y constancia que los tormentos le parecian regalos, las espinas flores, el fuego refrigerio, la muerte vida; y parece que á porfía peleaban la rabia y furor de Daciano y el ánimo y fervor del santo mártir, el uno en darle penas y el otro en sufrirlas; pero

antes se cansó Daciano en atormentarle que Vicente en reirse de sus tormentos. Pusiéronle en una cruz, extendiéronle en una como cama de hierro ardiendo, abrasáronle los costados con planchas encendidas, corrían los rios de sangre que salían de sus entrañas, con tanta abundancia que apagaban el fuego; la carne estaba consumida, y sólo los huesos quedaban ya, denegridos y quemados. Mandaba el prefecto echar gruesos granos de sal en el fuego, para que saltando le hiriesen; y el valeroso soldado de Cristo, como si estuviera en una cama de rosas y flores, así hacia burla á los que le atormentaban, y más de Daciano, el cual, viéndose vencido del santo mozo, mandó que de nuevo le echasen en una cárcel muy oscura, y que la sembrasen de agudos pedazos de tejas, y le arrastrasen sobre ellas, para que no quedase parte de su cuerpo sin nuevo y agudo dolor; aunque, como dice San Isidoro, no buscó Daciano el secreto y oscuridad de la cárcel tanto por atormentar con ella á San Vicente, quanto por encubrir su tormento y la pena que tenia de verse vencido de él. Estaba el valeroso levita sobre aquella cama dura y dolorosa, con el cuerpo muerto y el espíritu vivo aparejándose para nuevos martirios y nuevas penas, cuando el Señor, mirando á su soldado desde el cielo, tuvo por bien de darle nuevo fervor, y mostrar que nunca desampara á los que confían en él. Habíale regalado con la constancia y alegría en los tormentos, y con el fervoroso deseo de sufrir más, y con la victoria tan gloriosa de sus penas; ahora quiso hacerle otro regalo mayor, librándole de ellos con espanto de sus mismos enemigos.

«Descubrióse en aquella cárcel sucia y tenebrosa una luz venida del cielo, sintióse una fragancia suavísima, bajaron ángeles á visitar al santo mártir, el cual, en un mismo tiempo vió la luz, sintió el olor y oyó los ángeles que con celestial armonía le recreaban. Turbáronse los guardias creyendo que San Vicente se habia huido de la cárcel, mas el santo, viéndolos así turbados, les dijo: «No he huido, no, aquí estoy, aquí estaré; entrad, hermanos, y gustad parte del consuelo que Dios me ha enviado, que por aquí conoceréis cuán grande es el Rey á quien yo sirvo y por quien yo tanto padezco; y despues de haberos enterado de esta verdad, decidle á Daciano de mi parte que apareje nuevos tormentos, porque yo ya estoy sano y aparejado á sufrir otros mayores.» Fueron los soldados á Daciano y dijéronle lo que pasaba, y quedó como muerto y fuera de sí; y entretanto que pensaba lo que habia de hacer, estaban los ángeles dando suavísima música al santo mártir, y haciéndole dulcísima compañía, y como dice Prudencio, hablando de esta manera: «Ea, mártir invicto, no temas, que ya los tormentos te temen á tí, y para contigo han perdido toda su fuerza. Nuestro Señor Jesucristo, que ha visto tus batallas gloriosas, te quiere ya como vencedor coronar: deja ya el despojo de esta flaca carne, y vente con nosotros á gozar de la gloria del paraíso.»

«Pasada aquella noche mandó Daciano que trajesen el santo mártir á su presencia, y viendo que la crueldad y fiereza que habia usado contra él le habia salido vana, quiso con astucia y blandura tentar aquel pecho

invencible que á tantos tormentos habia resistido, y comenzóle á regalar con dulces palabras, y á decirle: «Muy largos y muy atroces han sido tus tormentos: razon será que descanses en una cama blanda y olorosa, y que busquemos medios con que cobres la salud.» No era esto celo, ni caridad, ni arrepentimiento del tirano, sino una sed insaciable de sangre del mártir. Queríale sanar para atormentarle de nuevo, y darle fuerzas para que pudiese más sufrir. Estas son las artes, como dice san Agustin, que el mundo usa contra los soldados de Cristo; halaga para engañar, espanta, para derribar. Pero con dos cosas se vence al mundo: con no dejarnos llevar de nuestro apetito y propia voluntad, y con no quejarnos de la crueldad ajena. Más el glorioso mártir de Cristo, Vicente, en viéndose tendido en aquella cama blanda y regalada, aborreciendo más las delicias que las penas, y el regalo que el tormento, dió su espíritu, el cual, acompañado de los espíritus celestiales, subió al cielo y fue presentado delante del acatamiento del Señor, por quien tanto habia padecido. Embravecióse sobremanera Daciano, y dejando aquella máscara de oveja, que habia tomado, volvióse luego á la suya de leon, y propuso vengarse del cuerpo del santo muerto, pues que no habia podido vencerle vivo. Mandó echar el sagrado cuerpo á los perros y á las fieras, para que fuese despedazado y comido de ellas, y los cristianos no lo pudiesen honrar. Pero ¿qué puede toda la potencia y maldad de los hombres malvados contra los siervos de aquel Señor, que con tanta gloria suya los

defiende en la vida y en la muerte, y despues de la muerte los hace triunfar quedando sus enemigos vencidos y confusos? Estaban los miembros de nuestro vencedor desnudos y arrojados en el suelo, junto á un camino, y allí cerca de un monte, para que las aves del cielo y las bestias fieras se cebasen en él; pero en viendo alguna ave de rapiña sobre el santo cuerpo, luego salia del monte un cuervo grande, y graznando y batiendo sus alas, embestia con el ave atrevida, y con el pico, uñas y alas le daba tanta prisa, que la ahuyentaba, y se retiraba y se ponía como guarda á la vista del santo cuerpo. Vino un lobo para encarnizarse en él, más el cuervo le asaltó y se le puso en la cabeza, y le dió tantas picadas y tantos alazos en los ojos, que le hizo volver más que de paso á la cueva de donde habia salido. ¡Oh bondad inmensa del Señor, que así sabe regalar á los suyos! ¡Oh omnipotencia de Dios, á quien todas las criaturas sirven! ¿Cuál fue mayor milagro, que el cuervo trajese de comer á Elías hambriento, ó que el cuervo hambriento no comiese del cuerpo muerto de Vicente, y que no solamente no comiese, más que no dejase comer á las otras aves de rapiña y fieras hambrientas? «¡Oh loco furor y furiosa locura de Daciano! dice san Agustín. El cuervo sirve á Vicente, y el lobo lo reverencia; y Daciano le persigue, y no tiene vergüenza de porfiar en su maldad, y de encruelecerse más contra aquel que las bestias fieras, olvidadas de su fiereza, procuran amparar y defender.»

Supo Daciano lo que pasaba, y dió gritos como un

loco, y decia: « ¡Oh Vicente, aun despues de muerto vences, y tus miembros desnudos, y sin sangre y sin espíritu, me hacen guerra! No, no será así; » y volviéndose á los sayones y ministros de su crueldad, mandóles que tomasen el cuerpo del santo mártir, y cosido en un cuero de buey, como solian hacerlo con los parricidas, le echaron en lo más profundo del mar para que fuese comido de los peces, y nunca jamás pareciese; pensando poder vencer en el mar á quien no habia podido vencer en la tierra, como si Dios no fuese tan Señor de un elemento como lo es del otro, y tan poderoso en las aguas como en la tierra, y el que, como dice el real Profeta, hace todo lo que se quiere en el cielo y en la tierra, en el mar, y en todos los abismos. Toman el cuerpo santo los impios ministros, llévanle en un barco, tan dentro del mar, que no se veia sino agua y cielo; échanle en aquel profundo abismo, y vuélvense muy contentos hácia tierra, por haber cumplido el mandato del presidente. Más la poderosa mano del muy Alto, que habia recibido en su seno el espíritu de Vicente, cogió el cuerpo de en medio de las ondas, para que se pusiese en el sepulcro, y con tanta facilidad y presteza le trajo sobre las ondas á la orilla del mar, que cuando llegaron los ministros de Daciano, que le habian arrojado, le hallaron en ella, y asombrados y despavoridos no lo osaron más tocar. Las ondas blandamente hicieron una hoya, y cubrieron al santo cuerpo con la arena que allí estaba, como quien le daba sepultura, hasta que el santo mártir avisó á un hombre

que lo quitase de allí, y le enterrase; más como él por miedo de Daciano estuviese tibio y perezoso en ejecutar lo que le fue mandado, el santo apareció á una buena y devota mujer, viuda, y le reveló el lugar donde estaba su cuerpo, y mandóle que le diese sepultura. Hizo la mujer varonil lo que no habia hecho el hombre temeroso, y venciendo con su devocion los espantos del tirano, tomó el cuerpo, y enterróle fuera de los muros de Valencia, en una iglesia que despues se dedicó al Señor en honor del mártir.

Estas fueron las peleas y victorias, las coronas y trofeos del gloriosísimo mártir San Vicente, el cual, como dice San Agustín, tomado de aquel vino, que hace castos y fuertes á los que beben, se opuso al encuentro del tirano que contra Cristo se embravecia, sufrió con paciencia las penas, y estando seguro, hizo burla de ellas, fuerte para resistir, y humilde cuando vencia, porque sabia que no vencia él, sino el Señor en él. Y por esto ni las láminas y planchas encendidas, ni las sartenes de fuego, ni el ecúleo, ni las uñas y peines de hierro, ni las espantosas fuerzas de los atormentadores, ni el dolor de sus miembros consumidos, ni los arroyos de sangre, ni las entrañas abiertas que se derretian con las llamas, ni todos los otros exquisitos tormentos que le dieron, fueron parte para ablandarle un punto, y sujetarle á la voluntad de Daciano. Pues ¿qué es esto, sino mostrarse la fortaleza de Dios? Cuando fuere menester perder la vida por la honra de su Señor, no teme su flaqueza, sabiendo que no ha de pelear él, sino Dios en él. Ya se aca-

baron la rabia de Daciano y la pena de Vicente, mas no acabaron la pena de Daciano y la corona de Vincencio. ¿En qué parte del mundo no se ha derramado y extendido la fragancia y la gloria de este martirio? ¿Dónde no resuena el nombre de Vincencio? ¿Quién hubiera oido mentar á Daciano, sino por haber leido la pasion del que tan gloriosamente le venció? Lo cual nos debe animar á todos á la imitacion de nuestro victorioso Vicente, menospreciador del tirano, vencedor de los tormentos, triunfador de la muerte, del demonio y del infierno; para que siendo particioneros de sus merecimientos, lo seamos de sus coronas y triunfos.

Murió San Vicente á los 22 de enero del año del Señor 303. Escribió San Agustin dos sermones de este glorioso santo, y San Bernardo otro. Hacen honorífica mencion de él San León papa, Prudencio, Isidoro, Metrafrastres y los demas que escriben martirologios.

Tal es la narracion histórica de la vida y martirio de este ilustre español que hemos creido oportuno, como dijimos al principio, presentar á la consideracion del lector tal como la escribió el P. Ribadeneira, sin añadirle ni quitarle por ser tenido en la mayor estima.

El riguroso orden cronológico nos haria ahora detenernos á dar cuenta de un suceso de la mayor importancia para formarse una idea del estado que al principio del siglo iv presentaba la Iglesia de España. Este suceso no es otro que el Concilio nacional de Elvira ó

de Granada, celebrado el año de 300 á 301. Sin embargo, vamos á continuar la reseña de nuestros mártires, y despues fijaremos nuestra atencion en aquel importante asunto.

Decíamos que Daciano habia cumplido con la mayor exactitud y fidelidad las órdenes de los Emperadores. Presidente de las tres Provincias Tarraconense, Bética y Lusitania, impulsado por su falso celo, ó mejor dicho por el implacable odio que profesaba á los cristianos, corria de una en otra parte pronunciando en todas las mas crueles sentencias.

En la antigua Compluto, hoy Alcalá de Henares, fué muy notable el martirio de los santos niños Justo y Pastor, de edad de siete años el uno y de nueve el otro. Cuando Daciano llegó á Alcalá se publicó un decreto suyo por el cual se mandaba que todos sacrificasen á los dioses protectores del imperio romano, y que los que rehusasen obedecer la órden fuesen muertos en los más crueles tormentos. Los cristianos que en gran número habia en aquellá ciudad se affligieron, y Dios quiso por medio de dos niños animarlos á padecer por su nombre. Estos fueron justo y Pastor, que salieron al campo para burlarse del tirano enemigo de Cristo: eran hermanos y de la edad que hemos dicho. Hijos de padres cristianos, habian aprendido la doctrina cristiana y eran educados en el santo temor de Dios. Apénas supieron lo que se mandaba en el edicto, se vieron animados por el deseo de padecer por Jesucristo, y arrojando las cartillas se marcharon de la escuela, dirigiéndose á casa de Daciano para confesar en su presencia á Jesucristo.

Cuando el cruel Daciano vió á aquellos niños y supo que se presentaban espontáneamente y sin ser enviados por nadie, no pudo ménos de sorprenderse; pero juzgando que aquella era cosa de niños, mandó azotarlos en secreto, creyendo que esto seria suficiente para que se arrepintiesen. Justo, que era el mayor, animaba á su hermano diciéndole que no temiese á los tormentos, pues que ellos habian de abrirles las puertas de los cielos. San Isidoro refiere por extenso las exhortaciones que el menor recibia del mayor y que omitimos por no dilatarnos. Presentados de nuevo á Daciano despues de sufrir los azotes, confesaron con valor y denuedo á Jesucristo, negándose resueltamente á sacrificar á los dioses; y viendo el presidente que se ofrecian á la muerte, mandó que los degollasen en un lugar apartado fuera del pueblo. Sacáronlos á un campo llamado Loable, y allí les cortaron la cabeza sobre una piedra en la cual quedaron impresas las señales de sus rodillas y manos, señales que aun hoy día se conservan. Los cristianos recogieron con veneracion las cabezas y cuerpecitos de los santos, que hoy se veneran en la Iglesia colegiata de Alcalá de Henares. La devocion á estos santos niños es muy general en España, y Madrid, Barcelona y otras capitales y pueblos tienen templos de su advocacion en los que reciben culto continuo.

En Cádiz padecieron tambien San Servando y San German. Eran hermanos, y presentados que fueron delante de un juez, confesaron valerosamente á Jesucristo, pero salieron libres. Desde entónces eran vene-

rados como Confesores, y Dios empezó á hacer por ellos muchos milagros, concediendo salud á los enfermos á quienes ellos visitaban. Aconteció esto en Mérida, donde desde entónces se ocupaban en combatir los errores y en animar á los fieles para que sin temor á los tormentos y á la muerte confesasen á Jesucristo. Fueron de nuevo presos y presentados á un vicario de un prefecto llamado Viator, el cual, como dice Isidoro, los mandó atormentar con azotes y peines de hierro. Como Viator tuviese que partir á Tánger, mandó que los dos santos le siguiesen á pié y cargados de cadenas, haciéndoles pasar por el camino el rigor del hambre y de los malos tratamientos, trabajos que aquellos soldados de Cristo sufrían con la mayor alegría. Luego que Viator hubo llegado á Cádiz, donde debia embarcarse para Tánger, los mandó degollar en una heredad que llaman Urroniano, teniendo lugar este martirio el 23 de Octubre, en cuyo dia hacen mencion de ellos los martirologios romanos y en el *Breviario Toledano* se cantan sus alabanzas. Mérida y Cádiz reconocen á San Servando y San German por sus especiales patronos, la primera por haber sido el lugar de su nacimiento, y la segunda por haberlo sido de su martirio. Cuando en el año 1755 un espantoso terremoto hizo los mayores estragos en Europa, Cádiz, isla que solo tiene una lengua de tierra, estuvo á punto de ser sumergida por las aguas. La mayor parte de sus habitantes buscaban la salvacion huyendo por aquella lengua de tierra que conduce á la ciudad de San Fernando, pero encontraban la muerte por haberse

juntado ambos mares. Entónces dos jóvenes de singular hermosura cerraron las puertas de Cádiz para impedir la salida, con lo que se evitaron multitud de víctimas. Aquellos jóvenes, que desaparecieron y á quienes nadie pudo impedir el que llevasen á cabo su obra, créese que fueron Servando y German, patronos y protectores de la ciudad. La indicacion de este hecho es un recuerdo patrio que consignamos con placer.

Llenaríamos muchos pliegos con sólo querer consignar los nombres y hechos principales de los innumerables mártires que en España recibieron la corona del martirio durante esta última persecucion. Así, pues, diremos tan sólo que en Avila padecieron Vicente, Cristeta y Sabina; en Lisboa (entónces perteneciente á España) los hermanos Verísimo, Máxima y Julia; en Zaragoza la vírgen Engracia, Cayo y Cremenio y otros muchos en verdad innumerables. Girona presencié ademas el martirio de su obispo San Narciso, el del diácono Víctor y sus padres; Córdoba, el de los santos Fausto, Januario y Marcial, Acisco, Victoria, Zoilo y sus veinte compañeros y los santos Emeterio y Celedonio, Búrgos, el de las vírgenes Centola y Elena; Mataró, el de las santas hermanas Juliana y Semproniana; Mérida, el de las santas Eulalia y Julia, y Barcelona cuenta entre sus mártires á San Cucufate y á la tierna vírgen Eulalia.

Escribiendo esta obra en Barcelona, que tanto amor profesa á su esclarecida patrona la vírgen Eulalia, no nos creemos dispensados de dedicar algunas líneas á tan ilustre mártir.

Entró Daciano en Barcelona y publicó un edicto concebido en los mismos términos del que dijimos habia publicado en Alcalá, empezando á darramar en seguida la sangre de los cristianos. Vivía entónces en Barcelona una santa doncella, nacida de nobles padres, llamada Eulalia, la cual era cristiana y residia en una heredad fuera de la ciudad y donde hoy es el pueblo de Sarriá. Tenia catorce años de edad, y estaba adornada de grandes virtudes, siendo amantísima de la castidad. Al saber el edicto de Daciano su corazón experimentó dos afectos contrarios, de tristeza y de alegría. Causaba su tristeza el pensar si habria algunos cristianos tímidos y cobardes que por miedo á los tormentos y á la muerte abjuraran de Jesucristo y su religion, ofreciendo sacrificios á los ídolos. La alegría era motivada porque deseaba vivamente padecer por Jesucristo y veía que era llegada la ocasion más oportuna. Sin consultar con sus padres, salióse secretamente de su casa y se dirigió á la de Daciano, y con la mayor gravedad y libertad le reprendió por las crueldades que usaba con los cristianos. El tirano no pudo ménos de quedar asombrado al ver una jóven de tan poca edad y adornada de tanta belleza hablar con tanta libertad, y reprenderle por lo que hacia por órden de los emperadores. Preguntóle quién era y por qué hablaba con tan poco respeto de la majestad imperial en cuya representacion él obraba. Eulalia le contestó que era cristiana y sierva de Jesucristo. Irritóse sobremanera el tribuno y mandó que en el momento fuese azotada. Hiciéronlo con la mayor cruel-

dad hasta destrozarle sus benditas carnes ; mas ella llena de regocijo decia : «Porque mi Dios me conforta, no siento vuestros tormentos.» Léjos de ablandarse el corazon de Daciano, se encendió más en furia. Mandóla atar en el ecúleo y herirla con uñas de hierro , y abrasar sus costados con hachas ardiendo , y queriendo atormentarla aun más , la envolvieron en cal viva. Echaron sobre su cabeza aceite hirviendo y plomo derretido , y hasta llegaron á abrasarle los ojos. En suma , viendo que cada vez mostraba mayor fe y fortaleza , el tirano la hizo degollar , teniendo lugar su martirio el dia 12 de Febrero. El *Martirologio romano* y el cardenal Baronio dicen que murió en cruz y que su bendita alma fue vista en forma de paloma subir al cielo. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en la oscuridad de la noche. Por espacio de muchos años estuvo oculto hasta que Dios permitió que fuese descubierto el año 878 , siendo obispo de Barcelona Frodoyno , el cual hizo las mayores diligencias para encontrarla y entendiendo que habia sido sepultada fuera de la ciudad en la iglesia de Santa María del Mar , la hizo buscar en ella con la mayor solicitud , y no habiéndola hallado mandó que todo el pueblo de la ciudad y su comarca ayunasen por espacio de tres dias , y concurriesen á aquella iglesia con recogimiento y devocion para pedir al Señor les manifestase aquel tesoro que allí se hallaba oculto. Así lo hicieron , celebrándose una devotísima y solemne procesion , y acabada la misa , el obispo tocó con su báculo en el rincón del altar y sintió que estaba hueco. Mandó ca-

var y hallóse una arca de mármol y en ella el cuerpo de la santa, que llenó de una fragancia celestial el ámbito del templo. Sacado que fue le cubrieron con un rico paño y se paseó procesionalmente por toda la ciudad. Un suceso notable tuvo lugar en esta procesion, y fue que llegada que hubo á las puertas de la ciudad se hizo inmóvil el cuerpo de la Santa, de tal modo que los que la conducian no pudieron moverla ni otros que se agregaron. Entónces el Prelado se postro en oracion mandando que los demás hiciesen lo mismo, y terminada la oracion se levantó el obispo vertiendo lágrimas y asió de las andas ayudado de los principales de la clerecía, y entónces el santo cuerpo se dejó mover y llevar á la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, que tenia la advocacion de Santa Cruz, y donde por espacio de algunos dias permaneció en el altar mayor, siendo colocado despues en un lugar conveniente. Más tarde se trasladó á una suntuosa capilla que se labró á su nombre y advocacion en la misma iglesia, estando presente el rey D. Jaime de Aragon, el primero, con los infantes sus hijos y toda la córte, cuyo rey murió el año 1276. La Iglesia de Barcelona celebra la fiesta de la invencion de Santa Eulalia el 23 de Octubre y dedica otra fiesta á su traslacion el segundo domingo de Julio.

No hemos hecho otra cosa que indicar algunos entre la multitud de mártires que produjo nuestra España en la última persecucion, en la imposibilidad de consignarlos todos segun fuera nuestro deseo.

Los crueles edictos de Diocleciano llegaron á Occi-

dente, y Maximiano, que sin necesidad de esperarlos ya habia empezado á derramar la sangre cristiana, redobló su crueldad de modo que ni aun las provincias inmediatas sujetas á la autoridad de Constancio dejaron de experimentar los afectos de su crueldad. Era Constancio un príncipe benéfico y de buenos sentimientos. Fingiéndose cumplidor de los mandatos de Maximiano, ordenó que todos los empleados de su palacio si querian conservar sus destinos, habian de sacrificar á los dioses. Algunos en los que pudo más la ambicion que el deber, tuvieron la cobardía de sacrificar, pero quedaron despues llenos de confusion. El príncipe despidió á aquellos apóstatas de sus empleos, diciendo que si habian sido infieles á su Dios, tambien lo serian con él, y colmó de distinciones á los que se mantuvieron firmes. De ellos se rodeó para que custodiasen su persona y le sirviesen más inmediatamente.

Tal era la fe que animaba á los cristianos, que entonces, como dice Sulpicio Severo, se ambicionaba la palma del martirio. A proporcion que se aumentaban los suplicios y los rigores, se acrecentaba no sólo el valor de los cristianos sino que tambien su deseo de padecer y morir por la causa de la verdad y de la justicia. No ménos valerosos se mostraban los fieles legos, las mujeres y aun los niños, que los sacerdotes y obispos. Las parrillas, los toros de bronce, las hogueras y cuantos instrumentos puede inventar el infierno en su rabia y desesperacion eran mirados por los intrépidos atletas del cristianismo como blandos y regalados lechos.

Hallábase próximo el gran triunfo de la Iglesia, el día feliz en que habia de mostrarse á la faz del mundo coronada de triunfos y victorias para demostracion de que son inútiles todos los esfuerzos humanos para contrarestar las obras de Dios; pero el Señor permitió que pasara ántes por la última y la más terrible de las pruebas, y tanto es así que seria pálido cuanto quisiéramos decir para hacer comprender todos los horrores y crueldades que en tan gran número se llevaron á cabo por los pérfidos tiranos Diocleciano y Maximiano, abortos miserables del infierno, suscitados para verdugos implacables de la humanidad.

Ocupaba un puesto distinguido en las tropas de Italia Sebastian, que era natural de Narbona, y se cree que era capitán de guardias del emperador: empleaba toda su autoridad y valimiento en favor de los cristianos. Él lo era aunque lo disimulaba, pues creía que por entónces era más del servicio y agrado de Dios el que se emplease en la ayuda de los que se entregaban á los tormentos por confesar la fe de Jesucristo; pero siempre con el propósito de descubrirse en tiempo oportuno para dar también su vida por la más justa y santa de todas las causas. Más que soldado del emperador lo era de Cristo, pues que todo el tiempo que le dejaban libre sus deberes lo empleaba en visitar á los cristianos que estaban encarcelados, socorriéndolos en su pobreza y animándolos para padecer. Márcos y Marcelino, hermanos gemelos, casados y con hijos, estaban presos acusados por cristianos. Sebastian los visitó en su lóbrego prision y les animó, causando en

ellos tales efectos sus palabras, que llenos de regocijo aceptaron los tormentos y la muerte recibiendo la corona de los mártires. Es notabilísimo este hecho por las circunstancias que le acompañaron, y por esta causa lo más compendiadamente que nos sea dado lo explicaremos.

Márkos y Marcelino eran personas notables y ricas, y sobre ellos recayó sentencia de muerte de no prestarse á ofrecer sacrificios á los ídolos. Mas como quiera que sus padres y deudos dijeran al prefecto, Cromacio, que ellos se encargaban de reducirlos á la obediencia, aquel les concedió un plazo de treinta dias, cumplidos los cuales serian ejecutados si perseveraban en la resistencia que habian mostrado hasta entónces. Los padres de los santos confesores, sus amigos y otras muchas personas que les tenian en grande estimacion por sus relevantes cualidades, les importunaban de continuo tratando de persuadirlos á que abandonasen la religion cristiana. Quien más esfuerzo hacia era la madre, llamada Marcia, la cual vertiendo un torrente de amargas lágrimas les recordaba los grandes dolores con que los habia dado á luz á ambos en un parto, los trabajos que habia sufrido para criarlos y la muerte que á ella le esperaba, pues que no podria sobrevivir á la de ellos. Sus mujeres les presentaban sus hijos á fin de que se compadeciesen de ellos, pero todo era inútil. Tenian los santos confesores por prision la casa de Nicostrato. Un dia en que mayores eran los esfuerzos de los parientes y amigos de los santos por persuadirlos á sacrificar á los ídolos, y el padre de ellos, carga-

do de años y de dolores de gota, por lo que apenas podia hablar, pero sí llorar amargamente, se hallaba presente Sebastian, que disfrazado como solia hacerlo habia penetrado en la casa, y temiendo no fuesen á flaquear en la fe á fuerza de tantas instancias, volvióse á los dos hermanos, y á presencia de todos cuantos presente se hallaban pronunció un largo y profundo discurso dirigido á probar la verdad de la religion cristiana y la felicidad de perder esta vida miserable en su defensa, toda vez que el martirio era la puerta del cielo, donde por toda la eternidad podia gozarse de una vida perdurable.

Fueron tales sus razones y los argumentos que presentó que no hubo quien se atreviese á presentarle objecion alguna. Y Dios quiso dar un público testimonio de cuán agradable le habia sido la defensa de la verdadera religion pronunciada por aquel valeroso soldado de la fe. Una luz resplandeciente apareció en medio del aposento, que dejó á todos admirados y confusos. En medio de ella aparecieron siete ángeles y el Señor á quien ellos reverenciaban, el cual acercándose á Sebastian le dió un ósculo de paz y le dijo: *Tú serás siempre conmigo*. De esto resultó no solamente el que los dos hermanos Márcos y Marcelino adquiriesen nueva fuerza y vigor para sufrir el martirio, sino tambien el que abriesen sus ojos á la luz de la verdad todos los circunstantes. Zoa, mujer de Nicostrato, hacia seis años que de resultas de una grave enfermedad habia perdido el habla, aunque no estaba sorda. Habiendo oido el discurso de Sebastian, se arrojó á sus

piés y por señas pidió el bautismo. Entónces el santo soldado exclamó: «Si yo soy siervo de Jesucristo y es verdad lo que he dicho, el mismo Jesucristo te sane, y desate tu lengua y te haga hablar.» Diciendo esto hizo la señal de la cruz sobre la boca de Zoa, la que en el momento empezó á hablar, quedando perfectamente sana. Nicostrato, lleno de admiracion por cuanto veía, se arrojó á los piés de los santos confesores de Cristo, y les dijo que ya estaban libres y podian marchar con Dios donde mejor les pareciese, pidiéndoles perdon por haberlos tenido presos á causa de haber estado ciego y sin conocimiento de la verdad.

Tranquilino y Marcia ,padres de Márcos y Marcelino, las mujeres, cuñadas , hijos y sobrinos de los santos , todos abrieron los ojos al conocimiento de la verdad y lloraban , no como antes por temor de que á ellos quitasen la vida, sino por haber estado tanto tiempo ciegos á la luz de la verdad. Inflamados todos por el mismo espíritu de caridad , deseaban derramar la sangre en defensa de Jesucristo y su doctrina celestial y divina , siendo el número de los que se convirtieron esta vez por san Sebastian setenta y cuatro personas, contándose entre ellas á Nicostrato, su mujer y familia , que eran treinta y tres personas, y diez y seis malhechores que estaban presos en la cárcel. A todos bautizó el sacerdote Policarpo, siendo padrino de todos ellos san Sebastian.

Pasados los treinta dias de plazo señalados por Cromacio, compareció en su presencia Traquilino, al que el perfecto preguntó qué habian determinado sus hi-

jos. Contestó Traquilino que sus hijos eran dichosos y él también porque habían abierto sus ojos á la luz de la verdad. El prefecto le dijo que se explicase ofreciéndose á oírle con atención, y de tal modo lo hizo que acabó por convertirle, y después el sacerdote Policarpo y Sebastian concluyeron de fortalecerle en la fe. Con Cromacio se convirtió toda su familia, en la cual había mil cuatrocientos esclavos, á los que dió libertad diciendo que los que empezaban á temer á Dios no debían ser esclavos de los hombres.

Más tarde arreciando la persecucion, un nuevo prefecto llamado Fabian hizo ejecutar la sentencia de los santos hermanos Márcos y Marcelino, los cuales fueron atados á un palo y les clavaron los piés: y en aquel tormento cantaban las alabanzas del Señor hasta que con lanzas les atravesaron los costados, dando su espíritu al Criador, y sus cuerpos fueron enterrados en un arenal, á dos millas de Roma.

Sabiendo el emperador que Sebastian predicaba á Jesucristo crucificado, le hizo llamar á su presencia, y le reconvino severamente, pero el santo confesó con valor á Jesucristo. Mandó pues el emperador que con una tablilla al cuello declarase que era cristiano, y que le atasen y le asaetasen los flecheros y tiradores de su guardia. Con tal furia cumplieron la orden los tiradores, que destrozaron su bendito cuerpo, mientras el santo daba gracias á Dios por el favor que le dispensaba en dejarle morir en defensa de la verdad, hasta que teniéndole por muerto le abandonaron sin desatarle.

A la noche siguiente fué á buscarle la mujer que habia sido del santo mártir Cástulo, llamada Irene, con objeto de darle sepultura ; pero habiéndole hallado vivo lo llevó á su casa , donde le asistió hasta que curó de todas sus heridas , siendo allí visitado por muchos cristianos. Una vez curado se presentó delante de los emperadores , á quienes dijo que los pontífices y sacerdotes de sus templos los engañaban, fingiendo muchas cosas contra los cristianos, siendo así que si el imperio se conservaba era por sus oraciones. Enfurecióse Diocleciano , y reconociendo que era Sebastian al que él habia mandado matar, mandó que le prendiesen y que le azotasen hasta tanto que espirase. Así se ejecutó, y su cuerpo fué arrojado en un albañal donde se echan las inmundicias de la ciudad ; más el santo apareció en sueños á una mujer llamada Lucina, y le reveló dónde estaba su cuerpo, que habia quedado colgado de un gancho sin caer al lugar inmundo donde le habian arrojado, mandándole que le enterrasen en las catacumbas á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo. Hízolo así aquella buena mujer, y despues, cuando Dios concedió la paz á su Iglesia, dejó todos sus bienes para que le edificasen un templo.

En el siglo vii se libró Roma por intercesion de san Sebastian de una epidemia espantosa, y desde entonces se acude en tales calamidades á la intercesion de este glorioso mártir de Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII.

Concilio de Elvira.—Qué sedes episcopales existían en España.—Explicación de varios cánones del Concilio.—Si se celebraron antes del de Elvira algunos otros Concilios.—Se explica la disciplina antigua, y moderna sobre los Metropolitanos —Metrópolis y obispados sufragáneos que existen hoy en España en virtud del último Concordato.

Creemos ahora deber consignar en este lugar las importantes noticias que referentes á la Iglesia de España, dábamos en *Los Siglos del Cristianismo*. Nos ocupamos primeramente del Concilio de Elvira. Atravesábase la última de las diez persecuciones que hubo de experimentar la Iglesia universal en su dilatada infancia. Por todas las provincias sujetas al imperio romano eran innumerables las víctimas sacrificadas, y ya hemos visto que España fue fecunda en mártires. Es indudable que en la época á que nos referimos aun contaban los ídolos gran número de adoradores. Diez y nueve obispos se reunieron en Eliberis á las inmediaciones de Granada (1): en su mayor parte per-

(1) Mendoza cita un códice en el que se ponen cuarenta y tres obispos en vez de diez y nueve. Es indudable que en aquella época había más de diez y nueve sedes episcopales en España. Por esto han

tenecian á la Bética, habiendo tenido cinco representantes la provincia Tarraconense y tres la Lusitania. En cuanto á la fecha de la celebracion de este Concilio han andado discordes los escritores, no faltando quien haya querido ponerlo en el año 324 ó 25 por el mismo tiempo en que se celebró el Concilio general Niceno. Pero hoy los más afamados críticos están conformes en que tuvo lugar por los años de 300 ó cuando más de 301.

El concilio de Elvira es considerado como nacional, por haber asistido obispos de diversas provincias, por más que entónces no fueran conocidas estas denominaciones de concilios.

Dividiase entónces la España en tres provincias, Tarraconense, Bética y Lusitania. Vamos á presentar pues un cuadro que dé á conocer las iglesias episcopales consignadas en el concilio de Elvira y las provincias á que cada una correspondia en el orden civil:

Felix. . . .	Aceitanus. . .	de Guadix. . .	Tarraconense. .	hoy Granada.
Sabinus. . .	Spalensis. . .	de Sevilla. . .	Bética. . . .	Sevilla.
Sinagius. . .	Evagrensis. . .	de Cabra. . . .	Bética. . . .	Córdoba.
Pardus. . . .	Montesanus. . .	de la Guardia jun-		
		to á Jaen. . . .	Bética. . . .	Jaen.
Cantonius. .	Urcitanus. . .	de la ciudad del		
		Garbanzo cerca		
		de Mujacar. . .	Tarraconense. .	Murcia.

creido algunos escritores que fue más numerosa la asistencia de Prelados y que los copistas por brevedad omitieron algunos nombres, ó que así lo hicieron por pensar en trasladar todas las firmas al final de los cánones. No tienen fuerza estas opiniones. Lo que sí es cierto que los obispos que no pudieron asistir enviaron en representacion suya algunos presbíteros.

Valerius. . .	Caesaraugusta-				
	nus. . .	de Zaragoza. . .	Tarraconense. . .	Zaragoza.	
Melanthius. . .	Toletanus. . .	de Toledo. . .	Tarraconense. . .	Toledo.	
Vicentius. . .	Ossonobensis.	de Estoy junto á			
		Faro. . .	Lusitania. . .	Portugal.	
Succesus. . .	Eliverotensis.	de Lorca. . .	Bética. . .	Murcia.	
Patritius. . .	Malacitanus. . .	de Málaga. . .	Bética. . .	Málaga.	
Osius. . .	Cordubensis. . .	de Córdoba. . .	Bética. . .	Córdoba.	
Camerinus. . .	Tuccitanus. . .	de Mártos. . .	Bética. . .	Jaen.	
Secundinus. . .	Castulonensis.	de Cazlona. . .	Bética. . .	Jaen.	
Flavianus. . .	Eliberitanus. . .	de Granada. . .	Bética. . .	Granada.	
Liberius. . .	Emeritanus. . .	de Mérida. . .	Lusitania. . .	Badajoz.	
Decentius. . .	Legionensis. . .	de Leon. . .	Lusitania. . .	Leon.	
Januarius. . .	Salariensis. . .	(se ignora) (1).	Bética.		
Quintianus. . .	Eborensis. . .	de Eborá. . .	Lusitania. . .	Jaen.	
Eutythianus.	Bastitanus. . .	de Baza. . .	Bética. . .	Granada.	

Los presbíteros que asistieron al concilio y que firmaron, puede conjeturarse que unos irían en representación de sus obispos, y otros acompañando á sus Prelados. Los demas, hasta el número de treinta y seis, tal vez pertenecían á Iglesias cuyos nombres ignoramos. Hemos señalado los nombres de los obispos, y vamos á hacerlo de los presbíteros que firmaron, y que se hallan consignados en los manuscritos Urgelense y Gerundense, y son los siguientes: Restituto, Natal, Mauro, Lamponiano, Barbato, Felicísimo, Leon, Liberal, Januario, otro del mismo nombre Januario, Victorino, Tito, Eucario, Silvano, Víctor, Famiano, Leon, Tunino, Luxurio, Emerito, Cumantio ó Eumancio, Clemencio ó Clemenciano, Eutices y Juliano, que pertenecían respectivamente á los siguientes pueblos:

(1) Ambrosio Morales fijó esta silla episcopal en *Alcacerdo sal* pero el P. Florez le rebate, aunque no nos saca de la duda, pues teniéndola él por su parte se excusa de señalar punto fijo.

Epora, Aipora ó Ipora, en la Bética, actualmente Montoro, perteneciente á la provincia de Córdoba; Ursona Gemina, actualmente Osuna; Illiturgis, hoy Andújar; Carúla; Adonigi; Ateva ó Ateгна (Teba la vieja en la provincia de Sevilla); Accinipo, hoy Fregenal, en la provincia de Badajoz; Lorca, Lauro (tal vez Laurona) y Edeta (Liria, en la provincia de Valencia); Barba; Cabra; Avine, Municipio; Segalbino (Salobreña, en la provincia de Granada); Ulía, hoy Montemayor, provincia de Córdoba; Urci (San Juan de las Aguilas); Gemela (Mártos, provincia de Jaen); Castelona (probablemente Cazlona); Drona; Baria ó Barea, cerca de Mujacar, en los confines de la Bética; Solia ó Solluco (Sanlúcar); Osigi; Cartagena y Córdoba.

Empero no eran solas las citadas diez y nueve sedes episcopales las que habia ya en España. Tenemos unos versos de Prudencio, por los que consta que las habia en Tarragona, Barcelona, Gerona y Calahorra; no obstante que no las vemos representadas en el concilio de Elvira ni por sus obispos ni por sus presbíteros (1).

(1) Hé aquí los versos de Prudencio por lo que respecta á Gerona, Calahorra y Barcelona :

Parva Felicis decus exhibebit
 Artubus sanctis locuples Gerunda;
 Nostra præstabit Calagurris ambos
 Quos veneramur.
 Barchinon claro Cucufate freta
 Surget.

En cuanto á Tárragon, además de las actas del martirio de San

Tampoco encontramos incluidas en este cómputo las iglesias apostólicas de Vergi, Avila y Cárcesa, que no se nombran, y como dice oportunamente el doctor La Fuente, no es probable les faltase obispo siendo fundadas por los varones apostólicos.

Véase ahora cómo el mismo Sr. La Fuente deduce que á principios del siglo iv estaba ya hecha completamente la division eclesiástica de la Península. «Unidas á estas (las que acabamos de nombrar) las de «Compostela, Itálica, Pamplona, Eborá, Braga, Astorga y Ecija, cuyas sedes nos constan por buenos monumentos; computadas también las iglesias cuyos obispos suscribieron en el concilio de Elvira y las representadas por presbíteros, que constan ser de Iglesias «episcopales, juntamente con las fundadas por los «apostólicos y las citadas por Prudencio, cuyos obispos «no asistieron al concilio, resultan treinta y dos iglesias episcopales en la Península á principios del siglo iv, y en la época misma de las persecuciones, «probadas con documentos irrecusables. Si á esto se «añade que de la parte septentrional de España, Galicia, Astúrias, Navarra, Aragon Cataluña y Castilla la «Vieja, no asistieron más obispos que los de Zaragoza

Fructuoso y de sus dos diáconos, consta por estos versos del mismo himno de Prudencio:

Tu tribus gemmis diadema pulchrum
 Offeres Christo genitrix piorum
 Tarraco, intexit cui Fructuosus
 Sutile vinetum.

«y Leon, á pesar de haber allí multitud de sedes que
 «constan por documentos fehacientes, cuyas funda-
 «ciones están apoyadas en buenos documentos, podrá
 «conjeturarse que las iglesias episcopales de España
 «eran ya muy numerosas, lo cual no parecerá extraño
 «atendida la proximidad de muchas de las iglesias ci-
 «tadas, especialmente en la Bética, y la disciplina de
 «la época, que hacia necesario mayor número de obis-
 «pos. En vista de estos datos puede asegurarse que la
 «division eclesiástica de la Península estaba ya hecha
 «completamente á principios del siglo *iv*, y que el nú-
 «mero era probablemente mucho mayor que el actual
 «de las Iglesias reunidas de España y Portugal (1).»

Ya hemos dicho algo acerca de la jerarquía elesiás-
 tica en España al hablar de San Fructuoso, que fue
 al suplicio con sus dos *diáconos*, y que fue descalzado
 por un *lector*. Esto manifiesta, como dijimos entón-
 ces, que en España constaba ya de obispos, presbíteros y
 ministros. No eran conocidas las iglesias metropolita-
 nas, pero es indudable que en alguna de ellas habia
 cierta eminencia, como se ve por el cánón 58 del con-
 cilio de Elvira (2); y en suma, que la jerarquía era
 completa se deduce tambien por el cánón 33 del mis-
 mo concilio (3); hacíase distincion entre clérigos y le-

(1) Dr. D. Vicente La Fuente. Historia eclesiástica de España.
 Tom. I, pág. 61 y 62. Barcelona 1855.

(2) Placuit, ubique, et maxime in eo loco, in quo *prima cathedra*
 constituta etc.

(3) Cánón 33 del concilio de Elvira.

gos (1), entre bautizados y catecúmenos (2), y eran conocidas las vírgenes consagadas á Dios (3).

La disposicion del cánon 51 del mismo concilio de Elvira para que no sean promovidos   órdenes sagradas los herejes : *De h ereticis ut ad clerum non promoveatur*, no quiere decir que se hubiesen resfriado en España las creencias católicas,   que en ella hubiesen penetrado las herejías. Creemos, s , que fuese una disposicion preventiva tan solamente.

Muy importantísimos son los cánones del Concilio de Elvira, y ellos nos dan muchas luces para conocer casi con exactitud las prácticas todas de la Iglesia de España, así como hemos podido comprender la jerarquía.

En el cánon 21 se señalan penas á los que pasen tres domingos sin asistir   la Iglesia : luego es indudable que ya se celebraban los domingos y habia señaladas fiestas particulares, porque   más de los preceptos en el cánon citado, en el señalado con el número 43 se hace mencion expresa de la celebracion de las dos pascuas, la de Resurreccion y la de Pentecostés, previniendo que esta última se celebre no   los cuarenta, sino á los cincuenta dias de la otra, añadiendo que el que no se sujete   esta disposicion sea notado de herejía. *Qui non fecerit, novam h eresim induxisse notetur.*

(1) C anon 20 idem.

(2) Cánones 69 y 77.

(3) Cánones 13 y 27.

La unidad de la fe ha hecho siempre que en toda la Iglesia universal haya habido los mismos sacramentos y que sea igual la creencia en lo relativo á ellos, como igualmente en todo lo que pertenece al dogma. Ningun concilio general ni particular ha hecho la menor variacion. Esto no obstante, el concilio de Elvira, que no tocó ni podia tocar á la esencia ni al número de los Sacramentos, adoptó algunas disposiciones en cuanto á la liturgia ó disciplina que acompaña á la administracion de los Sacramentos. Segun el cánon 22, *Eos, qui ad fidem*, etc., debian pasar dos años instruyéndose y dando pruebas de una conducta irrepreensible antes de recibir el sacramento del Bautismo. Por el cánon 77, *Si quis diaconus*, etc., se ordena que si en ausencia del obispo ó del presbítero conferia el bautismo un diácono, el bautizado debia ser despues presentado ante el Prelado para la imposicion de las manos. Otros varios cánones de mucha importancia encontramos tambien en el mismo concilio de Elvira, siendo notables los que dicen órden al sacramento del Matrimonio. Los cánones 8.º, 9.º, 15 y 16 castigan severamente con la privacion de la comunión el adulterio, las segundas nupcias viviendo aun el primer marido, y prohiben el matrimonio entre una doncella cristiana y un hombre gentil, hereje ó judío, haciendo responsable á los padres de la doncella que contraviniesen á este mandato. Por otros cánones se prohíbe ser promovidos al sacerdocio á los que en su juventud hubiesen cometido adulterio ú otro pecado semejante, á los herejes, homicidas y libertos.

En la época de la celebracion del concilio de Elvira es indudable que el clero, al menos en España, no estaba aun sujeto á la ley del celibato, toda vez que en el cánon 19, que empieza: *Episcopi, Presbyteri, et Diaconi*, se priva de la comunión por toda su vida á los obispos, presbíteros y diáconos que hayan sido incontinentes en el tiempo en que celebran su ministerio, *in ministerio positi*; y en el 65, *Si cujus clerici*, etc., se le obliga con severas penas á separarse de sus mujeres si hubiesen incurrido en adulterio.

Explicado ya el concilio de Elvira, réstanos saber si fué este el primero que se celebró en España. No cabe duda que los hubo ántes, como se ve por la deposición de Marcial y Basíledes, de la que ya nos hemos ocupado. Segun vimos, los obispos se reunieron para llevar á cabo esta determinación, pero de este concilio han desaparecido las actas.

Las reuniones de los obispos con su clero tomaban el nombre de *conventus clericorum*: tratábanse en ellas los negocios de cada provincia y se juzgaban tambien los casos de entidad (1). Es probable que no habia reglas fijas para la celebracion de los concilios, teniendo en cuenta solamente las necesidades que se iban presentando. En ellos se juzgaba á los obispos delinquentes, y aun en casos graves á los demas sacerdotes (2).

Cenni acusa á España por la escasez de concilios

(1) La Fuente: obra citada, tom. 1, pág. 67.

(2) Masdeu, tom. VIII, pág. 265, § 161.

provinciales, pero el erudito La Fuente le combate, diciendo muy oportunamente que de no haber llegado á nosotros sus actas, ni aun su noticia, no se ha de inferir que no se celebrasen, y aduce el hecho de que en el cánón 53 del concilio de Elvira se indica que las reuniones eran frecuentes, pues de otro modo hubiera sido ilusoria la disposicion para juzgar á los obispos fáciles en tratar con excomulgados.

Dediquemos algunas líneas á consignar la doctrina canónica acerca de los Metropolitanos.

Hablando del concilio de Elvira hemos dicho que entónces no eran conocidas las iglesias Metropolitanas, pero que es indudable que en alguna de ellas habia cierta eminencia, y hemos aducido en su confirmacion el cánón 53 del mismo concilio. Conviene ahora á nuestro propósito dar aquí algunas noticias canónicas acerca de los Metropolitanos, su origen histórico y derechos que le competen. Se entiende por Metropolitano *el que preside á todos los obispos de una provincia eclesiástica*, al cual se le da tambien el nombre de *Arzobispo*, y á los demás el de *sufragáneos*, nombre que se deriva del voto ó sufragio que debian dar en el concilio provincial. En cuanto á su antigüedad, algunos quieren hacerla subir á los tiempos apostólicos, pero lo que si podemos decir es que en los cánones 4, 6 y 7 del Concilio de Nicea se habla ya de los Metropolitanos como de autoridades que estaban establecidas y funcionaban en sus respectivas provincias. Así, pues, sin atrevernos á señalar época fija, tan solo diremos que el desarrollo completo de estas autoridades fue

obra del tiempo y que despues el derecho positivo lo que ha hecho es reconocer y aceptar esta institucion arraigada. Algun autor de Instituciones canónicas, pretende ver el origen de los Metropolitanos en los tiempos apostólicos. No creemos tenga fundamento esta suposicion, puesto que en las Epístolas y demás libros revelados no encontramos disposicion alguna respecto á esto. Las causas que pudieron motivar la institucion de los Metropolitanos es fácil comprenderlas. Luego que la sociedad cristiana se hubo extendido por todas partes, y el número de los fieles se habia hecho considerable, necesariamente habia de haber más de un Pastor en cada provincia, y no siendo fácil acudir para todos los asuntos y mucho ménos para los urgentes al Romano Pontífice, Jefe supremo de toda la Iglesia, se hizo necesario que el Prelado de la capital fuese Presidente de todos los demás, para marchar de acuerdo con él en todos los negocios y evitar de este modo la anarquía que hubiera podido sobrevenir. Lo que es indudable que la institucion es emanada de la Silla apostólica, donde reside la plenitud de todo el poder de la Iglesia.

Cuál sea la extension de los derechos de los Metropolitanos lo comprenderemos teniendo presente tres grandes épocas que se hallan enlazadas con la historia y desarrollo del Pontificado, á saber: 1.^a tiempos antiguos: 2.^a legislacion de las Decretales: y 3.^a derecho actual.

En la primera época, ó sea los tiempos antiguos, el Metropolitano tenia el derecho de convocar y presi-

dir los concilios provinciales; publicar y hacer que se observase en toda la provincia cuanto en ellos se decretaba; vigilar la conducta de los Sufragáneos en el desempeño de sus sagradas funciones; visitar las Iglesias de la Provincia; nombrar cuando era preciso á uno de los Sufragáneos para el gobierno de una Iglesia sufragánea vacante, expedir las letras cuando necesitaban ausentarse de sus Iglesias y corregir los defectos de los inferiores. Todo esto es considerando al Metropolitano en particular. Considerándole como formando un cuerpo con los Sufragáneos, del cual es cabeza, como el Romano Pontífice lo es de toda la Iglesia universal, conocia por punto general de todas las causas relativas á los obispos, como confirmacion, consagracion, traslacion, etc. Devoti, que tan estimado es y con justicia por los canonistas, y con él otros escritores creen que el sostener que los concilios provinciales conocieron de las causas mayores segun la antigua disciplina, es desconocer los derechos del Primado. Mucho respetamos la autoridad de Devoti y siempre le hemos estudiado con placer, pero en este punto pensamos de diversa manera. Los derechos del Primado no podemos desconocerlos ni los desconoce ningun canonista de buena fe. Mas al tratar ciertas cuestiones es necesario fijarse en la época. El Primado Romano está establecido en las bases más sólidas. A él compete exclusivamente cuidar de las ovejas y de los mismos Pastores, es decir de todo el rebaño de Jesucristo. En los tiempos á que nos referimos habia una gran imposibilidad de que el Primado Romano se ocu-

pase de todos los negocios, ni pudiese tener conocimiento de ellos, y esto se comprenderá á primera vista si se atiende á lo difícil que, como es sabido, eran entónces las comunicaciones de los pueblos, y por consiguiente se hallaban algunos países aislados casi por completo. De aquí el tener los Metropolitanos que atender á las causas mayores que se reservaron despues al Sumo Pontífice, por más que á la primera ocasion diesen cuenta al Primado de todas las decisiones tomadas. Un solo hecho recordaremos ahora en favor de lo que decimos y es la exposicion de Marcial y Basilides, de la que nos hemos ocupado detenidamente.

Segunda época llamamos á aquella en la que, estrechándose los vínculos de la unidad, la Iglesia se fue desentendiendo, digámoslo así, del régimen de los concilios provinciales, que ya no satisfacian á las nuevas necesidades, empezando á decaer el poder de los Metropolitanos á proporcion que se aumentaba el de los Romanos Pontífices, y esto se vé realizado ya en la legislacion de las Decretales, en las cuales la mayor parte de las causas llamadas mayores quedan reservadas exclusivamente al conocimiento del Sumo Pontífice, Primado no solamente de honor, sí que tambien de jurisdiccion en toda la Iglesia universal.

Segun la actual disciplina ó legislacion vigente, el Metropolitano conserva todas aquellas facultades y atribuciones que no le fueron quitadas por las Decretales y cánones posteriores. Por lo cual tiene el derecho de *suplir los defectos y corregir los excesos de los Sufragáneos*. Suple los defectos en aquellos casos en

que las leyes eclesiásticas fijan al inferior tiempo determinado para obrar y no lo hace, como por ejemplo el conferir los beneficios dentro del término de seis meses y nombrar el cabildo catedral Vicario Capitular dentro de ocho dias despues de vacar la Silla episcopal, en cuyo caso de omision lo hace el Metropolitano. Conoce además de las justas causas para ausentarse de la diócesis algun sufragáneo. En cuanto á las causas mayores ó que pueden merecer pena de deposicion el concilio de Trento las reserva al Romano Pontífice; las menores al concilio provincial, el cual puede autorizar al Metropolitano (Conc. Trid., sess. 24, de Reform. cap. 3.) prévia justa causa para visitar las Iglesias de los Sufragáneos.

En cuanto á la actual division de Metrópolis en España, tan solamente diremos que de las antiguas metrópolis sólo las de Toledo y Sevilla continuaron la série de sus arzobispos durante la dominacion sarracena: las demás ó fueron destruidas ó carecieron de Prelados durante aquella triste época. Hé aquí en suma las actuales Metrópolis y obispados sufragáneos que existen en España en virtud del Novísimo Concordato de 1851.

METRÓPOLIS.

OBISPADOS SUFRÁGANEOS.

Toledo. . . .	Ciudad Real, Coria, Madrid (1), Plasencia, Sigüenza.
Sevilla. . . .	Badajoz, Cádiz, Córdoba, Islas Canarias.

(1) Aun no se ha erigido la Silla episcopal de Madrid y sigue unida á la diócesis de Toledo.

Tarragona. . .	Barcelona, Gerona, Lérida Tortosa, Urgel, Vich.
Santiago. . .	Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo, Tuy.
Valencia. . .	Mallorca, Menorca, Orihuela ó <i>Alicante</i> , Segorbe ó <i>Castellon de la Plana</i> .
Zaragoza. . .	Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona, Teruel.
Granada. . .	Almería, Cartagena ó <i>Murcia</i> , Guadix, Jaen, Málaga.
Burgos. . .	Calahorra ó <i>Logroño</i> , Leon, Osuna, Palencia, Santander, Vitoria.
Valladolid. .	Astorga, Ávila, Salamanca, Segovia, Zamora.

CAPÍTULO XIX.

Empieza la persecucion más terrible y más gloriosa para la Iglesia, que es la décima, suscitada por Diocleciano y Maximiliano.—Es destruida la Iglesia de Nicomedia.—Cruels edictos que se publican en diez años.—Su ejecucion empieza por uno que arranca el primer cartel.—Siguió por los domésticos de Diocleciano.—Y por todos los fieles de Nicomedia.—Castigo de los perseguidores.—Abdicacion de Diocleciano y Maximiliano.—Galerio y Constancio Cloro.—Constantino.—Sucesion de Soberanos Pontífices.—San Silvestre.

Hé aquí la historia de la décima persecucion de la Iglesia, segun la refiere el señor Amat, en su citada obra *Tratado de la Iglesia de Jesucristo*.

»En la historia de San Bonifacio, y Santa Aglae vemos, que entónces no era perseguida la Iglesia de Roma; aunque lo fuese la de Tarso, y tal vez alguna otra en particular. En efecto, en los diez y ocho primeros años de Diocleciano, la Iglesia por lo general estuvo en paz. Mas aun durante esta, el demonio, como cansado ya de hacer la guerra á la Iglesia solo ocultamente, se valió de la supersticiosa curiosidad con que Diocleciano miraba las entrañas de las víctimas, para moverle á mandar, que cuantos servian en su palacio, y en sus tropas, sacrificasen luego á los ídolos: los militares bajo pena de dejar el servicio, y sus criados bajo la de sufrir graves tormentos. Fueron muchísimos los que

renunciaron los honores de la milicia ; y hubo tambien algunos á quienes se quitó la vida (1). Estos no fueron muchos, y la tempestad calmó sin estragos muy sangrientos. Pero en el año 19 de Diocleciano, 303 de Jesucristo, empezó la persecucion de la Iglesia más terrible, y más gloriosa. La más terrible por su duracion, por la crueldad de los tormentos, y por la extension á todos lugares, sexos, edades, y condiciones; y la más gloriosa, porque entónces más que nunca, se vió que la Iglesia no era establecimiento humano, sino de Dios.

»Orgullosa con su victoria de los persas el César Galerio Maximiano, no pudiendo sufrir que los cristianos despreciasen los dioses, que él adoraba con celosa supersticion, y que ayunasen con austeridad los días que su madre celebraba grandes convites en honor de los dioses de las montañas, en todo el invierno del año 19 de Diocleciano, que pasó en su compañía en Nicomedia, no paró de instarle que persiguiera á los cristianos. El viejo Emperador se resistió mucho tiempo, por no turbar la tranquilidad del Estado. Pero cediendo en fin á las violentas instancias del César, quiso tomar consejo de algunos ministros de justicia y de guerra. Estos, siquiera por complacer á Galerio, estuvieron por la persecucion. Ni dejaba de preverlo Diocleciano. Pero su política le inclinaba á pedir consejo en los asuntos odiosos, para echar la culpa á los

(1) Eus. *H. E.* VIII, c. 4, et Lactan. *De Mort. Per.* c. X.

demás. Hizo tambien consultar á Apolo de Mileto. Y aunque no quiso desde el principio ceder enteramente al furor con que Galerio queria que fuesen luego quemados vivos cuantos se resistiesen á sacrificar; con todo quedó resuelta la persecucion; y quedó resuelto comenzarla el dia 23 de Febrero, en que celebraban la fiesta de los *Términos ó Terminales*: como que pensaban dar término ó fin de una vez á la Religion cristiana (1). Llegado pues este dia del año 303 de Jesucristo, y décimo nono de Diocleciano (2), así que amaneció va á la Iglesia de Nicomedia el prefecto con capitanes, tribunos, y tesoreros. Rompen las puertas: buscan el Dios de los cristianos, y no le hallan, ó no ven ningun simulacro: encuentran los libros sagrados, y los queman, y se llevan todo lo demás. Como la Iglesia estaba rodeada de grandes edificios de particulares, Diocleciano no quiere que le peguen fuego: van los soldados en forma de batalla con instrumentos á propósito, y en pocas horas la arrasan (3).

»Al dia siguiente 24 de Febrero se fijó un edicto, en que se mandaba que todas las Iglesias fuesen deruidas, y todos los libros sagrados echados al fuego: que todos los cristianos quedasen privados de cualquier honor, ó dignidad de que gozasen: que de cualquier condicion ó estado que fuesen, quedasen sujetos á la cuestion de tormento: que en toda accion que otro les

(1) Lactan. *De Mor. Persec.* c. 10, 11, 12.

(2) V. Till. *Pers. de Dioclet.* n. 6.

(3) Lac. *de Mort. Pers.* c. 12.

intentase, los jueces sentenciasen contra ellos; y al contrario no se les oyese en justicia en ninguna demanda, aunque fuese para pedir lo que se les hubiese hurtado, ó para quejarse de adulterio, ú otras injurias. Por fin que los esclavos no pudiesen recobrar la libertad (1). A este edicto luego siguió otro, que mandó que los ministros de la Iglesia fuesen puestos en la cárcel. A este otro que dispuso que á los presos se los forzase á sacrificar con toda suerte de gravísimos tormentos (2). Y un año despues del primero tenemos uno de los edictos de que Constantino dijo con razon, que se habian escrito con plumas bañadas en sangre. Mandóse que todos sin distincion, en todos los pueblos ofreciesen públicamente sacrificios á los dioses; previniendo á los jueces, que con toda la fuerza de su ingenio procurasen inventar los mas crueles suplicios (3), para reducir á los que se resistiesen. Los edictos se enviaron al otro Emperador Maximiano Herculeo, y al otro César Constancio Chloro, para que en sus provincias procediesen con el mismo furor.

»Tan crueles providencias en el Occidente no fueron observadas con vigor sino los dos primeros años. En el Oriente subsistieron más de ocho, ó hasta que en el año 311 el mismo Emperador Galerio, buscando algun alivio en su extraordinaria terrible enfermedad, se redujo á publicar un edicto en nombre suyo, de

(1) V. Till. *Pers. de Diocl.* n. 8.

(2) Eus. *H. E.* VIII, c. 2 et 6.

(3) Eus. *de Mart. Palest.* c. 3 et *Vita Const.* II, c. 51.

Constantino y de Licinio, para hacer cesar la persecucion. En este edicto confiesa que sin embargo de que muchos cristianos han sufrido varios géneros de suplicios y de muertes, los más perseveran constantes en no querer adorar á los dioses; y así queriendo que su clemencia se extienda á todos los hombres, manda, que á los cristianos no se les impida el reedificar las casas de sus juntas, ni se les obligue á nada que sea contrario á su religion. Y les encarga que rueguen á su Dios, por su salud y por el bien del imperio (1). Este edicto fue publicado por todas partes, á excepcion de la Syria, Egipto y demás lugares, en que mandaba Maximino, enemigo capital de la religion cristiana. Sin embargo no se atrevió á oponerse á la voluntad de Galerio, y de palabra mandó á sus ministros que hicieran cesar la persecucion. Sabino prefecto del Pretorio del Oriente comunicó esta orden con una carta, en que dice, que viendo que es tal la pertinacia de los cristianos, que ni se convencen con razones, ni se amedrentan con suplicios, y no queriendo por su bondad los Emperadores que perezca tanta gente, mandan que se les deje seguir su religion. Los gobernadores y magistrados de los pueblos creyeron, que en efecto era este el ánimo de Maximino; y así no ménos en sus provincias, que en las demás del imperio, se abrieron las cárceles á los cristianos, y se dió libertad á los desterrados en las minas (2).

(1) Eus. *H. E.* VIII, c. 17.

(2) *Ibid.* IX, c. 1.

»Este edicto imperial de Galerio pareció que iba á poner término á la persecucion general. Mas no fue así; pues en varias provincias se renovó luego la tempestad. Murió Galerio pocos meses despues; y Maximino al instante, con no sé qué pretexto, prohibió á los cristianos juntarse en los cementerios. Luego se valió de hombres malignos, para hacer que varias ciudades le enviasen diputados, para suplicarle que no permitiese vivir en ellas á los cristianos. Comenzó por Antioquía, donde se valió de Theocteco, que tenia el empleo de protector ó curador de la ciudad. Este ya habia ántes perseguido á los cristianos, como si fuesen ladrones y malhechores, y habia hecho morir á innumerables. Posteriormente erigió un ídolo de Júpiter Philio, ó protector de la amistad; y para adular al Emperador, fingió un oráculo de este Dios, en que pedia que todos los cristianos, como enemigos suyos, fuesen arrojados de la ciudad y su territorio (1).

»El ejemplo de Antioquía, y las instancias de los gobernadores de provincias, movieron á todas las ciudades sujetas á Maximino, á hacerle semejantes súplicas que salian siempre bien despachadas. Al mismo tiempo el Emperador puso por sacrificadores de los ídolos en las ciudades, á los hombres más distinguidos, honrándolos con particularidad. Todo el mundo sabia, que el mejor mérito para Maximino, era clamar contra los cristianos, ó inventar algo de nuevo para

(1) *Ibid.* c. 2 et 3.

desacreditarlos ó perseguirlos. Entónces se fingieron unas Actas llamadas de Pilato, como que eran el proceso que este habia hecho á Jesus, donde se metieron extrañas blasfemias. Un comandante romano en Damasco prendió unas mujeres infames, y con amenazas de tormentos les hizo decir que eran cristianas, y que en las Iglesias se cometian impurezas abominables. Estas declaraciones y las Actas de Pilato fueron publicadas por órden del Emperador, para que sirvieran en las escuelas, para aprender á leer los niños. Todas las ciudades tenian en lugar público grabados en bronce sus decretos, y los rescriptos del Emperador contra los cristianos: siendo así que ántes nunca se habian grabado en bronce (1). Renovóse pues por todo el imperio de Maximino el furor de la persecucion. Muchísimos fieles se escondieron ó huyeron; y otros muchos consiguieron entónces la corona del martirio. Fueron tantos y tan grandes, dice Eusebio, los estragos que en poco tiempo causó Maximino, que esta última parte de la persecucion, parecia más cruel que la primera. Pero llegó finalmente el tiempo en que el Señor, que nunca deja de proteger su Iglesia, habia resuelto concederle la paz, y aun la proteccion de los Emperadores. Pues quedando el ejército de Maximino derrotado por el de Licinio, desde el Junio del año 313, ó diez años y cuatro meses despues de haber comenzado la persecucion en Nicomedia, quedó por todo el

(1) *Ibid.* c. 4, 5 et 7.

imperio publicado el famoso edicto de Constantino y Licinio que dió la paz á la Iglesia, del cual hablaremos en otro lugar.

»Ahora veamos como se cumplieron las órdenes imperiales de perseguir la Iglesia: en lo que sin duda habremos de admirar con frecuencia una crueldad ó barbarie mucho mayor que la que las dictó. Luego que se fijó en Nicomedia el primer edicto, un cristiano de mucha distincion en el siglo por sus honores y empleos, inflamado de celo, le arrancó, é hizo pedazos. Esta accion seguramente no era conforme á las reglas ordinarias de la prudencia cristiana. Pero á más de que Dios, á veces guia á sus siervos por caminos extraordinarios, si este Santo se excedió algo, purgó luego su falta con un glorioso martirio. Fue atormentado con cuanto rigor puede pensarse. Entre otros tormentos sufrió el de las parrillas de fuego, en que finalmente murió, manifestando la más inalterable paciencia y serenidad de ánimo hasta el último aliento (1).

»El César Galerio, cuya crueldad quedó poco satisfecha con el primer edicto de Diocleciano, para más irritarle, hizo poner fuego ocultamente en su palacio. Se atribuyó el incendio á los cristianos, como enemigos públicos; y se hizo correr la voz, de que los eunucos habian conspirado en hacer morir á los dos Emperadores. Receloso el viejo Emperador lo creyó: Galerio para no dar tiempo á que se entibiase su furor,

(1) Eus. *H. E.* VIII, 5. *Lact. de Mors. Pers.* c. 13.

quince dias despues hizo poner otra vez fuego en palacio ; y se fue de Nicomedia el mismo dia , diciendo públicamente que huía por no morir abrasado. Diocleciano hizo dar la muerte á algunos de sus domésticos, y ministros más autorizados, y más celosos de su servicio, á quienes estimaba como hijos. Su hija Valeria, y su mujer Prisca fueron obligadas á sacrificar. Muchísimos eunucos, y criados del palacio, y entre ellos San Gorgonio, y San Doroteo, que era su jefe, despues de mil maneras de tormentos , fueron sofocados con un lazo. A San Pedro le desnudaron, y levantado en el aire, le dieron tan terribles azotes por todo el cuerpo, que en varias partes se le veian los huesos: luego le frotaron sus llagados miembros con sal y vinagre : en seguida le pusieron sobre las parrillas de hierro con fuego muy lento, intimándole que no le sacarian sin que prometiera sacrificar. El Santo persistió constante y tranquilo, hasta que por último el fuego le mató.

»Con tanta ó mayor indignacion que con sus domésticos, procedió Diocleciano desde entónces con el clero y pueblo cristiano de Nicomedia. Fueron presos los presbíteros y diáconos : sin otro exámen que su confesion eran atormentados, y llevados al suplicio. A San Antimo obispo de dicha ciudad se le cortó la cabeza. La multitud de mártires de todas clases fue grandísima : los jueces dispersos por los templos forzaban á toda clase de gentes á sacrificar: cuantos cristianos se descubrieron en la ciudad por este ú otro medio, todos perecieron con sus criados y domésticos:

unos degollados, otros abrasados, y un sin número fueron atados por los verdugos, puestos en barcos, y echados al profundo del mar. Allá arrojaron tambien los cuerpos de los que eran oficiales del Emperador, mandándolos sacar de sus sepulcros. Tal fue el principio de la persecucion en Nicomedia, segun nos dicen Eusebio y Lactancio (1). Los martirologios añaden los nombres de muchos de los que padecieron entónces en dicha ciudad. Y de ellos puede muy bien ser el famoso San Jorge, cuya memoria ha sido tan celebrada en Oriente, y Occidente, á lo ménos desde el siglo vi, y cuyo patrocinio con tanta confianza han invocado los ejércitos cristianos, especialmente los antiguos de nuestra corona de Aragon, en sus batallas contra los enemigos de la fe (2).

»Lo que luego despues pasaba en las provincias excede toda ponderacion. Con el segundo edicto las cárceles quedaron llenas de obispos, presbíteros, diáconos, lectores, y exorcistas, sin quedar lugar para los malhechores. Y desde que llegó el otro que daba libertad á cuantos sacrificasen, y órden de atormentar cruelmente á los que no quisiesen, son casi innumerables los mártires, que murieron en las provincias, especialmente en Africa, Mauritania, Thebaida, y Egipto. Esta es la idea general que de la persecucion nos da Eusebio (3).

(1) Eus. *H. E.* VIII, c. 6. Lact. *de Mor. Per.* c. 14, 15.

(2) V. Ruin. *Persec. Dioclet.*, n. 5. Till. *S. George.* Abarca. *An. de Arag.* 1096.

(3) Eus. *H. E.* VIII, c. 6.

Acerca del castigo de los perseguidores, y demás acontecimientos que se sucedieron, reproducimos lo que decíamos en *Los siglos del Cristianismo* que es de este modo :

»A proporcion, pues, que Diocleciano hacia mayores esfuerzos por destruir el cristianismo, haciendo correr á torrentes la sangre de los fieles, Dios que preparaba y disponia el gran triunfo de la Iglesia, le iba castigando, humillando su soberbia y altanería. Preso de terribles enfermedades, su cerebro se alteró de tal manera, que casi perdió la razon, no quedándole más que la precisa, como dice un historiador, para conocer su triste y lamentable estado. El pueblo, que generalmente se hallaba descontento de él, ó por mejor decir que le odiaba, llegó á echarle publicamente en cara sus grandes defectos. Retiróse amedrentado á Nicomedia, que era su habitual residencia, donde le acometió una hipocondría que no le dejaba vivir. Tomó entonces el partido de ocultarse á las miradas de todos é hizo que se dijese que habia muerto.

»Hallábase entonces Galerio en Antioquía, y sabedor de lo que acontecia se trasladó á Nicomedia, y presentándose á Diocleciano le manifestó que era necesario que abandonase el imperio. Por más que esta proposicion irritase el ánimo de aquel soberbio príncipe, no tuvo otro remedio que conformarse rindiéndose á su voluntad. Maximiano tuvo tambien que abandonar el imperio, y el 1.º de mayo del año 305 fueron proclamados Galerio y Constancio, y por más que Diocleciano al abdicar manifestase su deseo de que se nombrase

césares á Majencio y Constantino, fue despreciada su propuesta y el nuevo emperador Galerio nombró para aquella dignidad á Severo, hombre desacreditado por sus vicios, pero muy amigo suyo, y á un sobrino suyo llamado Maximiano, muy pobre por cuna y por fortuna, pues hacia poco tiempo se ocupaba en guardar ovejas. Galerio queria hacer un baluarte de su poder con estos dos césares, porque temia que Constantino, jóven aventajadisimo por su talento y de las más relevantes prendas, que era hijo de Constancio Cloro, aspirase algun dia al imperio. Este temor hacia que le diese continuamente las comisiones más peligrosas con el criminal deseo de que perdiese la vida. Conocido esto por Constancio Cloro, reclamaba continuamente á su hijo, al que profesaba extraordinario amor, sin que diesen resultado alguno sus gestiones.

En suma, deseando Constantino libertarse de tantos peligros y reunirse con su padre, una noche huyó, teniendo la precaucion de matar los caballos cada vez que los mudaba para evitar el que se sirviesen de ellos para darle alcance. Gracias á esta precaucion logró su objeto, pues apenas supo Galerio que habia partido mandó gente en su busca. Constancio Cloro, que se hallaba gravemente enfermo, murió tranquilo en brazos de su hijo.

»Precísanos decir cuatro palabras acerca de Constancio Cloro y de la emperatriz santa Elena. Cuando eran emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, fue enviado Constancio á la isla de Bretaña por gobernador. Allí conoció á Elena, hermosísima y honesta don-

cella, que era hija de un caballero principal de aquella isla, llamado Coel. Enamorado más que de su natural belleza de las hermosas prendas que la adornaban, pidió su mano y se casó con ella. Cuando por abdicacion de Diocleciano y Maximiano, fueron creados emperadores Galerio y Constancio Cloro, pusieron á este por condicion que repudiase á Elena su legítima mujer y se casase con Teodora, hija de la mujer de Maximiano, y Constancio Cloro aunque con el mayor sentimiento lo hizo, pues que amaba mucho á Elena, siendo su deseo asegurar el imperio para evitar mayores males. Empero á su muerte dejó por heredero del imperio á Constantino, hijo de Elena, no obstante tener otros hijos de Teodora.

»Ya nos ocuparemos más adelante de santa Elena, á la que se debió, como demostraremos, el haberse descubierto la Cruz donde Jesucristo Señor nuestro consumó la obra de la redencion humana.

»Respetando, pues, el ejército la última voluntad de Constancio Cloro, que se habia hecho amar de sus vasallos por su prudencia y discrecion, proclamó por emperador á Constantino en York de Inglaterra apenas habia muerto su padre, en el dia 25 de julio del año 306. Él aceptó el título de César, pero no el de Augusto, hasta tanto que en el año siguiente de 307 se lo confirió Maximiano Hercúleo, que habia vuelto á gobernar el imperio, tomando entonces por esposa á Fausta, hija de aquel emperador.

A Constantino estaba reservado por Dios el dar la paz general á la Iglesia, haciendo que esta consiguie-

se un admirable triunfo. Tres siglos llevaba de continuas luchas: durante ellos habia disfrutado muy cortas treguas de paz y la sangre de los mártires habia corrido en abundancia. Pero Dios quiso, cuando más horrorosa y terrible era la última persecucion, mandar los más terribles castigos sobre todo el imperio y sobre los mismos perseguidores. Una invasion de los bárbaros arruinó las ciudades más populosas; la peste arrebató las víctimas á millares, y el hambre, esa plaga desoladora, no dejaba de hacer iguales estragos. Los emperadores por su parte recibieron tambien lo que merecian en justicia. Recordemos aquí bajo un solo punto de vista el fin desastroso que tuvieron todos los que abusaron de su autoridad para perseguir la Iglesia. El soberbio *Neron*, príncipe el más cruel que conocieron los siglos, y que fue el autor de la primera persecucion, fue aprisionado por sus mismos vasallos, y condenado por el senado á hacerle azotar hasta que espirase, él mismo se atravesó el corazon para librarse á un mismo tiempo del tormento y de la infamia. *Domiciano*, autor de la segunda persecucion, fue asesinado por su misma mujer y algunos oficiales que queria inmolar. *Séptimo Severo* murió á fuerza del pesar que le causó la ingratitude del mayor de sus hijos, que proyectaba el asesinarle. *Maximino* fue asesinado por sus propios soldados. *Decio* pereció de un modo miserable. *Valeriano*, que suscitó la octava persecucion y que del modo más cruel hizo sacrificar al invicto diácono san Lorenzo, vió humillada su altanería cuando cayó en poder de Sapor, rey de Persia, el cual le cargó

de cadenas, y segun dijimos al ocuparnos de él, le hacia arrodillar y ponía el pié sobre su cuello cuando queria montar á caballo. *Aureliano* perdió tambien la vida bajo el puñal asesino. *Diocleciano y Maximiano*, autores de la más terrible y sangrienta de todas las persecuciones, no tuvieron mejor fin. Diocleciano se habia asociado á Galerio. Este sufrió más de un año cruelísimos dolores á causa de una llaga resultado de sus asquerosos vicios, que hacia caer su carne en pedazos, despidiendo una fetidez insoportable, espirando por fin, en medio de la mayor desesperacion. Diocleciano no fue asesinado, pero tuvo mucho que padecer, y al saber los primeros triunfos de los cristianos, se golpeaba á sí mismo y se revolcaba por la tierra: vióse despreciado de todos en su vejez, lo que á un genio tan despótico y altanero le hacia sufrir más que todos los tormentos. Maximiano, en suma, fue ejecutado por Constantino, el cual convencido de que querian asesinarle, y tanto que lo hizo con un eunuco creyendo que era él, le dió á escoger el género de muerte que quisiese, y escogió la soga, que era el más vil é infame entre los romanos.

Decíamos que sobre el imperio habian venido las mayores calamidades, castigos visibles de la Providencia, y hemos notado que la invasion de los bárbaros, la peste y el hambre dejaron casi desiertas las ciudades. Añadiremos ahora que el último año de la persecucion, como si no fueran suficientes tantas y tan terribles plagas, se cerraron las nubes y una sequía espantosa vino á hacer más triste y lamentable

el estado del imperio. Parecia que la Providencia queria vengar tanta sangre inocente como se habia vertido en odio á la Religion verdadera, y no habia quien se viese libre de tantos males, que eran comunes á los ricos como á los pobres. Miétras los pobres morian por las calles víctimas del hambre y de la sed, los poderosos vendian sus fincas y cuanto poseian, y al fin despues de ver desaparecer todos sus bienes sucumbian tambien en la miseria.

Muerto por este tiempo el papa San Marcelino, fue creado San Marcelo I, presbítero romano, hijo de Benedicto, que fué elegido Pontífice el año 308. Este santo Papa, que solo gobernó la Iglesia un año, siete meses y veinte dias sufrió los mayores ultrajes y humillaciones. Apénas subió á ocupar la Sede de San Pedro, estableció en Roma veinte títulos ó parroquias encargando de ellas á algunos presbíteros para que administrasen el Bautismo y la Penitencia á los gentiles que se convirtiesen á la religion, así como para dar sepultura á los santos mártires. Creó veinte y un obispos, y veinte y cinco presbíteros y dos diáconos, y encarcelado por orden de Majencio, que queria obligarle á sacrificar á los ídolos, le obligaron á cuidar de los caballos del tirano : nueve meses despues fue libertado por su clero, y hospedado por Lucina, matrona romana, cuya casa convirtió en iglesia. Lleno de furor Majencio, hizo convertir aquella Iglesia en cabailleriza, y continuó esclavizando al santo Pontífice, que coronó su breve reinado con el martirio. Fue sepultado su cadáver en el cementerio de Priscilla y despues

trasladado á la Iglesia de San Marcelo que el mismo habia construido.

Luego que el papa San Marcelo I hubo coronado su laboriosa vida con el martirio, fue creado para sucederle San Eusebio, que subió á tan alta dignidad el año 310. Dícese que habia profesado la medicina. Fue muy breve este Pontificado, pues que sólo tuvo de duracion cuatro meses y algunos dias. Era griego de nacion, y habiendo pasado á Roma para tratar de asuntos eclesiásticos, las recomendables circunstancias que le adornaban hicieron que en él se fijasen las miradas para hacerle sucesor de San Marcelo. Procuró mantener en todo su vigor la práctica de las penitencias canónicas, y muy especialmente respecto de los que habian flaqueado durante las persecuciones. Novaes dice que los críticos modernos rechazan como apócrifas tres epístolas que se atribuyen á este Papa, la primera dirigida á los obispos de Francia, la segunda á los fieles de Alejandría y la última á los obispos de Toscana. Poco tiempo despues de su elevacion fue desterrado por el tirano Majencio á Sicilia, donde acabó su vida santamente el dia 26 de setiembre del mismo año 310 en que habia sido creado Papa, siendo su sucesor. San Melquiades ó Milciades, africano de nacion, que fue creado Papa el año 311. Este varon santo colocado por Dios al frente de su Iglesia padeció grandes trabajos y fatigas por la gloria del Señor. Lleno de celo, trabajó con la mayor asiduidad por reducir al camino de la verdad la multitud de herejes maniqueos que en sus dias existian en Roma. Escribió una epis-

tola á los obispos de España, en la que enseña que todos los Apóstoles reconocieron la supremacía de Pedro, y que el sacramento del Bautismo es más necesario que el de la Confirmacion, porque sin él no puede conseguirse la salvacion, pero que el de la Confirmacion es de mayor dignidad por parte del ministro, porque no puede conferirlo sino sólo el obispo. Despues explica los efectos de uno y otro sacramento, y más adelante trata de los efectos que la venida del Espíritu Santo obró sobre los Apóstoles y los que reciben los cristianos en el santo Bautismo y la Confirmacion. Mandó que los cristianos no ayunasen el domingo ni el jueves por no imitar á los paganos, que lo hacian en dichos dias y tenian este ayuno como sagrado.

En una ordenacion hecha en el mes de diciembre creó once obispos, seis presbíteros y cinco diáconos. Y habiendo regido santamente la Iglesia poco más de dos años, entregó su alma á Dios lleno de regocijo porque dejaba la Iglesia libre de las persecuciones de los tiranos, y quieta y pacífica con el imperio de Constantino, ocurriendo su muerte el 10 de diciembre del año del Señor de 313. Los antiguos martirologios le llaman mártir en atencion á lo mucho que padeció durante la última persecucion. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calixto en la via Appia, y más tarde fue trasladado á la Iglesia de San Silvestre *in capite*, por disposicion de San Paulo I. Su sagrada cabeza se conserva en la Iglesia de la casa profesa de la Compañía de Jesús en Roma. El Padre San Bernardo escribió la historia de San Melquiades y su manuscrito se con-

servaba en Cambridge, en Inglaterra, en la biblioteca del colegio de San Benito. Despues de una vacante de un mes y veinte dias, fue creado San Silvestre I, en 31 de enero del año 314. Era presbítero romano y habia sido ordenado por San Marcelino, y fue hijo de Rufino y de Santa Justa. Conveniente es que de este Pontífice demos noticias lo más detalladas que nos sea posible, toda vez que en sus dias, y ocupando él la cátedra de San Pedro, dió Constantino la paz á la Iglesia, logrando está que el signo augusto de la Redencion humana ondease sobre la cúspide del Capitolio. Hijo de madre cristiana y muy piadosa, fue Silvestre educado en la verdadera religion, siendo su maestro Cirino, presbítero, el cual le instruyó, formando su corazon desde su más tierna edad, y haciéndole adquirir costumbres honestas y arregladas en un todo á la moral santa del Evangelio. Él era de un natural dulce y agradable, en extremo compasivo para con los necesitados, y aun en los dias de su juventud no encontraba ocupacion que le fuese más agradable que la de hospedar y servir á los cristianos. Uno de los huéspedes que recogió y al que prestó sus servicios fué San Timoteo, mártir, el cual habiendo ido en romería de Antioquía á Roma, fué como decimos hospedado en la casa de Silvestre, y como se hubiese dedicado á predicar la fe de Cristo con gran celo y constancia, fue conducido á una prision, donde Silvestre le visitaba y consolaba. Cuando San Timoteo fue martirizado, el mismo Silvestre fué de noche secretamente y en compañía de otros cristianos, y recogiendo el cuerpo le

enterró, cantando salmos é himnos como era costumbre por aquellos tiempos. Bien pronto tuvo conocimiento de esto el prefecto, el cual deseando apoderarse de los bienes de Timoteo, y creyendo que estaban en poder de Silvestre, le redujo á prision. Tal vez entón-ces hubiera recibido la corona de los mártires, si Dios no le hubiese tenido reservado para que fuese un dia Jefe Supremo de la católica Iglesia. Apénas entró en la cárcel, anunció proféticamente que su prision no duraria. En efecto, al dia siguiente, estando cenando el prefecto, se le atravesó una espina de un pez en la garganta, de manera que le ahogó y quitó la vida en pocos minutos. Con este motivo al dia siguiente fue Silvestre puesto en libertad. Siguió dedicándose á los ejercicios de caridad, y San Marcelino, segun dijimos ántes, teniendo en cuenta sus virtudes y relevantes méritos, le ordenó de presbítero. Desde entón-ces empezó á resplandecer más y más por su piedad y sólidas virtudes, de tal suerte que se granjeó la estimacion y el aprecio no solamente del clero, sí que tambien de todos los cristianos de Roma. Esto fue causa de que no se vacilase en la eleccion y fuese elegido con general contentamiento para el Supremo Pontificado, despues de la muerte de San Melquiades.»

Reproducidas las anteriores noticias de nuestra citada obra *Siglos del Cristianismo*, vamos á tratar con la extension debida el importante punto del maravilloso triunfo de la Iglesia.

CAPÍTULO XX.

Reflexiones sobre el triunfo de la Religión cristiana.—Aparece la Cruz á Constantino.—Es visitado por Jesucristo.—Derrota y muerte de Majencio.—Júbilo con que es recibido Constantino en Roma.—Licinio y sus tropas imploran al Dios santo.—Fin de Maximino.—Edicto de Constantino y Licinio.—Rómpease la paz entre los dos emperadores.—Derrota de Licinio.—Constantino queda por único emperador.—Su bautismo.—Santa Elena.—Hallazgo de la Santa Cruz y del sepulcro del Salvador.

En un rincón de la Judea, había pronunciado Jesucristo estas solemnes palabras dirigidas al Jefe del Apostolado: *Tu te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno* (1): el que pronunció estas frases, era reputado y reconocido por profeta. Nosotros sabemos que era el Dios de los profetas, el que había descendido del cielo por nosotros y por nuestra salud. Sus portentos y maravillas presenciadas por multitud de personas, aquella autoridad con que mandaba al viento y al mar (2) no le pusieron á cubierto del odio, de la envidia y de las pasiones mezquinas de los hombres. Los príncipes de la Sinagoga se enfurecieron y lograron hacerle morir en un patíbulo de afrenta. Ig-

(1) S. Mateo XVI, 18.

(2) S. Mateo, VII, 27.

noraban que tenia poder para resucitarse, y que ellos eran ciegos instrumentos destinados á la realizacion de las antiguas profecías. Ya hemos dicho que el cristianismo nació entre contradicciones. Su cuna se meció á los arrullos de las amarguras del Gólgota y de la mofa de las muchedumbres frenéticas.

Mecida así la Iglesia y bañada en la sangre de sus mártires se va elevando magestuosamente sobre la tumba sangrienta de su Autor divino. «No encuentra »paz, ni sosiego, dice un insigne escritor, ni fuera ni »dentro de su seno: combatida á la vez por las difama- »ciones y suplicios, por los judíos y paganos, por los »emperadores y filósofos, queda victoriosa en todos los »combates que le han sido dirigidos por espacio de »diez y ocho siglos: acrisolada por amigos y enemigos, »ha llegado hasta nosotros vigorosa y con su virilidad »primitiva renovando constantemente *su juventud co- mo la del águila* (1), segun el lenguaje de la Escritura »Santa: quedó victoriosa, repito, cuando el espíritu de »las tempestades *Spiritus procellarum* (2), de cuyas »palabras, hizo la poesía profana uso oportuno en una »de nuestras más célebres epopeyas modernas (3), »reuniendo en un solo grupo las objeciones esparcidas »en Oriente y Occidente, esto es, todo lo más vehe- »mente que Celio, Porfirio y Juliano inventaron con-

(1) *Renovabitur ut aquilæ juventus* (Ps. CII, 5.)

(2) Salmo CVI, 25.—CXLVIII, 8.

(3) El gigante de las tempestades, en el canto V de la *Luciada* de Canwens.

»tra la verdad evangélica, ha formado un solo cuerpo
»de ejército que vino con toda su fuerza á caer sobre
»el cristianismo (1).»

Hemos reseñado las grandes persecuciones experimentadas por la Iglesia durante la dilatada época en que vivió envuelta en las fajas de la infancia, y vamos á verla triunfando maravillosamente de los poderes de la tierra, del odio del judío y de las burlas sangrientas del gentil. La Iglesia de Jesucristo ha pasado durante tres siglos por todas las vicisitudes que le estaban anunciadas, y la Cruz elevándose sobre las alturas del Capitolio va á demostrar al mundo que en vano se esforzarán los hombres en destruir las obras que están sostenidas por el dedo de Dios.

Magnífico y sorprendente es el cuadro que vá á desarrollarse á nuestra vista.

La menguada inteligencia humana hubiese creído que el cristianismo quedaria ahogado en los rios de inocente sangre que hicieron verter los emperadores; pero léjos de ser así, aquella sangre fue el riego que fecundizó ese árbol majestuoso de la Cruz que hoy recibe adoraciones hasta en los últimos confines de la tierra.

Era llegado el momento en que debian terminar aquellas sangrientas persecuciones que dieron al cielo tan gran número de mártires.

Constancio Cloro, que fue el padre del célebre em-

(1) Guillon. *Examen critico de las doctrinas de Gibbon, Straus y Salvador*. Introduccion.

perador Constantino, habia conocido las bellezas y magnificencias de la Religion cristiana. ¿Abrazó esta Religion, abjurando de los errores paganos? Hé aquí un punto histórico que no está suficientemente aclarado. Conocida es la autoridad que disfruta el antiguo historiador Eusebio del cual no podemos prescindir al hablar de los tiempos primitivos del cristianismo. Pues bien, este autor cree no solamente que era cristiano sino que lo declaró públicamente, y presenta pruebas dignas en verdad de ser aceptadas.

Lo que sí puede asegurarse es que Constancio Cloro que tuvo á su cargo el gobierno de las Galias, de España y de la Gran Bretaña no persiguió á los cristianos, y ántes por el contrario les dispensó mucha proteccion, permitiendo la edificacion de iglesias y contribuyendo á que las sillas episcopales vacantes por el martirio de algunos prelados en las anteriores persecuciones fuesen ocupadas.

Ocupaba á Roma, Majencio hijo de Maximiliano. Constantino sostuvo con él varios encuentros, pero siempre las ventajas estuvieron de parte de Majencio. Constantino estaba destinado por el Cielo para salvar á Roma, y ser al mismo tiempo el instrumento del triunfo definitivo del cristianismo contra las persecuciones.

Determinó por lo tanto dar una batalla decisiva. Puesto al efecto al frente de sus tropas se dirigió hácia Italia. Sus fuerzas eran dirigidas á las de Majencio, pues solo contaba con veinte y cinco mil hombres: conoció que tenia muchas probabilidades de perder, y

tomó la resolución de acudir al cielo, demandando auxilios sobrenaturales. No recurrió por cierto á las falsas divinidades del imperio, sino al Dios de los cristianos. Arrodillóse, pues, é hizo una fervorosa oracion, despues de la cual se levantó lleno de confianza, y sin detenerse emprendió con sus guerreros el viaje á Italia. Entonces vió en el cielo una Cruz resplandeciente y al rededor de ella en brillantes caractéres estas palabras :

IN HOC SIGNO VINCES.

esto es; *con esta señal vencerás*. La Cruz y los caractéres fueron visibles no solo para Constantino sino para todos sus soldados; empero ninguno sabia darse razon de lo que aquello significaba. Constantino por su parte pensó todo el dia en lo mismo; pero á la noche siguiente se le apareció Jesucristo el cual dispó todas sus dudas, pues llevaba una señal igual á la que habia visto en el cielo, y le mandó que segun el modelo de aquella Cruz hiciese un estandarte, y que le llevase como un escudo de defensa contra los enemigos que iba á combatir.

Al siguiente dia Constantino valiéndose para ello de los mejores artifices hizo construir el estandarte haciéndoles el diseño. Consistia en una especie de pica de oro con un travesaño en forma de Cruz al que dió el nombre de *Lábaro*, palabra cuyo significado ha sido ignorado por muchos siglos por su etimología extraña al idioma latino, pero que segun nos dice un escritor ha sido encontrada recientemente en una inscripcion

y significa *victoria* ó *suceso*. La palabra encontrada es *labar*, de donde sin duda vino la etimología de *Lábarum*, que sería introducida en Roma por los astrólogos caldeos ó por los emperadores llegados de Oriente (1).

Hé aquí ahora las palabras de Eusebio que quitan lugar á cualquier duda que sobre este milagroso suceso pudiese presentarse. «Si otro que no fuese Constantino nos lo hubiese referido, hubiésemos tenido dificultad en creerlo; pero confirmándolo él mismo formalmente y aun con juramento, podemos dudarle especialmente cuando los acontecimientos han justificado la verdad del hecho?»

Lleno de confianza en que habia de conseguir el triunfo, Constantino escogió cincuenta de entre sus soldados, los más fuertes y valerosos para que alternando llevasen el Lábaro.

Vamos á reproducir aquí la relacion que el Ilmo. Sr. Amat, hace en su obra citada, de los sucesos que se verificaron hasta que Constantino quedó dueño del Imperio, para bien de sus vasallos y muy especialmente de la Iglesia que vió terminada la série de sus grandes persecuciones.

»Por poco que se consideren las circunstancias que de este prodigio y sus consecuencias refiere Eusebio, que escribía y publicaba su obra en tiempo en que vivian millares de testigos de lo que decia, se conocerá

(1) Postel. Historia de la Iglesia.

que fueran sumamente temerarias todas las dudas que quisiesen excitarse sobre la verdad de lo que Eusebio dice. Seria tambien muy ridículo querer atribuir á causas naturales la aparicion de la cruz luminosa, sospechando que era no mas que un halon, ó corona que se aparecia en el sol, ó en la luna estando cerca del sol. Pero si bien se mira, es poco ménos temerario y ridículo el pensamiento de que la aparicion de la cruz fue solo en sueños. Pues Eusebio con la mayor evidencia distingue la vista de la cruz de dia sobre el sol, de la aparicion en sueños de Jesucristo á Constantino en la noche inmediata. La firmeza con que entra Eusebio á referir el portento, asegurando su verdad á pesar de su inverisimilitud, demuestra que no se habla de una aparicion en sueños. Sobre todo Eusebio expresa que todos los soldados, que iban con Constantino, vieron el prodigio, y si la cosa hubiese pasado solo entre sueños de Constantino, Eusebio no solo fuera un impío impostor, sino un loco declarado en citar para un suceso tan extraordinario un gran número de testigos, que le hubieran desmentido.

»La aparicion de la cruz habia de ser tenida por un fatal augurio para los gentiles Romanos, que no veían en ella sino el instrumento del suplicio mas afrentoso: así genralmente temían la guerra contra Majencio; y como nos asegura uno de los Panegiristas gentiles de Constantino, sus Generales se oponían, y sus soldados murmuraban de la expedicion á Italia, llenos de terror no solo de las poderosas fuerzas de Majencio

sino tambien de los funestos presagios que habia de esta guerra. Sin embargo Constantino, ilustrado con la vision de la noche de la verdadera significacion del portentoso, esperaba con seguridad que Dios le daria la victoria. Así con el estandarte de la cruz á la frente conduce su ejército hácia Roma: pasa los Alpes con admirable celeridad: y las fuerzas que Majencio le opondrá en Susa, y junto á Turin, Bresa, y Verona, solo sirven para multiplicar sus triunfos. Llega finalmente cerca de Roma, y en Octubre de 312 sienta sus reales en una ancha llanura enfrente del puente Milvio, junto al cual habia otro puente de barcos. Majencio plantó su campo á la otra parte del rio entre los puentes y la ciudad. Y deseando que la batalla se diese el dia 28 de Octubre, en que cumplia el año sexto de su reinado, y que se imaginaba que era dia aciago para Constantino, pasó su numerosísimo ejército á la otra parte del rio, y le puso enfrente del contrario.

«Constantino á más de la celestial vision que tuvo en la noche inmediata á la aparicion de la cruz, la que segun el curso de la narracion de Eusebio, es muy verosímil que fuese antes de pasar los Alpes, tuvo otra en el mismo campo de cerca de Roma, la noche de la antevíspera de su batalla con Majencio advirtiéndosele que hiciese poner el nombre, ó monograma de Cristo en el escudo de todos los soldados, y que despues diese la batalla sin ningun temor. (1) Lo cumplió Constantino con exactitud, y sus soldados con el

(1) *Lact. de Morte Persec. c. 44.*

escudo del nombre de Cristo acometieron con el mayor denuedo á los de Majencio. El gran número de éstos, el valor de algunas legiones, y la desesperacion con que peleaban los Pretorianos y los Ministros de Majencio, que no esperaban que Constantino les perdonase, hizo la batalla muy difícil, y en algunos instantes dudosa. Mas en fin quedó desecha la caballería de Majencio: y éste por último recurso iba retrocediendo con sus tropas hácia Roma por el puente. Era de un fuerte entablado sobre barcos, y Majencio habia dejado varias piezas unidas con graponés fáciles de soltar, y de quienes pendiese su union, para poder deshacerlo al tiempo que estuviera sobre él Constantino, y hacerle perecer con parte de sus mejores tropas. Pero si con esta confianza sentia ménos que Constantino le siguiese á los alcances miéntras huia por el puente, experimentó luego que no hay consejo contra las providencias del Señor, cayendo en el mismo lazo que habia parado á su enemigo. En efecto, roto el puente, por desprenderse las piezas que habia preparado Majencio, ó por el excesivo peso de las tropas que se apretaban para escaparse, este infeliz Emperador hallándose donde se rompió, ó siendo empujado del ímpetu de los que iban tras él huyendo, fué precipitado en el rio; y su cuerpo con el peso de su armadura, y de los que cayeron con él, quedó tan metido en el hondo, que hasta el día siguiente no le hallaron (1).

(1) Tillem. *ibid.* a. 23. *cel.*

«El día 19 entró triunfante Constantino en la ciudad, acompañado del Senado, y entre las aclamaciones del pueblo. Era universal y extraordinario el júbilo, al verse todos libres de la tiranía de Majencio, y bajo el suave y prudente imperio de Constantino. Hasta sus mayores enemigos admiraron y alabaron la moderacion con que usó de la victoria, dejando la espada luego de haber vencido al opresor de la comun patria. El Senado le decretó el primer lugar entre los Emperadores, y mandó erigirle el arco de triunfo, que aun se conserva en Roma, y quedó concluido á lo ménos dentro de tres ó cuatro años, con una inscripcion en que se le dan los títulos de *Libertador de la ciudad, y fundador de la tranquilidad*; y se añade que el Senado y pueblo romano dedican aquel insigne arco de triunfo al emperador Constantino Maximo, porque á impulso de la Divinidad y con la grandeza de su talento, con su ejército dejó la república justamente vengada, tanto del tirano como de toda su faccion. La muerte de Majencio causó un grande consuelo en toda la Italia, en la Sicilia, y demas islas del Mediterráneo, en el Africa, y en todas sus provincias, que sin repugnancia, ántes con grande gusto, reconocieron á Constantino por emperador (1). Y de este modo el nuevo protector de la Iglesia tiene ya la mitad del imperio, y solos dos compañeros en el mando, Maximino Daya, y Licinio. Pero luego por unos medios semejan-

(1) Tillem. ib. a. 27.

tes á los de la ruina de Majencio , acabó Dios con Maximino castigando sus crueldades contra la Iglesia.

«Estaba Licinio en Milan á principios de 313, á dónde le llamó Constantino para casarle con su hermana Constancia. Y Maximino creyó que mientras los otros Emperadores estaban divertidos en funciones de boda , podría él con su numeroso ejército sorprender sucesivamente las tropas de Licinio, ganarlas con dones, y formar un ejército capaz de embestir sin miedo á Constantino en Italia, y aun en la misma Roma. En efecto, á marchas dobladas atravesó desde la Siria á la Bitinia, de allí á la Thracia, rindió por fuerza algunas plazas, se le entregaron otras sin resistencia, hasta que entre Heracléa y Andrinópoli se encontró con Licinio, que venia con la mayor priesa, nó para atacarle, sinó para irle deteniendo hasta que le llegasen más tropas : pero estando los ejércitos muy inmediatos, se vió que no podia tardar el combate. Maximino hizo voto á Júpiter de que si ganaba la victoria acabaria enteramente con los cristianos. Pero Dios la noche siguiente envió en sueños á Licinio un ángel que le advirtió que se levantase luego, y que con todo su ejército hiciese oracion al Dios soberano con lo que le aseguraba la victoria. Parecióle que se levantaba, y que en pié oia del ángel la forma y palabras de la oracion. Al despertarse llamó un secretario, y le dictó las palabras que habia oido, á saber : «Gran Dios, á tí rogamos ; Dios Santo, á tí rogamos ; á tí recomendamos nuestra justicia ; á tí te recomendamos nuestra salud ; á tí te recomendamos

nuestro imperio. Por tí vivimos, por tí somos victoriosos y felices. Dios grande y Santo, oye nuestras súplicas. A tí levantamos nuestros brazos. Dios Santo y grande, óyenos.» Se sacaron muchas copias de esta oracion, y se repartieron á los Tribunos para hacerla aprender á los soldados. Todos se sentian animados de un nuevo valor, creyendo que el cielo les prometia la victoria. Y cuando los ejércitos estaban ya á la vista para acometerse, los soldados de Licinio se quitaron los escudos, y los capacetes, levantaron las manos al cielo, y dijeron tres veces su oracion, pronunciándola primero el Emperador y los Jefes, y repitiéndola los soldados, cuyos clamores oia con asombro el ejército contrario.

«Entre los dos campos se hablaron los Emperadores para tratar de paz, pero fué imposible, porque Maximino despreciaba á Licinio, y tenia por segura la victoria, ya por tener setenta mil hombres, y Licinio apénas treinta mil, ya tambien por persuadirse que estos se le unirian luego atraidos de la fama de su prodigalidad; y poco satisfechos de la economía de Licinio. Dióse, pues, la señal de la batalla, y las tropas de Licinio, despreciando las súplicas y promesas de Maximino, se arrojan con ímpetu contra los enemigos: estos quedan asombrados, sin accion para desenvainar las espadas y tirar sus dardos: se dejan matar sin resistencia, y aquel gran número de legiones cae como las mieses entre las manos de un corto número. Maximino corria de una á otra parte con valor é intrepidez; pero sus soldados parecia que ni

siquiera se acordaban de su nombre, de su valor y de sus antiguas recompensas, y que sólo habían venido para ser degollados como víctimas destinadas á la muerte por orden de Dios. Así, cuando vió Maximino tanta mortandad entre los suyos, dejó la púrpura, y disfrazado con un vestido de esclavo se escapó con precipitación hácia Nicomedia y Capadocia, desde dónde huyendo de Licinio se escondió entre las angosturas del monte Tauro, y allí acabó sus días con la mayor infelicidad (1).

«Con la derrota y muerte de Maximino, la Iglesia quedó con entera libertad en todas las provincias del Imperio: y por orden de Licinio, el 13 de Junio de este mismo año 313 en la misma Nicomedia, en que diez años y cuatro meses ántes había comenzado la persecucion, se publicó el edicto que dió una perfecta libertad á la Iglesia. Constantino, que seguramente había aprendido de su padre el tratar con benignidad y con alguna estimacion á los cristianos, desde que empezó á gobernar, les concedió en sus provincias el libre ejercicio de su religion (2). Pero vista la cruz en el cielo y ganada la victoria contra Majencio, abrazó la religion cristiana, y no contento con tolerarla empezó á protegerla. Inmediatamente despues de la vision portentosa, resuelto á no dar culto á otro Dios que al que se le había aparecido, buscó obispos que le instruyesen en su religion, y en lo que signi-

(1) *Lac. de Morte Persec. cap. 45. et seq.* Tillem. ib. a. 33. Lib. IV núm. 338.

(2) *Lact. de Morte Persec. c. 24.*

ficaba la cruz que habia visto. Recibió con sumo respeto como venidas de Dios las instrucciones que le dieron sobre la Divinidad de Jesucristo, y los misterios de su encarnacion, pasion y muerte: se aplicó á la leccion de las Divinas Escrituras, y llevaba siempre en su compañía algunos obispos, ó sacerdotes del Señor (1). Luego que entró en Roma, mandó que en la mano de una estátua suya puesta en uno de los lugares más concurridos de la ciudad, se pudiese una cruz alta con la inscripcion siguiente: «con esta señal de salud, que es argumento de verdadero valor, he librado á vuestra ciudad del yugo de la tiranía, he puesto al Senado y pueblo en libertad; y los he restablecido en su antiguo decoro, nobleza y esplendor (2).» Constantino, de acuerdo con su aliado Licinio, despues de rendido Majencio, habia expedido órdenes ó edictos muy favorables á los cristianos, enviándolos á Maximino con la relacion de los milagros con que Dios le habia dado tan completa victoria contra su amigo y aliado Majencio. Maximino á pesar de su furioso ódio contra la Iglesia, y contra los otros dos Emperadores, no queriendo aun romper abiertamente con ellos, escribió como de movimiento propio una circular á los Presidentes del Imperio, haciendo cesar en sus provincias la persecucion (3). Y aun despues de derrotado su ejército, cuando en

(1) Eus. V. *Const. I.* cap. 32.

(2) Eus. *H. E.* IX. c. 9. *Vit. Const. I.* c. 40.

(3) Eus. *H. E.* IX. c. 9.

Capadocia recogió algunas tropas dispersas y volvió á tomar la púrpura, conociendo la falsedad de sus dioses y el poder del Dios de los cristianos, publicó un edicto (1) semejante al que entónces mismo, ó algo ántes, acordaron los Emperadores en Milan.

«En efecto, dos ó tres meses despues de la derrota de Majencio, á principios de 313, hallándose en aquella ciudad Constantino y Licinio con motivo de las bodas de éste, acordaron, y entónces mismo, ó sea poco despues, publicaron el siguiente edicto : «Mucho tiempo há, que considerando que debe dejarse á cualquiera la libertad de dedicarse á las cosas Divinas segun su modo de pensar, determinamos que tanto los cristianos como los demás, se quedasen con la creencia y observancias de su secta y religion. Pero no habiendo sido exactamente observado en todas partes nuestro rescripto : por tanto, nos, Constantino, y Licinio Augustos, hallándonos por fortuna juntos en Milan tratando de todo lo concerniente al bien y tranquilidad de la República, hemos creido que uno de los primeros, ó el primero de nuestros cuidados, ha de ser el de arreglar lo perteneciente al culto de la Divinidad, dando á los cristianos y á todos los demás libre facultad de seguir la religion que quieran, para atraer el favor del Cielo sobre nosotros y nuestros vasallos. Con sano acuerdo, pues, hemos mandado que á nadie se quite la libertad de seguir ni de abrazar la Religion Católica, siendo libre á cual-

(1) Eus. *ibid.* c. 10.

quiera dedicarse á la religion que le parezca conveniente, para atraer sobre sí la propiciacion y benignidad del Dios Soberano. Y hemos tenido á bien declararos que es esta nuestra voluntad, á fin de que sin atender á ningunas cláusulas de nuestra carta sobre los cristianos, que parecian ajenas de nuestra benignidad, en adelante todos los que resuelvan observar la Religion Cristiana, lo hagan con libertad, sin que jamás se les ponga el menor embarazo, ni se les ocasione ninguna molestia. La que os declaramos con tanta expresion, para que entendais cuán absoluta y expedita es la licencia que concedemos á los cristianos de cumplir con su religion. Pero tened tambien entendido que tienen los demás permiso de seguir sus observancias y culto. Pues para la tranquilidad de nuestros tiempos, es conveniente permitir á cada uno que dé culto á la divinidad como quisiere, y no oponernos á ninguna especie de culto Divino.

«Mas á favor de los cristianos mandamos tambien, »que si los lugares, en que solian juntarse, de los cuales se os habia comunicado ántes alguna otra disposicion, están aplicados al fisco, ó vendidos á algun »particular, desde luego, sin poner ninguna escusa, »se restituyan á los cristianos mismos, sin pedirles »ningun dinero, ni repetir el precio, así mismo los que »hayan recibido estos lugares en donacion, los restituyan sin demora á los cristianos. Pero tanto los compradores como los donatarios, si quieren pedirnos alguna compensacion, acudan al Vicario de la provincia, para que nos lo haga presente. Cuidaréis, pues,

»(hablan con los ministros, á quiénes se dirigia el edicto)
»que el cuerpo de los cristianos recobre desde luego
»todos estos lugares. Y como los cristianos solian á
»más de los lugares de sus juntas tener algunas otras
»posesiones, que no eran de los particulares, sinó de
»su cuerpo, ó comunidad: todas estas, conforme á lo
»que dejamos mandado, dispondreis igualmente que
»sin reparo ni demora se restituyan á cada uno de
»sus cuerpos ó juntas; esto es, á cada Iglesia, con la
»mencionada circunstancia de que los que restituyan
»el precio, podrán esperar de nuestra benignidad el
»quedar indemnizados. En todo lo cual debereis apli-
»car, cuánto podais, vuestra actividad é industria á
»favor de los cristianos, haciendo cumplir prontísi-
»mamente nuestras órdenes, y procurando la tran-
»quilidad pública. De esta manera será constante la
»Divina proteccion y benevolencia, que tenemos ex-
»perimentada en muchas empresas. Y para que estas
»nuestras órdenes lleguen á noticia de todos, hareis
»publicar esta nuestra carta, de modo que nadie pueda
»ignorarla (1).»

« Con este edicto quedó solemnemente autorizada en todo el Imperio la libertad de la Iglesia; y los cristianos se hallaron en una situacion muy diferente de la de los siglos anteriores. Consideraban con asombro las maravillas del poder de Dios, y una santa alegría brillaba en sus semblantes. Prorumpian en fervorosas acciones de gracias á Dios Padre, y á Jesucristo,

(1) Eus. H. E. X. c. 5.

Salvador y Redentor de nuestras almas, al ver que los mismos Emperadores abrazaban la religion, con nuevos honores autorizaban á los obispos, y de mil maneras protegian á la Iglesia. Apénas creian á sus ojos al ver la cruz, ántes objeto de oprobio, colocada en las frentes y manos de los Emperadores y en los estandartes del Imperio: los presos y desterrados restituidos á su patria y libertad, los bienes de la Iglesia recobrados: en lugar de las Iglesias destruidas edificarse otras en mayor número, y con mucha mayor capacidad y belleza. Sus dedicaciones eran fiestas magnificas: para celebrarlas se juntaban muchos obispos, y los pueblos acudian con religioso júbilo bendiciendo á Dios por la maravillosa mudanza que acababa de obrar sobre la tierra. La asistencia de cristianos de varios pueblos entre sí distantes, y la caridad y benevolencia con que mutuamente se recibian como miembros del mismo cuerpo de Cristo, hacia más plausible la santa union, con que en estas fiestas se cantaban las divinas alabanzas. Por otra parte, los obispos cumplian con toda la magnificencia y decoro correspondiente á las ceremonias de sus funciones: era suma la exactitud en los sacerdotes, y en nada se faltaba á los divinos y augustos ritos de la Iglesia. Unos cantaban salmos, y oian leer las demás escrituras sagradas: otros desempeñaban los ministerios divinos más arcanos: tambien se administraban los místicos símbolos de la pasion del Salvador. Todas las funciones de la Iglesias se hacian con nuevo esplendor y magnificencia. Los obispos solian pronunciar dis-

cursos de accion de gracias y alabanzas de Dios, procurando cada uno segun su talento conmover santamente al pueblo (1). Y como era entónces tan fresca la memoria de los trabajos y tormentos que se padecian por el nombre de Cristo, y del cuidado con que habian de ocultarse para la celebracion de los misterios; las nuevas, públicas y magnificas funciones hacian en los ánimos de los fieles mucha más impresion de lo que nosotros podemos imaginar. Ocasion tendremos de considerar de propósito los efectos de tan prodigiosa mudanza. Ahora veamos de qué manera la Divina Providencia, que tenia destinado al grande Constantino para protector de su Iglesia, despues de haberle dado bastante poder para dejarla libre en todo el Imperio, le hizo único Emperador para más asegurar su libertad.

« Constantino y Licinio eran de génius y costumbres tan opuestas, que Aurelio Victor admira que corriesen bien tres años seguidos (2). El Emperador Juliano, hablando de Licinio no pudo dejar de confesar que era un infame tirano, lleno de vicios, violencias y maldades (3). En el año 314 descubrió Constantino que Licinio por medio de Sinicio habia armado á Bassiano, para que se rebelase contra él. Castigó á Bassiano, y envió por Sinicio que estaba en tierras de Licinio, quien se resistió á entregarle. Rom-

(1) Eus. ib. c. 1. 2. 3.

(2) Aur. Vic. de Caesar. c. 41.

(3) Ful. Caesar. p. 222.

pióse la paz. Constantino á 8 de octubre ganó la batalla de Cibales en Pannonia, en la cual Licinio perdió veinte mil hombres, y tuvo que retirarse á la Tracia. Allí recogió un formidable ejército: siguióle Constantino, dióse segunda batalla con pérdida igual en ambos ejércitos, ó poco mayor en el de Licinio. Con todo el día siguiente éste pidió la paz, y Constantino se la concedió, tomando algunas de sus provincias, y haciéndole revocar el nombramiento de César, que habia hecho á favor de Valente contra su voluntad. Iba, pues, siempre en aumento el poder y la fama de Constantino. Vencidos varias veces los francos, los sármatas y los godos, todos los bárbaros le temian. Restablecida, ó mejorada la policía en Roma, facilitados los testamentos, aliviada la suerte de los encarcelados, de los deudores del fisco, y de los esclavos, y publicadas otras leyes utilísimas, hasta los paganos le aplaudian. Los fieles tenian siempre nuevos motivos de esplayarse en sus elogios. Mas al mismo tiempo Licinio iba aumentando la fiera envidia de la felicidad de nuestro Emperador, y la intrepidez en valerse de todos los medios imaginables para perderle. Cubria al principio con falsas apariencias de amistad sus secretos artificios; pero como Dios descubria á Constantino cuantos lazos se le paraban, á poco tiempo no pudo Licinio tener oculto su furor, y le desahogaba contra muchos de sus vasallos, especialmente contra los cristianos, á quiénes persiguió con la crueldad que despues veremos. La moderacion de Constantino se valia de reconvencciones y amena-

zas. Licinio, contenido por el miedo, hacia nuevas protestas de amistad, y nuevos juramentos de observar las condiciones de la paz, y tratar mejor á sus vasallos. Pero violaba sus juramentos luego despues de hechos: y tal vez miéntras enviaba embajadores á Constantino pidiendo perdon de su perfidia, la estaba renovando (1). Finalmente, en 323 llegó á declararse la guerra. Ambos Emperadores formaron numerosos ejércitos de tierra de más de cien mil hombres cada uno, y formidables escuadras de galeras (2).

«Licinio consideraba al Dios de los cristianos como declarado protector de Constantino, y ponía su confianza en los dioses falsos. Iba acompañado de adivinos egipcios, magos y sacrificadores, que le lisonjaban con ciertas promesas de victoria. Antes de la primera y principal batalla junto con sus mayores confidentes se retiró á un bosque lleno de ídolos, y despues de haber ofrecido sacrificios, dijo á los que le acompañaban: «Estos son los dioses de nuestros padres, que nosotros adoramos como ellos. Nuestro enemigo los ha abandonado por no sé qué Dios extranjero, cuyo estandarte es una infamia para tropas romanas. Ahora se verá quién es el que se engaña, y la victoria descubrirá á qué Dios se deben las adoraciones. Si aquel Dios extranjero y nuevo diese la victoria á Constantino, aun nosotros deberíamos reconocerle, y abandonar á estos, á quiénes en vano ofreceríamos velas y sacrificios. Pero si, como debe tenerse

(1) Eus. *H. E.* X. c. 8. *V. Const.* I c. 50 *Socr.* I. c. 3. *Phot.* c. 62.

(2) *Tillem. Constantin.* a. 47. etc.

por seguro, vencen nuestros dioses, despues de esta victoria haremos fuerte guerra á cuántos los desprecian (1).» Así discurria, y así hablaba Licinio.

«Pero Constantino llevaba consigo varios ministros del Señor, y los queria siempre á su lado, para que con sus oraciones fuesen sus más seguras guardas. Hacia llevar á la frente de sus tropas el *Lábaro* ó estandarte con la señal de la cruz: le hacia guardar en una tienda algo apartada del campo, dónde la víspera del combate se retiraba con pocos compañeros para hacer oracion, guardando mucha pureza, mortificándose y ayunando. Y sobre estos piadosos ejercicios, que practicaba en todos sus combates, para el que iba á tener con Licinio á 3 de Julio de 323, dió á los soldados por palabra de contraseña: *Dios nuestro salvador*. Así manifestaba Constantino, que esperaba la victoria de la proteccion de Dios. Estaba el ejército de Licinio ventajosamente acampado sobre una montaña junto á Andrinópolis. El de Constantino allí cerca á la vista, con un rio de por medio. Este Emperador dió muestras de querer construir un puente, pero hallando un vado poco guardado de los enemigos, le pasó él mismo con algunos soldados de á caballo: dió impensadamente sobre las guardias avanzadas de los enemigos, mató á muchos, é hizo huir á los demás; con lo cual todo su ejército pasó el rio con mucho orden y prontitud. Dióse la batalla, en la que Licinio perdió treinta y tres mil hombres, tuvo

(1) Eus. Vit. Const. II. c. 5.

que abandonar su campo, y se vió precisado á huir y encerrarse en Bizancio. Siguióle Constantino, y le puso sitio. Entre tanto su armada naval, mandada por su hijo Crispo, llegó á Galípoli, y con dos dias de combate logró una completa victoria contra la de Licinio. Este, viendo que iba á quedar sitiado por mar, al modo que lo estaba por tierra, huyó á Calcedonia con sus tesoros. Pasó el estrecho Constantino algo despues, y entre tanto Licinio habia recogido hasta ciento y treinta mil hombres. Dióse un nuevo combate con tal valor y felicidad por parte de Constantino, que los soldados enemigos quedaron muertos por la mayor parte, y los demás rendidos, ó dispersos. Licinio con muy pocos huyó á Nicomedia. Pero viéndose luego sitiado sin fuerzas para defenderse, envió su mujer Constancia al campo de Constantino, para que pidiese á su hermano la vida de su marido. Y al dia siguiente el mismo Licinio fué á echarse á los piés del vencedor, dejada la púrpura, y pidiéndole perdon. Constantino le recibió benignamente: le dió su mesa; y despues le envió á Thesalónica, prometiéndole que estaria seguro con tal que estuviese quieto. Bien que no pudiendo estarlo (1), el año siguiente fué muerto (2).

«De esta manera á últimos de setiembre, ó primeros de octubre del año 323, todas las provincias del Oriente se vieron con júbilo bajo del suave y prudente mando de Constantino. Acabadas las divisiones in-

(1) Socr. I. c. 4.

(2) Tillem. ib. a. 48. cet.

testinas que consumian el Imperio, se vió otra vez reunido en un solo cuerpo, y bajo de una misma cabeza. Extirpada toda dominacion tiránica, se veian la benignidad, la moderacion, el amor de los pueblos, el cuidado de huérfanos y miserables, y la sólida piedad colocadas en el trono imperial. Disipadas las funestas impresiones de tanta guerra civil, parecia que acababa de amanecer en el Imperio una luz, que llenaba de serenidad y júbilo todos los semblantes. Las fiestas populares se celebraban con tranquilo gozo, é himnos de alegría en alabanza de Dios, y tambien del Emperador y de sus hijos. Olvidábanse la crueldad y avaricia de los antiguos Soberanos. Nadie hacia memoria de las calamidades pasadas: toda la atencion se llevaban las liberalidades del Príncipe, sus leyes benéficas, y las esperanzas de mayores felicidades (1).

«En esta última guerra experimentó Constantino varias señales de la proteccion de Dios. En muchas ciudades sujetas á Licinio se vieron visiones espantosas: en medio del dia les parecia que las legiones de Constantino, que estaban muy léjos, iban atravesando las calles con aire de triunfo. En los combates, luego que el *Lábaro*, ó estandarte de la cruz llegaba á un lado, cobraban nuevo valor las tropas, y los enemigos como amedrentados cedian y se retiraban. Así Constantino, si veia alguno de sus escuadrones en peligro, hacia pasar luego allí el saludable estandarte;

(1) Eus. *H. E.* X. c. 9. etc. De *V. C.* II. c. 19.

y al contrario, Licinio habiendo observado tan admirable virtud, mandó á sus tropas que no acometiesen por donde estaba. En un momento de acometida de los contrarios, el que traia el Lábaro lleno de susto le dió á otro para poder escaparse, y al instante quedó muerto de un dardo que le dió en el vientre. Al contrario, el que llevaba el estandarte quedó ileso: se le tiraron infinitos dardos, ninguno le tocó, todos dieron y se clavaron en la misma vara (1).

«Con estos admirables sucesos convidaba Dios á los hombres á considerar y alabar las disposiciones de su providencia, que ordena tambien el curso ordinario de las cosas humanas al bien de la Iglesia, que es la congregacion en que están sus escogidos. Al modo que sobre las ruinas de las primeras monarquías levantó la grandeza de la república romana, y en los años pacíficos del Imperio de su primer Augusto preparó una época proporcionada al nacimiento del nuevo Rey pacífico, que traia al mundo la verdadera paz: así mismo ahora con admirable suavidad y eficacia va reuniendo las fuerzas del Imperio en manos de Constantino, y le mantiene más años en el trono, que á ninguno de los sucesores de Augusto hasta la constante division del Imperio, proporcionándole para ser entre los Reyes de la tierra el primero, y uno de los más distinguidos protectores de la Iglesia. Casi tres siglos enteros de persecucion, y aun solos los últimos años, bastaban para demostrar que la Iglesia

(1) Eus. *V. Const.* II. c. 6. 7. 9. 16.

apoyada sobre la omnipotente palabra de Dios, es invencible á pesar de todos los esfuerzos y poder de los hombres. En tanto tiempo de mantenerse y prosperar, aunque destituida de todo auxilio humano, se habia visto claramente que sus fuerzas vienen de Dios. Así llegó la hora de que Dios convirtiese á los Emperadores, hiciese ver que quiere salvar á todas clases de gentes, y diese cumplimiento á la promesa tantos siglos ántes hecha á Isaías, de que levantaria su estandarte á vista de todos los pueblos: haria que todos llevasen en palmas á los hijos é hijas de la Santa Sion: que los Reyes y Reinas los criasen y cuidasen sirviéndoles de amas de leche, y que adorasen á la misma Santa Sion, inclinándose y postrando sus frentes hasta el suelo (1).»

Para dar fin á la historia de la infancia de la Iglesia, hemos creído conveniente hacerlo con la anterior narracion del Ilmo. señor Amat, prefiriéndola á nuestro trabajo original. Apreciada en sumo grado por los hombres entendidos la obra del sabio Prelado, no la perdemos de vista en nuestro trabajo, y como quiera que en producciones de este género, lo que más importa al lector es la abundancia de noticias y la bondad de las fuentes, reproduciremos de ella cuanto nos parezca conveniente al mayor esclarecimiento de los hechos, sin atender para nada á miramientos puramente literarios.

Por las razones que acabamos de expresar daremos

(1) *Isai.* XLIX. v. 22, 23.

á conocer los siguientes períodos del mismo sábio escritor, que completarán el libro primero, con el hallazgo de la Santa Cruz por la gloriosa Santa Elena.

El Emperador con piadosa prodigalidad contribuyó al viaje y cristianas empresas de su madre Santa Elena á la Palestina, de que es justo hablar con alguna extension. Aunque Constantino Cloro al recibir la dignidad de César se vió precisado á repudiar á su mujer Santa Elena: sin embargo, Constantino, luego que fué Emperador, la reconoció por madre, la llamó á la córte, la honró con el título de Augusta, hizo grabar su nombre y su retráto en medallas de oro y otros metales, le dió muchas posesiones en varias provincias: y lo que es más, luego que se convirtió Constantino, condujo á su madre al conocimiento del verdadero Dios, y la hizo de Jesucristo, cuando tendria ya más de sesenta años de edad. Tan tarde entró Elena en la escuela del Señor. Pero su piedad, su fé y celo de extender la religion, luego fueron incomparables, y brillaron especialmente el año 326, cuando despues de un viaje á Roma pasó á la Palestina (1). La Santa deseaba con fervor ver aquel país tan digno de veneracion, seguir las pisadas del Señor, y adorarle en el lugar en que estuvieron sus piés; y no obstante de tener ya más de setenta años, con un ánimo juvenil, como dice Eusebio (2), va esta mujer de admirable prudencia á cumplir con los deseos y encargo de su hijo, á purificar los lugares consagrados por los ves-

(1) Tillem. S. Helene. art. 1.

(2) *Vit. Const.* II. c. XLII.

tigios de Jesucristo, y por las divinas acciones que hizo por nuestra salud, á derribar los templos y los ídolos, y á levantar magníficas Iglesias en memoria de los misterios del Señor. Halló especialmente profanados el Calvario y Sepulcro. Pues como los cristianos desde el principio de la Iglesia veneraban con mucha especialidad estos santos lugares, los impíos desde el tiempo de Adriano pusieron gran cuidado en borrar del todo su memoria. Llenaron de tierra el hueco del sepulcro: levantaron mucho el terreno; y erigieron un templo á Vénus, para que, si algunos cristianos insistían en frecuentar aquellos lugares, pareciese que adoraban á la diosa (1).

«La vista de tan abominables profanaciones inflamó más el celo de la Santa, y la hizo entrar en vivos deseos de hallar el sagrado madero de la cruz. Y mientras salían vanas las muchas diligencias que hacia con este fin, iba dando cumplimiento al encargo de Constantino de derribar todos los edificios profanos de aquellos lugares, y trasportar muy léjos las ruinas. El Emperador, incitado de un superior impulso, mandó igualmente que el suelo se excavase hasta mucha profundidad, y se llevase muy léjos aquella tierra tan contaminada con los sacrificios de los demonios. Así se practicó, pero cuando ya el hoyo era muy profundo, ved aquí que se descubre el sepulcro y cerca de él tres cruces, y separadamente el título que fué clavado en la cruz de Jesucristo, y los clavos, que

(1) Art. 2.

atravesaron su sagrado cuerpo. El extraordinario júbilo, que inspiró el hallazgo de tan precioso tesoro, se suspendió un tanto con la dificultad de conocer cuál de las tres era la cruz de Cristo, no dudándose que las otras dos eran de los ladrones crucificados con el Señor. El título era algun indicio, porque se conocerian en la cruz las señales de los clavos, con que el título fué clavado. Pero pareciendo muy débil este indicio, el obispo San Macario, varon lleno de fé, propuso á Santa Elena que las tres cruces se llevasen á casa de una dama, que estaba muy mala, no dudando que la curaria el contacto de aquella que hubiese servido á la redencion del mundo. En presencia pues de la Emperatriz y de todo el pueblo, despues de haber hecho oracion á Dios, hizo tocar á la enferma las dos primeras cruces, y no experimentó novedad. Mas apenas la tocó la tercera, se levantó enteramente curada y más fuerte que no habia estado nunca. Y algunos autores añaden, que hecha la misma prueba con un cadáver, al instante resucitó. Santa Elena hizo poner en un arca de plata una porcion de la cruz, y la entregó al obispo de Jerusalem, para que la guardase en la Iglesia. Lo restante lo envió á Constantino. En cuanto á los clavos, puso uno en una corona, ó morrion, que usaba el Emperador al tiempo de los combates, y otro en el freno de su caballo, para que le sirviese de defensa contra sus enemigos.

El hallazgo de la Santa Cruz, no sólo refieren los antiguos historiadores Rufino (1), Sulpicio Severo (2),

(1) Ruf. X. c. 7. 8. (2) *H. Sac.* 2.

Theodoreto (1), Sócrates (2) y Sozómeneo (3), sinó tambien tantos otros autores (4), que la substancia de este suceso debe contarse entre las cosas más ciertas de los primeros siglos. Pues á vista de tantos autores respetables que afirman, queda sin fuerza el argumento negativo de que Eusebio, hablando del sepulcro, no nos describe el hallazgo de la Santa Cruz. Pudo tener varios motivos para callarlo, aunque ahora no los alcancemos; y puede por varias casualidades haber perecido la descripcion que hubiese hecho de la portentosa invencion. Ni deja de haber en sus obras dos importantes lugares que parece que la indican. En sus comentarios sobre los salmos, hablando de que estaba profetizado de que en el sepulcro de Jesucristo se celebrarían las Divinas misericordias, dice estas palabras: «Quien considere las maravillas, que en nuestros tiempos se han obrado en los lugares del sepulcro y pasion del Señor, verá claramente el cumplimiento de aquellas profecias (5).» Y á la verdad los milagros sólo sucedieron con motivo de la invencion de la Santa Cruz. Además nos conserva la carta, que escribió Constantino á Macario, obispo de Jerusalem, para que en el lugar del sepulcro, (que es dónde se halló la Santa Cruz) se construyese una Basílica. En esta carta (Ap. Eus. Vit. Constantin III, c. 30),

(1) *H. E.* I. c. 18.

(2) *Soer. H. E.* I. c. 17.

(3) *H. E.* II. c. 1.

(4) S. Cyril. Hieros. *Ep.* de Cruce. S. Paulin. *Ep.* II. etc.

(5) *Comm. in ps.* 87.

se habla de un monumento de la sacratísima pasión del Salvador, que habiendo estado oculto muchos años bajo de tierra, después resplandeciendo á vista de los fieles, dió á luz la fé de la pasión del Señor. Estas expresiones *monumento de la pasión y dar á luz la fé de la pasión*, sólo puede aplicarse al sepulcro con alguna impropiedad; porque el sepulcro especialmente recuerda la resurrección del Señor. Así parece que el monumento de que se habla, era la cruz.

El emperador en la citada carta previno á San Macario que la nueva iglesia debía exceder en hermosura y magnificencia á todas las demás iglesias, y á los mejores edificios de las demás ciudades. En efecto, se hizo una hermosísima capilla en el mismo lugar del sepulcro en memoria de la resurrección del Señor: y con ella por medio de unas galerías estaba unida una grande iglesia, edificada en honor de la Santa Cruz. La parte principal parece que estaba en el mismo lugar en que murió el Señor, de modo que este conjunto de piadosos edificios comprendía los lugares de su muerte y resurrección; y por esto se les daban los nombres de Anastasis, ó Resurrección; Gólgota, ó Calvario; Santa Cruz y Martirio, ó memoria de la Pasión (1). Para dedicar esta iglesia juntó Constantino un grande número de obispos, pagando con magnificencia sus viajes y manutención: repartió infinidad de vestidos á los pobres, y ofreció riquísimas alhajas

(1) T. II. S. Elena, art. 7.

á la nueva iglesia. La obra no se concluyó hasta fines del año 335, despues de muchos años que habia muerto Santa Elena. Así, aunque Eusebio atribuya sólo á Constantino la fábrica de la iglesia de la Resurreccion, ó de la Cruz, no debemos dudar que cooperó cuánto pudo Santa Elena, miéntras vivió. Lo que particularmente se atribuye á la Santa, es la fábrica de otras dos iglesias en los lugares del nacimiento y ascension del Señor; aunque para ambas le daba Constantino cuánto necesitaba, y añadía magníficos regalos para su adorno. En la cueva de Belen desde el tiempo de Adriano habia un templo de Adónis: al lado se habia plantado un bosque; y en ambos se le ofrecian los acostumbrados sacrilegos cultos. Pero Santa Elena no sólo quitó estas profanaciones, sino que adornó y enriqueció la santa cueva formando en ella una magnífica capilla. Pasó de allí al monte de los olivos: edificó una bella iglesia redonda, y sucedió el portento de que nunca pudo proseguirse el pavimento de mármol en el medio de la iglesia, que era el paraje de dónde el Señor subió al cielo, ni cerrarse la bóveda, por dónde ascendió (1).

Al paso que Santa Elena manifestaba su real magnificencia en la construccion y adorno de los edificios sagrados, y no ménos en los regalos que hacia á los pueblos y á los soldados, y en las limosnas que prodigamente repartia á los pobres: no excitaba ménos su humildad con todas clases de gentes, especial-

(1) Sulpic. Sev. *H. S.* II. c. 48. S. Paulin. *Ep.* XI.

mente con las vírgenes consagradas á Dios, á las cuales á veces convidaba á comer, y en traje de criada las servia al tiempo de lavarse y en la mesa. Y de esta manera, despues de una vigorosa vejez, dando á su hijo y nietos las más oportunas advertencias, y llenándolos de bendiciones, con una santa paz y alegría pasó á mejor vida entre los brazos del mismo emperador hácia el año 328 (1). Constantino hizo conducir su cadáver á Roma, y enterrarlo en los mausoleos de los emperadores. Y para más honrar su memoria dió el nombre de Helenoponto á una parte del Ponto, y el de Helenópolis á una ciudad de Palestina, y á Drepana lugar de Bitinia y patria de la Santa, en la cual erigió una iglesia en honor del mártir San Luciano (2).

Poco despues de la muerte de su madre comenzó Constantino su gran empresa de hacer de Bizancio una ciudad que igualase ó excediese en grandeza y magnificencia á la misma Roma, dándole el nombre de *Ciudad de Constantino*, ó C. P. No sería fácil atinar con los verdaderos motivos que para ello tuvo: ni si fueron más los perjuicios que las utilidades que pudo acarrear al imperio esta nueva Roma contrapuesta á la antigua; más se ha de confesar, que en cuanto á la Iglesia, la grandeza de C. P. desde luego causó muchos disturbios y divisiones, que últimamente paró en el fatal cisma, que la hizo gemir tantos si-

(1) Tillem. *S. Elenc.* art. 7.

(2) Tillem. *Constantin.* a. 63.

glos há. Pero de cualquier modo no podemos negar que Constantino se esmeró en que su ciudad fuese del todo cristiana, haciendo brillar en ella aquel celo de estender la religion, que tanto sirvió á los progresos de la Iglesia. Desde luego la purificó de toda mancha de idolatría: los templos de los paganos fueron trocados en iglesias de mártires: los ídolos sacados de los templos servian de adorno, más para ser burlados que adorados: no quedó estatua que se le diese culto, altar en que se ofreciese víctima, ni dia en que se celebrase fiesta alguna de las paganas. Al contrario, en la plaza mayor en medio de una estatua de Constantino, y otra de Santa Elena, habia una cruz con esta inscripcion: *Jesucristo sólo Santo, y sólo Señor, para gloria de Dios su Padre*. En la principal sala del palacio, y en los lugares de más honor, se veian cruces, estatuas del buen Pastor, y de Daniel en medio de los leones. Sobre todo se levantó junto al palacio una grande iglesia en honor de los Santos Apóstoles, y otras muchas por toda la ciudad y arrabales. Ni á esto se movia el emperador sólo por la magnificencia, con que procuraba aumentar los monumentos de la verdadera religion, sinó tambien por lo mucho que en C. P. crecía el número de los fieles. Así lo asegura el mismo Constantino en la carta que mandó á Eusebio, que hiciese sacar luego cincuenta copias de la escritura para las nuevas iglesias de dicha ciudad (1).

(1) Eus. Const. IV. c. 36. Véase Till. *Constantin.* a. 64. 65. 66.

En otras muchas de Oriente mandó tambien construir varias iglesias, de las cuáles segun Eusebio fueron las principales la de Nicomedia, que era capacísima, la de Antioquía de figura octágona muy ricamente adornada, y rodeada de muchos edificios á ella pertenecientes, y la de la encina de Mambre. El lugar, que tenia este nombre (y el de Terebinto por haber allí un árbol de esta especie muy antiguo), era muy frecuentado de los pueblos del país, que corrompiendo las tradiciones de lo que la Escritura nos dice de los ángeles, que en este lugar aparecieron á Abraham, cometian allí grandes sacrilegios y tenian tambien sus ídolos. De estos abusos, informado Constantino por su suegra Eutropia, viuda de Maximiano Herócleo, la cual habia abrazado la fé, escribió á los obispos de la Palestina, para que se quitasen todos los ídolos é impidiesen toda supersticion idolátrica de un lugar tan famoso en la Escritura, y edificasen luego una iglesia, para que en adelante los concursos que hubiese allí, fuesen todos santos (1).

El celo del emperador para estender, defender y autorizar la religion cristiana, no se ceñia á su imperio, y ménos á la construccion y adorno de las iglesias. Sabiendo que en Persia habia muchos cristianos en una ocasion en que Sapor deseaba su amistad, le escribió alabándole la religion cristiana, desacreditándole la idolatría, y sobre todo encargándole que tratase con benignidad y afecto á los muchísimos

(1) Euseb. ib. III. c. 53. Till. *Constan.* art. 68.

cristianos que tenía en su reino (1). Eusebio, ponderando la veneracion que profesaban á Constantino los pueblos más bárbaros y remotos del imperio, dice que el emperador con toda libertad les predicaba la verdadera religion (2). Componia él mismo varios discursos piadosos, que los predicaba delante de todos los que querian oirle (3). Manifestaba un particular respeto á las vírgenes consagradas á Dios, y á los monjes: ni se desdeñó de escribir á San Antonio Abad, encomendándose á sus oraciones y rogándole que le respondiese, como lo hizo el santo (4). Mandó que ningun cristiano pudiese ser esclavo de judíos: de modo que si se hallaba alguno que lo fuese, el cristiano quedase libre, y el judío pagase una multa (5).

Mas una de las mejores pruebas de su piedad, y de su celo de estender la iglesia, son las leyes con que distinguió sus principales ministros los obispos. Eusebio nos dice, que autorizó las sentencias dadas por los obispos en sus sínodos, de modo que los gobernadores de provincias no pudiesen rescindir los decretos de los obispos: dando por razon que los sacerdotes de Dios han de ser preferidos á cualquier juez (6). Esta razon y el significado de la palabra griega *synodos*, dan lugar para entender á Eusebio, no sólo de los sínodos ó concilios de varios obispos, en que so-

(1) Eus. *V. Const.* IV. c. 8. Till. *Constantin.* a. 72.

(2) Eus. *V. C. I.* c. 8.

(3) Tillem. *Constant.* art. 87.

(4) Art. 72. y 88.

(5) Euseb. *V. Const.* IV. c. 27.

(6) Eus. *V. C. IV.* c. 27.

lian sentenciarse las causas de los herejes de los malos clérigos, sinó tambien los sínodos particulares, en que los obispos con su clero juzgasen las causas civiles. Sozómeno, muy hábil en el derecho romano, distingue dos leyes de Constantino sobre este particular. Una, que autoriza los juicios de los concilios ó juntas eclesiásticas; y otra, que permite á los litigantes el recusar el juez civil, ó lego, y elegir, ó apelar al juicio de los obispos, y manda que las sentencias dadas por los obispos tengan la misma fuerza que si fuesen del mismo emperador, y que los gobernadores y sus ministros celen su cumplimiento (1). Todo esto se halla expresamente prevenido en el rescripto, ó nueva ley dirigida á Ablavio prefecto del Pretorio, en la cual expresa tambien Constantino: que el proceso y la causa pase al juicio del obispo en fuerza de instancia de una sola parte, ó bien sea la del actor, ó la del poseedor, aunque la otra la contradiga: que las sentencias de los obispos sean inviolablemente ejecutadas, sin admitirse apelacion aun respecto de los menores; en lo que parece que consistia la duda que propuso Ablavio, y dió motivo á la nueva ley ó rescripto: que los que quieran apelar á los obispos, pueden hacerlo no sólo al principio de la causa, sinó tambien cuando el juez civil esté para pronunciar. Sozómeno dice, que en las leyes sobre los juicios de los obispos, dió el emperador una grandísima prueba de su respeto á la Iglesia. Y en esta ley á Ablavio lee-

(1) Sozom. I. c. 9.

mos; que no sólo la hizo por respeto á la dignidad episcopal, sinó tambien para abreviar las causas (1). Despues parece que estos juicios de los obispos, fueron restringidos á unos arbitrios autorizados, por lo que toca á los asuntos civiles. Pero no puede justamente dudarse de que la ley á Ablavio es verdadera, y que en tiempo de Constantino los obispos tuvieron toda la jurisdiccion, que en ella se expresa (2): al modo que no se duda, que Constantino concedió á las personas y bienes eclesiásticos varias inmunidades, que revocaron los príncipes cristianos sus sucesores.»

Constantino que deseaba recibir el bautismo en el Jordan, no pudo satisfacer este deseo, por haberse sentido enfermo, y lo recibió en el castillo imperial de Aquirion en el año 337 y el 64 de su edad.

(1) Cod. Theod. 1. b. XVI. Tit. XII. L. 1.

(2) Till. *Constantin*, art. 88. y not. 71.

DISERTACION

SOBRE LA PRIMERA EDAD DE LA IGLESIA.

Siguiendo paso á paso la maravillosa historia de la Iglesia, hemos visto desenvolverse el plan Divino de la Reparacion, anunciada en el paraíso, llevada á feliz término por la piedad y misericordia del Verbo eterno, el cuál tomando á su cargo dar á la divina justicia una satisfaccion condigna, que hubiera sido imposible al hombre el ofrecerla, levantó la humanidad de la degradacion en que habia caido á consecuencia del crimen primitivo cometido bajo los frondosos arbustos del Eden. Para que el mismo mortal tuviese una Arca de salvacion dónde poder librarse del naufragio de las pasiones y de las peregrinas doctrinas que apóstoles del error habian de esparcir por el mundo, fundó su Iglesia, *Una, Santa Católica y Apostólica*, de la que el mismo Jesucristo es Cabeza invisible, y el Papa, su Vicario en la tierra, Cabeza visible.

Jesucristo, verdadero monarca de los siglos, cuyo reino no tendrá fin, Príncipe de la paz, Angel del

gran Consejo, Cordero dominador, Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec (1), Profeta grande que apareció en Israel para consumir las promesas que á aquel pueblo habian sido hechas (2), Rey magnífico de todos los reyes, constituido por Dios sobre el monte santo de Sion (3), fundó la Iglesia, ofreciendo solemnemente su perpetuidad. ¿Quién, sinó él que era verdadero Dios, al tiempo mismo que verdadero hombre, podia hacer tal promesa? Las puertas del infierno, dijo, ó lo que es lo mismo, todo su poder será vano para derrocar su obra (4). Y ofreció que jamás, en ningun tiempo, faltaria á la Iglesia la asistencia de su Espíritu divino, y que estaria con ella hasta la consumacion de las edades (5). Estas promesas no fueron temporales ni personales. Lo que Jesucristo dijo á Pedro, lo dijo en él á todos sus legítimos sucesores.

Por la razon que acabamos de exponer, vemos que á través de las edades, aquellas vienen conservando inviolable y en toda su pureza el gran depósito de la fé, de la revelacion divina y de las grandes verdades evangélicas. Se dividen las sectas en multitud de ramificaciones porque les falta el cimiento sólido de la verdad. La Iglesia de Jesucristo es una, por que ni en un ápice se aparta de lo que enseñó Él que dijo de sí

-
- (1) Salmo CIX, 4.
 - (2) Isaías, XXX, 2.
 - (3) Salmo II, 6.
 - (4) S. Mateo, XVI, 18.
 - (5) S. Mateo, XXVIII, 20.

mismo que era el *camino, la verdad y la vida* (1). El que deja de someter la razón á una sola de estas verdades, queda fuera de la Iglesia, y de consiguiente apartado del camino de la salvacion.

Y aquí séanos permitido extendernos acerca de la infalibilidad de la Iglesia. Materia es esta de suma importancia que deberíamos tratar en otro lugar de esta obra; empero, preferimos hacerle lugar en esta disertacion, para preparar dignamente el ánimo de algunos de nuestros lectores, ántes de narrar los grandes acontecimientos de que vamos á ocuparnos en el libro segundo y en los siguientes.

Cerca de diez y nueve siglos han trascurrido desde la fundacion de la Iglesia, y durante este tiempo, ni un solo dia han dejado de cumplirse con la más rigurosa exactitud las promesas que su Fundador le hiciera, y que quedaron consignadas en ese libro de oro que llamamos Evangelio. ¿Cuándo ha prevalecido contra ella el infierno? ¿Cuándo ha vacilado su estabilidad? Ha sufrido los más rudos combates; combates que hubiesen dado en tierra con el más poderoso imperio del mundo, pero ha triunfado maravillosamente de todos ellos, sin ejércitos que la defiendan, sin más armas que la palabra de Dios.

Hemos narrado las grandes persecuciones que experimentó en su dilatada infancia. ¿Podían ponerse en juego medios más violentos y múltiples que los empleados por los emperadores romanos? Y aquellos

(1) S. Juan, XIV, 6.

Césares que dominaban el mundo, á cuyos piés se arrastraba la humanidad para servirle de alfombra; aquellos monarcas, cuyo poder no conocia límites, que disponian á su arbitrio de la vida y de los bienes de sus numerosísimos vasallos, que contaban con ejércitos numerosos para hacer respetar sus órdenes y hasta sus caprichos, nada pudieron contra la Iglesia; nada omitieron para oprimirla y destruirla, pero consiguieron tan sólo propagarla y fecundizarla de un modo maravilloso.

Segun hemos visto en la historia de los tres primeros siglos, rios de sangre cristiana corrieron no solamente en la orgullosa capital del imperio, sinó en todas las provincias; pero tal fué la fecundidad de esta sangre, que ya en el siglo II, decia Tertuliano á los Césares, que si llegaban á exterminar completamente á los cristianos, serian señores de vastas regiones, porque el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria. De las mismas hogueras dónde eran sacrificados los que se gloriaban con el nombre de cristianos, salian nuevos defensores de la fé. ¡Qué espectáculo tan maravilloso! Hasta los mismos verdugos destinados á atormentar á los santos confesores que acudian á recibir la palma del martirio, se convertian muchas veces á vista de tan heroica constancia, abrazaban el cristianismo y vertian tambien su sangre en defensa de la fé. Consignados dejamos los nombres de algunos de estos que correspondiendo á la gracia que los llamaba, ocupan hoy un lugar en el coro de los santos mártires.

Y volviendo á nuestro tema de la infalibilidad de la Iglesia, de esta Iglesia que triunfó admirablemente del poder pagano, y á la que vamos á ver triunfar de los cismas y herejías de los filósofos é incrédulos de todas las edades, que la han combatido sin tregua ni descanso, en tanto que ella ha seguido y sigue su magestuoso rumbo hácia la eternidad, diremos que es tan visible, que se necesita, ó la más refinada malicia, ó la mayor ignorancia, no sólo para negarla, sino aun para ponerla en tela de juicio. Hállase en todo el cuerpo místico por su union con la cabeza, y en la cabeza por su union con el cuerpo místico. ¿Seria posible que el cuerpo físico viviese separado de la cabeza? Así no es posible que el cuerpo místico de la Iglesia, pueda vivir separado de su cabeza visible que es el Romano Pontífice, Vicario de Dios sobre la tierra. Y trasladamos esta reflexion á los protestantes que pretenden pertenecer á la verdadera Iglesia, negando obediencia y sumision al Jefe Supremo de ella, á aquel á quien Jesucristo concedió el poder de atar y desatar, al que constituyó guia, gobernador y maestro de los pastores y de las ovejas, siendo por lo tanto el Pastor de los pastores, el Maestro de los maestros, el Doctor supremo é infalible de toda la Iglesia universal. A él pertenece instruir y enseñar á todos los miembros de la Iglesia, como juez vivo por las divinas Escrituras y la tradicion, así en las verdades de fé, como en las reglas de las costumbres. Los obispos sucesores de los Apóstoles que son los principales miembros de la Iglesia, forman como su Senado, presidido por el Sumo

Pontífice, ya reunidos en Concilios, ó bien cada uno en su propia sede de acuerdo con los demás. Autoritativamente la doctrina se deriva de los obispos á los párrocos, vicarios, doctores y maestros, por los cuáles como canales se comunica al resto de los fieles; de manera que éstos con sus párrocos, los párrocos con sus obispos y los obispos con el Papa, primer obispo ó Primado, forman juntos la Iglesia Católica con su cuerpo y cabeza. Y á esta Iglesia jamás ha faltado la preciosa prerrogativa de la infalibilidad. Los hijos y propagadores del error han suscitado en todos tiempos grandes disturbios; las escuelas se han entregado á acaloradas disputas; pero, sin embargo, nunca ha padecido menoscabo el dogma católico. La revelacion, á pesar de la controversia que parece como encarnada en las sociedades, se muestra cada vez más depurada, y la verdad se ostenta más brillante.

Voltaire, el patriarca de la impiedad, que aseguraba que la Iglesia se hallaba en el período de su agonía; Federico de Prusia, que le invitaba para que redactase la inscripcion que debia grabarse en la losa sepulcral del catolicismo; los demás miembros de esa escuela filosófica que conturbó el mundo y que arrojó un diluvio de piedras sobre la fundacion Divina, ¿cómo no fijaron su vista en la historia de la Iglesia de las Catacumbas? ¿Habian de poder más sus sofismas, que las poderosas armas del grande imperio? ¿Estaria reservado á ellos el triunfo que no pudieron obtener los Césares, no obstante haber agotado todos los grandes medios de que podian disponer? Es impo-

sible pasar la vista por la historia de ese período de sangre que hemos reseñado, que dió al cielo tan gran número de mártires, sin inclinar la cabeza y exclamar: «Es verdaderamente divina una religion que nació rodeada de tantos prodigios, y que se extendió por el mundo por medios tan maravillosos. Las obras puramente humanas no pueden tener tal fortaleza.»

Y por esta razón, cuando en el último tercio del siglo xix vemos se renuevan las persecuciones á la Iglesia; cuando vemos en nuestros dias cumplirse al pié de la letra el vaticinio del Profeta de los Salmos: *Se mancomunaron los reyes y los principes de la tierra contra el Señor y contra su Cristo*; cuando vemos á los poderes de la tierra disputarse la túnica del Cordero sin manchilla, perseguida la Iglesia hasta por los mismos que se llaman católicos, cautivo á su Jefe Supremo, hecho objeto de burla el dogma y la moral que han salvado el mundo, si bien el corazon sufre, porque los hijos no pueden ser indiferentes á los padecimientos de su madre, nada tememos. ¿Ni cómo pudiéramos temer por el porvenir de la Iglesia? ¿No responde de él la palabra de su Fundador divino? ¿No nos ha dicho Él mismo, que primero que su palabra faltarán los cielos y la tierra? Además, ¿el pasado no responde del porvenir?

Nada importa que la ciencia orgullosa del siglo se haya propuesto sujetar á exámen riguroso hasta las mismas verdades de la fé. «No hay más que una religion en el mundo que pueda resistir el exámen de

la ciencia.» Y esta religion es la católica. Examinense todas las demás religiones, estúdiense todos los cultos y esa misma ciencia que pretende ser juez en la gran cuestion, verá á la verdad abrirse paso por medio de todos los errores.

En multitud de sectas se halla dividida la humanidad. Y ¿será posible que todas estas comuniones, tan diferentes unas de otras, puedan ser verdaderas, que todas ellas conduzcan al hombre por el camino de la salvacion? ¿Hay criterio capaz de creer que el judío, el mahometano, el cismático, el protestante, siendo sus máximas tan contrarias, poseen á la vez la genuina, la verdadera Iglesia, fundada por Dios sobre la tierra? En vano seria argüir con el que tal afirmacion hiciese, porque este tal demostraria tener enferma la razon. Una sola religion ha de ser verdadera; y siendo así, son falsas todas las demás.

¿Y cómo Dios, autor de la religion verdadera, en su infinita sabiduria, no ha de haber distinguido su obra, para que no se confunda con las obras de los hombres, con caractéres tan visibles que eviten toda confusion y toda mezcla? Así lo ha hecho; el símbolo de Nicea presenta cuatro de estos caractéres ó notas que distinguen á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Por más que la ciencia se complazca en ponerse siempre al servicio de las malas pasiones, si se dedica á investigar concienzudamente, descubrirá en seguida la impostura del error y separará lo real de lo ficticio, lo que es verdadero de lo que es intruso, lo que tiene un origen celestial y lo que es obra de los hombres.

Estos cuatro caracteres: La *unidad*, la *santidad*, la *catolicidad* y la *apostolicidad*, se encuentran única y exclusivamente en la Iglesia Romana, porque ella es la única Iglesia verdadera, la que Dios mismo ha establecido para la salud del mundo: ella es la Esposa legítima y predilecta del Rey de las eternidades, la única perfecta, la Nave misteriosa dónde nunca ha naufragado la humanidad, la verdadera Arca de la alianza dónde se han salvado y se salvarán siempre cuantos en ella busquen su refugio.

No entra en nuestro plan el hacer en este lugar un exámen detenido para demostrar el modo cómo resplandecen en la Iglesia romana, sola y exclusivamente los cuatro caracteres que hemos señalado. Mas como quiera que el protestantismo escudado con las modernas libertades haya abierto escuelas en nuestra España aunque felizmente con escasísimo fruto, demostraremos que á esta secta no tienen aplicacion posible las notas ó caracteres de la verdadera Iglesia.

¿Puede aplicársele la unidad? Apenas Lutero habia cometido su apostasía separándose de su madre la Iglesia Romana, se levantaron otros dos jefes, Calvino y Zuinglio, que le hicieron una cruda guerra, sin que jamás pudiesen llegar á un acuerdo. Léase la obra magistral del inmortal Bossuet *Historia de las variaciones*, y se verá cuán léjos está el protestantismo de la unidad de la fé. Ni aun están de acuerdo acerca del número de los Sacramentos. Reconocen el espíritu privado como regla de fé, y segun él, pueden interpretar las Sagradas Escrituras. Fácil es

comprender á vista de esta anarquía, cómo se ha multiplicado el número de sectas en más de ciento.

La santidad no puede esplicarse tampoco ni á sus fundadores ni á su doctrina. Basta leer la vida de Lutero para convencernos de esta verdad. ¿Qué santidad podia haber en el hombre que escandalizó al mundo contrayendo matrimonio con una religiosa, cometiendo de este modo un doble sacrilegio? En cuanto á la doctrina, sostienen grandes errores, y entre ellos el de que Dios es autor del pecado y que manda cosas imposibles; y sostienen que la fé por sí sola justifica al hombre, hace estériles todas las buenas obras y todas las virtudes.

Ni aun reuniéndose todas, conviene á las sectas protestantes la nota de *católica*, puesto que el protestantismo nació y se desarrolló á la sombra de las discordias civiles del imperio, dice un canonista; su moral es más lisonjera para las pasiones que la rígida y severa de la Iglesia Católica; los jefes de los Estados oyeron con placer y prestaron apoyo á una doctrina que les hacia dueños de todos los bienes eclesiásticos y *pontífices* de la religion; pero aun así y todo, el protestantismo se ha propagado poco y vá muy en decadencia, no tiene vida propia, y marcha apegado á las instituciones temporales, como planta de someras raíces que debe su existencia al robusto tronco á que se ha unido y que perecerá con él (1).

«Ménos que la anterior, conviene á la reforma pro-

(1) Golmayo. Inst. de Der. Can.

testante la nota de *apostólica*. Lutero nació y vivió largos años en el seno de la Iglesia Católica, principió por resentimiento á establecer algunas proposiciones aventuradas acerca de las indulgencias, pasó de aquí al resbaladizo terreno de la justificación y la gracia, y fué poco á poco formando esa larga cadena de errores que acabó por negarlo todo. Se le argüía con la Escritura, y no pudiendo contestar, dijo que estaba adulterada; se le presentaban testimonios sacados de las tradiciones y resoluciones de los Concilios generales, y negaba la verdad de aquellos y la autoridad de estos; hablaba por fin del Jefe de la Iglesia, y el orgulloso reformador no conocía en él más que al *obispo de Roma, un mónstruo á quién era preciso exterminar*. Lutero, pues, y los demás caudillos de la reforma, no tuvieron mision ordinaria ni extraordinaria: nó ordinaria, porque no la recibieron de la Iglesia; nó extraordinaria, porque no la probaron como otros enviados por medios extraordinarios (1).

Estamos, pues, en lo cierto al pertenecer á la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, porque en ella está la verdad. Nos han admirado sus triunfos en los tres primeros siglos. Vamos ya á contemplarla cuando se desenvuelve de las fajas de la infancia y se ostenta al mundo llena de majestad. Nuevas luchas vá á experimentar, pero se vá á coronar de nuevos triunfos y victorias.

(1) Ibid.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Eusebio.—Refuta el paganismo.—Demuestra la excelencia de la doctrina de los Hebreos.—Hace ver que los cristianos no deben observar las ceremonias judáicas. — No debe confundirse á Eusebio de Cesarea con otros cuatro obispos del mismo nombre y de la misma época.— Otras obras escritas por Eusebio.— Generosidad de Constantino. — Justicia de sus leyes. — Son dirigidas, unas contra los idolos, y otras á favor de la Iglesia. — Cumple con la de santificar las fiestas. — Muerto Licinio protege la Iglesia oriental. — Llama á los gentiles á la fe por medio de un edicto.—Prohíbe con severidad los idolos.

Quando el paganismo se hallaba espirante y en imposibilidad de levantar nuevamente la cabeza, muchos de los que en el mundo eran respetados por sábios, hicieron grandes esfuerzos con objeto de resucitarle, y entre ellos se cuentan Juliano y Simaco, cuyos argumentos se reducian á que los cristianos preferian los judíos á los griegos, siendo indudable que estos últimos eran más ilustrados, y que la religion pagana habia causado la felicidad del imperio, al paso que la cristiana le atraía grandes desgracias, debiéndose considerar como un terrible castigo por el desprecio

que se hacia de la antigua religion, las irrupciones de los bárbaros, las hambres y demás calamidades públicas que se venian experimentando.

Tán pobres y miserables sofismas podian seducir únicamente á algunos sencillos ó ignorantes, pero no faltaban sábios en el seno del cristianismo que los destruyesen y pulverizasen.

El primero de los varios argumentos que hemos señalado habia sido ya victoriosamente rebatido por Eusebio en sus eruditos y excelentes libros, que tituló de la *Preparacion* y de la *Demostracion Evangélica*. Con copia de razones hace conocer que los cristianos no fueron atraidos al Evangelio por una fé ciega ó una credulidad temeraria, sinó despues de un exámen sério y concienzudo, que les presentó razones de gran peso para abandonar el paganismo y recibir las doctrinas de los hebreos sin sujetarse á las prácticas y ceremonias judáicas. En la *Preparacion* explica las razones por qué los cristianos abandonaron la doctrina de los griegos para seguir la de los hebreos; y en la *Demostracion* las que les movia para no observar la ley de Moisés, no obstante haber abrazado la doctrina de los hebreos.

Es tan brillante en estos puntos el razonamiento de Eusebio, que no admite objeciones de ninguna clase.

Daremos una idea de estos excelentes libros.

Contiene la *Preparacion* quince libros, de los cuales los seis primeros están dedicados á refutar el paganismo, y los otros nueve á hacer conocer la excelencia de la doctrina de los hebreos. Discurre exten-

samente acerca de la fabulosa teología de los fenicios, egipcios, griegos y romanos, que eran las naciones más célebres, demostrando cuán absurdas eran estas fábulas, así como las supersticiosas ceremonias y profanos misterios que de ellos tomaron origen (1). Dedicase despues á refutar la teología alegórica de ciertos filósofos que se empeñaban en dar un sentido misterioso á aquellas fábulas, queriéndolas aplicar á la física. Examinando detenida y atentamente el paganismo, hace ver que las alegorías de los físicos no pasaban de ser una estúpida idolatría, toda vez que los llevaba á reconocer por dioses, rindiéndoles culto y adoración á los astros y á los elementos; esto es, á los cuerpos y á la materia (2). Pocos esfuerzos serian hoy necesarios para rebatir el paganismo. La razon ilustrada no puede aceptar el que sean reconocidas como divinidades las obras creadas. Pero en la época en que escribió Eusebio, todavía el paganismo tenia muchos adeptos en el imperio, y era necesario trabajar con asiduidad para acabar de desterrar las groseras supersticiones que deshonoraban á la humanidad, y que eran aceptadas como verdades por inteligencias no ilustradas.

Sirviéndose Eusebio de las mismas razones de los filósofos Epicúreos y Peripatéticos contra la divinación en general, impugna valerosamente los oráculos, por ser los que más contribuian á mantener á los pueblos en sus antiguas supersticiones. Y despues de im-

(1) Eus. *Præpar.* lib. 2. et II.

(2) *Ibid.* lib. IV.

pugnar otros errores, y muy especialmente el del hado en que se fundaban los oráculos, pasa á demostrar la excelencia de la doctrina de los hebreos, en cuyo punto no está ciertamente ménos brillante.

Hace una distincion entre hebreos y judíos, pues distingue por este último nombre el pueblo particular que se sujetaba á la ley de Moisés y á todas sus observancias y ceremonias, y con el primero á los fieles de todas las naciones que seguian la ley de la naturaleza y la ley de la razon, como los fieles que vivieron desde el principio del mundo hasta Moisés. Con las mismas frases de Filon, de Josefo y de Aristóbulo, describe la excelencia de la ley de Moisés hecha expresamente para los judíos; esto es, para aquella nacion particular que habitaba la Judea. Para demostrar que Moisés y los Profetas fueron más antiguos que los autores griegos, hace la oportuna observacion de que estos confiesan haber recibido sus artes, letras y ciencias, de los pueblos que calificaban de bárbaros, y especialmente de los hebreos; y para corroborar su aserto de la razon que habian tenido los cristianos para preferir las tradiciones hebraicas á las griegas, demuestra cuánto se conformaban con aquellas tradiciones los filósofos más famosos de la Grecia. Examinando lo escrito por Platon, y fundándose en la autoridad de este filósofo, hace palpable toda la impiedad de la teología gentílica, y la ineludible obligacion de dedicarse á la defensa de la verdad, aunque sea con peligro de perder la vida (1); demos-

(1) Ibid. lib. XI, XII et XIII.

trando en sus ataques á los filósofos y especialmente á Aristóteles, al que reputaba por el más peligroso, que los cristianos desechaban la filosofía antigua, nó por ignorancia, como decian sus adeptos, sino porque estaban plenamente convencidos de su inutilidad (1). Tal es el objeto de los quince libros de la *Preparacion Evangelica*, cuyo trabajo no fué perdido, pues contribuyó á que muchos abandonasen los errores y groseras supersticiones del paganismo, afiliándose en las banderas cristianas.

No ménos importante es la *Demostracion*. Como ya hemos apuntado, tiene por objeto demostrar que los cristianos no deben observar las ceremonias de los judíos.

Empieza por manifestar que la ley Mosáica no conviene más que á un pueblo particular que habitaba determinada provincia, y habia de sacrificar en un solo templo, cosa que no seria posible á todas las naciones, y que siendo así que, segun los mismos libros de los judíos, todas las naciones son llamadas á una nueva alianza, no podia ser la de la ley antigua, sino la del Evangelio, que no enseña más que la ley natural, observada por Moisés, que conduce la ley escrita á su cumplimiento y perfeccion en la ley de gracia.

Sabido es que en el cristianismo hay la escuela de los preceptos y la de los consejos, la primera que conduce á la santidad esencial y la segunda á la santidad

(1) Ibid. XIV et XV.

heróica. Pues bien, Eusebio en la *Demostracion*, distingue dos especies de cristianos; unos perfectos que son los que renuncian á la posesion de los bienes temporales, al matrimonio, á los hijos y aun á la compañía de los hombres para entregarse completamente á Dios y á la contemplacion de las cosas del cielo, ofreciéndole sin cesar sus oraciones y virtudes: los otros son los que prosiguen en el comun modo de vivir, abrazan el estado del matrimonio, trabajan, se dedican á los negocios, al comercio y demás ocupaciones propias de la vida civil, pero sin descuidar por esto los ejercicios piadosos, y viviendo con arreglo á los preceptos del Evangelio (1).

A lo que más fijó su atencion en esta obra, fué á probar la venida del Mesías y que éste fué Jesucristo.

Con tal objeto, empieza por recordar las profesías que dicen órden á la vocacion de los gentiles, que tan repetidas se encuentran en todos los libros sagrados. La vocacion en todas las naciones al conocimiento del verdadero Dios, es una de las señales de la venida del Mesías, y otra es la reprobacion de los judíos, segun los textos de los libros sagrados.

Con una gran copia de razones, Eusebio demuestra la superioridad de Jesucristo sobre Moisés y prueba su divinidad contra los que no creen en las santas Escrituras. Dá á conocer minuciosamente la pureza de su doctrina y los grandes y maravillosos milagros que efectuó durante su permanencia entre nosotros,

(1) Lib. 2.

para hacer ver que ni fué impostor, ni puro hombre, sinó Dios verdadero, al tiempo mismo que verdadero hombre. No podían, dice, los milagros de Jesucristo atribuirse á la mágia, si se considera que su fin y sus efectos eran la virtud y la piedad. Hasta los mismos oráculos de las falsas divinidades, como refiere Porfirio, confiesan que fué un santo varon, y que su alma pasó á vivir feliz en el cielo. Trata teológicamente de la naturaleza del Verbo, demostrando que es anterior á toda criatura, hijo único de Dios, y expone nuestras creencias sobre la Encarnacion del Divino Verbo, siendo esta obra de Eusebio una completa defensa de la Religion Cristiana contra los judíos y los gentiles.

Este Eusebio, del que nos hemos ocupado, fué obispo de Cesarea, y nació en los últimos años del reinado de Galiano. Era hombre de clarísima inteligencia, de una memoria prodigiosa, y muy aplicado al trabajo. Habia establecido una escuela en Cesarea en la cual tuvo muchos discípulos, adquiriendo grande autoridad.

Desgraciadamente no puede dudarse que favoreció al arrianismo, haciendo gran daño á la Iglesia. Ya tendremos ocasion de volvernos á ocupar de este escritor, que fué llamado con razon *Padre de la Historia Eclesiástica*.

Debe tenerse especial cuidado en no confundir á Eusebio de Cesarea con otros cuatro obispos del mismo nombre que vivieron tambien en el siglo IV. Estos son: Eusebio, primer obispo de Berito, despues de

Nicomedia, que fué el verdadero jefe de la secta arriana; San Eusebio Anciseno, tambien obispo, que murió en el año 459, y que fué muy célebre por sus virtudes, habiendo sostenido en la Siria la causa de la verdad contra los enemigos de la fé; San Eusebio, obispo de Berceci, el cual perseguido por los arrianos mantuvo con energia la causa de la Iglesia; y San Eusebio de Samosata, que al principio se inclinó al arrianismo, y conociendo en seguida su error, se alejó de él sin la menor vacilacion.

Además de las obras citadas, escribió Eusebio la *Historia Eclesiástica*, la más antigua de su clase, que nos ha conservado la memoria de todo lo acontecido en los tres primeros siglos. El papa San Elario, en el *Sínodo Romano*, aprobó la grande erudicion de esta obra, pero condenando algunos errores que se hallan en la misma. Tambien dejó la *Vida de Constantino*, en cuatro libros, y *La Crónica*, libro en el cual reseña los acontecimientos notables desde el principio del mundo hasta el año vigésimo del reinado de Constantino.

Parécenos conveniente dar cuenta de las principales disposiciones y leyes de los emperadores cristianos concernientes á la Iglesia, reproduciendo para ello la narracion del citado señor Amat, que es de este modo:

«El primer efecto de la conversion de Constantino fué que la Iglesia, en vez de sufrir persecuciones de las potestades de la tierra, halló en ellas proteccion. Esta sirvió mucho para extender el nombre de Cristo, y aumentar el número de sus siervos; pero tambien

ocasionó á la Iglesia varias veces trabajos muy sensibles, aunque ménos que los de las fieras persecuciones del gentilismo. Los Emperadores cristianos no se contentaron con proteger la Iglesia contra los idólatras, y facilitar la predicacion de la fé en los pueblos: luego quisieron extender su proteccion hasta componer las disputas suscitadas entre los mismos que hacian profesion de cristianos; y en esto estuvieron expuestos á los engaños de los hereges, cismáticos y malos cristianos, y no siempre protegieron la buena causa. Por otra parte, una vez que los Príncipes se metieron en los asuntos de la Iglesia como protectores, fué muy fácil que alguna vez se excediesen, queriendo meterse en resolver, ó dirigir puntos ajenos de su potestad. Y de aquí con el tiempo se fueron confundiendo la potestad civil y eclesiástica, nacieron algunos siglos despues graves disputas entre ambas potestades, y se vieron tambien excesos de algunos ministros de una y otra. Así será fácil observarlo de lo que se dirá sobre muchos asuntos particulares. Ahora juntaré bajo de un punto de vista las principales disposiciones que los Emperadores cristianos dieron en cosas de la Iglesia, hasta el Pontificado de San Gregorio Magno.

Como el Africa habia padecido mucho bajo la tiranía de Majencio, por eso Constantino poco despues del edicto general, de que ántes hablamos (1), mandó en particular al prefecto de Africa, que luego

(1) Núm. 19.

se restituyesen á la Iglesia Católica las casas, huertos, y todo aquello á que tuviese derecho (1); mandó igualmente que los clérigos católicos fuesen del todo libres de cualesquiera cargos y gabelas públicas (2). Y parece tambien cierto que desde el año 315 dispuso que todas las tierras y fincas pertenecientes á la Iglesia, quedasen libres de los tributos é imposiciones, á que estaban sugetos los bienes de los particulares (3). En fin, al mismo tiempo escribió á Ceciliano, obispo de Cartago, previniéndole que el Tesorero general de Africa tenia orden de entregarle tres mil bolsas, para ayuda de costa de la manutencion de los Ministros de la Religion Católica en todas las provincias del Africa, de la Numidia y ambas Mauritanias, y que si esta cantidad no era suficiente para socorrer las necesidades de la nota, ó lista que le acompañaba, hecha por Osio, obispo de Córdoba, que ya entónces lograba su confianza, acudiese al Procurador de sus rentas particulares de aquellas provincias; pues tenia orden de entregarle cuánto dinero pidiese (4).

Servian mucho para disponer los ánimos de los gentiles á la religion que profesaba Constantino, los frecuentes edictos y órdenes á los Prefectos de Roma, con que enmendaba antiguos abusos, y protegia la justicia y humanidad. Era muy comun entre los gentiles Romanos el detestable abuso que los padres ma-

(1) Ap. Eus. *H. E.* X. c. 5.

(2) *Ib.* c. 7.

(3) *Cod. Theod.* Lib. XI. Tit. 1. L. 1.

(4) Ap. Eus. X. c. 6.

taban ó vendian los hijos que no podian mantener. Pero Constantino mandó á sus ministros, que sin la menor dilacion suministrasen del tesoro público, ó de su dominio particular, los alimentos y subsidios necesarios á cuántos se hallasen en tan deplorable indigencia. Y mandó igualmente que los que fueran esclavos por haber sido vendidos por sus padres en semejante apuro, pudiesen redimirse dando un precio equitativo, ú otro esclavo (1). Con otras varias providencias aseguró á los particulares, especialmente de las provincias, la posesion de sus bienes contra las violencias de la gente poderosa y ministros imperiales : publicó leyes severísimas contra los raptos y parricidas : condenó á muerte el ama que fuese adúltera con su esclavo, y á este al fuego ; y prohibió á las personas casadas el tener concubinas, aunque las leyes Romanas hasta entónces lo habian permitido. Precavió infinitos litigios, declarando válidos los testamentos y últimas voluntades, aunque faltasen algunas formalidades necesarias segun el antiguo derecho. Contuvo el excesivo rigor de los Jueces contra los deudores del fisco : amenazando con las prisiones é infames suplicios, que éstos ántes sufrían, á los oficiales ó ministros que no refrenasen su violencia. Mandó que las causas criminales se despachasen con la mayor prontitud : que se escusase cuánto se pudiese el tener los reos en la cárcel ; y que cuando fuese indispensable, nunca fuesen puestos en calabozos, sinó en las piezas más cómodas y ventiladas (2).

(1) Cod. Theod. Lib. XI. Tit. XXVII. L. 1. et 2.

(2) Tillem. Constant. a. 43. cct.

A más de estas y semejantes disposiciones, que los mismos gentiles alababan, iba tomando otras contra la idolatría y á favor de la Religión Cristiana. No podia desde luego prohibir los solemnes sacrificios y públicas funciones de los Arúspices, que el pueblo miraba con tanta veneracion y confianza. Pero desde el año 319 prohibió á los Arúspices, Agoreros y Adivinos el abrir y consultar las víctimas en las casas particulares. Y aun prohibió á todos los sacerdotes de los ídolos y ministros de los sacrificios, el entrar en ellas con cualquier pretexto, bajo pena de ser quemados, y los que los consultasen ó admitiesen en su casa, desterrados á alguna isla, y confiscados sus bienes. Manifestó bastante que abominaba de tales supersticiones, y que sólo por condescendencia con el pueblo las permitia en los altares y templos públicos (1). Dos años despues concedió permiso de consultar á los Arúspices sobre el significado de los rayos que cayesen en el palacio imperial y otros públicos edificios, renovando la prohibicion de los sacrificios domésticos (2), y mandando que se le enviasen las respuestas de los Arúspices. Igualmente permitió que continuasen aquellos encantos ó hechizos, que los gentiles usaban contra las enfermedades y las tempestades y granizos: condenando con rigor los que pudiesen ser contrarios á la salud humana, ó dirigidos á excitar la liviandad (3).

(1) Cod. Theod. Lib. IX. Tit. XVI. Lib. 1. et 2.

(2) Cod. Theod. Lib. XVI. Tit. X. L. 1.

(3) Cod. Theod. Lib. IX. Tit. XVI. L. 3.

Publicó tambien varias leyes á favor de la Religion Cristiana. Entre ellas parece podemos contar la que prohibe marcar en la frente á los reos, pues pudo motivarla el uso que hacen los cristianos de la señal de la cruz en la frente (1). Y tal vez esta ley fué parte de la que prohibió el suplicio de la cruz, la cual fué publicada por Constantino desde el principio de su Imperio en Roma, y es sin duda de las más gloriosas al nombre cristiano. Jesucristo, dice San Agustin, que reserva para el fin de los siglos el llenar de honores á sus fieles, quiso con anticipacion honrar su cruz, haciendo que los príncipes cristianos desde luego prohibiesen crucificar á ningun reo, y que todos los fieles, hasta los mismos Monarcas, se gloriasen de llevar en su frente la señal de la cruz, con que los judíos le hicieron morir por ser el suplicio más infame (2). Muy conformes fueron tambien al espíritu de la Iglesia las leyes de Constantino, en que concedió que se diese libertad á los esclavos en las Iglesias, y otra en que restableció el honor del celibato. En aquellas, una de las cuáles es dirigida al célebre Osio, obispo de Córdoba, quitó las dificultosas formalidades que ántes se exigian para dar libertad á los esclavos, y dispuso que en adelante bastase que el amo se la concediese delante del pueblo y presbítero, ú obispo de cualquiera iglesia, y que para dar fé fuese suficiente cualquiera declaracion firmada de los mi-

(1) Cod. Theod. Lib. IX Tit. XL. L. 1.

(2) S. Aug. *Serm.* 88 al 18. de V. Dom. c. 9.

nistros como testigos. Aun esta formalidad de presentarse á la Iglesia no la exigió en los clérigos, concediéndoles permiso de dar libertad á sus esclavos en vida, ó al tiempo de su muerte, en cualquiera ocasion, y del modo que quisiesen (1). En cuanto al celibato, los Romanos con el fin de facilitar la poblacion de sus provincias, creyeron á propósito imponer penas, no sólo contra los que no se casaban, sinó tambien contra los casados que no tenian hijos. Pero Constantino juzgaba merecedores, nó de pena, sinó de compasion, á aquellos á quiénes la naturaleza no concedió el fruto del matrimonio, y digno de alabanza en vez de castigo, á los que enamorados de la filosofia más elevada, se abstuviesen de las bodas para consagrar sus cuerpos y almas al conocimiento y culto de Dios. En consecuencia, mandó que los célibes y estériles, así hombres como mujeres, y especialmente de la ley *Papia*, que los privaba en todo ó en parte de los bienes de los estraños, á que por testamento ú otra disposicion debiesen suceder (2). En una ley dirigida al pueblo romano, y publicada en Roma á 3 de julio de 321, concede á todas las personas sin excepcion, el permiso de dejar en su última voluntad cualesquiera bienes á la Iglesia Católica, y que los testamentos así hechos sean cumplidos á la letra (3). A pesar de esta declarada proteccion de Constantino á favor de la Iglesia, los paganos de Roma pretendian obligar á los

(1) Cod. Justin. I. Tit. XIII L. 1. et 2.
 (2) Cod. Theod. Lib. VIII. Tit. XVI. L. 1.
 (3) Cod. Theod. Lib. XVI. Tit. 2. L. 4.

cristianos á tomar parte en los sacrificios lustrales, que ofrecian para el bien del Imperio. Pero Constantino mandó que cualquiera que tuviese la temeridad de hacer alguna violencia á los cristianos en cosas de religion, fuese azotado públicamente, y si fuese noble, pagase una buena multa (1).

Parece que Constantino mandó tener en alguna especial veneracion el viernes, como dia consagrado á la memoria de la Pasion del Señor, ó el sábado por las grandes cosas que el Señor obró en este dia (2); y Eusebio nos dice que las fiestas de los mártires y otras solemnidades de la Iglesia, se celebraban en las provincias por órden suya (3). En el Código tenemos todavía la ley, con que procuró que fuese santificado el domingo, que siempre ha sido el dia más célebre entre los cristianos, por haber en él resucitado el Señor. Manda, pues, Constantino que en este dia cese todo el estrépito de las causas civiles y forenses, y que no se trabaje en las artes y ejercicios de la ciudad, y permite sólo el trabajo del campo, en el cual un sólo dia á veces puede ser de mucha importancia (4). Y es de advertir que el piadoso emperador con su ejemplo enseñaba el fin de esta suspension de las ocupaciones y tareas ordinarias. Tenia en su palacio como una iglesia doméstica, en dónde con toda su familia y córte pasaba gran parte del domingo en

(1) Cod. Theod. Lib. XVI. Tit. II. L. 1. an. 323.

(2) Eus. V. IV. c. 18. Vales. ibid.

(3) De Vit. Const. IV. c. 23.

(4) Cod. Just. Lib. III. Tit. XII. L. 3.

orar, dar públicas gracias á Dios, leer y meditar las escrituras, y en otros ejercicios, ó actos de religion (1). Hasta sus tropas santificaban el domingo. Los soldados cristianos tenían libertad de ir á la iglesia, y asistir á la celebracion de los divinos Misterios. A los soldados gentiles les mandó que el domingo saliesen á un campo, en que no hubiese ningun monumento de gentilidad, y levantadas las manos al cielo rezasen al Rey de todo lo criado, una oracion que él les dió en latin, y es del tenor siguiente: «A tí sólo reconocemos por Dios: á tí te confesamos Rey: á tí te invocamos en nuestra ayuda. Dones tuyos son las victorias que hemos ganado: de tu favor nos viene el haber vencido á nuestros enemigos. A tí te damos gracias por los beneficios recibidos, y de tí esperamos todos los que hemos de lograr. A tí dirigimos todas nuestras súplicas, y te rogamos que por una larga série de años nos conserves robusto y victorioso á nuestro emperador Constantino con sus piadosísimos hijos» (2). Cuando el Emperador salia á campaña, mandaba llevar un gran tabernáculo trabajado á modo de una iglesia; y allí los sacerdotes celebraban los divinos Oficios, y el Emperador y el ejército ofrecian á Dios sus oraciones y alabanzas, y participaban de los divinos Misterios (3). Y parece que desde entónces comenzaron las religiones romanas á tener cada una su tabernáculo y sus sacerdotes.

(1) Eus. *Vit. Const.* IV. c. 17. et seq.

(2) *Ibid* c. 20.

(3) Sozom. *Hist.* I. c. 8.

En las armas ó escudos de los soldados mandó poner la señal de la cruz, segun nos dice Eusebio (1). Quien añade, que aunque todos los dias, cerrándose en lo más interior de su palacio, pasaba ciertas horas arrodillado hablando á solas con Dios: con todo, era muy particular el fervor con que celebraba el santo dia de la Pascua. Trocaba la noche antecedente en un brillante dia, mandando encender por toda la ciudad hachas de desmedida grandeza que Eusebio llama columnas de cera, y una gran multitud de lámparas. El mismo dia de Pascua distribuia con largueza grandes limosnas, y concedia singulares gracias á todas las naciones, provincias y pueblos del imperio (2).

Las disposiciones hasta aquí mencionadas las tomó el gran Constantino en los primeros años de su imperio, cuando mandaba solo en el Occidente. Mas apenas en el años 323 acabó con Licinio, y quedó dueño único y pacífico de todo el Oriente, desde luego, dice Eusebio, se publicaron entre nosotros los mismos edictos llenos de humanidad, y las mismas leyes ordenadas al verdadero culto de Dios, con que ya se gozaban los habitantes de la otra parte del mundo. Los confesores recobraron su libertad, sus bienes, sus empleos y honores. Los que habian sido militares, fueron libres en volver al servicio, y á sus grados si querian. Los bienes, que habian sido de los mártires, se entregaron á sus más cercanos parientes ó herede-

(1) Eus. V. C. IV. c. 21.

(2) V. C. IV. 22.

ros, y no habiéndolos, á las iglesias. Todo lo que habia pertenecido á estas, se les devolvió al instante, en especial los lugares en que estaban enterrados los santos mártires. Los que habian comprado estos bienes, debian tambien entregarlos sin demora: sólo se les reservaba la facultad de acudir al Emperador para solicitar una justa compensacion (1). Constantino envió gobernadores cristianos á casi todas las provincias; y á los gobernadores gentiles les mandó que no sacrificasen, estendiendo esta orden á todos los principales ministros del imperio, hasta á los prefectos del Pretorio (2). Mandó que las iglesias arruinadas en tiempo de persecucion, fuesen reparadas: que las pequeñas se ensachasen; y dónde fuesen precisas, se hiciesen otras nuevas: todo con magnificencia, á costa del tesoro imperial, y cuidándolo los obispos. A este fin les escribió cartas muy espresivas, tratándoles de *hermanos carísimos*, y previniéndoles que para los gastos acudiesen á los gobernadores de provincias, ó al prefecto del Pretorio, á quiénes se habian pasado ya las órdenes correspondientes (3).

El celo y piedad de Constantino brillan particularmente en el edicto, que el mismo compuso y dirigió á todos los pueblos del imperio, para manifestarles la ceguedad de sus mayores en el culto que daban á los ídolos, exhortarlos á adorar al único Criador del Universo, y conducirlos suave y eficazmente á poner

(1) Eus. V. C. II. c. 20 al 43.

(2) C. 44.

(3) C. 45 y 46.

sólo en Jesucristo la esperanza de la salud. Eusebio nos conserva este edicto; y en él observamos mucha piedad y humildad en las súplicas y hacimiento de gracias, que el emperador dirige á Dios. Para conducir los gentiles á la fé, se vale de la esperanza de los bienes venideros, del poder de los cristianos sobre los dioses falsos, de las depravadas costumbres de los príncipes que los persiguieron, de la bondad con que muchos pueblos bárbaros recibieron á los cristianos arrojados de su país, del fin desastroso de sus perseguidores, y de las victorias que él ganó por virtud de la cruz. Deja á los paganos sus templos, y la libertad de seguir sus antiguos errores; pero compadeciéndose mucho de su preocupacion, y deseando que todos abracen la verdadera fé. Acuerda que en algunos lugares se habian arruinado los templos y quedaba del todo abolida la idolatría, que él llama poder de las tinieblas. Se complace en ello, y manifiesta que lo mismo aconsejaría á todos los pueblos, si no temiese que la obstinacion de muchos en su error, habia de ocasionar sediciones muy perjudiciales. Por esto encarga á los cristianos que sólo se valgan de exhortaciones é instrucciones para convertir á los gentiles, y de ningun modo acudan á la coaccion y violencia (1).

No seria mucho que con este edicto hubiese tambien el Emperador intentado contener el indiscreto celo, con que algunos cristianos arruinarian templos

(1) Eus. V. C. II. c. 48. ad. 60. Véase Till. *Constantin.* art. 53 y n. 47.

de ídolos, y desearian que el Emperador con penas y castigos persiguiese á los idólatras, del modo que eran ántes perseguidos los cristianos. Sin embargo, no dejó de valerse de la autoridad y de la fuerza, para coo- perar al desengaño de los pueblos, destruyendo algu- nos particulares ramos de la idolatría. Ya hemos visto que desde el año 319 prohibió los sacrificios domés- ticos, especialmente los adivinos, y que luego que tuvo el imperio de Oriente mandó á los gobernadores de provincias, y á los ministros principales del im- perio que no sacrificasen. Pero despues hemos de creer que llegó á prohibir en general todos los sacri- ficios, aun los públicos. En una ley, dice Eusebio, prohibió los abominables sacrificios del culto de los dioses, que ántes se hacian con frecuencia en los pueblos y en los campos. De modo, que ya nadie se atrevia á erigir estátuas de dioses, á consultar los adivinos, ni á matar ninguna víctima (1). A más de que estas expresiones de ningun modo pueden ceñirse á las leyes del año 319, de que ántes habia hablado Eusebio: él mismo nos dice tambien que Constantino con muchas leyes y mandatos prohibió á todos el sa- crificar á los simulacros (2): que tanto los soldados como los paisanos, tenian cerradas las puertas de la idolatría; y que todas las especies de sacrificios esta- ban prohibidos (3). Sin embargo, no es menester per- suadirse que esta prohibicion general fuese observa-

(1) *Vit. C. II. c. 45.*(2) *Ibid. IV. c. 25.*(3) *Ibid. c. 23. Véase Till. Constantin. art. 53 y not. 48.*

da en todas partes, y especialmente en Roma, dónde la idolatría lograba la protección del Senado. Tampoco serian siempre observados con fidelidad los edictos, con que prohibió las fiestas, ó solemnidades gentílicas (1), y mandó que los templos de los ídolos estuviesen cerrados: bien que en este expresaba, que se entendia cuando no hubiese peligro de sedición, ni de muertes (2).

Más puntualmente se observaban las órdenes con que sucesivamente iba quitando de los templos sus riquezas, para distribuirlas á los pobres, y las estatuas ó ídolos más bien hechos para hermohear las calles y plazas públicas de C. P., y las salas de su palacio, dónde se veian expuestos á la vana admiracion de los curiosos, y á la risa de los prudentes, los célebres Apolos de Pitia, y de Smintha, las trébedes del Oráculo de Delfos, las musas de Helicon, el famoso Pan, y todo lo que más habia venerado la antigüedad gentil (3).

En fin, aunque Constantino por lo general no aruinase los templos, con todo mandaba quitar á unos los pórticos, á otros las puertas, ó el tejado, con que se iban inutilizando (4), y algunos los mandó derribar hasta los cimientos. De estos nos cita Eusebio algun ejemplar. En Afaca, que era un pueblo de la Fenicia, sobre la punta de una de las montañas del Libano, ha-

(1) Sozom. I. c. 8.

(2) Till. *Constantin.* art. 53 y 54.

(3) Eul. *V. C.* III. c. 1. et. 54.

(4) *Ibid.* c. 54.

bia un bosque y un templo de Vénus, que era una verdadera escuela de las mayores deshonestidades. Aun era peor otro templo de Vénus, que habia en una ciudad inmediata llamada Heliópolis, en el cual las mujeres casadas ó doncellas podian impunemente prostituirse en obsequio de la diosa. Constantino mandó arrasar del todo el templo de Afaca, y en cuanto á Heliópolis, prohibió aquella infame costumbre: escribió á los del pueblo, exhortándoles al reconocimiento del verdadero Dios; y para mejor moverlos erigió en la misma ciudad una magnífica iglesia, envió obispos, presbíteros y diáconos, y distribuyó cuantiosas limosnas á los pobres.» (1)

(1) Eus. H. E. c. 55 y 56.

CAPITULO II.

Principios de la herejía de Arrio. — En qué consiste el arrianismo. — Circunstancias que concurrían en el hereje. — Concilio reunido por S. Alejandro de Alejandría. — Carta sinodal que aquel santo Prelado dirige á todos los obispos. — Segundo y más numeroso concilio. — Arrio se retira á la Palestina. — Desde allí pasa á Nicomedia. — Canciones del *Thalia*. — Escribe Constantino á San Alejandro y á Arrio. — Osio, obispo de Córdoba en España. — Se determina celebrar un concilio general en Nicea. — Persecucion contra San Atanasio. — Idem. — contra San Eustacio. — Otros sucesos concernientes al arrianismo.

Oportuno nos parece antes de entrar á explicar la gran série de acontecimientos que se nos presentan en esta segunda época de la Iglesia, el historiar la funestísima herejía de Arrio, sacerdote de la iglesia de Alejandría, hombre turbulento, que no habiendo conseguido, como deseaba, impulsado por su ambicion, el ser obispo de aquella gran ciudad, por haber sido elegido en 312 san Alejandro, empezó por desacreditar la doctrina de tan santo Prelado, oponiendo á ella una doctrina enteramente nueva.

Consiste el *arrianismo* en negar que el Verbo divino, ó sea la segunda Persona de la Santísima Trinidad, sea verdadero Dios, afirmando que es una criatura verdadera aunque la más perfecta que ha existido ni existirá sobre la tierra.

Las circunstancias particulares de Arrio les favorecían para poder hacer prosélitos en su herejía. Su edad madura, la reputación que había adquirido de hombre virtuoso y muy lleno de celo por la gloria de Dios, su figura hermosa y simpática, y sobre todo su habilidad en la dialéctica y en las ciencias naturales, y hasta su conversacion dulce y agradable. San Alejandro que era varon prudentísimo procuró en un principio valiéndose de medios suaves ganarlo, pero sin poderlo conseguir. La funesta pasión del orgullo se había apoderado del corazón de aquel mal sacerdote, y esta sofocó en él todo recto sentimiento. Se propuso conturbar la Iglesia y lo consiguió, de tal suerte y con tal arte, quasi la doctrina católica no fuese hija del cielo y estuviese sostenida por un poder sobrenatural, hubiese concluido con ella, y el mundo hubiese sido arriano.

Sentía vivamente el santo Prelado de Alejandría la obstinación de Arrio, y viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos por atraerle al buen camino, y que su herejía se extendía con rapidez, pues que á ella se afiliaban muchos presbíteros y aun algunos obispos, reunió un concilio, en el cual fué excomulgado Arrio, como también Aquilas con otros ocho diáconos. En la carta sinodal que san Alejandro escribió á todos los obispos, decía que Arrio y Aquilas habían formado una conspiración contra la Iglesia, que excitaban persecuciones contra él y contra su clero por medio de algunas mujeres á las que habían logrado seducir, que deshonraban el cristianismo, y cometían toda

clase de excesos. Manifestando despues las principales proposiciones de su falsa doctrina, decia que aquellos herejes afirmaban «que hubo un tiempo en que el Hijo de Dios no existia: que fué hecho despues de no haber sido: que Dios hizo de la nada á su Hijo, como á las demás cosas: que no hay persona que sea Hijo de Dios por naturaleza: que habiendo Dios previsto que este Hijo no le despreciaria, le eligió para Hijo suyo especial entre todos: y que si Pedro y Pablo se hubiesen aplicado á la virtud con tanta fidelidad, su filiacion seria igual á la del Hijo de Dios.» Doctrina tan impia la quieren probar con las palabras del Salmo: *Tu amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por esto Dios, el Señor tu Dios te ha unguido con el óleo de la alegría, más que á tus compañeros.*

Para aceptar la doctrina de Arrio era necesario caer por completo de conocimientos bíblicos, toda vez que en los libros santos se nos dá una idea magnífica y brillante de la Trinidad de las Personas divinas. Cuando el legislador de los hebreos nos habla en el Génesis de la creacion, refiere que Dios dijo: *Hagamos al hombre*, hablando en plural (1). Tres son los que se aparecen á Abrahan, y este se postra y les adora como si fuese uno solo (2). David dice, que los cielos fueron hechos por el Verbo del Señor, y que el Espíritu de su boca es quién les dá fuerza (3). Isaias,

(1) Génes. I. 26.

(2) Génes. XVIII, 2 y 3.

(3) Salmo XXXII, 6.

habla del Dios Redentor de Israel, enviado de Dios y de su Espíritu (1). Pero, en el Nuevo Testamento aun se explica el misterio con mayor claridad, pues se nos dice, que el Padre, y el Verbo, y el Espíritu Santo son tres, y los tres una misma cosa (2) y Jesucristo preceptuó que fuésemos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (3). Otros mil textos podríamos aducir de ambos Testamentos, pero no es nuestro objeto exponer la doctrina católica, sino historiar la herejía.

Con los mismos pasajes que acabamos de aducir y otros varios, impugnó San Alejandro los errores de Arrio, y notó que el cristianismo estaba sostenido por tres obispos de la Siria, uno de los cuales era Eusebio de Cesárea, y que estos se creían mucho más sabios que todos los obispos que entónces habia en la Iglesia y los que habia habido en los tiempos anteriores, y añade: «Nos atribuyen el error de que hay dos seres no engendrados, pretendiendo que es menester admitirlos, ó decir que el Hijo salió de la nada. No separan la distancia que hay entre Dios Padre no engendrado, y las criaturas hechas de la nada. Pues entre estos dos extremos está el Hijo único, el Dios Verbo, por quién el Padre lo ha hecho todo de la nada, y á quién el Padre engendró de sí mismo.» Despues de esto, explica San Alejandro la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y los demás dog-

(1) Isaías XLVIII, 16.

(2) S. Juan, V, 7.

(3) S. Mateo, XXVIII, 19.

mas principales de la fé, siendo de notar que dá á María Santísima el nombre de *Theotocos*, ó Madre de Dios. Y por último, participa á los obispos que Arrio y sus compañeros habian sido arrojados de la Iglesia por el concilio, en el que habia obispos de todo el Egipto y de la Tebaida, de la Libia y de la Pentapolia, de Siria, de Licia, de Panfilia, de Asia, de Capadecia y provincias inmediatas.

Las declaraciones y sentencia de aquel concilio no sirvieron para que Arrio se humillase, reconociendo su error y entregándose á la penitencia. Antes por el contrario, continuó con mayor constancia en la obra de la propagacion de sus errores. Esto obligó á San Alejandro á reunir un segundo concilio, al que asistieron cerca de cien obispos, y en él fué de nuevo excomulgado Arrio, haciéndolo saber á todos los obispos del mundo. Y en virtud de que Eusebio, usurpador de la Iglesia de Nicomedia se habia puesto al frente de aquellos herejes, escribiendo en favor de ellos, San Alejandro dice: «Me reconozco obligado á romper el silencio, y haceros conocer quiénes son estos apóstatas, y cuáles sus errores, á fin de que no hagais el menor aprecio de lo que pueda deciros Eusebio.» Esta circular la firmó en primer lugar el Santo Prelado de Alejandría, y á continuacion lo hicieron los presbíteros y diáconos de aquella ciudad y de la de Marcótide, á los cuales, que habian sido convocados con tal objeto, habló el santo de esta manera: «Alejandro á los presbíteros y á los diáconos de Alejandría y de la Mareótide, nuestros amados hermanos

Nuestro Señor aquí presentes, salud. Aunque vosotros ya firmásteis las cartas que yo envié á los sectarios de Arrio, exhortándolos á renunciar su impiedad, y seguir la fé católica; y hayais declarado la reclitud de vuestros sentimientos, conformes á la doctrina de la Iglesia Católica: no obstante, habiendo yo escrito á todos vuestros hermanos sobre los arrianos, he juzgado preciso convocaros á vosotros, clérigos de la ciudad, y llamaros á vosotros, clérigos de Mareótide, principalmente porque algunos de vosotros siguieron á los arrianos, y quisieron ser depuestos con ellos. He querido, pues, que supieseis lo que ahora escribo, que deis testimonio de que lo consentís, y que deis vuestro voto para la deposicion de Arrio, de Pisto y demás compañeros. Porque es del caso que vosotros esteis enterados de todo, y lo tengais tan presente, como si vosotros mismos lo hubieseis escrito (1).»

Esta vez el hereje quedó aterrado, y se retiró á la Palestina, dónde pudo atraerse algunos partidarios, pasando desde allí á Nicomedia, que era residencia ordinaria del Emperador, dónde, con el apoyo de Eusebio (2), se esforzó en difundir su impío dogma entre el pueblo bajo, y, para conseguirlo, compuso canciones en las que vertió profusamente el veneno de su impía enseñanza. A estas canciones, les dió el título de *Thalia*.

(1) Ceillier. Auct. Eccl. t. IV, c. 2.

(2) Téngase cuidado con no confundir este Eusebio, obispo de Nicomedia, con el Eusebio historiador, obispo de Cesarea. Ya hemos explicado que habia cuatro obispos del mismo nombre, por esta época.

El Emperador Constantino vió con dolor tan funesta division, y se propuso concluir con ella. Con este objeto, habló detenidamente con Eusebio, el cual le dió á comprender que todo el mal nacia de la aversion que el obispo Alejandro profesaba al presbítero Arrio, y que lo que correspondia á su piedad y acreditado celo, era concluir aquella division, imponiendo silencio á los dos.

Engañado Constantino de este modo, creyó que conseguiria su objeto escribiendo al mismo tiempo á Alejandro y á Arrio, exhortándoles á que se uniesen en unos mismos sentimientos.

El Emperador tenia en un gran concepto á Osio, obispo de Córdoba, en España, y varon muy venerable y sabio, que habia confesado la fé durante la persecucion de Maximiano, y que gozaba de un gran renombre en toda la Iglesia universal. Creyó Constantino que era el más á propósito para poner en paz á la Iglesia. Así, pues, le hizo llamar, y le envió á Alejandría con una carta dirigida á Alejandro y á Arrio, en la cual suponía que la disputa habia nacido de una pregunta indiscreta del obispo y una respuesta inconsiderada del presbítero, sobre una cuestion á propósito para ejercitar el ingénio, pero inútil para la religion.

Cuando esto ocurrió, todavía Constantino no habia recibido el bautismo, ni estaba suficientemente instruido en los dogmas de la religion. Por esta causa pudieron inspirarle tal idea, acerca de una cuestion tan importantísima, pues que se trataba nada ménos que de si Jesucristo era ó nó Dios verdadero.

A haber comprendido entónces el Emperador la magnitud de la cuestion, seguramente hubiese obrado con rigor respecto á Arrio, y evitado por su parte el que el arrianismo tomase tan crecidas proporciones.

Osio vió en seguida la magnitud del mal, y se propuso hacer cuánto le fuese posible para ahuyentarlo; y á este efecto reunió un concilio muy numeroso en Alejandría, en el cual fueron condenados los arrianos nuevamente.

Entónces, viendo el Emperador que ninguna de estas condenaciones servia para el mal, procuró que se juntase en Nicea un concilio general.

De este concilio nos ocuparemos más adelante con la extension debida. Sólo diremos por adelantado que ántes de la apertura de la asamblea, los arrianos presentaron diferentes memoriales al Emperador; pero Constantino, sin leer ninguno de ellos, los quemó, pronunciando estas palabras, que forman la apología de aquel príncipe: «A Dios sólo toca el absolveros ó condenaros: por lo que respecta á mí, yo no soy más que un hombre, sin carácter en el orden de las cosas santas; y, por lo tanto, no me entrometeré á juzgar á los mismos que El estableció en lugar suyo para juzgarnos á nosotros.»

En estas frases resplandece toda la humildad de que se hallaba revestido el gran Emperador, al que Dios suscitó para que diese la libertad á la Iglesia, poniendo término á las sangrientas persecuciones que por espacio de tres siglos habia experimentado.

Cuando historiemos la gran asamblea de Nicea reunida bajo la proteccion del Emperador Constantino, el cual envió á todos los obispos cartas de invitacion para que concurriesen al concilio, dando órden de que se les suministrasen carruajes y cuánto fuese necesario para que hiciesen el viaje lo más comodamente que fuese posible, daremos detalladas noticias acerca de sus disposiciones.

Ahora nos ocuparemos de San Atanasio, cuya historia está unida con la del arrianismo. San Alejandro, que conocia perfectamente las virtudes y bellísimas cualidades que adornaban á San Atanasio, viéndose cerca de la muerte, manifestó sus deseos de que aquel fuese elegido para ocupar la sede que él iba á dejar vacante. Tambien profetizó que impulsado por su modestia huiría, pero que no podría escaparse.

Todos convinieron en ello, y cuando Alejandro dejó esta vida mortal, el clero y el pueblo por aclamacion eligieron por sucesor suyo á San Alejandro. Llenóse de confusion el Santo y se escondió por rehuir aquella dignidad, pero despues de algun tiempo dieron con él y hallándose reunidos la mayor parte de los obispos de la provincia, le consagraron con aplauso de toda la ciudad, el 27 de diciembre de 326. Algunos años ántes, en 315, habia ido San Atanasio á visitar á San Antonio, habiendo permanecido algun tiempo en su compañía, ejercitándose en la práctica de las virtudes, y se gloriaba de haberle servido, dándole agua para que se lavase los piés. Abrazó el estado

eclesiástico, en el que fué ascendiendo hasta llegar á la dignidad de obispo de Alejandría. Los arrianos le aborrecían desde ántes que se celebrase el concilio de Nicea. Siendo ya obispo, se negó á admitir á Arrio cuando éste volvió de su destierro. Eusebio de Nicomedia se lo rogó con atentas cartas, y aun con amenazas, é hizo que el mismo Emperador le escribiese, diciéndole entre otras cosas: «Conociendo, pues, desde ahora, mi voluntad, deja entrar en la Iglesia á cuántos quieran; porque si yo sé que niegas la entrada á alguno que la desee, te haré deponer y desterrar.» No se acobardó el Santo Prelado por las amenazas del Emperador: sabia muy bien á quiénes debía admitir en la Iglesia y á quiénes cerrar sus puertas, y, sobre todo respeto humano, estaba su conciencia sacerdotal, así, pues, le contestó con energía y sumision al propio tiempo, haciéndole ver que una herejía tan contraria á Jesucristo no podia jamás lograr la comunión de la Iglesia (1).»

Los arrianos no perdonaron al obispo de Alejandría esta justa severidad que con ellos usaba, y juraron hacer cuánto les fuese posible por perderle.

Habian fingido aquellos herejes aceptar la fé de Nicea, y se propusieron engañar al Emperador para lograr por este medio malquistar con él á San Atanasio. Con este objeto se unieron á los melecianos y juntos acudieron á Constantino, ante el cual acusaron al Prelado, inventando mil calumnias en contra, cuya en-

(1) S. Atan. *Apol. contra Arianos*.

tre las cuáles se contaba la de que habia enviado una gran cantidad de dinero á uno que se habia rebelado contra el mismo Emperador. Tan graves eran las acusaciones, que Constantino creyó que era necesario por lo ménos examinar si eran fundadas. Hizolo llamar á su presencia, y habiendo escuchado sus razones quedó convencido de su inocencia (1).

La persecucion de los arrianos se extendió tambien á Eustacio ó Eustaquio, obispo de Antioquía, habiendo logrado que fuese depuesto y preso. Era este Prelado muy docto y habia combatido el arrianismo con sábios discursos, contra cuyos argumentos no habia objeciones posibles, y habia tenido una esquisita vigilancia á fin de no ordenar á ninguno que fuese sospechoso de herejía. Eusebio de Nicomedia fingió deseos de querer visitar los Santos lugares y ver la suntuosa iglesia que Constantino hacia edificar en Jerusalem. Habiéndose encontrado con el otro Eusebio, de Cesarea, y varios obispos arrianos, todos reunidos se dirigieron á Antioquía, dónde reunieron un concilio al que asistió Eustasio, que estaba muy léjos de sospechar el perverso designio que á los otros guiaba. Este conciliábulo se celebró en 331; San Eustasio fué acusado falsamente de un crimen afrentoso, y en su consecuencia depuesto. El P. Mansi, coloca este conciliábulo en 327.

En vano los obispos que no eran arrianos reclamaron contra aquella inicua sentencia, que se habia pro-

(1) S. Atas. *Ibid.*

nunciado sin declaracion de testigos. El concilio dió cuenta al Emperador, el cuál creyendo como verda- des cuanto le dijeron, le condenó á Tracia junto con muchos presbíteros y diáconos. El santo Prelado antes de abandonar á su pueblo le exhortó á que fuese constante á la buena causa, y lleno de resignacion sufrió aquella persecucion, habiendo muerto en su destierro en Filipos de Macedonia. Mas tarde se hizo patente su inocencia, declarando una infeliz mujer que fué la principal protagonista de la calumnia, que lo habia hecho por el dinero que habia recibido de los ar- rianos.

He aquí otras particularidades que encontramos en la citada obra del señor Amat.

«Los arrianos deseaban colocar en la gran silla de Antioquía al famoso Eusebio de Cesarea. Mas este sá- bio no quiso admitirla, tal vez por miedo del pueblo católico de aquella populosa ciudad ; bien que el Em- perador creyó que era por no faltar á los cánones que prohiben las traslaciones. Fué, pues, colocado en An- tioquía Paulino de Tiro, á quién en poco tiempo suce- dieron otros tres arrianos. Entre tanto, el pueblo ca- tólico, al cual se daba entónces el nombre de partido de *Eustacianos*, se juntaba aparte con sus presbíteros. Los arrianos todavía no pretendian separarse de los católicos, ántes bien se unian con gusto con ellos en la iglesia : decian que la disputa no merecia division, y procuraban entre tanto engrosar su partido, echan- do de sus sillas á los obispos católicos que les hacian

más frente, como S. Asclepas de Gaza, y S. Eutropio de Andrinópolis (1).

Pero jamás perdían de vista á S. Atanasio. Unidos con los melecianos, hicieron correr la voz de que habia quitado la vida á Arsenio, obispo meleciano de Hipsele, y enseñaban una mano desecada, diciendo que era de Arsenio, y que el Santo se la habia cortado para operaciones mágicas. San Atanasio despreciaba esta calumnia, hasta que se vió citado por el censor Dalmacio, que por encargo del Emperador debia conocer de esta acusacion. Entónces escribió á varias partes en busca de Arsenio; y en fin compareció este en Tiro, dónde fué conocido de muchos. Sus acusadores quedaron confundidos; y S. Atanasio envió al diácono Macario á informar de todo al Emperador; quién escribió al Santo una carta muy expresiva, y apercibió á los melecianos que otra vez castigaria con todo rigor sus imposturas (2).

Eusebio y los de su partido, constantes en su empresa, inventaron nuevas calumnias, por cuyo medio lograron que el Emperador solicitase un nuevo concilio, con el fin de pacificar aquellas iglesias. Convocóse en Cesarea de Palestina en el año 334. S. Atanasio no quiso asistir, conociendo que no habria libertad. Pero el año siguiente, los eusebianos acusando al Santo de soberbio é inobediente, lograron que el Emperador renovase la orden de convocar el concilio,

(1) Till. *Ariens.* a. 15. etc.

(2) S. Athan. *Apol. contra Arian.* n. 68. Tillem. S. Athana. a. 13.

señalando la ciudad de Tiro, en dónde en efecto se juntó en 335. Aprovecharon la oportunidad de que el Emperador deseaba juntar un gran número de obispos en la Palestina, para solemnizar la dedicacion de la magnífica iglesia que estaba acabando en Jerusalem: hicieron de suerte que sólo se llamase á los obispos que ellos querian, y que enviase un conde para sostener sus providencias, con el pretexto de mantener el buen órden. S. Atanasio diferia su marcha conociendo la fuerte conspiracion que se habia tramado contra él; pero quiso quitar á sus enemigos todo pretexto de hacerle odioso al Emperador como inobediente, y de decir que por conocerse reo no queria asistir al concilio. Compareció, pues, con cuarenta y nueve obispos de Egipto, entre los cuáles estaban los ilustres confesores S. Potamon de Heraclea, y S. Pafnucio de la alta Tebayda. Estos Santos se horrorizaron al ver que Atanasio estaba en pié como reo delante de sus jueces. Todos los egipcios recusaron á trece obispos, por ser enemigos declarados del Santo, y por otros particulares motivos. Pero sus representaciones fueron despreciadas (1).

Empezóse la causa de Atanasio; y seguros sus enemigos del campo de batalla, intentaron anular su consagracion con el frívolo pretexto de que siete de los obispos que le consagraron, habian antes jurado no ordenar obispo de Alejandria hasta despues de terminadas las disputas sobre Arrio. Acusaban tambien

(1) S. Athan. Apol. contra Arianos. Till. *ib.* a. 16. s.

al Santo de que trataba con violenta tiranía á sus feligreses; pero de cien obispos que le reconocian por metropolitano, ninguno se quejó, ningun sacerdote, ni lego católico: todas las quejas eran de los cismáticos, ó herejes declarados. Por lo mismo, se fijó más el concilio en la acusacion sobre Isquiras. Decian los acusadores que Macario visitando la Mareótide en nombre de Atanasio, llegó al tiempo que Isquiras ofrecia el sacrificio, y le rompió el cáliz, derribó el altar, profanó los santos misterios, quemó los libros sagrados, y arruinó la iglesia. San Atanasio respondió que Isquiras jamás habia sido presbítero; pues aunque habia pretendido ordenarle Coluto al principio de su cisma, por no ser Coluto obispo, su consagracion fué declarada nula, cuando Osio fué á Alejandría: que por esto en la visita de la Mareótide le habia hecho intimar que no hiciese funcion alguna de presbítero; pero que ni el dia que se le intimó, era domingo, ni Isquiras tenia iglesia ni vasos sagrados: que esta calumnia habia sido ya examinada y despreciada por el Emperador, y que el mismo Isquiras le habia dado una declaracion firmada de su mano, en que confiesa que la acusacion es falsa, y que la hizo instado de tres obispos melecianos. Los eusebianos se valieron del conde para que se enviase una diputacion de obispos á la Mareótide á averiguar estos hechos. Representaban los de Egipto que en una acusacion suscitada dos ó tres años antes, debian tenerse prontas las pruebas, y que á lo ménos se enviasen obispos imparciales. Pero la comision se dió á los seis más declarados ene-

migos de San Atanasio. Fueron con ministros imperiales y con tropa; y á pesar de tanto aparato, de su intrepidez, y de las mayores violencias, con todo, de la misma informacion resultaba que el dia en que Macario fué á buscar á Isquiras, éste se hallaba enfermo en su casa: que no era domingo; y que no se quemó ningun libro. La iglesia católica de Alejandría, y el clero de la Mareótide protestaron contra las diligencias de los informantes, con los más poderosos motivos; y el citado clero dió una auténtica relacion de la verdad del hecho (1).

Entre tanto el concilio de Tiro seguia la causa de San Atanasio. Estando los obispos congregados, se presentó una mujer que despues de muchos gemidos y lamentos, dijo que habia hecho voto de virginidad, pero que habiéndose alojado en su casa el obispo Atanasio, á pesar de su resistencia la habia violentado, y despues le habia hecho algunos regalos para que callase. El Santo supo la queja con anticipacion, y previno el remedio. Cuando le llamaron para hacerle cargo, se presentó con Timoteo, presbitero suyo, al lado: oyó la reconvencion con aire de indiferencia, como si no se hablase con él. Al contrario, Timoteo tomó la palabra, y con tono de indignacion, vuelto á la mujer, le dijo: *¿Qué es lo que dices? ¿Yo he estado en tu casa? ¿Yo te he deshonrado? Yo?* La mujer alargando la mano, y señalando con el dedo á Timoteo, respondió gritando: *Sí, sí, tú eres el que me has ultrajado, tú; y*

(1) Till. *id.* a. 9. sig. 18. s.

añadió las señas de tiempo y lugar, con mucha verbosidad y vehemencia. Los más de los concurrentes se reían de ver una calumnia tan mal forjada; pero los eusebianos la mandaron salir luego, aunque el Santo pedía que fuese examinada, para descubrir los autores de la calumnia (1). Con igual felicidad se desvaneció la de la muerte de Arsenio, que reiteraron y pintaron de tal manera, que muchos obispos llegaron á creerla. El Santo preguntó si habia quién conociese á Arsenio; y fueron muchos los que dijeron que le tenían muy tratado y conocido. Entónces por uno de sus criados envió á buscar un hombre que entró embozado con su capa, y descubriéndole el Santo, y haciéndole levantar la cabeza, dijo: *¿Es este el Arsenio que yo he muerto, y á quién he cortado una mano?* Los que conocían á Arsenio, quedaron muy sorprendidos al verle, porque todos le creían muerto, ó á lo ménos muy distante. Y el Santo prosiguió: *Ahí está Arsenio con sus dos manos: Dios no le ha dado más: mis acusadores dirán de dónde han sacado aquella que con tanto aparato enseñan como de Arsenio.* Los arrianos exclamaron que Atanasio era un mago que engañaba los ojos con prestigios: acometiéronle llenos de furia, y le hubieran hecho pedazos, si los ministros imperiales no se lo hubiesen quitado de las manos (2).

Estas violencias, y el ver que los eusebianos no seguían otra regla que su voluntad y furor, movieron

(1) Till. *ib.* a. 20.

(2) Till. *ib.* a. 21.

al Santo á separarse de tal junta de impíos y prevencidos. De modo que no estaba ya en Tiro, cuando los seis comisionados volvieron de la Mareótide. Los soldados de su escolta en los pueblos por dónde pasaban á la vuelta, cometieron los mayores excesos, especialmente contra las vírgenes católicas consagradas á Dios. Finalmente el concilio pronunció contra San Atanasio la sentencia de deposicion, privándole de entrar en Alejandría : escribió al Emperador, para que la mandase ejecutar, y á todos los obispos, para que no admitiesen más su comunión á Atanasio, ni recibiesen sus cartas. Muchos obispos, entre otros Marcelo de Encira, constantes, resistieron á todas las amenazas con que se procuraba reducirlos á que la firmasen. Consecutivamente admitió el concilio á su comunión á los melecianos, dió á Isquiras el nombre de obispo, y hubiera completado la obra admitiendo á Arrio á su comunión, á no ser porque el Emperador llamó á los obispos para que acudiesen luego á la dedicacion de la Iglesia de Jerusalem (1).

Tambien en esta ciudad tuvieron su concilio. Arrio entre tanto se habia presentado al Emperador, y habia puesto en sus manos una profesion de fé, en que protestaba creer en Dios Verbo, en el Padre y el Hijo, y en el Espíritu Santo, como cree la Iglesia católica, y enseñan las Escrituras. Constantino, sin reparar que se omitia la palabra *consustancial*, y que no habia otra que fuese equivalente, y que al contrario supo-

(1) S. Athan. *Ap. c. Arian.* Til. *ib.* a. 26. 27.

nia supérflua aquella palabra, y las preguntas ó cuestiones en que insistian los católicos, se persuadió que Arrio de buena fé abrazaba la doctrina del concilio Niceno, y así le recomendó al de Jerusalem: cuyos obispos aprovechando ocasion tan oportuna, le recibieron en su comunión. Dirigieron su carta sinodal á la Iglesia de Alejandría, y generalmente á todos los obispos, presbíteros y diáconos del mundo, celebrando con la mayor alegría esta reunion (1). San Atanasio al escaparse de Tiro, se fué á Constantinopla, y con bastante trabajo logró audiencia del Emperador: le pidió que oyera sus quejas en presencia de los mismos que le habian condenado. Convino el Emperador: mandó que fuesen á Constantinopla todos los obispos que habia en Jerusalem; pero los principales eusebianos eran sobrado advertidos para permitir que fuesen todos. Así se dió comision á los seis más hábiles, los dos Eusebios, Teognis, Patrófilo, Ursacio y Valente, para que fuesen en nombre del concilio. Estos diputados puestos en Constantinopla ya no hablaron de Arsenio, de Isquiras, ni de las demás antiguas calumnias: buscaron otras más adaptadas á las circunstancias. Dijeron al Emperador que San Atanasio habia llegado á amenazarlos con que no dejaria pasar trigo de Alejandría á Constantinopla. Sabian que el Emperador, por sospechas de este delito, habia mandado cortar la cabeza al filósofo Sopater á quien ántes estimaba. San Atanasio rebatió esta calumnia

(1) *Till. Ariens.* a. 19. s.

con cuanta eficacia supo, y *aunque quisiese*, decia, *¿qué podria hacer yo, no siendo más que un pobre particular?* Eusebio de Nicomedia sostuvo públicamente la calumnia, y juró que Atanasio era rico, poderoso, y capaz de cualquiera empresa. El Emperador llegó á creerlo, y persuadiéndose que le hacia bastante gracia en no quitarle la vida, le desterró á Tréveris en la Galia; y con todo, el Santo le escusa, diciendo que le desterró principalmente para preservarle del furor de sus enemigos. Pero los arrianos no pudieron conseguir permiso del Emperador para poner en Alejandria otro obispo. Celebraron otro concilio en Constantinopla, en que depusieron y excomulgaron á Marcelo, obispo de Ancira, y pusieron en su lugar á Basilio, que tenia fama de elocuente. Marcelo habia escrito contra un libro de Asterio, arriano, y Eusebio de Cesarea contra Marcelo. A este le acusaban de sabeliano, y de seguir los errores de Pablo de Samosata. Pero la verdadera causa de su deposicion fué su celo en defender la fé de Nicea, y no haber ido á Jerusalem por el horror que le causaron los obispos arrianos en Tiro (1).»

Intentaron los arrianos restablecer á Arrio en Alejandria; y el hereje, aprovechándose de la ausencia de San Atanasio, pasó á aquella ciudad y fué á presentarse en la Iglesia. El pueblo católico no podia consentirlo; hubo grandes desórdenes, y el Emperador se vió obligado á dar orden á Arrio para que inmediata-

(1) S. Athan. *Apol. c. Arian*. Till. *S. Athan.* a. 28. s. *Ariens.* a.

mente saliese de allí y se presentase en Constantino-
pla. Sus partidarios, que deseaban resarcirse de los
disgustos que habian experimentado en Alejandría,
dijeron el hacerle un magnífico recibimiento en
la ciudad imperial, de la que era obispo un venerable
anciano muy adicto á la fé de Nicea. Los arrianos
apuraron todos los medios á fin de persuadirle á que
recibiese á Arrio en la Iglesia, pero el prelado rehusó
constantemente, y eso que los arrianos llegaron hasta
á las amenazas, diciéndole que le harian deponer y
que obtendrian una orden del Emperador para que
Arrio fuese admitido á la fuerza en la Iglesia.

La orden fué en efecto conseguida, y se eligió un
domingo para el recibimiento del heresiarca. El
Santo Prelado que no queria autorizar con su pre-
sencia aquel verdadero escándalo, á pesar de la orden
imperial, se retiró á su Iglesia, y, postrado ante el
altar, dirigió á Dios esta devota y humilde plegaria:
«Señor, si Arrio ha de ser recibido en la Iglesia, os
conjuro á que ántes me saqueis de este mundo, pero
si Vos teneis compasion de vuestra Iglesia, como
yo no dudo, no permitais que jamás se convierta en
objeto de desprecio.»

El dia siguiente al en que el Santo Prelado hizo
aquella plegaria, fué el destinado por los partidarios
de Arrio para conducirle á la Iglesia. Lleváronle en
trunfo por las calles, y pronunciaban discursos sal-
picados de los más groseros insultos contra el obispo.

Cuando la comitiva llegaba á la plaza y daba fren-
te á la Iglesia, Arrio palideció visiblemente y se vió

atacado de una necesidad natural, la cuál le obligó á separarse del cortejo y retirarse á un lugar dónde poder satisfacer aquella necesidad imperiosa. Como tardase mucho en salir, entraron á buscarle y le hallaron muerto, echado en el suelo, nadando en su misma sangre y con las entrañas fuera de su cuerpo. Aun á sus mismos secuaces horrorizó aquel espectáculo. Nadie se atrevió en adelante á frecuentar aquel lugar, al que todos señalaban como un monumento de la venganza Divina.

La noticia corrió inmediatamente por todas partes, y al dia siguiente el Prelado, á la cabeza de todo su pueblo rindió al Señor solemne accion de gracias, nó porque hubiese hecho perecer á Arrio, cuya triste suerte lamentaba, sinó porque habia rechazado la herejía que con audacia marchaba para penetrar por las puertas del santuario.

Constantino, que habia sido engañado, hizo sobre este acontecimiento profundas reflexiones, y no pudo menos de reconocer en él la mano del Señor, por lo que tomó grande aversion á la secta impía de los arrianos. Conoció al propio tiempo cuán injustamente habia obrado con San Atanasio desterrándole, y determinó levantar en seguida aquel inmerecido castigo, pero la muerte le impidió llevar á cabo esta determinacion. Murió Constantino en 337.

No pudo ser más funesto y desastrozo el fin del miserable Arrio, que pretendió arrancar de las augustas sienes del Hijo de Dios la preciosa corona de su divinidad. El terrible fin de Arrio debió abrir los ojos de

todos sus secuaces, haciéndoles conocer lo impío de la doctrina que seguian, y la exposicion en que estaban de ser tambien terriblemente castigados. El arrianismo debió morir con su autor, pero no fué así. Estaba destinada esta funesta herejía á hacer padecer por mucho tiempo á la Iglesia de Jesucristo.

Constantino dejó tres hijos llamados Constantino Constancio y Constante. El primero, que dominaba en las Galias y que era muy católico, levantó el destierro á San Atanasio, enviándole á su Iglesia con una carta para su pueblo, en la que tributaba grandes y justos elogios á sus virtudes, demostrando al propio tiempo una gran indignacion contra los arrianos. Decia que restituyendo á su silla al Santo Prelado, no hacia otra cosa que cumplir los designios de su Padre, que lo hubiese efectuado á no haberse adelantado la muerte. He aquí algunas frases de aquella piadosísima carta de Constantino el jóven: «Cuando, pues, habrá llegado Atanasio, conoceréis cuánto le hemos honrado: y no debe sorprenderos, puesto que nos ha inclinado á ello la afliccion que os causó su ausencia y el respeto que tenemos á su virtud.»

En Alejandria fué recibido el Santo Prelado con un gozo extraordinario por el pueblo que le profesaba un amor extraordinario. Tambien fueron restablecidos en sus sillas respectivas los demás obispos que habian sido depuestos.

Los arrianos pusieron el grito en el cielo por el restablecimiento de San Atanasio, diciendo que habiendo sido depuesto en un concilio, no podia ser restablecido

sinó por otro concilio, y acudieron al Papa San Julio que por entónces gobernaba la Iglesia de Dios. Para ello inventaron nuevas calumnias, y enviaron diputados al Pontífice á favor de Pisto á quien habian consagrado obispo de Alejandría. Por su parte San Atanasio envió tambien sus diputados al Papa, los cuáles supieron confundir á los arrianos, que suplicaron al Pontífice que reuniese un concilio al que fuesen llamados San Atanasio y sus defensores, cuya proposicion fué aceptada por el Santo Padre, quien escribió con este objeto á todos los obispos.

En 340 ocurrió la muerte de Eusebio Pánfilo obispo de Cesarea en la Palestina, del que ya nos hemos ocupado dando á conocer sus obras. Si bien en sus escritos se encuentran algunas frases que favorecen á los arrianos, segun creemos haber ya manifestado, «parecerán susceptibles de benigna interpretacion, dice un sabio escritor, si se atiende á que por entónces no estaba todavía fijado el sentido de algunas palabras y expresiones, con las cuales despues se han cortado igualmente los errores opuestos.» (1)

La inocencia de San Atanasio debia brillar del modo más solemne, y sus grandes amarguras, sufridas por su celo en favor de los dogmas católicos, debian ser recompensadas aun acá en la tierra.

Dios mortifica y vivifica nos dicen los libros santos, y tambien nos advierte que purifica á sus escogidos como el oro en el crisol. Esto se cumplió exactamente en San Atanasio. En 340 se reunió un nume-

(1) Slard. *Conc.* t. I. c. 570.

roso concilio en Alejandría, al cuál acudieron obispos del Egipto, de la Tebaida, de la Libia y de la Pentápolis. Reconociendo todos aquellos padres la inocencia de San Atanasio, dirigieron una carta sinodal al Papa San Julio, con traslado á todos los obispos católicos del mundo, en cuyo honrosísimo documento justificaban plenamente al Santo Prelado de cuántas calumnias habian levantado contra él los impíos arrianos, y descubriendo las causas que habian movido á aquellos herejes para suscitar contra él tan atroz persecucion, terminan por pedir á favor del mismo pacientísimo Pastor, la proteccion de todos los obispos del mundo católico (1).

No por esto cedieron en un punto de su propósito los miserables arrianos. El año siguiente (341) trabajaron á fin de que Constancio juntase en Antioquia para la dedicacion de la iglesia que habia empezado Constantino un concilio, al cuál asistieron unos cien obispos de la Siria, Fenicia, Palestina, Arabia, Mesopotamia, Cilicia, Isauria, Capadocia, Bitinia y Tracia. En este gran número de obispos habia cuarenta arrianos, y los demás eran todos católicos.

Constancio asistió á la asamblea, y así pudieron los arrianos conseguir el sorprender á los católicos, haciendo que fuese adoptada una profesion de fé, en la que, si bien quedaba bien sentada la distincion de Personas sin diversidad de substancias, no contenia la palabra *consustancial*.

(1) Hard. *Conc.* t. I. c. 570.

No faltaron muchos que, sin ser arrianos, celebraron dicha fórmula, pues creían que por prudencia convenia no usar aquella palabra para evitar discordias. Formaron en esta asamblea varios cánones; pero por dos de ellos, quitaban á todo obispo depuesto la esperanza de poder ser restablecido, si habia continuado ejerciendo sus funciones, ó habia acudido al Emperador.

El objeto malicioso que guió á los arrianos, fué el perjudicar á San Atanasio al que tanto aborrecian. Reunidos despues unos cuarenta en otra especie de concilio, resolvieron poner nuevo obispo en Alejandría, animados con la presencia del Emperador. Fijaron primero su atencion en Eusebio, que fué más tarde obispo de Emeso, pero se negó á aceptar, y en su consecuencia ordenaron los arrianos á un tal Gregorio, que ántes habia sido muy amigo de San Atanasio.

Este nombramiento fué causa de grandes disturbios y agitaciones en Alejandría. Los católicos se negaron á reconocer como obispo á Gregorio. Los arrianos atizaban el fuego de las discordias, y llegaron á cometerse las más violentas acciones, muy especialmente contra las vírgenes consagradas al Señor y contra las monjas.

Gregorio tomó posesion violentamente de aquella sede, y fué un terrible perseguidor de los católicos. Un viernes santo, como hubiese entrado en una iglesia acompañado del gobernador, que era otro apóstata, notó que los fieles que allí rezaban daban claras seña-

les de disgusto por su presencia, é irritado por esta causa hizo poner en la cárcel á un gran número de ellos de ambos sexos. El dia de Pascua hizo Gregorio que se verificasen otras muchas prisiones de católicos.

San Atanasio celebraba ocultamente sus juntas en una iglesia, y tuvo confidencia de que Gregorio iba á entrar en ella violentamente. Entónces se escapó de la ciudad y se dirigió á Roma, ganoso de asistir al concilio que debía celebrarse.

Las iglesias de Alejandria se veian completamente desiertas, porque los fieles no querian recibir los sacramentos de manos de sacerdotes arrianos, y se reunian en casas particulares para entregars á las prácticas piadosas y al ejercicio de la oracion.

Para que se comprenda á dónde llegaba la maldad de aquel Gregorio, oprobio del santuario, baste decir que habiendo pasado al Egipto, protegido por el prefecto Filagrio, y acompañado del duque Blacio ó Balacio, hizo azotar cruelmente y cargar de cadenas á muchos obispos que permanecian fieles al dogma católico. Contábase entre aquellos valerosos obispos, San Potamon, obispo de Heraclea, que habia asistido al concilio de Nicea, y que ántes habia perdido un ojo por la fé en la persecucion de Dioclesiano. Fué tan cruelmente maltratado este obispo, que le dejaron por muerto, y de sus resultas murió poco despues con la gloria de un duplicado martirio.

Mucho tenemos aun que decir acerca de aquellos pertinaces herejes, que tanto dieron que hacer á la

Iglesia, y que con ella hubieran concluido, si la Iglesia hubiese sido obra de los hombres. Pero todas estas persecuciones y las que despues ha venido experimentando á través de los siglos, no son otra cosa que la realizacion de cuánto Jesucristo dejó anunciado y quedó consignado en las páginas del Evangelio.

CAPITULO III.

Padecimientos de la Iglesia de Constantinopla causados por los arrianos. — Pablo, patriarca de aquella Iglesia. — Se excusan los herejes de acudir á Roma. — Queda san Atanasio plenamente justificado en concilio tenido por el papa Julio. — Los eusebianos mudan su confesion de fé. — Son condenados en Sardica y se juntan en Filipópolis. — Concilio de Milan. — Apodéranse los arrianos de la Iglesia de Antioquía. — Constancio escribe á san Atanasio para que vuelva á su Iglesia. — Gozo del pueblo al recibirle. — Condenacion de Fotino. — Renuevan la persecucion los arrianos. — Nueva acusacion contra san Atanasio. — Su condenacion en Arlés. — Escribe el santo su Apología. — El papa Liberio le defiende y el Emperador Constancio le hace condenar en Milan. — Su destierro. — Notable carta de Osio.

El año 340 murió San Alejandro y los arrianos aprovecharon aquella ocasion para conmover aquella Iglesia de Constantinopla. Para suceder á aquel santo Prelado fué elegido Pablo. Los arrianos trabajaron cerca del Emperador hasta que consiguieron que hiciese juntar un concilio, habiéndole mandado deponer, colocando en su lugar al famoso Eusebio de Nicomedia, que murió al poco tiempo. Los católicos repusieron entónces á Pablo. Estando ausente el Emperador, Macedonio, antiguo rival de Pablo, fué escojido por los arrianos. Ambos partidos acudieron á las armas. Hermógenes, jefe de la caballería y comisionado para

ahogar la sedicion, fué asesinado. El prefecto Filipo retira diestramente á Pablo haciéndole embarcar para Tesalónica, de dónde era oriundo este Prelado. Constantio coloca en su lugar á Macedonio sin aprobar por esto su eleccion. En 347 salió Pablo por tercera vez en virtud del decreto espedido por el concilio de Sárdica, que restablecia á todos los obispos católicos depuestos por los arrianos. Sirvióle de mucho en esta ocasion el favor del Emperador Constante. Tranquilo permaneció en su sede hasta la muerte de este príncipe acaecida en el año 350. A últimos de este año fué expulsado otra vez y desterrado á Cucusa, dónde los arrianos le hicieron ahogar.

Entretanto el Papa San Julio, que habló detenidamente con San Atanasio, al que habia recibido muy benévolamente en Roma, se constituyó en su defensor contra cuantas calumnias se habian suscitado contra él. Los arrianos se excusaron con varios pretextos de asistir á Roma, porque sabian que habian de ser confundidos y derrotados en el concilio que deseaba celebrar el Papa, y para el cual habian sido invitados, pero enviaron la nueva confesion de fé que acababan de hacer. El papa reunió un concilio de unos cincuenta obispos, para examinar la causa de San Atanasio. En esta asamblea (342) San Atanasio quedó plenamente justificado de cuántas calumnias le habian imputado los arrianos. Marcelo de Ancira, á quién tambien perseguian, probó igualmente su inocencia, así como Asclepas de Gaza. El Papa escribió una carta en nombre de todos á los orientales que habian pedido el con-

cilio, rehusando despues el asistir á él. Algunos cronistas de los concilios colocan este en 341, pero es equivocacion. El mismo Papa Julio fué el más ardiente defensor que tuvo San Atanasio en aquella asamblea.

Aquí debemos notar las siguientes frases de Sócrates y Sozómeno en favor de la autoridad suprema de la Santa Sede: «Todos los obispos oprimidos de cualquiera parte del mundo recurrían al Papa, por que la dignidad y prerrogativa de su silla le dan derecho de cuidar de todas las iglesias.» Siendo griegos estos autores, no pueden ser sospechosos de aduladores para con la iglesia Romana. El Papa San Julio como afirman los mismos, restableció á aquellos obispos á sus sillas, les hizo volver á Oriente con sus cartas, y reprendió severamente á los que los habian depuesto.

En 344 ó 345, los eusebianos celebraron otro concilio en Antioquía, formando otra confesion de fé muy larga, en la que, en verdad sea dicho, nada se encontraba que no fuese bueno. Sin embargo, no nombraban la palabra *consustancial*, ni ninguna otra que fuera equivalente. En esta confesion de fé, condenaban á los que dijesen que el Hijo habia sido sacado de la nada, ó que hubo un tiempo en que no era. En esta asamblea fué por primera vez condenado Fotino, obispo de Sirmio, capital de la Iliria (1), cuyas costumbres eran poco edificantes y que más tarde profesó malas doctrinas, pues que llegó á negar que Jesucristo fuese verdaderamente Hijo de Dios, como asimismo negaba la distincion de las Personas divinas.

(1) Hard. t. I. c. 627.

Veia con gran dolor el Papa San Julio que léjos de terminar la funesta herejía que asolaba á la Iglesia, tomaba cada dia nuevas proporciones, aumentándose el número de sus adeptos, y pensó en lo conveniente de persuadir á los emperadores Constancio y Constante de la necesidad de reunir un gran concilio de Oriente y Occidente, el cual en efecto se celebró en Sárdica el año 647. En esta asamblea fueron depuestos de sus obispados y hasta privados de la comunión de los fieles los principales jefes de faccion, á los cuales la Iglesia habia hasta entónces tolerado: eran estos Teodoro de Heraclea, Narciso de Neroniades, Esteban de Antioquía, Jorge de Laodicea, Acacio de Cesarea en Palestina, Menofanto de Efeso, Ursacio de Singidon y Valente de Mursa, fulminándose igual sentencia contra los usurpadores de las sedes de san Atanasio, Marcelo y Aselepas; á saber, Gregorio de Alejandría, Basilio de Ancira, y Luinciano de Gaya. Se prohibió toda comunicacion con aquellos herejes hasta por medio de cartas. Los orientales, viendo su causa mal parada se retiraron á Filipópolis de la Tracia, desde cuyo punto escribieron una carta á Gregorio de Alejandría, á Donato, obispo cismático de Cartago y á todos los obispos y clero, en la cual renovaron sus calumnias contra San Atanasio y demás compañeros, é hicieron una nueva confesion de fé, en la cual sólo puede notarse la maliciosa falta de la palabra *consustancial*, habiendo tenido la audacia de pronunciar esta sentencia: *Nosotros* ochenta obispos, os intimamos expresamente que ninguno de vosotros

se deje sorprender y comuniqué con Osio, Protógenes, Atanasio, Marcelo, Asclepas, Pablo, Julio, ni con los demás condenados por la Iglesia y sus adherentes: por tanto, ni debeis escribirles, ni recibir sus cartas (1).

Ocuparíamos ahora muchas páginas si hubiésemos de explicar los grandes trastornos que promovieron en el Oriente.

Por todas partes fructificaba aquella pestífera semilla que el apóstota Arrio había arrojado, impulsado por su soberbia en el campo de la Iglesia, y los verdaderos católicos, los que habían tenido el valor y la prudencia de no dejarse sorprender por la herejía, lloraban inconsolables al ver el gran número de almas que se perdían por ser fáciles á la seducción.

Los dos enemigos más encarnizados que ha tenido la Iglesia desde que salió victoriosa de las Catacumbas, han sido dos miserables apóstatas del catolicismo. Arrio en siglo IV, y Lutero en el siglo XVI. A ambos los precipitó el orgullo y la ambición, y las batallas que presentaron á la Esposa inmaculada del Cordero fueron terribles y sangrientas. Con mucho ménos trabajo hubiese bamboleado y caído por tierra una institucion cualquiera, cuya fundacion hubiese sido debida á los esfuerzos de los humanos.

Ya veremos el tiempo que duró el arrianismo y lo mucho que aun hizo padecer á la Iglesia. En cuanto al protestantismo, que despues de tres siglos aun trabaja, aunque perdiendo terreno, por extenderse,

(1) Slard. t. II. c. 679.

ya examinaremos á su debido tiempo cuáles fueron sus débiles fundamentos.

Continuemos la historia del funesto arrianismo.

Hállabase en Milan el emperador Constante (347) y allí se celebró un concilio muy numeroso del Occidente, que tuvo por objeto buscar los medios de reunir las Iglesias, dar cumplimiento á los decretos de Sárdica y condenar á Fotino. Ante esta asamblea abjuraron sus errores los arrianos Ursacio y Valente, habiendo sido admitidos. Esta retractacion fué sincera. Habiendo alcanzado el perdon, se trasladaron á Roma, dónde se presentaron al Papa San Julio, haciendo por escrito una nueva retractacion de cuánto habian dicho de San Atanasio, anatematizaron á Arrio y sus doctrinas, y fueron absueltos por el Jefe de la Iglesia.

El concilio de Milan envió diputado á Constante, el cuál les entregó una carta para su hermano, encargándole eficazmente que protegiese la reposicion de Pablo y Atanasio, y la deposicion de Estéban de Antioquía, dónde estaba el Emperador.

Un hecho notable fué causa de que Constancio llegase á persuadirse de la iniquidad de los arrianos, y de que en su consecuencia levantasen el destierro á los diaconos de Alejandría, enviando á aquella ciudad órden de que no se persiguiese á los eclesiásticos ni á los seglares que estuviesen por San Atanasio. (1)

He aquí el hecho á que nos referimos.

(1) Till. *Ariens.* a. 41. S. Athanas. r. 55.

Al llegar los diputados á Antioquía, Estéban se valió de un ardid miserable para desacreditarles ante el Emperador. Para llevar á cabo su plan se valió de Onacro que era un jóven de una conducta disipada, y que por ella gozaba de una malísima reputacion. Puesto este de acuerdo con una de esas desdichadas mujeres que hacen una criminal mercancía de su cuerpo, encontró medio de introducirla de noche y medio desnuda en la habitacion que servia de dormitorio á Eufrates. El santo obispo al sentir rumor en su cuarto, se despertó sobresaltado y empezó á dar voces, sospechando que aquella era un lazo que se le tendia por los arrianos. En el momento, Onacro hizo entrar quince compañeros suyos que tenia prevenidos para que fuesen testigos de que habian encontrado una mujer de mala vida en el cuarto del obispo. Mas como al ruido que armaron despertasen los criados de la casa, detuvieron á Onacro y á algunos de sus compañeros. Enterado el Emperador del caso, dispuso que se tomase informacion; uno de los compañeros de Onacro declaró que este habia sido el autor de todo, y la mujer explicó el hecho tal como habia acontecido. Por su parte Onacro manifestó que lo habia hecho por orden del obispo Esteban, resultando que algunos clérigos de este habian tomado parte en la trama. El Emperador vió entónces claro, y de aquí el tomar las reparadoras medidas que ántes hemos indicado.

Los arrianos, cuyas continuas derrotas no les acobardaban ni servian de rémora para que cediesen en

sus infames propósitos, consiguieron apoderarse de la Iglesia de Antioquía, en cuya sede colocaron á Leoncio, que siendo presbítero se había él mismo hecho eunuco para que no le separasen de una mujer á la cual profesaba extraordinario afecto. Durante ocho años que ocupó aquella silla, no trató mal á los católicos, pero se hizo notar porque no ordenaba más que á los de la facción arriana y á estos concedía todos los empleos. En cuanto á sus doctrinas no podían ser más perversas. Negaba no solamente la igualdad, sino hasta la semejanza del Verbo con el Padre, pues que, añadía, la criatura nunca puede asemejarse al Criador (1).

Quando á principios de 349 murió Gregorio de Alejandría, Constancio escribió á San Atanasio, invitándole á que volviese á su silla. No parecía el Santo muy dispuesto á volver al Oriente, pero el Emperador le escribió segunda y tercera vez y les hizo escribir á algunos que con el santo tenían gran amistad, y á fuerza de tantos ruegos consintió en regresar á Alejandría.

Es muy notable la carta que con este motivo escribió el Emperador á aquella Iglesia, manifestándole las grandes virtudes del Prelado y su deseo de que volviese á gobernar con acierto aquel su trabajado rebaño. No queriendo el santo comunicar con Leoncio, el Emperador le rogó que cediese una iglesia para los del partido contrario, á lo que el santo accedió.

(1) Till. Ariens. a. 42. 64. etc.

No seremos nosotros los que pongamos en tela de juicio este acto de San Atanasio. Tal vez quiso evitar mayores males y fué guiado para obrar de este modo por sus deseos de evitar desmanes de mayores consecuencias, y al hacer esta concesion trató de que fuese compensada, pidiendo que le diesen á los católicos otra iglesia en Antioquía. Los arrianos se negaron á esto, temiendo lo que les habia de perjudicar esta cesion, y con este motivo el Emperador cedió en su pretension.

El clero fiel y el pueblo de Alejandria hicieron á San Atanasio un magnífico recibimiento, hallándose en la ciudad muchos obispos. La alegría era general, y la capital presentaba un aspecto de verdadera fiesta. Muchos de los que habian pertenecido al partido contrario se convirtieron á la verdadera fé, y algunos de los obispos que se habian desviado de la doctrina de la consubstancialidad del Verbo, y que habian escrito contra el santo obispo, se humillaron en su presencia pidiéndole perdon, diciendo que habian obrado por fuerza. Para celebrar la vuelta del Prelado, los católicos hicieron muchas obras de misericordia, visitando huérfanos, y repartiendo abundantes limosnas entre los menesterosos.

En un concilio celebrado en Sirmio (351) fué depuesto Fotino, obispo de la misma ciudad, el cual como ya hemos notado habia sido condenado en otros concilios. En esta asamblea se fulminaron muchos anatemas contra los arrianos declarados, los sabelianos y Fotino. La exposicion de fé que dió á luz este concilio es bastante sospechosa, pues no habla de la

consustancialidad, y dice claramente: «Nosotros no igualamos el Hijo al Padre, ántes bien concebimos que le está sujeto (1).

La paz y tranquilidad de los católicos fué muy poco duradera, pues no llegó á tres años. En 353, se renovó la persecucion contra los obispos católicos, y ésta con bastante crueldad. Constancio se dejó engañar nuevamente de los arrianos, y San Pablo de Constantinopla fué la primera víctima. Como quiera que éste era muy amado de su pueblo, el Emperador mandó al prefecto del pretorio, Felipe, que con arte ó por fuerza echase á Pablo de su iglesia y colocase en ella á Macedonio. En efecto, con engaño fué sacado Pablo, y conducido á Cucuso, dónde fué encerrado en lugar estrecho para que muriese de hambre, y seis dias despues, encontrándole aun vivo, le ahogaron.

San Atanasio volvió á ser objeto de las más crueles persecuciones, valiéndose sus constantes enemigos de su antiguo método de las calumnias. Fingieron una carta que mostraron al Emperador por la cuál se daba á conocer que Atanasio habia procurado que Constante moviese guerra á su hermano. Si aquel débil Emperador hubiese estado dotado de mejor criterio, hubiese descubierto el engaño, y no se hubiese dejado sorprender, por que todo lo que ántes habia ocurrido, eran lecciones elocuentes para el porvenir. Pero parece que siempre los que ocupan los tronos están

(1) Ap. Stard. t. II. c. 702. — Till. Ariens. a. 46.

destinados á ser víctimas de los manejos de aquellos que les rodean. El Emperador que habia visto claramente las virtudes de Atanasio, y que le habia hecho magníficas promesas, se olvidó pronto de ellas, dando oídos á aquellos pérfidos enemigos de la Iglesia, y resolvió echarle nuevamente de su Iglesia y hacerle condenar.

Gobernaba entónces la Iglesia el papa San Liberio, y los arrianos empezaron la obra por escribirle á este Pontífice contra Atanasio, pero al mismo tiempo Liberio recibió otra carta firmada por setenta y cinco obispos de Egipto á favor del Santo.

Negóse el Papa á privar de la comunión á San Atanasio, y creyó lo más prudente escribir al Emperador, suplicándole reuniese un concilio en Aquileya. Este concilio se celebró en Arlés por hallarse allí Constancio, el cual firmó un decreto condenando á todos los que se negasen á firmar la deposicion de Atanasio. Los arrianos pretendian que empezase por aquí el concilio, pero los diputados del Papa objetaron que era asunto preferente la causa de la fé, por lo cual debia tratarse ántes que los asuntos personales.

En suma, la condenacion de Atanasio fué suscrita por los más.

San Paulino de Tréveris se mantuvo constante, siendo uno de los que se resistieron á suscribir aquella injustísima sentencia.

Se cree que por este tiempo fué cuando el gran anacoreta San Antonio salió del desierto y se dirigió á Alejandría, con objeto de dar un público testimonio

de su comunión á San Atanasio, y tambien se cree que por el mismo tiempo el Santo escribió su brillante apología. En este magnífico escrito, se hallan los principales documentos de la defensa del santo obispo, que tanto padeció por la verdadera fé de la Iglesia Católica.

Terribles fueron las grandes persecuciones suscitadas contra S. Atanasio, así como admirable la paciencia y la resignacion con que las sobrellevaba. En el papa Liberio que conocia perfectamente sus virtudes y excelentes cualidades, como tambien las péfidas maquinaciones de los arrianos, encontró un defensor. Procurábase con las mayores instancias el que todos los obispos de Italia suscribiesen la condenacion de S. Atanasio. Lucifero, obispo de Cáller, varon de gran reputacion por sus virtudes y su inquebrantable ortodoxia, se ofreció al Papa para ir á solicitar del Emperador el que se tratase en un concilio todo lo que estaba en cuestion. Condescendió Liberio, y enviándole acompañado de un presbítero y un diácono, entregó una carta para el Emperador muy respetuosa pero al mismo tiempo resplandeciendo en ella toda la firmeza de su carácter. Ruégale que empezándose en la asamblea por confesar unánimes la fé de Nicea, se examine despues la causa de Atanasio, teniéndose presente que cuatro obispos orientales se salieron de Milan por no firmar su condenacion, y que los de Arlés tampoco quisieron suscribirla.

Recibió Constancio la carta del Emperador, y en efecto reunió un concilio en Milan (355), accediendo

á los deseos del Pontífice: más como quiera que Constancio estuviese entregado completamente á los arrianos se propuso un fin perverso, cuál fué el hacer que los occidentales suscribiesen la condenacion de San Atanasio. A esta asamblea comparecieron más de trescientos obispos, entre ellos ochenta del Oriente. Asistió el emperador Constancio, el cual presentó un formulario arriano que fué desechado por el pueblo, é insistió en la condenacion de S. Atanasio. Hiciéronle ver muchos obispos que lo que pedia era contrario á las reglas de la Iglesia á lo cual contestó el Emperador; *lo que yo quiero debe pasar por regla: los obispos de Siria encuentran bien que yo hable del modo que lo he hecho.*

Aquellos prelados apoyaban con firmeza sus representaciones en favor de S. Atanasio; y de tal modo llegó á irritarse por esto Constancio que sacó la espada contra ellos. Muchos de aquellos obispos atemorizados por la actitud del príncipe consintieron cobardemente en la condenacion del Santo Prelado, de suerte que llegaron á formar mayoría los arrianos. Los que tuvieron valor suficiente para resistir, fueron condenados á destierro, en cuyo número se contaban San Eusebio de Vercell, y Lucifero de Cáller; y el mismo Dionisio de Milan que tuvo la debilidad de suscribir la condenacion de San Atanasio, sufrió la misma pena de destierro á causa del celo con que defendió la fé de Nicea, y el diácono Hilario fué azotado por los eunucos arrianos. Tal fué el fruto de aquel inicuo conciliábulo.

El destierro de los buenos obispos que tuvieron la firmeza de no acceder á la injusticia que de ellos se reclamaba por el Emperador, consiguieron un magnífico triunfo, porque en todas partes fueron recibidos con el mayor entusiasmo por los fieles que los respetaban como á santos confesores de la verdadera fé de Jesucristo, ofreciéndoles cuánto podian necesitar, en tanto que los arrianos eran mirados con horror, sin que nadie quisiese comunicar con ellos. Dionisio de Milan, desterrado á Capadocia murió á los pocos dias, y los arrianos se dieron prisa en colocar en su lugar á Auxencio que era de su secta. El papa Liberio escribió una carta á los obispos desterrados, manifestándoles el dolor que le causaban sus padecimientos, y al mismo tiempo la satisfaccion que experimentaba por su firmeza en defender la causa de la verdad y de la justicia: les ofrece las recompensas celestiales y les ruega encarecidamente que dirijan á Dios fervorosas súplicas en su favor y por toda la Iglesia universal.

El Emperador tuvo la audacia de pretender que el Papa confirmase la condenacion de Atanasio, reconociendo que él era la autoridad suprema de la Iglesia (1).

No pudo ser más digna la conducta de Constancio en este punto. Como si hubiera sido posible comprar con dádivas al Vicario de Jesucristo sobre la tierra, á aquel cuya mision es velar por la pureza de la fé y su conservacion, siendo el maestro y legislador su-

(1) Amm. Marcell. XV.

premo de la Iglesia, le envió magníficos regalos por medio de uno de sus primeros eunucos, acompañándolos de una carta llena de amenazas para el caso de que se negase á complacerle en su demanda. El comisionado dejó los regalos á uno de los empleados de la Iglesia de S. Pedro, mas en el momento que de ello tuvo conocimiento el papa Liberio, no solamente reprendió con severidad á aquel empleado, sinó que mandó arrojar fuera aquella ofrenda profana. Con tal modo de obrar, irritáronse en gran manera los arrianos y trabajaron cerca del Emperador, á fin de que enviase una órden al gobernador de Roma para que prendiese al Papa. Como la persecucion no se habia de limitar tan solamente al Jefe supremo de la Iglesia, sinó á todos aquellos que respetaban sus decisiones, hubo un gran terror en la ciudad: las personas que podian hallarse más comprometidas se escondieron, y los comisionados en prender al Papa temieron al furor del pueblo, y determinaron, como así lo hicieron, sacarle de su palacio á la mitad de la noche para conducirlo á Milan.

Inmediatamente fué conducido á la presencia del Emperador, el cual le echó en cara lo que llamaba su obstinacion en comunicarse con el obispo Atanasio. La respuesta del Papa fué muy digna de la cabeza de la Iglesia: *Señor, los juicios eclesiásticos deben hacerse con mucha justicia. A mí no me es lícito condenar un hombre sin oírle y juzgarle.* A lo cual respondió Constancio: *Toda la tierra ha condenado su impiedad: y Atanasio pide que se le oiga con el sólo objeto*

de ganar tiempo. Léjos de entibiarse la firmeza del Pontífice, exclamó: *Los que han firmado la sentencia contra Atanasio no han visto lo que habia pasado: lo que los ha movido es el deseo de la gloria, ó el temor de la infamia con que vos los amenazásteis; quiero decir, que los que no miran por la gloria de Dios prefiriendo á ella vuestros beneficios, han condenado sin forma de juicio á uno que no han visto, lo que no es de ninguna manera propio de cristianos.* En una segunda conferencia volvió á instar el Emperador; mas como viese que Liberio no cedía un punto en su firmeza, le hizo desterrar á Berea en la Tracia (1).

Nuestro célebre Osio, que era uno de los prelados más respetados del mundo cristiano por su sabiduría y por haber sido confesor de Jesucristo, y que era ya doblemente respetado por su ancianidad, fué tambien objeto de los tiros de los arrianos. Luego que estos consiguieron el destierro del Papa, instaron al Emperador á fin de que obrase de la misma manera con el obispo español. A consecuencia de haberle dirigido Constancio diversas cartas, en las cuáles mezclaba los alhagos con las amenazas el santo obispo le envió la siguiente que es un testimonio de su sabiduría, de su firmeza y de su fé inquebrantable, digna de conservarse para eterna memoria en los fastos de la historia. Hé aquí el texto de tan notable documento:

«Osio al emperador Constancio, salud en nuestro Señor. Confesé por primera vez la fé en la persecu-

(1) Tillem. *Ariens.* a. 58.

cion de vuestro abuelo Maximiano. Si tambien vos quereis perseguirme, pronto estoy á sufrirlo todo, ántes que derramar la sangre inocente, y faltar á la verdad. No puede aprobarse lo que escribís, ni las amenazas que haceis. Dejáos, pues, de escribir de esta suerte, no sigais la doctrina de Arrio, no escuchéis á los orientales, ni os fieis de Ursacio y de Valente: no hablan tanto contra Atanasio como á favor de su herejía propia. Creedme, Señor, pues por la edad podria ser vuestro abuelo. Yo me hallaba en el concilio de Sárdica, cuando vos y vuestro hermano, recelosos en todo, en nada convinieron. Atanasio despues pasó á Antioquía, vuestra córte, cuando vos le llamásteis: sus enemigos estaban tambien allí: él instó que se les citase á todos juntos, ó de uno en uno, á fin de que, ó bien en su presencia probasen sus acusaciones, ó á lo ménos no le calumniasen estando ausente. Pero ellos lograron que vos no atendieseis á demanda tan justa.

«¿Por qué, pues, los oís á ellos ahora? ¿Cómo sufrís á Valente y Ursacio, despues que ellos mismos se retractaron y por escrito confesaron su calumnia? ¿La confesaron, nó por fuerza, como ahora propalan: no habia allí soldados que les instasen: no se metia en esto vuestro hermano: no pasaban en su tiempo las cosas que pasan ahora. Ellos mismos, de su propio movimiento vinieron á Roma, escribieron su retractacion en presencia del obispo y de los presbíteros y ya ántes habian escrito á Atanasio una carta de amistad y de paz. Pero si ellos insisten en que se les

hizo violencia, si conocen que esto es malo, si vos no lo aprobais : no useis vos tampoco de violencia : no escribais, ni enviéis condes, llamad á los desterrados y no permitais que los que se quejan á vos de violencia, las cometan mucho mayores con vuestro nombre y autoridad. Por que ¿qué hizo Constante que se parezca á lo que vos haceis? ¿qué obispo desterró? ¿en qué juicio eclesiástico se metió? ¿qué ministro envió para precisar á alguno á suscribir? Nada hizo que pueda dar pretexto á Valente para fingir que se le trató con violencia. Dejad , pues, Señor, dejad, os ruego, tan irregular procedimiento: acordáos que sois mortal : temed el dia del juicio: no os metais en asuntos eclesiásticos, ni pretendais en ellos mandarnos, sinó aprender de nosotros. Dios os dió á vos el imperio, y á nosotros nos confió la Iglesia. Y al modo que el que intentase usurpar vuestro imperio, contravendria al órden de Dios : así temed igualmente que si os arrogais lo que es de la Iglesia, os hareis reo de un gran crimen. Escrito está: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Ni á nosotros nos es lícito dominar sobre la tierra, ni vos, ó Emperador, teneis poder para sacrificar y regir las cosas sagradas.

« El cuidado de vuestra salvacion me mueve á escribiros estas cosas, y en cuanto á lo que me decís en vuestras cartas, ved cuál es mi determinacion. Yo no trato ni convengo con los arrianos, pues condeno con anatema su herejía : yo no suscribo acusacion, ni sentencia contra Atanasio, á quién la

Iglesia de Roma , todo el concilio , y yo tambien , hemos declarado inocente. Vos mismo bien informado de todas estas cosas , llamásteis á Atanasio , y le facilitásteis volver con honor á su patria y á su iglesia. Pues , ¿qué causa puede haber para tanta mudanza? Sus enemigos son los mismos que ántes : lo que ahora dicen entre dientes , no se atrevieron á sostenerlo en su presencia : ya lo decian ántes que él viniese ; y cuando yo los llamé , seguramente no tenian prueba alguna , pues á tenerla no se hubieran retirado tan vergonzosamente. ¿ Quién , pues , ha podido hacer os olvidar de vuestras cartas y de vuestras palabras? Conteneos , pues , Señor , no deis oidos á gente tan mala : no queráis ser reo delante de Dios por tenerlos gratos. En el tremendo juicio , vos sólo habreis de dar razon de lo que ahora haceis para complacerlos á ellos. Ellos se valen de vos para atropellar á su enemigo : ellos os hacen á vos ministro de su malicia , para sembrar en la Iglesia su herejía detestable. No es de hombre prudente el meterse en un evidente peligro , sólo para satisfacer los desenfrenados deseos de otro. Abandonadlos , pues , y creedme á mí , ó Constancio : justo es que yo os dé estos consejos , y que vos no los despreciéis.»

Este documento , digno como decíamos ántes , de ser conservado , encierra una enseñanza para los prelados que , debiendo sumision á los poderes de la tierra , deben ser firmes para defender los derechos de Dios y de la Iglesia , sin ceder en esto un punto por temor á las persecuciones y aun á la muerte

misma. De este modo dando á Dios lo que es de Dios, y al César lo que pertenece al César, llenan sobre la tierra la altísima mision que del cielo les ha sido confiada.

Afortunadamente vemos en todos los siglos y en las más calamitosas épocas innumerables ejemplos de esta firmeza, que ha servido de modelo á los fieles para no caer en vergonzosas apostasías.

CAPITULO IV.

Martirios en Alejandría.— Persecucion en el Egipto y la Libia.— Retiro de San Atanasio en los desiertos de Egipto.—Escribe al emperador Constancio.— Crueldad de la persecucion en Constantinopla.— Mudanza de Osio.—Vuelve á su primitiva firmeza.— ¿Cayó Liberio? — Ocupacion de San Atanasio é Hilario en el desierto.— Semi-arrianos.— Concilio de Rimini.—Adopta una mala fórmula.— Triunfo de los semi-arrianos en el concilio de Seleucia. — Otro concilio en Constantinopla. — Escribe San Atanasio un tratado sobre los concilios de Rimini y de Seleucia.— Nueva division de los arrianos en el conciliábulo de Constantinopla. — San Melecio de Antioquia defiende la fé pura.— Con la muerte de Constancio cesa la persecucion.— Renacimiento de la paz durante el imperio de Joviniano.

Espanta el relato de las violencias cometidas en Alejandría, por los enemigos de la fé pura, en Febrero de 356. Hallábase el pueblo congregado en la iglesia de San Teonás, se presentaron cinco mil soldados armados, cuyo principal objeto era prender á San Atanasio, pero forzando las puertas de la iglesia que habian sido cerradas, maltrataron á muchos fieles. Varios eclesiásticos consiguieron en sacar al Santo Prelado, el cuál pudo milagrosamente libertarse de la furia de aquella soldadesca enemiga; pero la iglesia fué profanada y completamente saqueada.

Los fieles todos, dieron en aquella ocasion una prueba de firmeza, mostrándose dispuestos á sufrir el

martirio y protestaron formalmente contra aquella violencia.

El Emperador en vez de protegerlos, aprobó cuánto se había hecho, y envió al conde Heraclio con nuevas órdenes que autorizaban otras violencias. Escudados con esta protección imperial, los idólatras, empezaron á ofrecer incienso á sus ídolos, y exclamaron con entusiasmo: *El Emperador se ha hecho pagano: los arrianos son de nuestra religion*, y penetrando en la iglesia, destrozaron cuanto hallaron en ella. Un jóven quiso hacer pedazos la silla episcopal, pero le entró una astilla por el vientre, y de sus resultas murió al siguiente dia.

Los arrianos por su parte eligieron para ocupar aquella silla á un hombre de malísimas costumbres, sin estudios de ninguna clase, avaro, cruel y partidario, acérrimo del arrianismo. Llamábase Jorge, y entró en Alejandria en la cuaresma de 356. Los católicos se reunian en casas particulares, para celebrar su culto. Presentóse en la ciudad el duque Sebastian á instancias de Jorge, y se empeñó en que por todos fuese abrazado el arrianismo. Negáronse valerosamente los católicos, y el pérfido duque hizo colgar á cuarenta hombres y á algunas vírgenes, haciéndoles rasgar las espaldas, siendo muchos los que murieron, aunque llenos de gozo por ir á aumentar el número de los Santos mártires. Los que sobrevivieron á aquel martirio fueron desterrados al desierto de la grande Óasis (1).

(1) S. Athan. *Hist. Arian.* ad Monach.— Till *S. Athan.* a. 70.

Por parte del Duque y sus adeptos, se practicaron grandes diligencias por encontrar á San Atanasio, y para ello, hasta fueron abiertos los sepulcros. Fueron desterrados los servidores de las iglesias y restablecidos en ellas los arrianos.

A un subdiácono llamado Eutiquio le azotaron de un modo el más cruel y bárbaro, y en seguida sin darle tiempo para que se curase de sus llagas, le hicieron partir para las minas de Faino, dónde murió al poco tiempo. La Iglesia celebra su memoria el 26 de Marzo, con la de otros mártires de esta misma persecucion. Jamás se habia visto, ni después en los tiempos siguientes hasta los nuestros, desórdenes y escándalos como los que entónces se verificaron. Basta notar que en lugar de los Santos Obispos, eran colocados jóvenes disolutos aunque todavía fuesen paganos ó catecúmenos, sin exigírseles otra cosa que una profesion de arrianismo. En cuánto á Jorge, el falso Obispo de Alejandría, atendia tan solamente á enriquecerse, y era tal su avaricia, que de las cuantiosas rentas de aquella Iglesia, no llegaba ni un maravedí á manos de los pobres. Este espíritu de avaricia y su crueldad fueron causas para que el pueblo le aborreciese. Un dia se formó un motin contra él y fué maltratado, estando en poco que no muriese; motivo por el cual el Emperador castigó á muchos, y Jorge léjos de escarmentar, se hizo aun mas tirano y cruel que lo habia sido hasta entonces.

Entretanto, San Atanasio continuaba en el desierto á dónde se habia retirado cuando, á la entrada de Jorge, sus sacerdotes pudieron hacerle escapar. Más

de una vez pensó en presentarse al Emperador confiado en su inocencia y en la justicia de su causa; pero desistió de ello cuando supo las grandes violencias que se llevaban á cabo contra personas tan venerables como el papa Liberio y el famoso Osio. A su mano llegaron tambien dos cartas de Constancio, una de ellas dirigida al pueblo de Alejandría en la cual se hablaba con la mayor infamia de Atanasio, haciendo grandes elogios de Jorge, y amenazando de muerte á todo el que manifestase ser del partido de Atanasio. La otra carta iba dirigida á los príncipes de Auxuma, en Etiopía, á los cuáles ordenaba que inmediatamente enviasen al Egipto al obispo Frumencio, para que fuese instruido y examinado por Jorge. En vista, pues, de esto, resolvió San Atanasio permanecer en el desierto, y se ocupó en visitar los monasterios del Egipto y conocer personalmente á aquellos santos varones que, apartados del comercio de los hombres, vivian únicamente para Dios, siendo los ángeles del desierto.

Allí enviaron los arrianos soldados para que buscasen á Atanasio, y los santos monjes, más que tratar con ellos, preferian ser muertos por el filo de sus espadas. San Atanasio, para evitar disgustos á aquellos héroes de santidad, se retiró aún mucho más léjos, dónde se ocupó en escribir varias obras, entre ellas, la Apología, que dirigió al emperador Constancio, con el objeto de desvanecer las calumnias que contra él habian levantado los arrianos, y que particularmente miraban al Emperador, esforzándose en demos-

trar que jamás había hablado contra él á su hermano Constante, y que nada había hecho que mereciese las persecuciones suscitadas contra él, como no fuese su firmeza en defender la pureza de la fé: que nunca había faltado á la obediencia negándose á salir de Alejandria, pues nunca se le había comunicado tal orden, y por el contrario, las había recibido repetidas de permanecer allí. En cuanto á su retiro, se expresa de este modo: «Yo me he retirado al desierto para dejar pasar el furor de mis enemigos, y daros ocasion de usar de vuestra clemencia. Recibida esta apología, restituid á su pátria y á sus respectivas iglesias á todos los obispos y demás eclesiásticos, á fin de que se vea la malicia de los calumniadores, y vos podais decir con confianza á Jesucristo, Rey de los reyes, ahora y en el dia del juicio: Yo no he hecho percer á ninguno de los vuestros. (1)

Las persecuciones en Constantinopla fueron muy semejantes á las de Alejandria y el Egipto, contándose entre las víctimas ilustres que produjo, dos secretarios del obispo San Pablo, Martinio, diácono, y Mariano, que era lector. Debe hacerse mencion de entre los confesores desterrados, de San Eusebio, de Verceoli, y San Hilario, de Poitiers.

En 357, Constancio pasó á Roma, y las principales damas de la ciudad, adornadas con sus mejores joyas, se presentaron á él para suplicarle que se compadeciese de aquella ciudad y restituyese á ella el

(1) S. Athan. *Apolog. ad. Const.*

papa Liberio. Contestó el Emperador que bien gobernada estaba aquella sede por Félix, á lo cual replicaron que no le querian, pues si bien era verdad que conservaba la fé de Nicea, trataba con los que la corrompian. Ocurriósele á Constancio decirles que haria venir á Liberio y que gobernase juntamente con Félix; pero el pueblo recibió esta determinacion con risa, exclamando: *un Dios, un Cristo, un obispo*. Entretanto los arrianos hicieron un nuevo formulario, que es el segundo de Sirmio, el cual fué extendido, segun se cree, por Potancio, obispo de Lisboa, que fué uno de los que más influyeron en la persecucion de Osio.

Acerca de la caida de Osio, y de la debilidad que se ha supuesto al papa Liberio, dejaremos hablar al eminente historiador señor Amat, que nos viene sirviendo de guia para la historia del arrianismo. Dice así: « Como si no fuese bastante para un centenario el estar desterrado de su casa, Constante atropellaba á Osio con injurias y amenazas, y le trataba con tanta violencia y tal rigor, que en fin la flaqueza del cuerpo le hizo caer de ánimo. Cedió en algo, y por algun tiempo condescendió en comunicar con Ursacio y Valente; pero con todo se mantuvo siempre constante en defender á San Atanasio, y no quiso jamás suscribir su condenacion, que era entónces como la divisa que distinguia á los arrianos de los católicos. Así lo refiere el mismo San Atanasio (1). Otros añaden

(1) S. Athanas. *Hist. Arian. ad. Monach.* n. 45.

que Osio suscribió tambien la expresada fórmula de Sirmio. Pero como los arrianos y donatistas fueron tan hábiles calumniadores, no es de admirar que abultasen la condescendencia de Osio en comunicar con ellos, é hiciesen correr que habia admitido el arrianismo, y condenado á San Atanasio. Lo cierto es que este Santo, que no calló la suscripcion de Liberio, no dice que Osio suscribiese: al paso que refiere su caída ó condescendencia en comunicar con los herejes. Al contrario, expresamente advierte que no quiso suscribir su condenacion; y claro está que si Osio hubiese llegado á firmar una fórmula tan blasfema, no hubiera tenido reparo en apartarse de la comunión de San Atanasio, y darle por depuesto. Añade el Santo, que Osio no reputó por cosa leve su condescendencia; pues estando para morir hizo como un testamento, en que protestó contra la violencia que se le habia hecho. A la verdad, en los difíciles tiempos de una persecucion tan cruel pudo parecer á muchos que el peligro de perder la vida, y el temor de ocasionar mayores estragos en las iglesias, cohonestaban el comunicar con Ursacio y Valente, tan protegidos del Emperador: al modo que San Basilio, cuando el mismo emperador Valente, declarado perseguidor de los católicos, se acercó al altar miéntras el Santo celebraba el sacrificio, creyó no deber retirarse y poder admitir sus ofrendas. Sin embargo, la delicada conciencia del grande Osio, y la generosidad de ánimo con que hasta entónces habia resistido á las empresas de los arrianos, le hizo mirar con horror una culpa que

tanto aligeraban las tristes circunstancias de aquellos tiempos, y las particulares de su edad y situación (1).

Dos años había que el papa Liberio estaba en el destierro, y cada día se le trataba con más rigor, hasta quitarle un diácono que tenía en su compañía. Fortunaciano, obispo de Aquileya, fué el primero que le instó para que complaciese al Emperador, y en fin suscribió la primera profesion de fé de Sirmio compuesta contra Fotino, la cual, aunque en lo demás fuese tolerable, omitia la voz *consustancial*: renunció á la comunión de San Atanasio, y abrazó la de los orientales, esto es, de los arrianos. Así nos lo aseguran testigos muy autorizados, y añaden que despues escribió al Emperador, á los obispos del Oriente, y á Vicente de Capua, para lograr el permiso de restituirse á su iglesia. Tardó en lograrle, y entró en Roma el 2 de agosto del año 358. La entrada pareció de triunfo: el pueblo corria con júbilo á su encuentro. El antipapa Félix fué echado de la ciudad, y aunque el Emperador queria sostenerle, y que quedase con Liberio, no quiso el pueblo sinó á éste; y el Emperador se vió precisado á pesar suyo á abandonar á Félix (2). Supuesta la afrentosa caída de Liberio, es inconcebible como pudo ser tan bien recibido. El clero y el pueblo de Roma estaban adictísimos á la fé del concilio Niceno y á San Atanasio, y tan opuestos á los

(1) Véase Flor. *Esp. sag.* t. x. trat. 33. c. 5.

(2) Hier. *Chron.* Marcell. Faust. *Pref.*

arrianos, que no podían sufrir á Félix, sólo porque comunicaba con ellos. Pues ¿cómo pudieron admitir á Liberio, si disimuló la fé de la consustancialidad, si condenó á San Atanasio, si comunicó con los arrianos? ¿Cómo pudo su entrada ser de triunfo, ó de vencedor, como dice San Jerónimo, si entró sólo por haberse tan vilmente rendido á sus contrarios? Estas reflexiones y la conocida intrepidez de los arrianos para fingir especies favorables á su partido, y cartas y documentos para probarlas, forman una prudente razon de dudar de la caída de Liberio, á pesar de los muchos antiguos testimonios que la aseguran (1).»

Hasta aquí el señor Amat. Véase ahora cómo se explica en lo que respecta al papa Liberio, el historiador de los Sumos Pontífices, Artaud de Montor: «Mientras el Pontífice se encontraba desterrado, celebróse un concilio en Sirmium, ciudad de la Baja Hungría, con la intervencion de trescientos obispos, á fin de condenar á Focin, obispo de aquella ciudad, el cuál como su maestro Pablo de Samosata, sostenia que Jesucristo no era Dios, sinó un hombre nacido del uno y del otro sexo. En dicho concilio los arrianos redactaron una fórmula de fé, y segun algunos autores, vencido Liberio por sus infortunios y miserias que habian durado dos años, é intimado por amenazas de muerte, consintió en la condenacion de Atanasio y á entrar en comunicacion con los arrianos. Novaes cita con cierto pesar las palabras de Baronio,

(1) Orsi. *Hist.* lib. XIV. n. 72.

acerca de esta *caída* : » No puede darse historia más verdadera ; «Navidad, Alejandro y Tillemon, opinan del mismo modo, pero Novaes, que añade quedar demostrada la falsedad del aserto por muchos críticos modernos, hace mérito de la disertacion crítica sobre el papa Liberio, debida al abate Corgue, más los que creen en la posibilidad de la *caída*, se esfuerzan en probar que el Papa no ofendió espresamente la fé católica, y entre estos ocupa Sangallo el primer lugar. De todos modos, aun en caso de ser cierta aquella pretendida debilidad, lo cual no puede concederse, el Pontífice la borró despues con su ejemplar conducta en cuánto ha merecido en varios martirologios el título de santo ; por otra parte, está fuera de toda duda, que las más distinguidas matronas romanas pidieron al Emperador el regreso de Liberio, y que Constancio no pudo resistir á sus instancias(1).»

Muerto Leoncio, obispo arriano de Antioquia (357), se declaró sucesor suyo Eudosio, que era uno de los jefes más caracterizados de la secta. Era discípulo de Arrio, arriano puro, del partido que llamaron *anomeos*, esto es, *desemejantes*, porque sostenian que el Hijo no era semejante al Padre. Eudosio reunió un concilio en el cuál se condenaron las palabras *consubstantial* y *parecido en substancia*. Como quiera que Basilio de Ancira celebrase un concilio con motivo de la dedicacion de una iglesia, varios clérigos que habian sido desterrados por Eudosio, informaron á

(1) Artaux. de Monior. *Hist. de los Sob. Ponti.*

algunos obispos de todo lo ocurrido en Antioquia, y en aquella asamblea se probó que en Dios hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo: que el Hijo único de Dios debe ser semejante al Padre en la substancia, y que no cabe en él la idea de criatura, ni aun en aquel sentido metafórico en que á veces los hombres se llaman hijos de Dios. Pero si bien establecieron que el Hijo es semejante al Padre en la substancia, negaban que fuese de la misma substancia, y anatematizaron la voz *consubstancial*. Los defensores de esta doctrina fueron llamados *semi-arrianos*, entre los cuales y los arrianos hubo muchas veces grandes guerras.

En Ancira (Galacia), los semi-arrianos reunieron un concilio (358), en el cual condenaron la segunda fórmula de Sirmio, del año anterior, y enseñaron el *semejante en substancia*.

En el tercer concilio de Sirmio (358), contra la costumbre de la Iglesia, se instituyó una nueva fórmula fechada en 22 de mayo. Se dió al Emperador Constancio el título de *rey eterno*, que se rehusaba al Hijo de Dios. Se dice que el Papa Liberio firmó este formulario. Téngase presente lo que más arriba hemos dicho acerca de la supuesta caída de Liberio.

En 350 se celebró otro concilio en Rímni, en Italia, compuesto de cerca de cuatrocientos obispos, habiendo sobre unos ochenta arrianos. Los católicos separados de aquellos, confirmaron la fé de Nicea y condenaron nuevamente á Arrio con todos sus errores: tambien en 21 de julio condenaron á Ursace,

Valente, y algunos otros, como herejes. El concilio hubiera podido ya disolverse, pero la orden de enviar diputados al Emperador, hizo que los obispos permaneciesen en Rímíni, y una asamblea que empezó muy católica acabó desgraciadamente muy mal. El Emperador, sobre el 10 de octubre encargó á los diputados católicos que fuesen á Nicea, en Francia, á formar un nuevo formulario arriano, que por último fué enviado á Rímíni y recibido por todos los obispos del concilio, que en este hecho dejó de ser católico. Este nuevo formulario de Constancio fué desechado por el Papa Liberio y algunos obispos occidentales.

En el concilio de Seleucia (359), en el que los orientales se reunieron al mismo tiempo que los occidentales lo hacían en Rímíni, se hallaron congregados los semi-arrianos en número de ciento cinco, los anomeanos ó arrianos puros en el de cuarenta próximamente, y el de los católicos, en el cual se hallaba San Hilario, en el de quince. El concilio se pasó en cuestiones entre los semi-arrianos y los anomeanos, que desechaban la palabra *parécido en substancia*, terminando el concilio sin haberse resuelto cosa alguna.

Los diputados de ambas partes fueron á Constantinopla para encontrar al Emperador, el cual reunió allí un nuevo concilio á principios del año 360, en el cual se hizo firmar la fórmula de Rímíni á todos los obispos, añadiendo la prohibición de servirse de la fórmula *parécido en substancia*. Desde allí se envió es-

ta fórmula por todo el imperio para que fuese firmada por los obispos ausente. Esta medida fué causa de grandes turbulencias y disgustos para la Iglesia, y motivó muchas prevaricaciones. San Hilario, que entónces se hallaba en Constantinopla, pidió una audiencia al Emperador por medio de un escrito: haciéndole ver los absurdos que eran tantas nuevas fórmulas de fé, y se ofreció á probarlo en presencia del concilio. La asamblea rehusó el reto y le hizo volver á Poitiers, acusándole de perturbador del Oriente.

A pesar del rigor que manifestó el Emperador, fueron muchos los obispos que se negaron á firmar el formulario de Rímni.

Son muy importantes sobre este punto las noticias que nos dá el citado señor Amat:

«Hízose tan universal aquella fórmula dictada por los arrianos, y era tan pública y comun la paz con ellos, que San Jerónimo en su diálogo contra los luciferianos, impelido del fervor de su celo, llegó á lamentarse con estas vehementes expresiones. «Entónces se abolió el nombre de ousia ó de substancia: »Entónces se propaló la condenacion de la fé de Nicea. Todo el mundo quedó consternado y absorto, »al verse arriano. *Ingemuit totus orbis, et arianum se esse miratus est* (1).» Pero es menester advertir que la última cláusula, que por sí misma descubre ser una locucion figurada é hiperbólica, jamás puede significar que todos los fieles del mundo, cediendo

(1) S. Hier. *cont. Lucif.*

á la violencia, llegasen á admitir los errores de Arrio. El mismo San Jerónimo en el propio diálogo, hablando del concilio de Rímíni, refiere que los obispos católicos subscribieron aquella fórmula porque era en sí tolerable; y porque era insuficiente, procuraron que los arrianos separadamente anatematizasen los errores capitales de su secta. Refiere tambien que luego manifestaron los herejes la malicia y doblez con que habian engañado á los católicos: los cuáles vueltos á sus iglesias, hacian ver que solo habian admitido á los arrianos creyendo que hablaban con sencillez y de buena fé. Pero viendo despues su malicia, estaban prontos no sólo á condenar las blasfemias de Arrio, sinó tambien la misma fórmula que habian suscrita, como capciosa, aunque la habian tomado en buen sentido.

De esta manera los obispos de Rímíni, de los cuáles habla San Jerónimo en la expresion *todo el mundo*, quedaron absortos al verse arrianos: esto es, al ver el sentido herético que se daba á las expresiones que ellos admitian como muy católicos. Lo que San Jerónimo dice de los Padres de Rímíni, con igual ó mayor razon debe decirse de los que despues siguieron su ejemplo. Unos y otros continuaban enseñando en sus iglesias la misma doctrina católica que habian enseñado ántes del concilio y del formulario. La falta, pues, de los obispos que le subscribieron en Rímíni y fuera de esta ciudad, aunque fué grande, no fué error en la fé, ni fué connivencia en suscribir un error ó herejía. Fué excesiva lijereza é imprudencia

en apartarse de los atinados decretos que el concilio habia hecho al principio: en abandonar las voces de *consustancial* y de *substancia*: en admitir á la comunión á unos hombres declarados herejes; y en fiarse de un formulario que debian tener por sospechoso, viendo de qué manos venia. Estos delitos eran más ó ménos graves, segun las mayores luces y circunstancia, de los obispos; pero no hay duda que disminuia mucho su gravedad la violencia con que el Emperador castigaba á los que no suscribian, la prevision de los males que ocasionaria á los feligreses la ausencia de los prelados enviados al destierro; y sobre todo aquellas vivas ánsias de la paz y union de las iglesias, por las cuáles, como dice San Jerónimo, en aquel tiempo nada parecia á los siervos de Dios tan piadoso y tan útil, como seguir la unidad y apartarse de la comunión del mayor número, mayormente cuando la confesion de fé no descubria en lo exterior ningun sacrilegio.

Por tanto, los que suscribieron el formulario de Rímini, pudieron llamarse inficionados del veneno de Arrio, y con otras expresiones semejantes, aunque su fé fuese constantemente pura, como lo fué la de San Gregorio Nacianzeno el padre, aunque tambien suscribió (1). Pero no todos los obispos suscribieron. A algunos por ser poco conocidos, no se les instó: otros hubo que resistieron con valor. «No se sigue perjuicio alguno, decia el papa San Dámaso en una carta

(1) Véase Lib. V. n. 225.

sinodal á los obispos del Ilírico, del número de los obispos que se juntaron en Rímini; cuyo juicio debía pedirse en primer lugar, ni Vicente de Capua, que tantos años se conservó puro en el sacerdocio, ni otros semejantes dieron el menor consentimiento á los decretos de Rímini (1).» San Gregorio, obispo de Elvira, en España, resistió con la mayor firmeza á la escandalosa prevaricacion, y conservó la fé de Nicea, sin temer las potestades de este mundo. Con todo, no fué desterrado ni depuesto como los demás (2). En las Galias, en que mandaba el César Juliano, serian débiles ó ningunas las instancias de admitir los decretos de Rímini, ni de estos se hablaria fuera del imperio Romano. En cuánto á los pueblos, basta tener presente la singular fortaleza con que los de Alejandría, Constantinopla, Antioquía y otros, se resistieron á admitir obispos arrianos, para conocer que el veneno de esta herejía cundió poco entre el pueblo católico, á pesar de la proteccion que en varias épocas logró de la córte imperial.

San Atanasio escribió un tratado de los dos mencionados concilios de Rímini y de Seleucia (3), donde manifiesta las continuas variaciones de los arrianos, justifica la introduccion de la voz *consustancial*, y explica la verdadera sentencia de San Dionisio sobre la divinidad del Verbo. Estos dos puntos los trató el

(1) Theod. II. c. 22.

(2) Marcel. et Faust.

(3) *De Synodis*.

Santo de propósito en otros escritos (1). También San Hilario, escribiendo contra Ursacio y Valente, formó la historia de dichos concilios, de la cuál sólo nos quedan algunos preciosos *fragmentos*. Entre ellos es digna de notarse una carta sinodal de un concilio de París á los obispos del Oriente. Los Padres de este concilio, celebrado poco despues de la vuelta de San Hilario á las Galias, dicen los orientales que los de Rímini sólo por amor de la paz condescendieron en suprimir la palabra *ousia ó substancia*, porque se les aseguró que todos los orientales lo deseaban. Por lo que sabiendo ahora por Hilario que los herejes abusaron de la buena fé y sencillez de los Padres de Rímini, revocan todo lo que entonces se hizo por mala inteligencia: tienen por excomulgados á Auxencio, Ursacio, Valente y sus compañeros: y abandonan á los obispos intrusos en lugar de los que fueron desterrados tan contra razon (2). Escribió también San Hilario una fuerte invectiva contra el emperador Constancio, la cuál es regular que no publicase hasta despues de su muerte, y aun parece que no está concluida. Desde el principio dice: *Ya es tiempo de hablar, pues el de callar pasó. Esperemos la venida de Jesucristo, pues el anticristo ya reina. Clamen los pastores, pues los mercenarios huyeron. Perdamos la vida por nuestras ovejas, pues entraron los ladrones, y anda á su rededor el leon furioso. Vamos al martirio, pues que el ángel de satanás se ha transformado en ángel de luz. Muramos con*

(1) *De decretis Nicæn. Syn.* n. 24. s.

(2) S. Hilar. *Fragm.* XI.

Jesucristo para reinar con él. Callar más tiempo sería desconfianza, ya no sería moderación: no es ménos peligroso callar siempre, que nunca. Consecutivamente demuestra que no escribe por resentimiento, sinó por el interés de la religion. Echa ménos los tiempos de Neron y Decio, pues ahora se persigue á los cristianos con pretesto de honrar á Jesucristo; se hace guerra á la Iglesia socolor de darle la paz: el lobo anda entre las ovejas con piel de oveja. Hace ver que tiene razon para tratar á Constancio de anticristo y de tirano, atendidas las violencias que ha hecho en Rímimi, en Seleucia, y otras partes. Despues refuta con solidez los pretextos de que Constancio se valia para prohibir las voces de *consubstancial* y de *semejante en substancia*. Concluye ponderando la temeridad de querer medir con nuestra razon el Ser Divino, al paso que nos conocemos tan poco á nosotros mismos (1). Tambien Lucífero de Cáller, estando en su destierro, escribió varios discursos en defensa de la fé, contra la persecucion de Constancio, á quien habla con mucha libertad. El estilo es duro y rústico; pero los pensamientos generosos y las expresiones fuertes. San Atanasio desde su retiro le escribió alabando su firmeza, le pidió un ejemplar de sus obras, y las tradujo en griego (2).

En el conciliábulo de Constantinopla del principio de enero de 360, se quedó por obispo de aquella capital, en lugar de Macedonio, el famoso arriano Eudocio, y puso á Eunómio en Cízica. Eunómio empezó

(1) S. Hilar. c. *Const.*

(2) S. Ath. *Ep. ad Lucif.*

luego á predicar que el Hijo no era semejante al Padre en la substancia; é irritados sus feligreses le acusaron al Emperador: fué depuesto; pero retirándose á Capadocia, formó un partido separado de los demás anomeos, que tomó el nombre de *eunomianos*, aunque su error era el puro arrianismo. Macedonio separado de C. P. por los puros arrianos, defendia al Hijo semejante al Padre en la substancia, y segun algunos autores tambien consubstancial. Pero introdujo una nueva herejía contra el Espíritu Santo, diciendo que no era más que una criatura, como los ángeles, aunque de superior jerarquía. Siguieron este error, Basilio de Ancira, y otros semi-arrianos, y tambien algunos de los que en órden al Hijo defendian la fé de Nicea. Tuvo esta secta un grande apoyo en Maratonia, obispo de Nicomedia. Era rico, limosnero, de buenas costumbres, y de gran fama en el pueblo, y entre los monjes. Con esto se aumentó el número de los macedonianos, que sellamaron tambien *pneumatómacos*, ó enemigos del Espíritu Santo, y eran por lo comun de costumbres graves é irreprehensibles. San Atanasio en su retiro tuvo el dolor de saber esta nueva herejía, y escribió luego contra ella. Explica los varios sentidos en que la Escritura usa de la voz *espíritu*: con que quedan disueltos los argumentos de estos herejes, fundados en el texto sagrado. Objétase, los que se fundan en la razon natural, como que si el Espíritu Santo fuese Dios, Dios Padre tendria dos hijos, ó seria abuelo del Espíritu Santo. Atanasio manifiesta cuán indignas son semejantes cuestiones, y

cuán ridículo aplicar á Dios las ideas de la generacion humana. Demuestra que el Espiritu Santo es Dios segun la Escritura, y que si no lo fuese, en Dios no habria trinidad (1).

De esta manera se aumentaban las divisiones de la Iglesia con los mismos medios con que Constancio queria meterse en darle la paz. El invierno del año 360 le pasó el Emperador en Antioquía con motivo de la guerra de los Persas ; pero para principios del año siguiente juntó un numeroso concilio para hacer condenar las dos expresiones de *consubstancia!* y de *semejante en substancia*. Los obispos quisieron que ántes de todo se proveyese la silla de Antioquía, vacante por la promocion de Eudosio á Constantinopla. Por fortuna quedó elegido San Melecio, obispo de Sebaste, cuya vida mortificada, costumbres irreprensibles, tranquilidad de ánimo, amabilidad de génio y dulzura de trato, alababan los de todos los partidos. El Emperador quiso que el sermón que segun costumbre debia predicar en la funcion de su entrada, fuese sobre el verso 22 del capítulo octavo de los Proverbios, que, segun la version de los Setenta, dice : *El Señor me crió al principio de sus caminos*. Este era el gran argumento de los arrianos ; por lo que mandó el Emperador que algunos otros prelados hablasen sobre lo mismo, y se fuese escribiendo cuánto dijesen. Comenzó Jorge de Laodicea, y predicó claramente el puro arrianismo. Acacio de Cesarea se apartó

(1) S. Athan. *Epist.* 1. 3. et. 4. ad. *Serap. de Spir. Sanct.* Till. *Ariens.* 3. 104. s.

de aquellas blasfemias ; pero no llegó á la verdad católica. Pero San Melecio hizo un discurso, que conservó San Epifanio, y es un modelo de la elocuencia cristiana. Comienza por la humildad y la paz, y entrando en materia habla dignísimamente del Hijo de Dios. Compara el texto de los Proverbios con otros de la Escritura en que el Hijo se llama engendrado , y advierte que la palabra *fundar* ó *criar* manifiesta que el Hijo subsiste por sí mismo, y la palabra *engendrar* muestra su excelencia sobre todas las producciones sacadas de la nada. Concluye reprendiendo la temeraria curiosidad de los hombres, que quieren penetrar la profundidad de la naturaleza divina, y exhorta á mantenerse en la sencillez de la fé. Este discurso, pronunciado con valentia delante del Emperador, le atrajo las aclamaciones del pueblo, y el odio de arrianos y semi-arrianos ; aunque Melecio tuvo la discreta precaucion de no usar jamás las voces *consubstancial* y *substancia*. Eudocio intentó que se retractase ; pero fué en vano, y en consecuencia le desterró luego el Emperador á Melitina de Armenia, su patria. San Melecio sólo estuvo un mes en Antioquía ; pero convirtió muchos á la verdadera doctrina, separó á los incorregibles, y dejó á sus feligreses constantísimos en la fé. El decreto original de la eleccion de San Melecio, fué entregado á San Eusebio de Samosata, varon de admirable virtud y celo por la fé. Los arrianos resueltos á quitar á San Melecio de Antioquía, querian recoger el decreto en que estaban sus firmas. Hicieron que el Emperador lo pidiese á San Eusebio.

Mas el Santo respondió que era un depósito público, que no podia entregar sinó al concilio de los mismos obispos que se lo habia confiado. Constancio enojado con esta respuesta, envió nueva orden, intimándole que si no lo entregaba, le mandaria cortar la mano derecha. El Santo, leida la orden, presentó las dos al que se la intimaba, y con mucha serenidad le dijo, que ántes quedaria sin manos, que sin un acto que era una conviccion manifiesta de la mala fé de los arrianos. Constancio no pudo dejar de alabar una resolucion tan generosa. Pero los arrianos empeñados en echar á San Melecio de Antioquia, pusieron en su silla á Euzoyo, antiguo compañero y discípulo de Arrio; pero ningun católico quiso comunicar con él. Parece que fué el mismo concilio de la eleccion de San Melecio el de Antioquia, del año 361, en que pocos obispos trataron de hacer un nuevo formulario, con el cual fueron ya diez y seis ó diez y ocho los que los arrianos habian hecho (1).»

Dios dispuso que cesara por entónces la persecucion del arrianismo, y que se extendiese por todas partes la fé en la divinidad de Jesucristo. Juliano se apoderó de la corona imperial, y luego por muerte de Constancio quedó por único Emperador.

Ya veremos en el capítulo siguiente lo que contribuyó á la tranquilidad tan deseada de la Iglesia.

(1) Amat. *Obra citada* Lib. VI.

CAPITULO V.

Motivos que contribuyeron á que cesara la persecucion.— Perfecta páz que se disfrutó durante el corto imperio de Joviano.— Remuévase la persecucion en Occidente.— Valente persigue á todos los que no son Arrianos puros.— Conversion de muchos semi-arrianos.— San Atanasio vuelve á ser perseguido.— El obispo católico de los Scitas.— Martirio de ochenta clérigos de Constantinopla.— Trabajos de San Dámaso contra la herejía.— Afrantes.— Fé del pueblo en Edesa.— San Eulogio.— Muerte de San Atanasio.— San Basilio se defiende de los herejes.— Confunde á Modesto y asombra á Valente.— Trabajos del santo en favor de la fé.— Destierro de San Eusebio de Samosata.— Persecucion de varias Iglesias.— Cesa la persecucion.— El arrianismo va perdiendo su fuerza en el Oriente.— San Gregorio Nacianceno en Constantinopla.

Creyó Juliano que el medio de destruir al cristianismo, era dar una entera y completa libertad á todas las fracciones en que se hallaba dividido el cristianismo, protejiendo á los que se encontrasen más abatidos. Empero, contra lo que él pensaba, esta libertad fué de grande utilidad á los católicos, al tiempo que le produjo grande humillacion al arrianismo. Los santos obispos que sufrían el destierro, pudieron trasladarse inmediatamente á sus sillas respectivas, dónde se dedicaron á trabajar con asiduidad en favor de la fé pura. San Atanasio, detuvo, por el pronto, su regreso, porque Jorge tenia de su parte á todos los que en nombre del Emperador mandaban en

Alejandro; mas, como quiera que muriese al poco tiempo aquel impío usurpador, fué en seguida á ocupar su silla (362), despues de haber permanecido más de seis años en los desiertos. Su entrada fué un verdadero triunfo, habiendo acudido á recibirle una multitud de fieles, más de una jornada ántes de la ciudad. Las iluminaciones fueron generales, y por todas partes se oían exclamaciones de júbilo, en diversos idiomas. Los católicos recobraron todas sus iglesias, y los arrianos no pudieron ya reunirse sinó en casas particulares.

Verdadero discípulo é imitador de Jesucristo, San Atanasio no persiguió á ninguno de sus antiguos enemigos y perseguidores, y ántes por el contrario, trabajaba por atraerlos á todos á la verdadera fé.

Celebró un concilio (362), en el cuál, el Santo, y muchos confesores, expusieron lo que debe creerse de la Trinidad y de la Encarnacion, decidiendo que debian recibirse con afecto los obispos que habian sido seducidos por los arrianos, y hasta los mismos arrianos, si sinceramente volvian á la Iglesia. Esta dulzura no fué del agrado de Lucifero de Cállar, que entónces se hallaba en Antioquia, y su rigor le hizo caer en el cisma que se llamó posteriormente de los *luciferianos*, aumentando tambien el de Antioquia, pues ordenó en aquella ciudad para obispo á Paulino, á quién los melecianos no quisieron reconocer. Este cisma de Antioquia, que empezó cuando se depuso á San Eustaquio, en 331, no se terminó hasta 415, en el obispado de Alejandro.

Como quiera que el emperador Joviano encargase á San Atanasio que le escribiese con exactitud lo que debía creer, el Santo reunió los obispos más sábios, y en nombre de todos los del Egipto, de la Tebaida y de la Libia, le respondió que debía únicamente abrazarse la fé de Nicea, pues que esta era la doctrina que habia tenido siempre la Iglesia, y la que defendian las iglesias de España, de Bretaña y de la Galia, las de toda Italia, Campania, Dalmacia, Misia, Macedonia y de toda la Grecia, y en suma, todas las demás iglesias esparcidas por todo el Occidente y las de Oriente, á excepcion de algunas que seguian á Arrio. En seguida insertaba el símbolo de Nicea, diciendo que era necesario atenerse á él.

Tan sólo ocho meses duró el imperio de Joviano, entrando despues Valentiniano en el imperio de Occidente, y Valente en el Oriental.

Con esto, el arrianismo volvió á levantar la cabeza, suscitando varias tempestades contra la Iglesia. Aujencio, arriano, era obispo de Milan, en cuya ciudad se hallaba el Emperador, el que dijo que Hilario y Eusebio eran unos sediciosos, que turbaban aquella iglesia, acusándoles falsamente de arrianismo. Este Aujencio, ni aun tuvo el valor de declarar sus creencias. En una conferencia que por órden expresa del Emperador tuvo con algunos obispos, no atreviéndose á negar la fé católica, declaró que creia que Jesucristo era verdadero Dios, de la misma substancia y divinidad que su Padre. Pero despues de esto, y con el objeto de sorprender la buena fé del Emperador, le

presentó un escrito artificioso para disimular y sostener su error. En él decía que la paz de la Iglesia, alcanzada por seiscientos obispos, no debía turbarse por algunos pocos que entónces habian sido condenados; esto es, que la paz de Rímíni debía prevalecer sobre el dictámen de Hilario y Eusebio, protestando que no conocia á Arrio ni á su doctrina; que creia en Dios Padre, y que Jesucristo es verdadero Dios, Hijo de Dios verdadero, y enviaba al Emperador las actas del concilio de Rímíni, manifestando que la exposicion de la fé, una vez bien hecha, no debe mudarse. Así los herejes se contradicen á sí mismos. Pues si la exposicion de la fé habia sido hecha en el concilio general de Nicea, ¿por qué no se adheria á ella? ¿Por qué él, lo mismo que sus secuaces en el error, turbaban la paz de la Iglesia, aceptando doctrinas contrarias á aquella fé? El Emperador se dejó seducir por aquel miserable, y abrazando su comunión desterró de Milan á San Hilario, pero este santo prelado, que obedeció inmediatamente la orden imperial, publicó un escrito dirigido á todos los obispos y fieles de todas las localidades, poniendo de relieve los engaños y la mala fé de Aujencio, refiriendo punto por punto todo cuánto habia ocurrido en Milan, descubriendo todo el miserable artificio del escrito que aquel habia dirigido al Emperador.

Los semi-arrianos sufrieron una persecucion de Valente, defensor acérrimo del arrianismo puro, y como á causa de esto no habian podido juntarse en ninguno de los puntos en que lo habian intentado,

despues de tener pequeños concilios, resolvieron acudir al Emperador Valentiniano y al Papa, prefiriendo abrazar la fé de los occidentales ántes que comunicar con el partido de Eudósio. Los diputados se presentaron al Santo Padre, el cuál les hizo declarar su fé, resultando que muchos de los semi-arrianos, conociendo que no habia más fé verdadera que la de Nicea, se convirtieron sinceramente, reconciliándose de esta manera con el Jefe Supremo de la Iglesia, el cuál tuvo un gozo especial en ver entrar en el verdadero redil á aquellas ovejas extraviadas.

La vida de San Atanasio fué un encadenamiento de trabajos y persecuciones sufridas por la justicia, con las cuáles formó la preciosa corona que disfruta en el cielo. Otra nueva persecucion se vió precisado á sufrir. El prefecto de Egipto, en vista de una ordenada por Valente, disponiendo que fuesen arrojados de sus sillas los obispos que habian sido depuestos en tiempo de Juliano, quiso echar de la suya á San Atanasio, no obstante que habia sido perseguido por Juliano y llamado por Joviano. El pueblo estaba dispuesto á amotinarse en favor de su virtuoso prelado, y como quiera que los motines populares siempre traen en pos de sí muchas desgracias, el Santo, con objeto de evitar aquellos males, se huyó de noche, refugiándose en el sepulcro de su padre (1). En la misma noche el prefecto se apoderó de la iglesia, en la que vivia

(1) Entonces los sepulcros no eran como los de ahora, sino unos pequeños edificios ó casitas, por lo que le fué facil encontrar allí un refugio

el Santo, buscándole con la mayor diligencia, y quedando muy admirado de no hallarle en ninguna parte. Créese que el Santo fué avisado milagrosamente.

Tan solamente cuatro meses estuvo en aquel retiro, pues que al cabo de este tiempo, Valente mandó que le fuese concedida la libertad, y que permaneciese en su iglesia y con su pueblo que tan extraordinariamente le amaba. Desde entónces, durante el tiempo que aun vivió San Atanasio, el Egipto permaneció tranquilo y libre de la persecucion de Valente.

Hé aquí ahora de qué manera se expresa el citado señor Amat, explicando otras persecuciones de Valente, y el celo de San Dámaso en condenar á los herejes y animar á los católicos :

«El Emperador, habiendo resuelto ir á la guerra contra los godos, quiso ántes recibir el bautismo, y le recibió de Eudósio de Constantinopla, quién le hizo jurar que jamás se apartaria desu creencia; y con esto acabó Valente de entregarse del todo á los arrianos. Eunomio, que era tambien de los jefes del partido, iba á Mauritania, desterrado como cómplice de la conjuracion de Procopio; pero mediaron otros obispos arrianos, y el Emperador le perdonó. La guerra con los godos duró dos años. En el tercero, esto es, el año de 369, hizo Valente una paz ventajosa; y entónces parece haber sido cuando pasó por Tomi, ó Tomos, capital de Scitia sujeta á los romanos. Los Scitas aunque tenian muchas ciudades y pueblos, por antigua costumbre no tenian más que un obispo, el cuál entónces era San Bretanion, ó Vetranion, católico celo-

sísimo, que vivía en Tomi. Valente, al llegar á dicha ciudad, fué á la iglesia, y segun su costumbre, procuró persuadir al obispo que comunicase con los arrianos. Bretanion se resistió con valentía, se declaró defensor de la fé de Nicea, y le dejó, pasándose á otra iglesia. Siguióle su pueblo, esto es, casi toda la ciudad, que habia concurrido para ver al Emperador; quien, viendo que quedaba solo con los de su séquito, sintió esta afrenta. Hizo prender al obispo y mandó que saliese desterrado; pero luego despues le dió libertad, por no irritar á los Scitas, pueblos bravos, y necesarios á los romanos para la seguridad de aquella frontera (1).

Valente pasó á Constantinopla á fines del mismo año; y al principio de 370 fué á Antioquía con motivo de la guerra de Persia. Entretanto murió Eudosio de Constantinopla, en cuyo lugar elijieron los arrianos á Demófilo, y los católicos á San Evagrio. De esta eleccion tomaron los arrianos un nuevo pretextó para perseguirlos. El Emperador desterró á San Evagrio; y los arrianos, más insolentes que nunca, atropellaban á los católicos de mil maneras. La Iglesia á 3 de julio hace memoria de San Eulogio y de otros muchos mártires de esta persecucion. Los católicos para implorar algun remedio de tantas violencias, enviaron al Emperador una diputacion de ochenta eclesiásticos, á cuyo frente iban Urbano, Teodoro y Menedemo. Llegados á Nicomedia, dónde se hallaba

(1) *Titl. Ariens. a. 111. 112.*

todavía el Emperador, le presentaron su memorial, y le expusieron los trabajos de los católicos. Valente se irritó en extremo de sus quejas; mas por no ocasionar alguna sedición, disimuló su cólera, y mandó en secreto á Modesto, prefecto del pretorio, que les hiciese morir cautelosamente, de manera que la muerte pareciese casual. El prefecto finjió que los enviaba á destierro; y á este fin los hizo meter en un barco, dando orden á los marineros de que le pegasen fuego en alta mar, como lo hicieron, saltando ellos en una chalupa (1). De Bitinia pasó Valente á la Galacia, en cuyas iglesias causó los mayores estragos. Esperaba lograr lo mismo en Capadocia, sabiendo que San Basilio se habia retirado de resultas de cierta desavenencia con Eusebio, obispo de Cesarea, y que la gente principal estaba contra el obispo. Pero San Basilio luego que supo por su hermano San Gregorio, el peligro que corria la iglesia de Cesarea, dejó la soledad y, léjos de conservar el menor resentimiento contra el obispo Eusebio, se unió con él para pelear con los arrianos. Valente hizo lo posible para ganar á San Basilio: le amenazó, le halagó, le prometió su proteccion, y el gobierno de su iglesia. El Santo, al contrario, le exhortaba á él y á los de su séquito á que entrasen en sí mismos, hiciesen penitencia, y dejasen de perseguir á los siervos de Dios. En fin, el Emperador y sus obispos arrianos tuvieron que retirarse de Cesarea sin haber hecho nada (2).

(1) Till. *ib.* a. 113.(2) Till. *ib.* a. 116. *S. Basile* a. 41.

Miéntas que los arrianos ocasionaban tantos trabajos á las iglesias de Oriente, San Dámaso, papa, juntó en Roma un concilio numeroso para promover la reconciliacion de los que habian caido en el arrianismo. En este concilio fueron condenados Ursacio y Valente; pero no se habló de Aujencio, usurpador de la iglesia de Milan, tal vez por respeto al emperador Valentiniano, que habia entrado en su comunión. El concilio escribió á los obispos en Egipto, y tal vez á todos los demás; y San Atanasio, al recibir la carta, juntó cerca de noventa obispos del Egipto y de la Libia, y en nombre de todos escribió al Santo Papa, admirándose de que no hubiese todavía depuesto y echado de la iglesia á Aujencio, que no sólo era arriano, sinó tambien reo de otros grandes delitos. San Atanasio escribió tambien en nombre de noventa obispos á los de Africa, para fortalecerlos contra los que procuraban sostener el concilio de Rímini, con pretexto de que la voz *consustancial* era obscura. Les hace ver cuánta es la autoridad del concilio de Nicea: por qué se sirvió de la voz *consustancial*; y en qué sentido. Trata igualmente de la divinidad del Espíritu Santo. Poco despues, con permiso del Emperador se tuvo en Roma otro concilio de noventa y tres obispos de varias naciones, para examinar la causa de Aujencio, y explicar la fé católica. Aujencio y sus compañeros fueron excomulgados, la fé de Nicea confirmada, y declarado nulo todo lo que contra esto se habia hecho en Rímini (1). Sabino, diácono de Mi-

(1) Hard. Col. t. I. c. 771.

lan, llevó al Oriente la carta de este concilio con tres extractos de sus decretos, en que se declara la divinidad del Verbo, la del Espíritu Santo, y la fé del misterio de la Encarnacion. Y fué recibida y suscrita por un concilio de Antioquía de ciento cuarenta y seis obispos (1). La misma carta sinodal fué dirigida con particularidad á los obispos del Ilírico, los cuales juntos en concilio hicieron un decreto que contiene una confesion de fé, del todo conforme á la de Nicea, y entre otras cosas dicen: «Creemos como los concilios que acaban de tenerse en Roma, y en la Galia, una sola y misma substancia del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo en tres personas, esto es, en tres perfectas hipóstases.» Enviaron este decreto á los obispos de Asia y de Frigia, encargándoles tambien que elijan á los obispos del cuerpo de los presbíteros, á estos y á los diaconos del cuerpo y nó del consejo de las ciudades, ni de los empleos militares (2). El Emperador Valentiniano acompañó esta carta con un rescripto dirigido á los mismos obispos de Asia y de Frigia, en que los exhórta á abrazar el decreto del concilio de Ilírico, y á no abusar de la autoridad del Emperador, esto es, de su hermano Valente, para perseguir á los siervos de Dios (3).

En efecto, Valente en ningun lugar sabia tolerar á los católicos. Llegó á Antioquía en junio de 370. Y luego fué desterrado por tercera vez, y enviado á

(1) Hard. Col. t. I. c. 773. s.

(2) Ap. Hard. t. I. c. 794.

(3) Theod. IV. c. 89.

Armenia S. Melecio, como el principal jefe de los católicos: retiróse á las fronteras de Capadocia; lo que le dió ocasion de tratar á S. Basilio. Los católicos de S. Melecio fueron privados de sus iglesias, y se juntaban en las cuevas de una montaña inmediata; y tanto allí como en la ribera del rio, y en otros lugares en que procuraban tener sus juntas, iba tropa á perseguirlos y á prenderlos. Murieron muchos de varias maneras, pero principalmente arrojados al rio. Estando un dia el Emperador en la galería de palacio, vió pasar un viejo mal vestido, que iba muy aprisa, y le dijeron que era Afraates, monje muy venerado del pueblo, el cual habia salido del desierto para consolar y animar á los fieles, y entónces iba al lugar en que aquel dia se juntaban. «¿A dónde vas?» le preguntó el Emperador. «Voy,» dijo, «á rogar por la prosperidad de vuestro imperio.» Bien, dijo Valente; «mas esto debias hacerlo retirado en tu casa, conforme á la regla monástica.» Afraates respondió: «Es cierto, Señor, y así lo he hecho miéntras las ovejas del Señor estuvieron en paz; pero vistos los peligros en que están ahora, es menester tantear todos los medios de socorrerlas. Decidme, Señor, si yo fuese una jovencita encerrada en la casa de mi padre, y viese que se habia prendido fuego, ¿qué deberia hacer? ¿Seria bien que me estuviese sentada, y la dejase arder? ¿No deberia salir de mi cuarto, correr, llevar agua, y hacer lo posible para apagar el incendio? Pues esto es lo que hago. Vos, Señor, habeis puesto fuego á la casa de nuestro Padre celestial; y yo

voy corriendo á apagarlo.» Así habló Afraates, y el Emperador calló. Uno de los eunucos dijo mil injurias al santo monje, y cabalmente pocos momentos despues, yendo á mirar si el baño del Emperador estaba caliente, se le desvaneció la cabeza, y cayó en el caldero del agua hirviendo, dónde pereció. S. Afraates era persa de nacimiento, vivia en un monasterio junto á Antioquía, aprendió un poco el griego, y, aunque su lenguaje no era puro, era muy eficaz para persuadir, y las gentes de todas clases iban á consultarle. Jamás quiso que nadie le sirviese: no comia sino pan, hasta que fué viejo, que añadía algunas yerbas despues de puesto el sol (1).

El filósofo Temistio, aunque gentil, habló al Emperador Valente para templar su furor contra los católicos, y le hizo ver que no debía admirarse, y ménos perseguirse de muerte la diversidad de opiniones que habia entre los cristianos, pues mucho mayor la habia habido entre los gentiles. Valente resolvió no hacer morir á los eclesiásticos, y sólo desterrarlos (2). Así lo hizo en toda la Siria. Entre los obispos desterrados es digno de especial memoria San Pelagio de Laodicea, el cual en su juventud habia contraído matrimonio, y desde el mismo dia de la boda se habia convenido con su esposa en que guardarían continencia. En Cálcida, á más de los eclesiásticos, comprendió la persecucion á los seglares más poderosos: en Berea fueron tambien muchos los trabajos:

(1) Till. *Ariens.* a. 117.

(2) Soer. IV. c. 32. Sozom. VI. c. 37.

en ambas fué muy recomendable la union del clero y pueblo, y no ménos la perseverancia con que se ilustraron estas y otras iglesias (1). En Palestina, habia muchos obispos que predicaban públicamente el arrianismo, y perseguian á los católicos. En Edesa de Mesopotamia, era obispo San Barceno, que habia pasado gran parte de su vida en la soledad, y tenia la gracia de curar á los enfermos. Valente le desterró á la isla de Arada, en la Fenicia; y como la fama de sus curaciones hubiese atraido luego infinitas gentes, le hizo pasar al Egipto y despues á la Tebaida. En Arada guardaron su cama; y en tiempo de Teodoreto la conservaban todavía con gran veneracion, por los muchos enfermos que sólo con echarse en ella, sanaban (2).»

Era admirable la fé que se veia resplandecer por todas partes á través de tantas persecuciones, y de los grandes esfuerzos que hacian los arrianos por aumentar sus prosélitos. El arrianismo casi llenaba el mundo, como nos ha dicho San Jerónimo: ¿cómo la Cabeza invisible de la Iglesia, Jesucristo, permitia tantos y tan continuados ataques? Era necesario que el mundo conociese la verdad que encerraban sus promesas acerca de la perpetuidad de la Iglesia. Era necesario que se sufriesen contradicciones de todas clases, para que alcanzando triunfos admirables, todas las edades comprendiesen que no en vano dijo que las puertas del infierno no prevalecerian contra la Igle-

(1) S. Bassil. *Epist.* 222.

(2) Amat. *Obra citada.* Lib. VI. cap. III.

sia. Y en efecto, no han prevalecido ; y esa brillante corona formada por las victorias alcanzadas por el catolicismo , es la gran demostracion de la verdad y de la divinidad de su Autor Cristo Jesus, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo , y que al fundar su Iglesia , nos dió en ella una Madre cariñosa y una Arca de salvacion.

La persecucion arriana, si bien es cierto que apartaba á muchos fieles del redil de la Iglesia católica, porque se dejaban seducir por la palabrería de los herejes y sus miserables sofismas, afirmaba la fé en otra multitud de ellos. Siempre las violencias contra la Iglesia han producido el mismo resultado de avivar la fé. En la que nos ocupa, los fieles se manifestaban dispuestos hasta á sufrir el martirio ántes que acceder á abrazar las doctrinas de los arrianos.

Buena y bellísima prueba de lo que acabamos de decir, encontramos en el pueblo de Edesa. Allí habia mandado Valente un obispo arriano, pero el pueblo se resistió valerosamente á reconocerle como verdadero pastor. Antes por el contrario, dejó reinar el vacío á su lado, y los fieles ni aun querian acudir á la iglesia por no encontrarse con él, y se reunian en la campaña. Modesto, no obstante ser arriano, queria evitar las iras del Emperador, y con este objeto hizo grandes esfuerzos por conseguir el que los fieles cediesen en su propósito y dejasen de reunirse fuera de la iglesia ; pero estos esfuerzos se estrellaron en la admirable constancia de aquellos valerosos hijos de la Iglesia.

Daremos á conocer un hecho digno de los primitivos tiempos de las persecuciones paganas. Queriendo Modesto alcanzar por el temor, lo que no habia podido conseguir de otra manera, se dirijió al lugar en dónde se reunian con mucho aparato, y seguido de alguna tropa. Al paso vió una pobre mujer que llevando un niño de la mano, salia precipitadamente de su casa, y sin cuidarse de cerrar la puerta, atravesó por entre las filas de los soldados.

— ¿Dónde vas, mujer? la dijo Modesto.

— Voy al lugar dónde se reúnen los católicos.

— ¿Ignoras por ventura que esta tropa va para hacer morir á cuántos halle?

— No lo ignoro, repuso la mujer, y por esto me doy prisa: no quiero perder la bellissima ocasion que se me presenta de sufrir el martirio.

— ¿Y para qué llevas en tu compañía ese niño?

— Para que sea participante de igual gloria.

Asombrado quedó Modesto de aquel razonamiento, y volviendo atrás, dió parte de todo al Emperador, excitándole á que desistiese de aquella empresa, cuyo éxito no podia ser bueno para él. Valente, pues, se contentó con prender á los presbíteros y diáconos, ochenta de los cuales fueron desterrados á Tracia.

Estos santos confesores recibieron por el camino los honores debidos á sus virtudes y sufrimientos por la fé; de todas partes salian los católicos para victorearlos y colmarlos de justas alabanzas. Para evitar en cuánto fuese posible estas ovaciones, dispuso Valente que fuesen conducidos á diversos lugares. Eulogio y

Protógenes, que eran los principales entre ellos y habían seguido la vida monástica, habiéndose hecho notables por la austeridad de sus virtudes, fueron enviados á Antinoe, cuyo obispo era católico. En la llegada de estos ilustres varones y santos confesores de la fé, pudo ver Antinoe una prueba de la misericordia que Dios dispensaba á aquella poblacion, dónde habia aun muchos gentiles, que merced á los esfuerzos de aquellas abrieron sus ojos á la luz de la verdad, abrazando la fé de Jesucristo y entrando en el gremio de la Iglesia por medio de las regeneradoras aguas del bautismo. Como en tiempo de los apóstoles, la predicacion de Eulogio y de Protógenes fué confirmada por milagros, lo que facilitó más y más las conversiones que fueron en número muy considerable. A vista de este resultado del destierro de aquellos santos varones, podemos decir que Valente, sin saberlo, contribuyó poderosamente á que se extendiese la fé de Jesucristo, que tan incesantemente perseguia.

El Egipto permanecia tranquilo, y no participó de esta persecucion miéntras vivió San Atanasio, pero apareció allí de nuevo y con más crueldad, luego que aquel santo prelado fué llamado por Dios á recibir en el cielo el premio á que se habia hecho acreedor, por tantos trabajos y persecuciones como habia sufrido durante sus cuarenta y seis años cumplidos de obispado, en los que demostró ser un verdadero héroe de paciencia y de resignacion. La muerte de San Atanasio ocurrió en Alejandría por mayo del año 373.

Para los arrianos fué un suceso muy agradable la

muerte de aquel santo prelado, tan constante en defender la fé de Nicea; por eso en cuanto tuvieron noticia del suceso, se dieron prisa en trastornar el Egipto, y colocaron en la silla de Alejandría á Lucio, para lo cual arrojaron de la iglesia á Pedro, que habia sido ántes legitimamente elegido para aquel puesto. Como quiera que Paladio, prefecto del Egipto, era pagano, y se gloriaba en los padecimientos de los cristianos, se dirigió á la iglesia de San Teonás, y luego que hubo arrojado de ella á Pedro, permitió que la turba desenfrenada se entregase á toda clase de desórdenes y profanaciones, habiendo sido víctimas de este motín algunos fieles que murieron á palos. Las vírgenes consagradas al Señor, fueron paseadas como en triunfo completamente desnudas, y muchas de ellas sufrieron las más infames violencias.

Quando aun duraban los atropellos y profanaciones, llegó Lucio y tomó posesión de la Iglesia acompañado de Euzoyo, y siendo resguardado por mucha tropa: mas como el clero se negase á reconocerlo, el conde hizo prender á diez y nueve presbíteros y diáconos, algunos de una edad muy avanzada, haciéndoles embarcar inmediatamente para Heliópolis de la Fenicia. La mayor parte sufrieron ántes del embarque los más crueles tratamientos; y otros murieron en los tormentos. Parecia haberse renovado las antiguas persecuciones paganas, pues no hubo católico de alguna distincion, que no fuese citado á los tribunales y reducido á prision.

Hé aquí ahora otras importantes noticias que es-

tractamos del señor Amat, que nos demuestran á qué grado de crueldad llegaron las persecuciones del arrianismo.

«Lucio persiguió tambien á los monjes de Egipto. Vió despreciadas sus promesas y amenazas, y no ménos se vió despues sonrojado por Moisés, monje celebre por sus virtudes y milagros, que vivia en el desierto de las fronteras del Egipto y de la Palestina. Mavia ó Macovia, reina de los sarracenos, que era cristiana, tratando de paz con Valente, puso por condicion que habia de enviarle á Moisés, que era de aquella nacion, ordenado de obispo. Convino el Emperador; y luego fué Moisés llevado á Alejandría, que era la iglesia más inmediata, para que Lucio le impusiese las manos. Pero Moisés en presencia de los magistrados y del pueblo, le dijo: «Detente. Yo no soy digno de ser obispo; pero si aunque indigno he de serlo para el bien público, tomo por testigo al Criador del cielo y tierra, que no recibiré la imposicion de tus manos, manchadas con la sangre de tantos santos.» Lucio le dijo: «Si todavía no sabes mi fé, no tienes razon para apartarte de mí por voces vagas y falsas: óyeme, y sé tú mismo juez. Tu fé, respondió Moisés, sobrado pública es: tantos obispos, presbíteros y diáconos desterrados, condenados á las minas, expuestos á las fieras, y consumidos por el fuego, son pruebas de tu creencia.» A esto añadió Moisés un juramento de que jamás se dejaria ordenar por Lucio. Despechado este, hubiera querido hacer morir al Santo; pero era preciso complacer á la Reina de los sar-

racenos, y Moisés fué conducido á los obispos desterrados en los lugares de la montaña, y consagrado por ellos. Moisés halló pocos cristianos entre los sarracenos; pero convirtió muchísimos con sus instrucciones y milagros(1).

La persecucion alcanzó tambien á San Basilio, que era ya obispo de Cesarea. En primer lugar le ocasionó una continuacion de disgustos, cuyo origen fué su disension con Eustasio de Sebaste. Corria el Santo muy bien con este obispo, que habia sido semi-arriano, y cuya fé miraban todavía muchos católicos con gran desconfianza, especialmente su metropolitano. San Basilio logró que Eustasio firmase una confesion de fé muy católica, y con esto convocó un concilio de los obispos de Capadocia y Armenia, para cortar toda desconfianza, y establecer una union sólida. Pero Eustasio, aunque habia ofrecido asistir, no lo hizo; y entónces conoció el Santo su hipocresía, y que tenian razon su metropolitano y los demás que tanto tiempo habia que le decian que no se fiase de él. Entónces se vió Eustasio precisado á quitarse la máscara por miedo de que su union con San Basilio, y su profesion de fé le indispusiesen con Euzoyo de Antioquía y con la córte; porque era de aquellos hombres que acomodan su fé á lo que exigen sus intereses segun las circunstancias. Desde entónces dió Eustasio en hablar y escribir contra San Basilio; y el Santo pasó tres años defendiéndose sólo con el silencio. Pero viendo que

(1) Soc. IV. c. 36. Sozem. VI. cap. 38 Theod. IV. c. 20. Ruf. II. c. 6.

sus enemigos no se moderaban, y que cundian algunas sospechas de la pureza de su fé, el año de 376, comenzó á escribir en su defensa. Publicó una apología, algunas cartas y una homilia, en que demuestra que es una visible calumnia cuánto se ha querido decir de su conformidad con los errores de Apolinar: que jamás ha pensado en admitir tres dioses, ni en contar al Espíritu Santo entre las criaturas. Hace ver las variaciones de Eustasio, y su recaida en los errores de Arrio, por lo que fué condenado despues en el concilio de Gangres (1). Mas sintió San Basilio la recaida de Eustasio y sus calumnias, que las amenazas del prefecto Modesto.

Yendo Valente á Cesarea de Capadocia, mandó á aquel prefecto que se adelantase, con orden de que redujese á San Basilio á comunicar con los arrianos, ó en defecto le echase de la ciudad. Modesto, puesto en su tribunal con el mayor aparato, hizo comparecer al Santo, y le dijo: «¿Cómo te atreves á resistir á tan grande Emperador? ¿A qué viene esto, respondió Basilio: de qué resistencia hablas? Por qué no profesas, dijo él, la religion del Emperador, habiendo ya cedido todos? Es que mi Emperador, respondió Basilio, no lo quiere; ni puedo yo adorar á criatura alguna, siendo yo tambien criatura de Dios. Pues ¿con quién, dijo Modesto, piensas que hablas? ¿En nada estimas estar en comunion con el Emperador y conmigo? A esto Basilio: ciertamen-

(1) Bas. Basil. *Epist.* 244. al. 82: 125. al. 78: 223. al. 79. Till. *S. Basil.* a. 81. 90. 117. 122. s.

te tú eres prefecto, y persona ilustre ; pero no eres digno de mayor respeto que Dios. Gran cosa es estar en comunión con vosotros, como lo es estarlo con los que os obedecen : pues no es el estado ó condición sino la fé la que hace distincion entre cristianos. Irritado el prefecto, se levantó de su trono, y dijo : ¿ Con que tú no temes esta potestad ? ¿ Por qué he de temer ? respondió Basilio. ¿ Qué padeceré ? Y Modesto : La confiscacion de los bienes, el destierro, los tormentos, la muerte. Entónces Basilio : Si tienes algun otro castigo, amenázame con él : pues estos en nada me tocan. Nó la confiscacion de bienes ; pues que nada tengo, sino es que necesites de estos paños rotos y consumidos, y de unos pocos libros, en que consiste mi riqueza. No conozco destierro, pues no tengo por mia esta tierra que ahora habito : en todas partes hallaré mi pátria, pues en todas partes está Dios. Y los tormentos ¿ qué lugar habrán en mí, no teniendo yo cuerpo ? Sinó es que hables del primer golpe, que será el único que podrás darme. La muerte la tendré á gran merced, porque me trasportará á Dios, para quién vivo, y hácia quién camino y á prisa, estando ya medio muerto.

Atónito de estas palabras el prefecto, dijo : « Nadie hasta ahora habia hablado á Modesto con tanta libertad. Porque tampoco, dijo Basilio, dístes acaso con un obispo ; que en igual lance cualquiera te hubiera hablado del mismo modo : porque en todo lo demás, ó prefecto, somos los más humildes y mansos de todos, segun por ley nos está mandado. No tratamos con al-

tivez, no digo á personas de tan gran poder, pero ni al plebeyo de más baja esfera. Pero cuando se atraviesa la gloria de Dios, á él sólo atendemos. El fuego, el cuchillo, las fieras y las uñas de hierro ántes nos sirven de gusto que de espanto. Así cárganos de oprobios, amenázanos, usa cuánto quieras de tu poder, y sepa tambien el Emperador que de ningun modo nos vencerás.» Viendo el prefecto á S. Basilio tan firme, procuró reducirle por bien, y le dijo que con sólo quitar del símbolo la palabra *consustancial*, tendria al Emperador entre sus feligreses. Pero Basilio le respondió: «Gran ventaja fuera ver al Emperador en mi iglesia, porque mucho es salvar á una alma; mas en cuanto al símbolo, léjos de quitar ni añadir cosa alguna, ni siquiera toleraria que se mudase el orden de las palabras.» Modesto le dió la noche para reflexionarlo, y fué en posta al Emperador, y le dijo: «Señor, quedamos vencidos. Este obispo es superior á toda amenaza.» El Emperador mandó que no se le hiciese violencia, y el dia de la Epifanía con lucido acompañamiento fué á la iglesia, y se metió entre el pueblo católico, cuando ya comenzaban los oficios. Al oír el canto de los salmos, al ver aquel pueblo inmenso con tan admirable orden, á los ministros sagrados que más parecian ángeles que hombres, á San Basilio en frente del altar, el cuerpo inmóvil, la vista recojida, y el espíritu elevado á Dios: cuando Valente, digo, vió todo esto, y que su entrada no habia causado la menor sensacion, le dió tanto golpe un espectáculo tan nuevo, que se le turbó el sentido. Despues,

cuando su ofrenda debia presentarse en la santa mesa, viendo que ningun ministro se atrevia á tomarla, y temiendo que San Basilio no la aceptaria, le acometió un vaguido tan fuerte, que si uno de los ministros del altar no le hubiera sostenido, sin duda hubiera caido en tierra (1).

Otro dia entró el Emperador hasta la sacristía, y tuvo una larga conversacion con S. Basilio, el cual habló de un modo divino, que admiró á los asistentes. En la comitiva del Emperador estaba uno de sus mayordomos, llamado Demóstenes, el cual, hablando contra San Basilio, cayó en un barbarismo. Miróle el Santo, y sonriéndose dijo: *¡Ah Demóstenes ignorante!* Indignado Demóstenes le amenazó, y San Basilio le dijo: *Cuida de que la mesa esté bien servida, y no te metas en cosas de teología.* El Emperador quedó prendado de la conversacion de San Basilio, y parece que desde entónces fué más humano con los católicos. Sin embargo, los arrianos lograron poco despues que le mandase salir desterrado. Estaba ya el Santo despedido y pronto á marchar. Pero la noche ántes, la Emperatriz, gran protectora de los arrianos, tuvo unos sueños espantosos, y sintió dolores extraordinarios. Al mismo tiempo un niño que tenia el Emperador, fué acometido de una calentura maligna, que los médicos creyeron incurable. La misma Emperatriz dijo al Emperador que estos accidentes eran sin duda un castigo del cielo. Valente envió las personas de

(1) S. Greg. Naz. *Or.* 20. Theod. IV. c. 19. al. 17. et S. Gr. Nys. *in. Evn.* I. 1. Till. S. Basile a. 67. s.

más confianza á suplicar á San Basilio que viniese luego: apénas entró en palacio, la calentura del niño se fué disminuyendo; y el Santo prometió alcanzar de Dios su curacion, con tal que se le permitiese instruirle en la doctrina católica. Convino el Emperador: San Basilio se puso en oracion; y el niño quedó sano. Pero despues permitió Valente que los arrianos le bautizasen, y luego recayó el niño y murió. Los arrianos no cesaban de instar á Valente que desterrase á San Basilio. Condescendió otra vez: y ya estaba la órden extendida; pero al tomar Valente la pluma para firmarla, se le rompió: tomó otra, y se le rompió tambien: tomó la tercera, y sucedió lo mismo. Entónces sintió que la mano le temblaba, y lleno de horror rasgó el papel, revocó la órden y dejó á San Basilio en paz (1).

Algun tiempo después cayó enfermo el perfecto Modesto: suplicó al Santo que le visitase, y se encomendó en sus oraciones con grande humildad. En efecto, sanó con la visita de San Basilio, y fué tan agradecido, que no dejaba de contar sus milagros. Desde entónces quedaron amigos, y Modesto hacia grande aprecio de las recomendaciones del Santo, como se vé en muchas de sus cartas (2). Otro prefecto, tio de la Emperatriz, persiguió á San Basilio con la ocasion que se sigue. Un asesor del prefecto intentó casarse con una viuda ilustre. Ella, que de ningun modo queria, se refugió en la iglesia. Pidióla el pre-

(1) Greg. Naz. *ibid.* Theod. *ibid.*

(2) S. Bas. *Ep.* 104. 110. 111. 279. 280. 281. al. 279. 277. 276. : 74. 275. 278.

fecto, y San Basilio se negó á entregarla. Entónces, enfurecido el prefecto, hizo llevar preso al Santo como á cualquier reo. Pero entendiendo el pueblo que su prelado estaba en peligro, se conmovió de tal suerte, que, á no valerse el Santo de su autoridad para contenerle, el prefecto hubiera sido asesinado (1). San Basilio, en medio de estos cuidados particulares, no olvidaba el de la Iglesia en general. Hizo una viva descripción de los trabajos de las iglesias orientales en la carta que escribió á los obispos de la Galia y de Italia, para que informasen al Emperador del Occidente de los desórdenes del Oriente. Escribió tambien á todos los occidentales en general, implorando su socorro á favor de las iglesias del Oriente, y con el fin de que no se contentasen con la suscripcion á una buena fórmula de fé, para recibir en su comunión á los que fuesen de Oriente. «Si no usan, decia, de mucha cautela, se hallarán en comunión con los que son de partidos opuestos, los cuáles tambien se valen de unas mismas palabras, tomándolas en diferentes sentidos (2).»

Para poder comprender á qué grado llegó la persecucion de los arrianos contra varias iglesias, basta leer las cartas de San Basilio, y muy especialmente la que dirigió á San Eusebio de Samosata durante su destierro.

Valiéronse los arrianos de un vicario ó teniente del prefecto, llamado Demóstenes, el cual desterró á San

(1) S. Gr. Naz. *Orat.* 20.

(2) Amat. *Obra citada.* Lib. VI.

Gregorio de Nisa, y para sustituirle tuvieron la osadía de ordenar á un esclavo, tan corrompido en sus costumbres como los mismos que le colocaron en aquel alto puesto. Quisieron prender á San Gregorio, pero no pudieron encontrarle porque se ocultó, y por cierto que desde el fondo de su retiro fué muy útil á la Iglesia. Instruía á los fieles que le visitaban, les daba los mejores y más sanos consejos, y los exhortaba á que permaneciesen firmes en la fé. Todos admiraban el modo heroico con que sufría los grandes trabajos á que el cielo le sujetaba, y lo contemplaban como espectáculo admirable, siéndolo en efecto á Dios, á los ángeles y á los hombres. Sólo una fé viva y eficaz, sólo un profundo convencimiento y un desapego completo á las cosas de la tierra, podia producir tales resultados. San Pablo decia: *sed mis imitadores, al modo que yo lo soy de Cristo*, y perfecto imitador del Santo Apóstol de las gentes fué el invicto San Gregorio de Nisa, como todos los demás obispos, presbíteros ministros y fieles que con un valor á toda prueba supieron libertarse del fuerte huracan de la herejía arriana. Por esto, sus nombres se conservan con gloria en los hermosos fastos de la Iglesia: por eso todas las generaciones los recuerdan y los bendicen. ¡Dichosos mil veces los que en los dias de verdaderas pruebas, no conocen el temor, y están preparados para apurar el cáliz de los sufrimientos! ¡Dichosos los que en la práctica de la justicia perseveran hasta el fin! Ellos serán salvos, nos dice el Evangelio.

El mismo Demóstenes trató con la mayor crueldad

á los fieles que permanecian en la comunión con San Basilio, privando de todos sus bienes á los clérigos de Sebaste, y de cuántos privilegios disfrutaban. Uno de los primeros cuidados que han tenido siempre los que se han propuesto humillar á la Iglesia, ha sido el arrebatarla sus bienes, y el privar á los ministros de todos sus privilegios, y esto que ha sido constante en todos los siglos, lo hemos visto repetido hasta la saciedad en la época en que vivimos, y hasta en naciones que siempre se han gloriado con el dictado de católicas. La historia de la Iglesia de España en el siglo XIX, nos enseña bastante sobre esto. La codicia de los magnates ha creado más enemigos á la fundación Divina, que la ira y el despecho de los fanáticos por otras creencias. Empero, no adelantemos sucesos de los cuáles hemos de ocuparnos con el favor de Dios en otros lugares de esta obra, y continuemos la historia de la herejía arriana, de esta monstruosidad que si murió despues de haber causado grandes disturbios y amarguras á la Iglesia, parece resucitar en pleno siglo XIX, al soplo maléfico de hombres reputados por sábios, que han pretendido nuevamente arrancar de las sienas del Salvador del mundo la preciosa diadema de su divinidad. Afortunadamente Mr. Ernestø Renan y sus secuaces, no han encontrado para sus escritos, y muy especialmente en España, otra cosa que la risa y la compasion de las personas sensatas. El privar de las adoraciones del mundo á Jesucristo, haciendo que no sea reconocido como verdadero Dios, empresa es tan difícil de llevar á cabo, como la de

privar de su luz al astro que nos alumbra. Perecen en la miseria sus enemigos, en tanto que la gloria de Jesucristo llena los cielos y la tierra.

Continuemos. Despues qué Demóstenes hizo maltratar cruelmente á muchos fieles, clérigos y legos, reunió un conciliábulo de los arrianos de Galacia y del Ponto: propúsose reunirlos con Eustacio, de Sebaste, pero ellos se negaron á esta pretension no queriendo reconocerle por obispo, por haber sido depuesto por el partido arriano en Constantinopla en el año 360.

Quedó vacante por este tiempo la iglesia de Nicópolis, y los arrianos que contaban con la decidida proteccion de Demóstenes, trabajaron á fin de que fuese admitido en ella un obispo de su partido. El clero se resistió con el mayor denuedo, diciendo que no admitiria á ninguno que no fuese católico puro, confesando como tal, la fé de Nicea. Sin embargo hubo una decepcion en aquel clero tan ejemplar. El presbítero Fronton que hasta entónces se habia hecho notable por la pureza de sus costumbres é inquebrantable fé, se dejó seducir por los arrianos y se declaró partidario de ellos. Llenos de gozo los herejes por esta conquista le consagraron obispo, y por fuerza le dieron posesion de aquella silla. El clero y pueblo miraron con horror al usurpador y dejaron de asistir al templo, reuniéndose en el campo. Confuso Fronton con esta vergonzosa derrota, les ofreció no separarse de la fé católica: pero ¿qué confianza podian tener en un hombre que con tanta facilidad se habia dejado seducir? ¿No revelaba todo que aquel acto de abandonar la verdadera

fé, habia sido fruto de su ambicion por conseguir aquella Sede? Si verdaderamente se hubiese arrepentido, en este caso hubiese descendido voluntariamente de aquel puesto que no le pertenecia, y cubierto de ceniza hubiese implorado á las puertas del templo las oraciones de los fieles, para alcanzar las misericordias de Dios. Pero léjos de dar este paso que si le hubiese producido el ódio, el desprecio y las persecuciones de los arrianos, le hubiera conquistado el amor del clero y del pueblo fiel, y una justa expiacion por su apostasia, se empeñó en sostener su miserable usurpacion.

Fijemos ahora la atencion en el Occidente. En 374 murió Aujencio, obispo de Milán, famoso arriano, y en su lugar fué elegido San Ambrosio, esa lumbrera de la Iglesia católica. Aquellos fieles pudieron ya respirar tranquilamente y se felicitaban y daban públicamente gracias al Señor, por qué habia hecho desaparecer al que era oprobio del santuario dándoles un prelado que tanta fama tenia ya conquistada por las grandes virtudes que en él resplandecian. La persecucion se calmaba en Occidente, pero casi al mismo tiempo se calmaba en el Oriente. Antes de salir Valente para Antioquía á pelear contra los bárbaros que se entregaban al saqueo en la Tracia, mandó que cesara la persecucion y que fuesen puestos en libertad así los obispos y presbíteros que estaban desterrados como los monjes que habian sido destinados á trabajar en las minas.

Así pues, los católicos se vieron en libertad y libres de sus tiranos; llenos de alegría por este triunfo que

alcanzaba la Iglesia, rendian al Señor fervorosas acciones de gracias.

Otro valeroso atleta de la fe, defensor acérrimo de la verdad, fué San Gregorio Nacianceno, que vamos, á contemplar en Constantinopla, luchando tambien con los enemigos de la fe católica. Es verdaderamente consolador y digno de ser admirado, el modo como Dios en las grandes tribulaciones de la Iglesia, suscita estos héroes de santidad, prodigios al mismo tiempo de sabiduría que son destinados á sostener á los fieles en los caminos de la salvacion.

CAPITULO VI.

Máximo el cínico.—Teodosio dá á San Gregorio las iglesias de los arrianos. — Condenacion de los Macedonianos en Constantinopla. — Idem. de los arrianos en Aquileya.—Admirable firmeza de San Ambrosio.— Permiso que alcanzan los arrianos para juntarse.— Impide el pueblo que se prenda á San Ambrosio. — De que manera el Señor restituye la paz.— En Oriente pierde su fuerza el arrianismo. — En el Occidente triunfa con los bárbaros.— Las iglesias de Africa son arruinadas.— Martirio de algunos españoles.— Otros mártires. — Alternativas de la persecucion. — San Eusebio de Cartago cura á un ciego.— Gran número de mártires en diversos puntos.— En Cartago se empeñan los herejes en rebautizar á los católicos.— Tras una breve paz vuelve la persecucion. — Elocuencias de San Fulgencio.— Agonia y muerte de la funesta herejía arriana. — Reflexiones.

Presentóse en Constantinopla un egipcio cristiano, que hacia alarde de filósofo cínico, y el cual empezó á llamar la atencion por lo extraño de su vestido. Era este completamente blanco, usaba baston y lucia una grande y poblada cabellera. Habia huido de su país por temor á la justicia que ya le habia castigado más de una vez por diversas causas. Tales trazas se dió en Constantinopla, que logró engañar á una multitud de personas, y aun al mismo San Gregorio, el cuál creyéndole hombre de grandes virtudes, le dispensó su confianza y aun le admitió á su mesa, dispensándole toda suerte de favores. *Máximo*, decia el

Santo, *practica nuestra filosofía con traje extranjero, el cual siendo blanco puede tomarse por símbolo de la pureza*. Pero Máximo trabajaba reservadamente para hacerse consagrar obispo de Constantinopla, con cuyo objeto se unió con un clérigo de la misma iglesia y varios egipcios, consiguiendo que Pedro de Alejandría enviase algunos obispos para que le consagrasen. El pueblo fué representado por algunos marineros y gente infeliz y necesitada, todos los cuáles fueron comprados por dinero.

Todo dispuesto para llevar á cabo la usurpacion de aquella importantísima sede, se reunieron una noche los egipcios, y empezaron la ordenacion de Máximo en la Anastasia. Apercibióse de ello el clero y el pueblo, y acudieron presurosos en gran número, motivo por el cual, Máximo y sus consagrantes apelaron á la huida, y aquella farsa de consagracion fué terminada en la casa particular de un músico. Aquel comediante, indigno aun de ser contado en el número de los cristianos, fué encontrado y arrojado con desprecio de la ciudad. San Gregorio temiendo de que hubiera divisiones quiso retirarse; pero el pueblo, firme con él en la comunión lo impidió, y aun se oyó una voz que decia: *¿Con que tú quieres irte, y que quede desterrada de Constantinopla la Santísima Trinidad?* Con esto el Santo no insistió más, y ofreció permanecer hasta tanto que llegasen algunos obispos.

Enterado el papa San Dámaso de aquellos atentados y violencias, abominó la temeridad de ordenar á un hombre tan indigno como Máximo. Habian creído

los arrianos que la ordenacion de Máximo seria causa de grandes divisiones entre los católicos, redundando en beneficio de ellos; pero les dió un resultado diametralmente opuesto, pues que solo sirvió para que los fieles se uniesen más y más por los lazos de la verdadera fé.

A la llegada de Teodosio á Constantinopla (380) se propuso dar la paz á la Iglesia, y dió las iglesias á los católicos, habiéndolas perdido los arrianos despues de haberlas poseido por espacio de cuarenta años.

Acto verdaderamente conmovedor fué el de tomar San Gregorio posesion de la iglesia mayor. Todo el pueblo manifestaba el gozo de que estaban inundados los corazones, y no se oian sinó vivas y aclamaciones. El Santo por medio de un presbítero dijo al pueblo: *Suspended, amigos míos, suspended vuestras aclamaciones: ahora no se trata sinó de dar gracias á Dios: tiempo habrá para los asuntos menos importantes.*

Los arrianos estaban furiosos con la derrota que habian sufrido, y buscaban todos los medios posibles para perderle. Un dia se presentó en el dormitorio de San Gregorio un jóven pálido, descompuesto, con el pelo erizado, de tal modo que el Santo tuvo miedo al verlo en su presencia. Iba á levantarse, cuando el jóven se arrojó á sus piés, confesando que habia ido á asesinarle por encargo de los arrianos, y le pidió perdon humildemente. El Santo le dijo que le perdonaba, pues que Dios le habia salvado la vida y le encargó que se pusiese bien con Dios.

San Gregorio, que regia aquella iglesia con tanta

edificacion, suspiraba por el retiro, y aprovechó la ocasion que se le presentó para retirarse en el concilio celebrado en Constantinopla en 381.

En este concilio se definió extensamente la divinidad del Espíritu Santo, y fueron condenados los macedonianos, de cuya secta asistieron treinta y seis obispos, llevando á su frente á Eleusio de Cízica. El Emperador mandó que cada uno diese su profesion de fé, y al serles presentada, rasgó con desprecio todas las que dividian la Trinidad, negando la consubstantialidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo, con cuyo acto quedaron confusos los herejes, muchos de los cuáles se mostraron arrepentidos de su error y abrazaron la fé católica.

En Aquileya tambien fueron condenados los arrianos casi al mismo tiempo que lo habian sido los Macedonianos en Constantinopla. Celebróse un concilio en Aquileya del cuál fué alma San Ambrosio (1).

«En este concilio, dice el citado señor Amat, fueron condenados Paladio y Secondiano como arrianos, y se declaró la divinidad del Hijo de Dios.» Hé aquí las explicaciones que da el mismo erudito escritor sobre esta asamblea, y las pretensiones de Justina en Milan, á fin de que se diese una iglesia á aquellos herejes :

«El concilio, dice, escribió varias cartas, de las cuáles existen cuatro : una á los obispos de las Galias, para darles cuenta de la condenacion de Paladio

(1) Ap. Hard. C. t. 2. c. 825.

y Secundiano, y tal vez era carta circular para todas las iglesias que habian enviado diputados al concilio. Las otras tres están dirigidas á los emperadores: la primera para darles cuenta de las blasfemias de aquellos dos herejes, y suplicarles que hagan ejecutar la sentencia de su deposicion. La segunda, habla del antipapa Ursino, de quién los Padres habian averiguado que se unia con los arrianos. En la tercera, dicen que en el Occidente no quedaban otros herejes que los que acababan de condenar, y que ya todos los fieles son de una misma comunión. Y que en el Oriente, aunque los herejes sean reprimidos, parece que hay bastantes divisiones entre los católicos, especialmente en Antioquía y Alejandría: que tiempo hace que de entrambos partidos les escriben: que ellos hubieran enviado algunos mediadores para ponerlos en paz, si no lo hubieran impedido la irrupcion de los enemigos, y las calamidades públicas; y que quisieran proteger á Timoteo de Alejandría, y á Paulino de Antioquía, pero sin perjuicio de la comunión que conservan con sus contrarios. Por lo que, ruegan al Emperador que haga que en Alejandría se tenga un concilio de todos los obispos católicos, para establecer una sólida paz (1).

Más que en el concilio de Aquileya, tuvo que trabajar San Ambrosio para mantener pura la fé en Milan, y contener los esfuerzos que hizo la emperatriz Justina á favor de los arrianos. Ya los habia en tiem-

(1) Ap. Hard. C. t. 1. c. 835. s.

po del emperador Graciano. Dos que eran ayudas de cámara del Emperador, hicieron al Santo una pregunta, diciendo que el dia siguiente irian por la respuesta. El Santo acudió puntual, y viendo que los otros no comparecian, comenzó á tratar del asunto, diciendo : *quiero pagar mi deuda, aunque los acreedores no comparecen*. Prueba que los herejes han errado acerca del Hijo de Dios ; y contra los arrianos prueba la eternidad y divinidad del Verbo. Entre tanto, los dos arrianos, por desprecio del obispo y de su pueblo, se fueron á pasear ; pero la silla ó coche dió un vuelco tan fatal, que ambos murieron. El Santo jamás hizo memoria de esta desgracia, aunque escribió el discurso que hizo con este motivo, y es su *Tra- tado de la Encarnacion* (1). En él acuerda uno de los principales argumentos de los arrianos, que le propuso el Emperador, á saber : ¿Cómo el Hijo siendo engendrado, puede ser de la misma naturaleza del Padre, que no es engendrado? Y añade la solucion, que se reduce á que la distincion de engendrado y no engendrado no pertenece á la naturaleza ó esencia, sinó á la persona (2).

Despues de la muerte de Graciano, la Emperatriz se declaró eficaz protectora de los arrianos. Antes de la fiesta de Pascua del año 385, hizo pedir á San Ambrosio una iglesia para que celebrasen sus funciones los arrianos de su familia. El Santo respondió que un obispo no puede entregar el templo de Dios. El do-

(1) *De Incarnatione.*

(2) *Vita. S. Ambr. c. 18.*

mingo inmediato, que era el de Ramos, mientras San Ambrosio explicaba el símbolo á los competentes, esto es, á los catecúmenos que debían bautizarse en la Pascua inmediata, le dijeron que en la iglesia Porciana se habían puesto unas banderillas, que eran señal de que la casa era del Emperador. No por eso dejó de continuar sus funciones; y al tiempo del Santo sacrificio le dijeron que el pueblo había cojido á un presbítero arriano que pasaba por la calle. San Ambrosio lo sintió amargamente, y con lágrimas pidió á Dios que no se derramase sangre por cosas de la Iglesia, é inmediatamente envió algunos presbíteros y diáconos para sacar á aquel presbítero arriano del peligro en que se hallaba. La corte trató de sedición la resistencia que hizo el pueblo á que la iglesia Porciana se diese á los herejes. Intimóse al cuerpo de comerciantes una multa de trescientos marcos de oro, que hubieron de pagar dentro tercero día; y ellos decían que pagarían el doble, con tal que no se les molestase por la fé. Llenáronse las cárceles de gentes del comercio y otras clases, no obstante que era la semana santa, en que solía darse libertad á los presos. Hicieronse las más terribles amenazas contra todas las personas principales de la ciudad, si la iglesia no se entregaba. Los condes y tribunos fueron á intimar á San Ambrosio que la entregase al instante, diciendo que el Emperador usaba de su derecho, pues que todo está en su poder. El Santo respondió: «Si el Emperador quiere mis tierras, mi dinero, ó cualquiera otra cosa mia, nada negaré, aunque todo lo que es mio, es de

los pobres. Pero las cosas divinas no están sujetas al poder del Emperador. Si lo que se quiere es mi cuerpo, yo saldré al encuentro. Si se me quiere cargar de cadenas, ó llevarme al suplicio, contento estoy ; no me haré cercar del pueblo para que me defienda, no me abrazaré con los altares pidiendo la vida : más quiero ser inmolado por los altares.» Los ministros imperiales decían al Santo que apaciguase al pueblo ; mas él respondió que no podía hacer más que no excitarle, y que si creían que él movía al pueblo, que le castigasen, ó le enviasen á cualquier desierto. Con esto se retiraron ; y el Santo pasó todo el día en la iglesia vieja ; pero la noche la pasó en su casa.

Antes del amanecer volvió el Santo á la iglesia principal, y tanto esta como la otra estuvieron todo el día rodeadas de tropa. Estaban llenas de gentes, y el Santo en un continuo sobresalto de que sucediese alguna desgracia. Cabalmente se leía el libro de Job ; y San Ambrosio tomó de ahí motivo para exhortar al pueblo á la paciencia. Pero el afecto de los soldados, que á excepcion de algunos godos todos eran católicos, la mediacion de los condes, que los más eran amigos del Santo, y las súplicas del pueblo hechas con modestia y firmeza, templaron al Emperador, y el jueves santo por la mañana hizo retirar los soldados que habia en las iglesias y volver á los comerciantes las multas que se les habian exigido. Así se desvaneció aquella tempestad más pronta y felizmente de lo que se esperaba. Mas el Santo al fin de la relacion que hizo inmediatamente á su hermana Santa Marcelina,

le añade que teme mayores trabajos; porque, dice, «Instando los condes al Emperador que viniese á la iglesia, ha respondido, si Ambrosio os lo manda, me entregaréis atado de piés y manos. Añade San Ambrosio: El eunuco Caligono, camarero mayor, me ha hecho decir: ¿Tú desprecias á Valentiniano en mi tiempo? Yo te cortaré la cabeza. Yo le he respondido: Si Dios permite que tú cumplas tu amenaza, yo sufriré como obispo y tú obrarás como eunuco. A este Caligono, segun refiere San Agustin (1), poco despues se le cortó la cabeza por habérsele convencido de un crimen infame.

La Emperatriz, más acalorada contra San Ambrosio por la resistencia del pueblo, persuadió á Valentiniano, su hijo, que hiciese una ley para autorizar las juntas de los arrianos. Benévolo, que era como secretario de Estado, no quiso estenderla. Y ofreciéndole la Emperatriz que seria bien premiado, respondió con generosidad: «Más quiero que me quiteis el empleo que tengo, y me dejéis íntegra la fé.» Y diciendo esto, echó á los piés de la Emperatriz el cinturón ó faja, que era divisa de su dignidad. En efecto, fué privado de su empleo, se retiró á Bresa, su pátria, y fué un grande adorno de aquella iglesia. Con todo, la ley á favor de los arrianos se publicó á 23 de enero del año 386, y dice: «Damos permiso de juntarse á los que siguen la confesion de fé del concilio de Rímimi. Pueden tambien juntarse los ca-

(1) S. Ambr. *Ep.* 20. al. 14. vel. 33. ad. *Marcellin.* S. Aug. VI. *cont. Ful.* c. 14 n. 41.

tólicos; pero entiendan que si con motivo de esta ley causan alguna conmocion, serán castigados con pena de muerte como autores de sedicion, perturbadores de la paz de la Iglesia, y reos de crimen de lesa Majestad. Serán igualmente ajusticiados los que intenten por obrepcion ó por la via reservada frustrar esta ley.» Su verdadero autor fué el obispo Arriano de Milan, á quién dieron el nombre Aujencio en memoria del primero (1).

Algun tiempo despues de publicada esta ley, el tribuno Dalmacio de parte del Emperador intimó á San Ambrosio la órden de que nombrase jueces, como habia hecho Aujencio, para litigar en el consistorio la causa de quién era el verdadero obispo; y cuando no quisiese nombrarlos, que se retirase á dónde quisiese, esto es, que dejase aquella silla á disposicion de Aujencio. San Ambrosio consultó con los obispos que se hallaban en Milan: todos opinaron que no debia sujetarse á semejante juicio; y con su acuerdo dirigió al Emperador una representacion. En ella se excusa de cumplir su órden, porque Valentiniano, su padre, muchas veces habia declarado que en las causas de la fé, ó de personas eclesiásticas, el juez no debia ser de menor condicion que las partes, y por consiguiente los obispos deben ser juzgados por obispos. «¿Quién se atreverá á negar, prosigue, que en las causas de la fé los obispos juzgan de los emperadores cristianos, y nó los emperadores de los

(1) Ruf. II. 15. s. Sozom. VII. c. 13.

obispos?» Añade el Santo que pues se trata del obispo de aquella iglesia; si el pueblo quiere seguir la fé de Aujencio, él se retirará tranquilo. Hace ver que segun la ley que acaba de publicarse, ya no era libre juzgar sinó á favor de los arrianos, pues que se prohibia hasta el representar alguna cosa en contrario. «¿Cómo, pues, dice, he de elegir jueces legos, sabiendo que si conservan la fé, han de ser proscritos, ó ajusticiados? ¿Cómo he de exponerlos á la prevaricacion, ó al suplicio? No merece Ambrosio que por su causa se abata el sacerdocio: más vale que muera, que no que se desprecie la dignidad de los obispos.» Declara su horror al concilio de Rímimi, y adhesion al de Nicea, y concluye: «Todo esto, señor, hubiera ido á representároslo de palabra en vuestro consistorio, si los obispos y el pueblo no me lo hubiesen impedido. Yo salia todos los dias, y nadie me guardaba: entónces era la ocasion de enviarme á dónde quisierais. Ahora me decís que yo me vaya á dónde quiera. Y sobre que el pueblo me guarda, los obispos me dicen que hay poca diferencia entre dejar voluntariamente el altar de JESUCRISTO, y entregarlo. Pluguiera á Dios que yo estuviese cierto de que la iglesia no habia de darse á los arrianos: entónces me ofreceria gustoso á cuánto dispusieseis de mi persona (1).»

Despues de esta representacion se retiró el Santo á la iglesia, en dónde el pueblo le hacia guardia de dia y de noche, temiendo no se le llevasen por fuerza; y

(1) S. Ambr. *Ep.* 21. al. 13. vel 32.

en efecto, el Emperador envió varias compañías de soldados, que dejaban entrar, mas no dejaban salir á nadie del recinto de la iglesia, esto es, del conjunto de edificios, ó habitaciones de ministros unidos á la iglesia, en que podria acomodarse mucha gente. San Ambrosio en estos dias, en que estaba encerrado con parte de su pueblo, le consolaba y alentaba con frecuentes sermones, de los cuáles se conserva uno que parece predicado el domingo de Ramos. «Os veo, dice el Santo, más consternados de lo regular, y más atentos á guardarme. Seguramente es porque sabeis que se me ha mandado irme á dóndequiera. ¿ Con qué temeis que yo me vaya para ponerme en salvo? Debiais haber notado en mi respuesta que yo no puedo abandonar mi iglesia, porque temo más al Señor del mundo que al Emperador de este siglo. Si por fuerza se me echase de mi iglesia, se echaria á mi cuerpo, mas nó á mi ánimo ó afecto. El Emperador obraria con poder de príncipe, yo sufriria con paciencia de obispo. ¿ Por qué, pues, os conturbais? De mi voluntad jamás os abandonaré, pero tampoco resistiré á la fuerza. Me contristaré, lloraré, gemiré; pero contra las armas, soldados y Godos, no tengo ni quiero otra defensa que las lágrimas. Mas al mismo tiempo jamás huiré, ni dejaré la iglesia: no se podrá decir que yo me retiro para librarme de algun castigo más riguroso.» Despues les hace ver que no deben conmovirse por las voces de que está pronto el carruaje para llevarle al destierro, de que se enviaban asesinos para matarle y otras semejantes, pues no sucederia

sinó lo que fuese la voluntad de JESUCRISTO, y esto sucedería á pesar de su vigilancia. El Santo pondera la crueldad de Aujencio, y añade: «¿Qué he dicho yo al Emperador en que haya faltado al respeto que le debo? Si pide tributo, no le negamos: las tierras de la iglesia lo pagan. Si el Emperador quisiese las fincas de la iglesia, podría tomarlas: yo no las doy; pero tampoco las niego: la contribucion del pueblo bastaria para los pobres. Se nos reprende porque distribuimos entre ellos mucho oro; pero de esto mismo nos gloriamos. Las oraciones de los pobres son nuestra defensa: estos ciegos, estos impedidos, estos viejos son más fuertes que los militares más robustos. Nosotros damos al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios: el tributo es del César, la Iglesia es de Dios. Nadie puede decir que esto sea falta de respeto al Emperador. El Emperador está dentro de la Iglesia, nó sobre ella (1).»

Trabajó con la mayor asiduidad San Ambrosio á fin de restituir la paz á la Iglesia por cuantos medios le fueron posibles. Uno de los que se valió, fué el de la composicion de himnos, para que el pueblo cantase de continuo la fé de la Trinidad; himnos que llegaron á ser célebres, y tanto que en la famosa regla de San Benito, por decir himno, se dice *Ambrosianum*.

Tambien quiso el Señor consolar á los fieles con el hallazgo milagroso de las reliquias de San Gervasio y

(1) S. Ambros. ed. S. Maur. *Epist.* 21. Serm. centr. Auxent. ed. Rom. Conc. I. — Amat. *Obra citada.*

S. Protasio, que estaban en la iglesia de San Félix y de San Navor. Dios reveló á San Ambrosio el lugar dónde se hallaban escondidas. Mandó el Santo cavar en el sitio dónde se hallaba el sepulcro de aquellos mártires. Descubierta el sepulcro se vió que era de dos hombres de una estatura excesivamente elevada. Estaban los huesos enteros, y las cabezas separadas. Colocáronse los huesos, segun el órden natural, los cubrieron con algunos velos, y fueron conducidos en andas, ya anohecido, á la iglesia que era conocida con el nombre de Fausta. Al dia siguiente, aquellas reliquias fueron trasladadas á la basilica Ambrosiana: fué extraordinario el concurso á visitar los cuerpos de aquellos ilustres mártires en los dias siguientes al de su hallazgo, siendo muchos los milagros que obró el Señor por intercesion de aquellos bienaventurados siervos. Fué notable entre todos ellos, el de un ciego llamado Severo, que era muy conocido en toda la ciudad de Milan. Como oyese el público alborozo, preguntó la causa que lo motivaba, y enterado del suceso, se hizo conducir al lugar dónde estaban los cuerpos de los mártires. Consiguió que algunos le arrimasen á las andas, sacó un pañuelo, tocó con él el cuerpo de los Santos, se lo puso en los ojos, y el premio de la fé, con que practicó este acto, fué el que instantáneamente recobrase la vista, de suerte que no necesitó guia para salir del templo. Este milagro, fué efectuado á presencia de una multitud de personas, entre las que se contaba San Agustin, que entónces se encontraba en Milan, y habla de él en tres lu-

gares distintos de sus obras (1). Reconocido Severo al gran beneficio que habia recibido, se dedicó desde el momento de haber recobrado la vista, al servicio de la iglesia Ambrosiana, dónde estaban los cuerpos de los Santos Mártires. San Ambrosio refiere tambien otro de los muchos milagros que en aquella ocasion se verificaron (2).

Todos estos milagros, contra cuya autenticidad nada podia objetarse, fueron causa de que los arrianos callasen, y de que la Emperatriz dejase de perseguir al Santo y á los católicos. Tambien pudo contribuir á que cesara la persecucion, la mediacion de Máximo, el cuál escribió al Emperador Valentiniano, con aquel objeto, haciéndole conocer cuán ocasionado es á disturbios el querer mudar la fé de los pueblos, y que la division necesariamente habia de debilitar el imperio. *Toda la Italia, le dice, cree como Ambrosio, el Africa, la Galacia, la Aquitania, y toda la España: en fin, la misma Roma, que tiene el primer lugar así en la religion como en el imperio* (3).

Al tiempo mismo que el celo de San Ambrosio contenia el ímpetu del arrianismo en el Occidente, la prudente severidad de Teodosio, hizo que tambien se debilitase la propia herejía en el Oriente. Pero desgraciadamente pudo el arrianismo conseguir al poco tiempo un nuevo triunfo en el Oriente, precisamente cuando parecia que la impía secta iba á quedar para

(1) S. Ang. Conf. IX. c. 7, Serm. 286. De Civ. Dei. XXII. c. 8.

(2) S. Ambr. Ep. 22. ad Mare.

(3) Ap. Baron. 387. n. 33. s. Ruf. II. c. 16.

siempre exterminada. Este nuevo incremento fué debido á los progresos que hicieron los bárbaros. De este arrianismo darémos aquí una idea, empezando por su origen.

Durante el imperio de Valente, los godos, atropellados por los hunos, acudieron al Emperador con la demanda de que les permitiese pasar el Danubio y establecerse en Tracia, ofreciéndole que servirían en los ejércitos romanos, toda vez que les fuese concedido lo que solicitaban. Fué el encargado de presentar al Emperador esta peticion, el obispo Ulfilas, que gozaba de grande autoridad entre los godos, y que habia trabajado mucho por instruirlos y civilizarlos. Hallándose con esta pretension en Constantinopla, trató familiarmente con los arrianos, los cuáles se valieron de todos los medios imaginables para atraerlo á su secta, lo que al fin pudieron conseguir, siendo causa de que los godos abrazasen tambien aquel partido. Ulfilas consiguió del Emperador el permiso que solicitaba á favor de los godos, los cuáles pasaron á la Tracia, dónde fueron muy bien recibidos; pero como quiera que más tarde fuesen maltratados por los ministros imperiales, se unieron á los bárbaros, y promovieron una guerra, en la cuál murió Valente. Esta union de los godos con los pueblos bárbaros, hizo que el arrianismo tomase nuevo y grande incremento. Habia entre aquella gente muchos recién convertidos á la fé y no pocos idólatras, y en su mayoría eran de muy poca instruccion en la doctrina católica. A los que habian abandonado la multitud de dioses del Pa-

ganismo, si bien les era fácil imaginarse á un Dios Padre, y al Hijo criatura, les era muy difícil sujetar su imaginacion á creer que Padre é Hijo son dos personas distintas y un solo Dios, y mucho más cuando el error de los arrianos venia á ellos por conducto de Ulfilas, el hombre más sabio que conocian y del cual habian anteriormente recibido el conocimiento de Jesucristo. Por medio, pues, de estos pueblos bárbaros, el arrianismo se acrecentó en gran manera, penetrando triunfante por la Galia, la España y el Africa, siendo en gran número los pueblos importantes que fueron saqueados y destruidos, pues sabido es que aquellos bárbaros en aquellas invasiones insultaban y violaban á las vírgenes del Señor, maltrataban á los obispos, presbíteros y demás personas eclesiásticas, de las cuáles muchísimas murieron asesinadas, llegando á tal grado las profanaciones á que se entregaron, que colocaron sobre los altares los pesebres de sus caballos, y desenterraban para profanarlas las reliquias de los Santos, como refiere San Jerónimo (1). La Iglesia hace memoria de muchos héroes que sufrieron el martirio por aquella época, entre ellos San Nicasio, arzobispo de Reims, muerto con su hermana Eutropia, virgen, y otros compañeros mártires: San Florentín y San Hilario, que fueron degollados despues de haberles cortado la lengua y de San Desiderio, obispo de Langres, que habiéndose presentado al rey de los vándalos con el objeto de interceder por sus

(1) S. Hier. *Ep. ad Ayer.* Salv. De Guber. Dei. lib. VI. Ruin. *Pers.* Vand. P. II. c. 1.

diocesanos, fué degollado con muchos de ellos. En cuanto á los excesos que los bárbaros cometieron en nuestra España, tendremos ocasion de ocuparnos en otro lugar de esta obra.

Aun mucho mayores fueron los desastres que experimentaron las iglesias del Africa motivados por el conde Bonifacio, que aun era general de mucha reputacion entre los romanos, el cuál habia sido tan virtuoso que tuvo pretensiones de retirarse á un monasterio de cuya idea le disuadió San Agustin, haciéndole comprender que podia ser con la espada de mas utilidad á la Iglesia y al Estado. Habiéndose disgustado el Conde con la córte imperial, entró en tratos con los vándalos de España, para repartirse el Africa, dónde el mismo Bonifacio ejercia la autoridad en nombre del Emperador. San Agustin que tuvo conocimiento de estos inícuos tratos, escribió á Bonifacio una carta que es la 220 de las del Santo, en la cuál con su acostumbrada elocuencia y las más convincentes razones, le persuadia á entrar de nuevo en la senda de sus deberes. Esta carta causó un gran efecto en el conde Bonifacio, toda vez que arrepentido de su modo de obrar quiso persuadir á los bárbaros que se retirasen del Africa, pero á sus súplicas respondieron llenos de indignacion y se declaró la guerra, siendo al principio ventajosa para los vándalos que se complacian en devastar impugnantemente aquellas provincias, las tropas imperiales se presentaron en el Africa y con ellas fué el obispo arriano Maximino, cuya ocasion aprovechó San Agustin para te-

ner con él una conferencia pública probando la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Contestóle el hereje con un larguísimo discurso lleno de palabras vacías de sentido, y de las mayores impertinencias, sin presentar prueba ninguna ú objecion digna de tenerse en cuenta contra los sólidos argumentos presentados por San Agustin, el cual no quiso contestar á aquel discurso por lo que el obispo hereje tomó pié para jactarse de que habia confundido á San Agustin. Este escribió dos libros, en el primero de los cuáles, hizo ver que Maximino no habia podido contestar á ninguna de sus razones y en el segundo, respondia el Santo á cuánto aquel habia dicho en su impertinente discurso.

Los vándalos entretanto cometian los mayores desastres, arruinaban los altares, destruian los lugares obstinados al culto; dando lugar á que las personas eclesiásticas huyesen á los montes, sin haber quién pidiese los sacramentos, ni quién pudiera administrarlos.

Segun el testimonio de Posidio, fueron tales los desastres en el Africa durante los últimos años de San Agustin, que de tantas iglesias como existian en aquellas provincias, sólo la de Cartago, la de Hipona y la de Cirta, fueron las tres únicas que escaparon á la devastacion de los vándalos.

Como quiera que el conde Bonifacio se hallase en Hipona peleando ya en favor de los romanos, se refugiaron allí muchos obispos y presbíteros de las cercanías. Durante el sitio murió San Agustin el año

de 430. Cinco años despues, esto es, el 435 los romanos hicieron las paces con los vándalos, concediéndoles una parte del Africa. Era rey de los vándalos Genserico, el cuál habiéndose propuesto arruinar la religion católica y establecer el arrianismo, quitó á los primeros sus iglesias, desterrando á muchos obispos. Profesaba aquel rey un afecto particular á cuatro obispos españoles, llamados Arcadio, Probo, Pascacio y Eutiquiano, á los cuáles respetaba por su gran sabiduría, y queria tenerlos siempre á su lado. Quiso persuadirles, ó mejor dirémos, les mandó que abrazasen el arrianismo: ellos se negaron valerosamente á cometer tal apostasía, lo que dió lugar á que el Rey irritado contra ellos, convirtiese en ódio el amor que antes les profesaba, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, les hizo sufrir los mas crueles tormentos y despues la muerte. A un niño llamado Páblito que era hermano de Eutiquiano y Pascacio, y que era de una belleza extraordinaria y de mucha vivacidad, al cuál el rey queria mucho, porque se negó tambien hacer arriano, le hizo dar de palos condenándole despues á uno de los ministerios mas bajos, no haciéndole morir porque no se dijese que habia sido vencido por un niño.

Con motivo de esta gran persecucion del Africa, se escribió mucho en favor de la fé de Nicea y en contra del arrianismo, siendo notable entre aquellos escritos la carta que Honorato Antonino, obispo de Constantino escribió á Arcadio durante su destierro, haciendo una magnífica confesion de los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion, asegurándole

que muy luego veria á los santos, á quiénes entonces rogaba como patronos.

Era el gran empeño de Genserico extender el arrianismo por toda el Africa, y con este objeto mandó que todos los obispos católicos fuesen echados de sus iglesias, y privados de cuantos bienes poseyesen, y que si alguno se resistia á salir que fuese condenado á esclavitud perpétua, cuya pena fué en efecto impuesta á algunos.

Genserico dió las principales iglesias á los arrianos, y entre ellas las dos suntuosas de San Cipriano, una de las cuales estaba en el lugar en que murió y en la otra se conservaba su cuerpo.

Algunos obispos y otras nobles personas se presentaron al rey suplicándole humildemente que pues habian perdido sus bienes y sus iglesias, se les permitiese vivir en el pais para consuelo de los católicos. Irritóse sobremanera Genserico al oír tal peticion, y hubiera mandado en el momento quitarles la vida sinó le hubiesen contenido.

La persecucion tuvo algunas treguas, y algunas iglesias recobraron los obispos. La de Cartago por intercesion del Emperador Valentiniano obtuvo permiso para elegir obispo (454), y despues de una muy larga vacante entró á gobernarla San Deogracias, que se hizo muy notable por su caridad, y muy especialmente por el brillante rasgo de haber vendido cuanto tenia, y hasta los vasos de oro y plata del servicio de las iglesias, para redimir á los romanos cautivos que llevó Genserico, cuando volvió despues de haber

saqueado á Roma. Los arrianos trataron muchas veces de quitar la vida á aquel Santo prelado, pero Dios permitió que muriese tranquilo en su cama (457).

La persecucion volvió á hacerse violenta, y produjo un gran número de ilustres confesores y santos mártires, como puede verse por la siguiente narracion del citado señor Amat, en su tratado del arrianismo:

« Martiniano, Saturiano, y otros dos hermanos, eran esclavos de un vándalo que tenia tambien una esclava llamada Máxima, de rara hermosura. El vándalo quiso que se casasen Martiniano y Máxima; y esta, que se habia consagrado á Dios, persuadió á su marido á guardar continencia. Despues los cinco se escaparon una noche, y se fueron á Tabraque, en dónde los hermanos se metieron en un monasterio, y Máxima en otro de religiosas que habia inmediato. El vándalo los buscó con tanta diligencia, que los halló, los cargó de cadenas, é intentó que se rebautizasen. Noticioso el Réy, mandó al amo que los atormentase hasta salir con su intento. Los hizo apalear con palos cortados en forma de sierra, de modo que les despedazaban el cuerpo, hasta verles las entrañas. Con todo, el dia siguiente amanecian perfectamente curados; lo que sucedió varias veces. Pusieronles en los piés pesados grillos, que por sí mismos se rompieron á presencia de mucha gente. Entónces murió el vándalo, sus hijos, principales esclavos, y mejores ganados. La viuda dió los esclavos á un pariente del Rey, que luego vió á sus hijos y domésticos poseidos

del demonio. Despues de esto, mandó Genserico que los cuatro hermanos fuesen enviados á Capsur, rey moro pagano. A Máxima le dió libertad ; y treinta años despues dirijia una comunidad de religiosas. Los cuatro confesores con sus santas costumbres y suaves exhortaciones, fueron convirtiendo á la religion cristiana á muchos vasallos de aquel Rey moro, y lograron que un obispo de una ciudad sujeta al imperio les enviase algunos clérigos : edificaron una iglesia, y formaron una numerosa congregacion de siervos de Jesucristo, en dónde hasta entónces no se habia predicado su nombre. Irritado Genserico de que no hubiesen llamado clérigos de su estado y religion, mandó que los cuatro santos hermanos fuesen atados con cuerdas por los piés á unos carros, y así arrastrados por terreno de piedras y matas, hasta que fuesen enteramente despedazados. Los moros se quedaban horrorizados al ver tanta crueldad ; y uno de los Santos al pasar por cerca de otro, le decia : « Hermano, ruega por mí : Dios cumple nuestro deseo : así se llega al reino de los cielos. » En su sepulcro sucedieron muchos milagros (1).

Con esto Genserico se enardeció más contra los católicos. Envió á la provincia Zeugitana un tal Próculo, con órden para que los obispos le entregasen los libros y vasos sagrados. Los obispos dijeron que no podian ; y los vándalos los tomaron por fuerza, profanándolo todo, hasta hacerse camisas de las toha-

(1) Vieh. Vitens. *Persec. Vand.* lib. I. n. 10. 57.

llas de altar. Próculo murió luego desastrosamente. Entónces fué cuando San Valeriano, obispo de Abenza, de más de ochenta años, por no querer entregar las cosas sagradas, fué echado de la ciudad, con prohibición de que nadie pudiese alojarle en ninguna casa ni cubierto, de modo que el santo viejo pasó mucho tiempo tendido en el campo sin el menor abrigo (1). En un lugar llamado Regia, abrieron los católicos una iglesia cerrada, para celebrar la fiesta de Pascua. Sapiéronlo los arrianos, y juntándose en gran número, entraron espada en mano, mataron á flechazos al lector, que estaba cantando el aleluya en el púlpito, y á otros muchos al pié del altar; y los que quedaron con vida, fueron despues atormentados y casi todos muertos. En otros lugares entrando los arrianos con furor al tiempo que los católicos estaban celebrando los misterios, los atropellaron, echando por tierra el Santísimo cuerpo y sangre del Señor, y llegando al extremo de pisarle (2).

Habia mandado Genserico que entre los empleados de su casa y de la de sus hijos no hubiese ningun católico: descubrióse uno llamado Armogasto, que era conde: sufrió varias veces el cruel tormento de que le atasen las piernas, y aun la cabeza por la frente con cuerdas de varias especies, apretándolas con violenta tirantez. Y todas las veces sucedió el portentoso de que haciendo el Santo la señal de la cruz, y levantando los ojos al cielo, al instante se rompien las

(1) *Ib.* n. 12.

(2) *Ib.* n. 13.

cuerdas. Colgáronle por un pié, quedando con la cabeza hácia abajo, y en esta postura tan violenta se durmió, como si estuviese en una blanda cama. Un hijo del Rey queria hacerle matar; pero lo impidió un presbítero arriano, para quitarle la gloria del martirio, y fué causa de que le enviasen primero á labrar en el campo, y despues por más vergüenza á guardar vacas junto á Cartago. Sabiendo Argomasto por revelacion de Dios que moriria luego, encargó á un católico que le enterrase al pié de cierta encina. El otro se resistia, diciendo que procuraria enterrarle en una iglesia. Mas el Santo insistió, y el otro le dió palabra de ejecutar lo que le pedia. De allí á pocos dias murió Armogasto, y cavando el católico al pié de la encina para enterrarle, cortadas las raíces, se halló con un sepulcro de mármol finísimo, que parecia hecho al intento (1). Un tal Arquinimo, de la ciudad de Máscula, despues de haber sido inútilmente tentado con promesas y amenazas para que renunciase la fé católica, fué condenado á muerte; y para quitarle la gloria del martirio, se dió secretamente la extraña órden de que si al tiempo de la ejecucion daba muestras de miedo, se le matase; y si manifestaba valor, se suspendiese la sentencia. El confesor estuvo firme, y así salvó la vida. Satur, mayordomo de la casa de Hunerico, hijo del Rey, hablaba con libertad contra el arrianismo. Fué acusado por un diácono arriano, y Hunerico le mandó que se hiciese arriano,

(1) *Ib.* n. 14.

so pena de quitarle la casa, bienes, esclavos é hijos, y hacer casar á su mujer con un pastor de camellos. Satur no hizo caso. Su mujer pidió tiempo, y se le echó á los piés presentándole los hijos, y pidiéndole con lágrimas que no los abandonase ; y que Dios sin duda le perdonaria viendo que lo hacia por fuerza. El Santo le respondió con las palabras de Job : « Hablas como una mujer insensata : si me quieres bien, no quieras arrojarme á una muerte eterna. Hágase la voluntad de Dios : el Señor cuidará de vosotros. » En efecto, se le privó de todo, y quedó reducido á haber de mendigar (1). Tambien dió Genserico mucho que sufrir á los católicos de España, Italia, Sicilia, Cerdeña, Grecia, Epiro, Dalmacia, y hasta de las costas de Venecia ; pues todos los años por la primavera solia despachar una escuadra con tropas de desembarco, y saquear algunas de las ciudades ricas más cercanas al mar (2).

El año 477, muerto Genserico, entró á reinar su hijo mayor Hunerico, que al principio trató á los católicos con blandura, de modo que recobraron muchas iglesias. Solo trataba con rigor á los maniqueos ; más quedó sorprendido al ver que en órden á la Trinidad pensaban como los arrianos. Los católicos de Cartago en 481 lograron permiso de elegir obispo para aquella iglesia, que habia 24 años que vacaba. Mas el dia de la eleccion se intimó á los católicos este edicto en presencia del embajador del emperador Zenon : « Huneri-

(1) *Ib.* n. 15. 16.

(2) *Ib.* n. 17.

co, á instancia del emperador Zenon, y de la muy noble Placidia, os concede el permiso de elegir el obispo que querais. Pero con el pacto de que los obispos de nuestra religion que están en Constantinopla y demás ciudades del imperio, puedan predicar y hacer sus funciones en las iglesias con la misma libertad que vosotros aquí gozais. Pues de lo contrario, el obispo que eligieris, y todos los del Africa con su clero, serán enviados á tierra de Moros. Los fieles conocieron fácilmente que este edicto anunciaba la persecucion: quisieron protestar, ó suspender la eleccion; mas el ministro real no quiso. Con esto fué elegido y consagrado Eugenio, que con sus virtudes se atrajo luego el amor y respeto de todas las gentes. Los bienes de la Iglesia estaban entónces en poder de los vándalos; pero las oblacones de los fieles eran tantas, que sus limosnas asombraban. No pudo la envidia de los arrianos sufrir tanta virtud y tanto aplauso, y sugirieron al Rey que le mandase que no admitiese en la iglesia á ninguno que fuese vándalo, ó que usase su traje; mas el Santo respondió que la casa de Dios habia de estar abierta á todos. Con esto Hunerico mandó poner centinelas en las puertas de la iglesia; y cuando iba á entrar algun hombre ó mujer con su traje nacional, alargaban hácia su cabeza unos palos dentellados, con que hacian presa en los cabellos, y retirándolos luego con fuerza, arrancaban á veces toda la cabellera con la piel de la cabeza. Algunos murieron luego, otros perdieron la vista, y los que sobrevivian, especialmente á las mujeres, las paseaban afrentosamente por

la ciudad. Hunerico quitó todas las pensiones y empleos de córte á los católicos, y á los de las familias más ilustres los envió á la siega, y demás labores del campo. Uno de ellos tenia una mano paralítica, la cual con las oraciones de los compañeros se le curó, y pudo trabajar. Así comenzó la persecucion de Hunerico, que ya se previó que seria cruel, por serlo tanto el Rey, que hasta á su patriarca arriano con muchos de su clero hizo morir quemado (1).

Dos años ántes de la persecucion general, muchas personas tenian visiones, que se creyeron avisos celestiales. Uno vió la principal iglesia de Cartago muy iluminada y adornada, y de repente quedar á oscuras, y con un hedor pestilencial: vió tambien una multitud de ministros vestidos de blanco atropellados por etiofes. Esta vision, que refiere Victor, obispo de Vito, se la contó el mismo que la tuvo. Salió luego la órden de que nadie pudiese tener empleo, ni ejercer funciones públicas sin ser arriano: hubo muchos que todo lo renunciaron por conservar la fé; y además se les confiscaron los bienes, y fueron desterrados á Sicilia y Cerdeña. Hunerico mandó prender á muchas vírgenes consagradas al Señor, y les hizo sufrir varios tormentos, para que confesasen que vivian malamente con los clérigos. Algunas murieron en los tormentos, muchas quedaron estropeadas para toda su vida: y ninguna dió pretexto para calumniar al clero (2). Luego despues envió á destierro á cuatro mil

(1) Vict. Vit. *Pers. Vand.* II. n. 1. ad 5.

(2) *Ib.* n. 6. 7.

novecientos setenta y seis católicos. Había entre ellos varios obispos, muchísimos presbíteros, diáconos, y demás clérigos y también muchos seglares. Representaron al Rey que Félix de Abbirita, anciano, de 44 años de obispado, estaba tan paralítico que ni hablaba, ni podía ir á pié, ni á caballo. Y la respuesta fué: «Si no puede tenerse á caballo, átenle con cuerdas, y llévenle arrastrando dos toros indómitos á dónde yo ordeno.» Este gran número de confesores los juntaron en los lugares de Sicca y de Larea, á dónde debían acudir los moros para llevárselos. Primero los tenían con bastante anchura, pero despues los amontonaron en unas cárceles tan reducidas que estaban unos sobre otros, sin haber dónde hiciesen sus necesidades: de modo que la infeccion y el horror eran más insufribles que cualquiera otros tormentos. En fin, comparecieron los moros, y marcharon cantando alegres: *Esta es la gloria de todos sus santos* (1). Cipriano, obispo de Uniziba, los consolaba, les dió cuanto tenía, y despues fué puesto en la cárcel y tuvo mucho que sufrir. El pueblo corría de todas partes para ver á los santos confesores; algunos salían con velas en las manos, y ponían sus hijos á los piés de los Santos. Pero los soldados que los acompañaban, cuando en el camino algunos viejos ó jóvenes débiles se quedaban atrás, los aguijoneaban con puntas de dardos, ó les tiraban piedras para hacerles andar. Murieron muchos en el viaje, y cuando los demás llega-

(1) Ps. 149. v. 9.

ron al desierto á que iban destinados, no se les dió otro alimento que cebada en poca cantidad (1).»

Habíase propuesto Hunerico concluir en Cartago con los católicos, y el medio que creyó más adaptable fué el citar á todos los obispos para que tuviesen una conferencia con los arrianos. Esta medida consternó mucho á los obispos católicos, porque como vasallos de Hunerico, conocedores de su intento, comprendían que no habian de poder hablar con toda la libertad debida en favor de la fé de Nicea; así, pues, le hicieron presente por medio de un enviado su deseo de que viniesen á dicha conferencia algunos obispos de otros puntos y especialmente de la Iglesia romana, madre y cabeza de todas las iglesias, á lo cual no quiso acceder Hunerico, que tan contrario se mostraba, y tan enemigo de los católicos, que prohibió á los suyos hasta el que pudiesen comer con ellos. Por aquellos dias un suceso milagroso vino á confirmar que los católicos y nó los arrianos eran los poseedores de la verdadera fé de Jesucristo. Habia en Cartago un ciego llamado Félix, muy conocido en la ciudad, el cual por tres veces consecutivas tuvo aviso en sueños de que se presentase al templo en ocasion en que el obispo bendiciese las fuentes bautismales, pues que le tocaria los ojos y recobraría la vista. En el dia de la Epifanía, que era el destinado en Africa para administrar el bautismo solemne, Félix se hizo acompañar á la iglesia, y por medio de un subdiácono pudo

(1) Amat. Obra citada. lib. VI. cap. III.

hablar con el obispo, al cual refirió la vision que habia tenido. Eugenio se negaba, diciendo que no tenia el don de hacer milagros; pero tales fueron las instancias del ciego, que lo llevó entre su clero, y despues de bendecir el agua con la mayor devocion, le dijo: «Ya te he dicho, hermano Félix, que yo no soy más que un infeliz pecador: con todo, ruego al Señor que se ha dignado visitarte que abra tus ojos en premio de tu fé.» En seguida le hizo la señal de la cruz sobre sus ojos, y el que hasta entónces habia sido ciego, vió. Con admiracion de todos los circunstantes, que bendecian á Dios por este milagro, el que habia sido ciego subió al altar con el obispo á hacer su ofrenda en accion de gracias: el prelado lo recibió y le colocó sobre el altar. Habiendo tenido el Rey conocimiento de este hecho, llamó á su presencia á Félix, y éste le refirió todo lo que habia acontecido.

Acercábase el dia señalado para la conferencia y los obispos católicos en cumplimiento de la órden del Rey iban acudiendo á Cartago. El milagro efectuado por Dios por el ministerio del obispo católico no sirvió para que Hunerico abriese sus ojos á la luz de la verdad; ántes por el contrario, cada dia manifestaba más ódio contra los obispos católicos. A medida que se iban reuniendo hacia separar á los más sábios, y valiéndose de miserables calumnias los sentenciaba á muerte. A uno llamado Leto, que era de los más notables, lo hizo perecer entre las llamas, creyendo que por este medio se intimidarian los demás. Llegó por fin el dia de la conferencia, en la cual fueron hu-

millados los obispos católicos hasta el extremo de hacerles estar de pié, en tanto que los arrianos estaban sentados, ocupando el principal de ellos un trono magnífico. Los arrianos trataron de evitar toda disputa, conociendo que en el terreno de la ciencia habian de ser vencidos y protestaron que no sabian el latin: más como quiera que los obispos católicos habian previsto esto, llevaban escrita una profesion de fé y la hicieron leer públicamente. Esta profesion de fé que era muy larga y que contenia la explicacion de la unidad de substancia en Dios con la Trinidad de personas, de las dos naturalezas de Jesucristo y la divinidad del Espíritu Santo, en cuyo último punto se detenian mucho más, terminaba con estas palabras: «Tal es nuestra fé, apoyada sobre la autoridad de los evangelistas y de los apóstoles, y fundada sobre la sociedad de todas las iglesias católicas del mundo, en la cual por la gracia de Dios Omnipotente esperamos perseverar hasta el fin de nuestra vida.» Manifestáronse irritados los arrianos de que aquellos obispos se titulasen católicos, y dijeron al Rey que el objeto que se proponian era meter mucho ruido para evitar la conferencia. Entretanto Hunerico, mientras los obispos se hallaban reunidos en Cartago, hizo cerrar todas las iglesias del Africa, dando á los arrianos todos los bienes de los católicos, aplicando á estos las penas que las leyes imponian contra los herejes. En seguida mandó echar fuera de Cartago á todos los obispos que se habian reunido en la conferencia, apoderándose de cuánto poseian, y sin dejarles más ves-

tido que el puesto; llegando su impía severidad al extremo de prohibir que nadie les diese alojamiento, bajo pena de ser quemados con sus casas los contratadores á esta obra. A fin de que no se propalase que ellos habian huido de Cartago por evitar la conferencia, determinaron no alejarse de la ciudad. Un dia, viendo que el Rey pasaba por dónde ellos se hallaban reunidos se acercaron á él y le dijeron humildemente: ¿Qué mal hemos hecho para que nos trateis así? Si se nos ha llamado para una conferencia, ¿á qué viene despojarnos, expelernos y hacernos morir de hambre y de frio? El Rey, sin atender á lo que decian, hizo correr por entre ellos algunos de á caballo que atropellaron á muchos, y especialmente á los más ancianos: despues se les dió orden para que compareciesen en un lugar, dónde se les presentó un papel cerrado diciéndoles que si juraban hacer lo que se decia en aquel papel, el Rey, aunque estaba irritado contra ellos los perdonaria y dejaria ir libres á sus iglesias. A lo cual contestaron los obispos que no les era lícito prestar aquel juramento á bulto, sin saber lo que juraban. Los comisionados del Rey replicaron que al ménos jurasen que deseaban que despues de la muerte de Hunerico le sucediese su hijo y que no enviarian cartas á la otra parte del mar. Unos juraron en el instante, pero otros conociendo el engaño se negaron á ello. Hé aquí el resultado que tuvieron unos y otros; á los obispos que juraron, les dijeron: «porque habeis consentido en jurar contra el evangelio, manda el Rey que no volvais más á vues-

tras iglesias; se os darán tierras que podais cultivarlas como esclavos, pero con prohibicion absoluta de cantar, orar, llevar en la mano libro para leer, administrar órdenes, ni el bautismo ni la penitencia.» A los que se resistieron á jurar, dijeron: «vosotros no habeis querido jurar porque no quereis que reine el hijo del Rey; por lo tanto, sereis desterrados á la isla de Córcega, dónde os ocupareis en cortar madera de construccion.» Aquellos valerosos atletas de la fe sufrieron con la mayor resignacion tantos trabajos, y San Eugenio que fué al destierro sin haber tenido el consuelo de despedirse de su robaño, escribió una afectuosísima carta llena de piedad cristiana, exhortándoles encarecidamente á que permaneciesen firmes en la fé de la Trinidad y de un solo bautismo, sin permitir que los rebautizasen, encargándoles particularmente la oracion, el ayuno y la limosna, y que no temiesen para nada á los que solo pueden matar el cuerpo. El número de los obispos que fueron desterrados á Cartago, segun un catálogo á que se refiere el padre Amat, es el siguiente: 54 de la provincia Proconsular, 125 de la Numidia, 119 de la provincia de Viza-cena, 120 de la de Mauritania Cesariense, 44 de la Siftifense, 4 de Trípoli, 8 de Cerdeña é islas vecinas: en todo cuatrocientos sesenta y seis obispos, de los cuáles murieron 88: huyeron 28: fueron desterrados á Córcega 46, y los demás á varios lugares de la misma Africa.

De qué modo terminó la funesta herejía arriana, lo explica detallada y extensamente el citado señor

Amat, con cuya narracion vamos á terminar la historia de su malhadada dominacion:

«Antes de salir los obispos para su destierro, envió Hunerico verdugos á todos los pueblos de su dominio, para atormentar hasta que muriesen á todos los cristianos que no quisiesen ser de su religion, sin atender á sexo ni edad. Muchos murieron á palos, otros ahorcados ó quemados. A las mujeres, especialmente nobles, las ponian en público desnudas, y las iban atormentando con esta infamia y mucha crueldad, para de este modo rendirlas. Dionisia, dama muy noble, y de singular hermosura, decia á los ministros del Rey que le diesen doblados tormentos, con tal que le excusasen el rubor de comparecer desnuda. Ellos por lo mismo la pusieron más alta de lo regular, para que sirviese de espectáculo. Dionisia con santa indignacion les dijo: *Ministros del demonio, eso mismo que hacéis por mi deshonor, es mi mayor gloria;* y vuelta al pueblo le hizo una fervorosa exhortacion á la constancia en la fé, y paciencia en sufrir el martirio. En especial alentó á un hijo suyo llamado Mayorico, de tierna edad, y complexion delicada, que era atormentado al mismo tiempo; y fortificado con las amorosas exhortaciones de la madre, sufrió los tormentos con valentía: murió en ellos, y la madre despues le enterró en su casa, para orar sobre su sepulcro. Murieron tambien entre los tormentos Dativa, hermana de Dionisia; Emelio, médico; Leoncia, Tercio y Bonifacio. Un noble llamado Servo, despues de recibir muchos palos, fué varias veces levantado muy alto, y dejado

caer sobre el empedrado de las calles, y arrastrado sobre piedras puntiagudas. En Colusa hubo una multitud innumerable de mártires y confesores. Entre ellos se distinguió una mujer llamada Victoria, á la cual tenian colgada, con fuego debajo, para quemarla lentamente: cuando la creyeron muerta, la descolgaron: luego se restableció, y decia que se le apareció una vírgen, y la curó. Victoriano, ciudadano de Adrumeto, tenido por el hombre más rico de Africa, era gobernador en Cartago por el Rey, quien le hizo decir que obedeciese, y seria el primero de sus domésticos. Victoriano respondió: «Decid al Rey que me haga sufrir cuántos tormentos quiera; pues aunque no hubiese otra vida despues de esta, no quisiera por la gloria temporal ser ingrato al Criador, que me hizo la gracia de que crea en él.» Hunerico, irritado con esta respuesta, le hizo padecer crueles y dilatados tormentos, en los cuales consumó su martirio. En Tambaya dos hermanos pidieron á los verdugos que les hiciesen sufrir el mismo suplicio. Tuviéronlos todo el dia colgados con grandes piedras á los piés. El uno desmayaba, y pedia que le bajasen. Mas el otro le alentó de modo, que siguió constante. Despues les aplicaron planchas ardientes, y los rasgaron con uñas de hierro, hasta que los verdugos los soltaron diciendo: *Ellos parecen insensibles: el pueblo, léjos de intimidarse, desea imitarlos, y nadie abraza nuestra religion* (1).

(1) Vict. *ib.* lib. V. n. 1. ad 5.

Uno de los sucesos más admirables de esta persecucion fué el de Tipasa, ciudad de la Mauritania Cesariense. Habiendo los arrianos ordenado para aquella ciudad un obispo que habia sido secretario de Cirila, los habitantes se embarcaron para España, y sólo quedaron los que no tuvieron proporcion de embarcacion. El obispo arriano procuró ganarlos, primero con caricias, y despues con amenazas; mas ellos le despreciaron, y se juntaban en una casa particular, dónde celebraban los misterios. Acusólos el obispo al Rey, quién envió un conde con órden de cortarles á todos la lengua y la mano derecha en medio de la plaza pública. Ejecutóse tan cruel sentencia: cortóseles la lengua desde la raiz; y con todo hablaban despues del mismo modo que ántes. Víctor Vitense á esta relacion añade: «Si alguno lo juzga increíble, vaya á Constantinopla: allí hallará uno de ellos, que era subdiácono, y se llama Reparato: le verá sin lengua, y le oirá hablar sin dificultad ni tropiezo. Por esto es muy respetado en el palacio del emperador Zenon, y en especial de la Emperatriz (1). Pero no es Víctor único testigo de este milagro. Eneas de Gaza, filósofo platónico, que estaba en Constantinopla, en su diálogo sobre la resurreccion dice: «Yo mismo los he visto, y los he oido hablar; y admiré que su voz fuese tan bien articulada. Yo buscaba el instrumento de la palabra, y no creyendo á mis oidos, quise juzgar por mis ojos. Les hice abrir la boca, y al ver la lengua cortada desde

(1) *Ib.* n. 6.

la raiz, ya no tanto admiré que hablasen, como que viviesen.» (1) El historiador Procopio, hablando de esta persecucion de Hunerico, dice: «Hizo cortar la lengua á muchos, que en mi tiempo se paseaban por Constantinopla hablando libremente; pero hubo dos que cayendo en algun pecado de impureza, quedaron mudos.» (2) El conde Marcelino en su crónica dice: «El Rey Hunerico hizo cortar la lengua á un jóven católico, mudo de nacimiento; y luego que se la cortaron, habló y comenzó alabando á Dios: yo ví en Constantinopla algunos de aquella multitud de fieles, á quiénes se cortó la lengua y la mano derecha, y hablaban perfectamente.» (3) Tambien el Emperador Justiniano en una constitucion dirigida al Africa, asegura que vió este portento (4).

Hunerico comprendió á los vándalos católicos en la persecucion general: veíanse unos sin manos ni piés: otros sin ojos, sin nariz, sin orejas: otros á fuerza de estar colgados por debajo, con las espaldas levantadas; y otros estropeados de otras maneras. Dágila, mujer de un copero del Rey, aunque noble y delicada, despues de haber sufrido azotes y palos, fué desterrada á un lugar árido y desierto (5). Siete monjes del territorio de Capsa, á saber, Liberato, abad; Bonifacio, diácono; Servo y Rústico, subdiáconos; Rogato, Séptimo y Máximo, fueron conducidos á Cartago, y

(1) *Æn. Dial. de Resur.*

(2) *Procop. de Bel. Vandal. l. c. 8.*

(3) *Marcel. Chron.*

(4) *Lib. I. Cod. de Offic. P. P. Afr.*

(5) *Vict. ib. n. 7. 8.*

tentados con las promesas más lisonjeras. Todo lo despreciaron, y en pena fueron metidos en un calabozo cargados de cadenas. Al principio los fieles, ganando las centinelas, pudieron visitarlos y consolarlos. Pero luego que el Rey lo supo, los estrechó más, les hizo sufrir tormentos inauditos, y despues mandó meterlos en un barco con leña, y quemarlos en medio del mar. No quiso el fuego encenderse, y el Rey confuso los mandó matar á golpes en la cabeza (1).

En Cartago despues del obispo San Eugenio, fué desterrado todo el clero, que constaba de más de quinientas personas. Todos fueron expuestos á los tormentos; y uno de los jueces más crueles de esta comision era un apóstata llamado Elpidíforo, al cual habia bautizado Maurita, diácono, anciano venerable. Cuando iban á poner á este Santo en el ecúleo, sacó el mismo lienzo en que habia envuelto á Elpidíforo al salir de las fuentes, y le dijo: «Este lienzo te ha de acusar cuando seas presentado al Sumo Juez, y te ha de precipitar al pozo de azufre, porque te has cubierto de maldicion, perdiendo el sacramento de la verdadera fé.» Despues de azotados y atormentados estos confesores, fueron enviados á destierro, y por el camino de mil maneras insultados á instancia de los obispos arrianos, que eran los más crueles en perseguir á los católicos. Un apóstata encargado de instruir á los clérigos jóvenes en el canto, escojió los doce de mejor voz, y por su instancia se procuró detenerlos. Fué preciso acudir á la fuerza para separarlos de los

(1) Vict. *ib.* n. 10 Pass. 7. *Monach.* ap. Ruin.

demás confesores : fueron azotados y apaleados ; pero jamás quisieron unirse con los arrianos. Acabada la persecucion vivian juntos, y eran mirados con mucho respeto por todas las gentes. Algunos obispos arrianos, y á su ejemplo otros de aquel partido, dieron en la manía de rebautizar por fuerza á los católicos que podian cojer. Salian por los caminos, cojian á los pasajeros, los ataban, y así los bautizaban. Llegaron al extremo de entrar de noche con gente armada en los pueblos pequeños, y rociar hasta los que se hallaban dormidos en las camas, figurándose que así los hacian cristianos. Por órden de Cirila, patriarca de los arrianos, cojieron á un niño de siete años, que iba gritando : *Yo soy cristiano* : cerráronle la boca, y le echaron en sus fuentes. Del mismo modo rebautizaron á los hijos de un médico llamado Liberato, el cual y su mujer fueron presos, atormentados y desterrados. Dos comerciantes, llamados Frumencio, sufrieron un glorioso martirio. Muchos, así hombres, como mujeres, temiendo la violencia de esta persecucion, se retiraron al desierto, y murieron de hambre ó de frio. Cresconio, presbítero de Mizento, fué hallado muerto en una cueva de Zica. Hubo entónces en Africa una sequedad extraordinaria, á que se siguió hambre y peste. Todo fué mirado como castigo de Dios ; y no ménos la muerte de Hunerico, que en 485 murió de una enfermedad de corrupcion, hormigueando todo su cuerpo en gusanos (1).

(1) Vict. *ib.* n. 9. ad 21. Ruin. 6. c. 7.

Sucedióle Guntamundo, que restableció la paz, levantó el destierro á todos los católicos, y dejó abrir las iglesias. Murió en 496. Fué su sucesor Trasamundo, que renovó la persecucion, nó con tormentos, sino con agrado, promesas é instancias. Mandó que los obispados vacantes no se proveyesen. Pasado algun tiempo, los obispos que quedaban, creyeron que no podian obedecer más esta órden. Pensaban que el Rey se apaciguaria, y que si la persecucion se renovaba, los nuevos obispos dirijirian y alentarian al pueblo. Llenóse luego la provincia de obispos: el Rey lo tomó muy á mal, y mandó prender al primado Víctor, y á otros sesenta obispos de la Bizacena, y con otros muchos hasta doscientos veinte los envió desterrados á Cerdeña. Se llevaron de Africa muchas reliquias, y entre otras el cuerpo de San Agustin. El papa Simaco envió varias veces dinero y vestidos á estos santos confesores, entre los cuáles se hallaba el célebre San Fulgencio. Uno de los artificios de que se valia Trasamundo para pervertir á los católicos, era aparentar que queria instruirse, y dar motivo á disputas, previniendo las cosas para que el éxito fuese favorable á los arrianos. Y esto dió lugar á que escribiese San Fulgencio su libro *de la fe ortodoxa*, para explicar el misterio de la Trinidad á Donato, hábil en las letras humanas, y que se enredaba con los argumentos de los arrianos; y tambien el libro dirigido al notario Félix, para darle medios de defenderse de los artificios de los herejes.

Con esto, preguntando Trasamundo quién era el

más hábil defensor de la doctrina católica, le dijeron que Fulgencio, uno de los obispos desterrados. Al instante le hizo venir á Cartago; y Fulgencio se valió de esta ocasion para instruir á muchos católicos, reconciliar á otros que habian caido, y animarlos y dirigirlos á todos. Envióle el Rey un escrito lleno de sus errores, con órden de que respondiese luego. El Santo redujo el escrito, que era largo, á algunas objeciones divididas en artículos, y á cada una añadia su respuesta, breve y sólida. El Rey admiró la elocuencia y talento del Santo, alabó su humildad; pero no hizo caso. Otro dia le envió otras cuestiones, mandando que se lo leyesen una sola vez, sin dejarle sacar copia, y que respondiese. Hízolo el Santo en tres libros dirigidos al mismo Rey, que comienzan así: «Creo que os acordais, Rey piadosísimo, que últimamente me enviásteis un escrito, mandándome responder luego. Como era largo, apenas pude leer muy apriesa el principio; y por esto pedí que me lo dejaran una noche para leerlo todo. Vuestra clemencia no lo tuvo á bien. Entre tanto pasé algunos dias esperando vuestras órdenes. Pero como vos quereis que yo responda sin ver las cuestiones, remito lo poco que yo puedo decir sobre lo que entendí del principio del escrito; pues no quisiera que me acusaseis de un desden nacido de soberbia ó de desconfianza de mi fé.» Prosigue el Santo tratando con el mayor respeto á este Rey hereje y perseguidor, y alaba su aplicacion á instruirse en la religion. «Hasta ahora, dice, era cosa rara ver á un rey bárbaro, continuamente ocu-

pado en la direccion del reino, animado de tan vivo deseo de aprender la sabiduría.» Sobre lo que, es menester notar que los vándalos y demás nuevos conquistadores, tomaban ellos mismos el nombre de *bárbaros*, para distinguirse de los romanos. Entra despues el Santo en materia, y trata de las dos naturalezas de Jesucristo en una persona, de la divinidad del Hijo de Dios, y de su pasion, haciendo ver que la divinidad no padeció. El Rey confundido con esta respuesta, no tuvo ganas de hacerle más preguntas. Pero á instancia de los arrianos le envió otra vez á Cerdeña, y le hizo embarcar de noche por temor del pueblo. El Santo viendo sumamente afligido por su partida á Juliateo, varon de gran virtud, le dijo que luego volveria, porque la Iglesia católica recobraría su libertad. Y le encargó el secreto, para que no se le tuviese por profeta (1).

En efecto, en mayo de 523 murió Trasamundo. Y aunque habia hecho jurar á su sucesor Hilderico que durante su reinado no abriria las iglesias católicas, ni las restableceria en sus privilegios; Hilderico creyó que no faltaba á su juramento haciéndolo, como lo hizo, ántes de ser Rey, ó ántes de la muerte de Trasamundo. El nuevo Rey, aunque no profesó la religion católica, levantó el destierro á todos los obispos, que fueron recibidos en Cartago y en todas partes con las mayores demostraciones de respeto y de júbilo, como confesores de Jesucristo : permitió or-

(1) Ruin. *ib.* c. 10.

denar obispos en todas las iglesias en que faltaban ; y la de Cartago recobró el libre ejercicio de la religion católica, de que estuvo casi siempre privada por espacio de 66 años, despues de la persecucion de Genserico en 457. Hilderico era de buen natural, pero de gran flojedad é inaccion : lo que facilitó la rápida conquista de Africa por Belisario, en el año 534 ; sin que quedasen grandes reliquias del poder que los arrianos habian obtenido en tiempo de los vándalos (1). Y con esta persecucion vandálica se puede concluir la historia del arrianismo en esta época ; pues los reyes visigodos y suevos de España, y los borgoñeses de Francia, aunque arrianos, una vez sentado su gobierno, trataron bastante bien á los católicos. Los reyes bárbaros arrianos se convirtieron todos ántes de concluirse el siglo sexto : en el Oriente aunque quedaban algunos arrianos, ya no tenian ninguna provincia, y tal vez ningun obispado enteramente suyo : y en ninguna parte eran en número ni circunstancias que diesen gran miedo á los católicos.

Así aquel gran mónstruo, que tantos estragos causó en todas las provincias del orbe cristiano, y en algunas épocas, y especialmente despues del concilio de Rímuni, llenó de consternacion á toda la Iglesia : se fué debilitando en todos sus miembros de tal manera, que en el pontificado de San Gregorio apenas hallamos más memoria de arrianos, que la de que en Occidente su bautismo se reputaba válido, y de que

(1) Ruin. *ib.* c. 12.

en Roma habian tenido una iglesia, que San Gregorio hizo purificar (1).»

Del modo que acabamos de ver, concluye el señor Amat la historia de la herejía arriana, que tanto aflijó á la Iglesia de Jesucristo. Según dijimos a su tiempo, hemos optado para su explicacion por seguir las huellas de tan respetado escritor; y en los puntos más importantes hemos reproducido muchos de sus conceptos, los que más luz nos ofrecen para quedar perfectamente informados del desarrollo y decadencia de la funesta herejía. Lo hemos hecho así, porque tratándose de la historia de la Iglesia de Jesucristo, nuestro gran cuidado debe ser, buscar siempre las mejores y más puras fuentes, sin apartarnos de ellas, porque sería imperdonable cualquier error, tratándose de asuntos tan formales y de tanta importancia. Sería un vano orgullo el exponerse á tergiversar hechos por querer aparentar una originalidad, que no es la que debe buscarse en obras de esta naturaleza.

Dicho esto, cúmplenos ahora hacer algunas reflexiones referentes al asunto que con tanto detenimiento hemos venido tratando.

Por cuánto hemos visto, desde la aparición del cristianismo, y muy especialmente desde que apareció la herejía arriana; y por cuánto ha ocurrido desde aquella época hasta los días en que escribimos, podemos afirmar que la doctrina del Evangelio es como el termómetro que hace conocer el estado del mundo

(1) S. Greg. Magn. *Dial.* III. c. 30.

social, los progresos ó decadencias de las naciones y su retroceso ó su civilizacion.

No merecen ni aun los honores de la refutacion los que acusan al catolicismo de querer llevar á los pueblos á un retroceso rechazado por las ideas del siglo xix; ¡El catolicismo enemigo de la luz! ¡El catolicismo contribuyendo al retroceso social! ¿Quién, sinó el catolicismo ha civilizado los pueblos? ¿Quién concluyó con el despotismo de los Césares, con sus injustas leyes, con el culto estúpido del gentilismo? ¿Quién, sinó el Autor divino del catolicismo, levantó en el mundo la bandera de la fraternidad universal, y enseñó á los hombres sus derechos y sus deberes? Y ¿quién, sinó el Evangelio se ha encargado de extender de uno á otro polo esa doctrina salvadora? Deseamos llamar la atencion de los hombres entendidos, de aquellos que tienen la fortuna de estar adornados de sano criterio, hácia un hecho notable que nos demuestra la verdad que dejamos apuntada. Veámoslo.

Por el estado de prosperidad ó de decadencia en que se encuentra una nacion, se puede venir en conocimiento del mucho ó poco respeto en que es tenida en ella la doctrina católica, porque es indudable, y la historia nos lo demuestra en sus elocuentes páginas, que los pueblos que han rechazado la doctrina del Evangelio, ó que la han abandonado despues de haberla profesado, han venido á su ruina y exterminio.

La nacion judía, ese pueblo tan favorecido de Dios

en otro tiempo, como ingrato y rebelde á sus beneficios, es un ejemplo de lo que acabamos de decir. Despues de haber despreciado á los profetas, quitó la vida al rey de los profetas, al Hombre-Dios, al que tiene escrito en la orla de su vestidura *Rey de reyes y Señor de los que dominan*. En ese pueblo, depositario un dia de las más sublimes promesas, del que no se apartó por espacio de cuatro mil años la idea Mesianica, que demostró un valor que llegó al heroísmo, sosteniéndose á través de quince siglos contra los más poderosos imperios del mundo, encontramos una leccion sublime, digna de ser estudiada.

Mil ochocientos años hace que se encuentra diseminado por toda la tierra, sin tener existencia como nacion, y mezclado con los demás pueblos, en la vana expectacion de un acontecimiento, que no aciertan á comprender que se realizó hace cerca de diez y nueve siglos en un rincon de la Judea. No hay para que buscar el origen de las desgracias de ese pueblo, de sus continuas aflicciones, de ser objeto de ludibrio para los demás pueblos, de verle desheredado de su patria, y condenado á vivir sin templos, sin altares ni sacrificios en lugar propio. La razon salta á la vista: rechazó á Jesucristo que vino á ellos sin que ellos le reconociesen, se burló de sus grandes milagros y admirables prodigios, le persiguió sin tregua ni descanso; y por último, rechazando su enseñanza y doctrina, le quitó la vida en un patíbulo de afrenta. La sangre de Jesús, segun lo que ellos mismos pidieron, cayó sobre su cabeza y sobre la de sus hijos, que lle-

van impreso en su frente el sello de una reprobacion perpétua (1).

Fijemos ahora la atencion en la soberbia Roma, en la orgullosa capital de los emperadores, que por espacio de tantos siglos tuvo bajo su yugo á todos los pueblos del mundo, de los que podemos decir que se arrastraban al pié del Capitolio para servir de alfombra á los orgullosos Césares.

En la Disertacion sobre la primera edad de la Iglesia, hemos hablado de ese poder que parecia querer desafiar al mismo cielo, y lo hemos visto bambolearse y caer por el influjo de la doctrina del Evangelio que despreció y que se propuso ahogar en la sangre de sus profesores. Pues bien: ¿cómo es que cuando más enorgullecido estaba ese colosal imperio con sus triunfos, se vé de repente abatido y humillado, y precisamente cuando se jactaba de que habia terminado con la *supersticion* galilea como llamaba insensatamente á la religion católica? La Roma imperial habia llevado sus águilas desde el Eufrates hasta las columnas de Hércules, dominó en los mares, é hizo temblar á todos los reyes de la tierra: pero ese imperio que marchitó los laureles de Ciro, y eclipsó las glorias de Alejandro, tembló despues ante las huestes de Alarico y desapareció bajó los golpes de Totila que le exterminó para siempre. Su sentencia estaba firmada desde el instante en que el anciano pescador de Galilea, penetró por las puertas de Roma, pobre y desconocido,

(1) Et usque ad consumationem et finem perseverabit desolatio.
Dan. IX. 27.

para poner los cimientos dónde se habia de levantar magestuoso el gran edificio del que habian de brotar las luces destinadas á iluminar el mundo. Habíase Roma embriagado con la inocente sangre de los mártires de Jesús, en las cruelísimas persecuciones que duraron por espacio de tres siglos desde Neron hasta Dioclesiano y Maximiano, despreció la pura enseñanza de la Iglesia, y encadenó y mató á sus ministros, á sus vírgenes y á sus fieles hijos, y aquella Roma idólatra que quemaba incienso ante las estátuas de dioses que eran la apoteósis de todos los vicios, dejó de existir para que sobre sus ruinas se levantara la Roma cristiana.

¡Oh! ¡Qué poco fijan su consideracion en estos hechos los que viven indiferentes á la doctrina de la Iglesia, y los que por sistema atacan ó persiguen á esta fundacion divina que prevalecerá hasta el fin de las edades contra todo el poder, contra todas las asechanzas, contra todos los esfuerzos de los humanos, de esos hombres que pretendiendo ser reputados por sábios, tienen ojos y no vén!

Lo que hasta ahora hemos dicho, nos hace conocer la ruina de los pueblos que han rechazado la doctrina de Jesucristo. Veamos la de aquellos que habiéndola profesado la han abandonado, abrazando los errores.

Una mirada, por rápida que sea, hácia las regiones del Asia y del Africa, en las que la civilizacion llegó á un apojeo envidiable bajo la influencia del catolicismo, y hoy esclava del más bárbaro despotismo, es suficiente para que comprendamos que sufren el

castigo de su miserable apostasía. Se apartaron de la idea apostólica, á la que habian debido su civilizacion y sus luces; rechazaron á Jesucristo y susituyeron su culto con un culto estúpido, su doctrina civilizadora con las doctrinas del error, y hoy se ven envueltos en la más humillante degradacion y en la barbarie. Así se ven los pueblos dónde resplandecieron un dia las luces del grande Agustino, de ese astro refulgente del catolicismo.

¿Y Constantinopla? ¿Y esa gran ciudad fundada por el primer Emperador cristiano, por el grande Constantino? ¿Dónde está hoy su magnificencia? ¿Qué se ha hecho de aquel poderoso centro de saber y de la política? ¿Por qué causa se halla hoy dominada por la media luna y esclava de su ignorancia? Allí se levantaron altares al verdadero Dios, se ofrecian hostias pacíficas y se escuchaba con docilidad la doctrina salvadora, cuya observancia forma la felicidad de los pueblos. Pero llegó un dia en que prestó oido atento á las doctrinas del error; dejó que el arrianismo elevase su vuelo; vió el destierro de sus santos pastores y la ruina de sus santuarios, y no se levantó denodada á defender los derechos de Dios y de su Iglesia. Por esto empezó su decadencia y se preparó para su ruina; por esto fué poco á poco perdiendo su civilizacion y dejó de ser el centro del saber, para pasar á ser el centro de la ignorancia; dejó de ser el pueblo civilizado del Evangelio; para convertirse en el pueblo bárbaro del Corán. Allí no impera Jesucristo con la suavidad de su doctrina, porque se ha entregado

voluntariamente á Mahoma, y la luz y las tinieblas se rechazan mutuamente. Este es el porvenir de los pueblos que rechazan la doctrina de Jesucristo, substituyéndola por las doctrinas del error. ¡La ruina y la desolacion!

Pero un ejemplo de estas verdades tenemos bien cercano á nosotros. ¿Quién no está informado de la historia de Francia en los últimos años del pasado siglo? ¿Quién no ha leído esas páginas de sangre, que horrorizan? Esa funesta anarquía que paseó en triunfo á la prostitucion representada en una cortesana impura, que llegó á ser colocada sobre el ara sacrosanta, que hizo que el vicio fuese reputado como virtud, siendo esta escarnecida; que arrastró al cadalzo al mejor de los reyes; que causó millares de víctimas; que redujo á pavesas los más suntuosos templos, los palacios y los más célebres monumentos, que eran la gloria y encanto de naturales y extranjeros; que entronizó el más absurdo y cruel de todos los despotismos, que es el despotismo de las clases populares; todos esos desastres que causa horror el leerlos y contemplarlos, ¿quién los ocasionó? La ausencia de la doctrina salvadora del Crucificado. Y este abandono criminal lo expió aquella nacion, viendo autorizado el despojo, despreciada la garantía de la propiedad, hollado todo derecho y quedando impunes millares de asesinatos cometidos todos los dias y á todas las horas; y el desprecio á la religion llevó en pos de sí la ruina del comercio, la paralización de la industria, la persecucion de los hombres honrados, y la mise-

ria para todas las clases sociales, pues por una parte el metálico se evaporaba, y por otra la agricultura carecía de brazos. Tal es el estado á que llegó en los postreros años del siglo XVIII la patria de Clodoveo y de San Luis.

Si se desea buscar el origen de tales desastres, de tanta degradacion, de tal ruina, búsqüenla los lectores en las doctrinas disolventes de Voltaire, J. J. Rousseau, y de los demás filósofos de la época. ¿Quién ignora la impiedad que encerraban las doctrinas de estos hombres de tan triste recordacion? ¿Quién no sabe que el primero de los que hemos nombrado, llegó en su cinismo, en su impiedad, á llamar el infame á Jesucristo? Pues bien, porque aquel pueblo en su loco orgullo divinizó la razon, lanzando de su seno al Crucificado del Gólgota, porque quiso vivir sin Dios y sin religion, porque los poderes que rejian sus destinos nada hicieron por poner un dique al mal, la Francia se vió envuelta en los grandes males que acabamos de reseñar. Y todavía hay hombres enemigos de la sociedad que forman la apoteosis de aquellos filósofos que tanto daño causaron á la humanidad, y que los consideran como héroes dignos de la inmortalidad histórica.

Otro detalle. No hace aun muchos años, en los postreros del último imperio, se concedió licencia para que en la capital de la misma nacion, se erijiese una estatua al mismo filósofo que hemos dicho bautizó al Salvador con el dictado de el *infame*: pues bien, al poco tiempo se hundió el imperio, la anarquía

volvió á renacer en la capital de la vecina nacion, y frescos y en la memoria de todos se conservan los horrores de la *Commune*.

Los españoles tenemos tambien por desgracia ejemplos muy recientes del estado á que llegan los pueblos cuando se empeñan néciamente en abandonar la religion, en proclamar el imperio de la razon.

Involuntariamente nos hemos colocado en un terreno que más bien pertenece á otro lugar de esta obra: pero nos ha parecido oportuno y aun necesario colocarnos en él, despues de haber explicado con tantos detalles la triste historia de la herejía arriana. Completaremos, pues, el curso de nuestras reflexiones.

Achaque antiguo es en los pueblos, el mezclar la religion con los asuntos políticos, como si el culto de Dios se opusiese á ninguna forma de gobierno; como si no se pudiesen observar las leyes y disposiciones de los poderes supremos, cuando tienen por base la justicia al lado de la Iglesia.

Inicióse en nuestra pátria la revolucion, que hundió en el polvo el trono de San Fernando y la dinastía que le ocupaba, y con la revolucion vino el ataque á la religion, y celebró sus triunfos destruyendo templos, arruinando altares, dispersando las vírgenes del Señor y haciendo objeto de las iras populares á sus ministros.

No es tiempo aun de que la historia califique á los hombres que inauguraron el motin de Cádiz, ni de que se examinen sus luchas á la clara luz de la sana

crítica. Viven en su mayor parte, y las conveniencias sociales delienden nuestra pluma: pero ¿podremos echar un velo sobre acontecimientos de todos sabidos, y por los hombres sensatos lamentados? ¿No podremos consignar que la piqueta revolucionaria echó por tierra monumentos religiosos que eran á la vez ornato de las ciudades, y gloria de las artes? ¿No consta en la coleccion de disposiciones oficiales, que hasta llegó á prohibirse la enseñanza en las escuelas de toda religion positiva? ¿No hemos visto arrastrarse por el lodo cuánto de más sagrado venerábamos la inmensa mayoría de los españoles? En esta nacion que contaba por siglos su catolicismo, ¿no hemos visto, al ménos en algunas de sus capitales y pueblos más importantes, vedada la salida pública de Dios para visitar á los enfermos? Por temor á las masas populares alentadas por la impunidad, ¿no se ha visto el sacerdocio obligado á despojarse de sus vestiduras é insignias para presentarse al público? ¿No hemos visto profanadas imágenes las más veneradas de los pueblos? Y sin embargo, no se ha presentado entre nosotros ningun Pedro el hermitaño, que á la voz mágica de *Dios lo quiere*, se haya opuesto á tales desastres, y haya defendido los derechos de Dios y de su Iglesia. La indiferencia ha reinado en todas las clases que no han tomado parte en la desolacion.

¿Y preguntaremos aun cuál es la causa de los males que experimentamos, de la guerra civil que asola nuestros pueblos y aniquila nuestras fortunas, privando de brazos á la industria y á la agricultura; del

desprestigio de nuestro crédito y del mal estar que por do quier se experimenta? No hay para que hacerse ilusiones. La causa está en el apartamiento de la religion: la razon humana por sí sola, apartada de la revelacion, conduce al hombre á su perdicion y ruina.

Sobre si las modernas libertades han sido causa de los grandes males que lamenta la Iglesia, se han ocupado los génius más ilustres del presente siglo.

No resistimos á la tentacion de trasladar aquí dos páginas de varones tan reputados como nuestro malogrado Balmes, y el célebre P. Félix, de la Compañía de Jesús.

Empecemos por nuestro sabio compatriocio, que se expresa del modo que va á leerse:

«Por este espíritu de libertad que invade el mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un rio que se desborda, ¿hemos de temer que perezca la religion? N6. La alianza del altar y del trono absoluto, podia ser necesaria al trono, pero no lo era al altar. En los Estados-Unidos la religion progresa bajo las formas republicanas; en la Gran-Bretaña ha hecho increíbles adelantos á proporcion que se ha desenvuelto la libertad; y si bien es cierto que en otros países ha sufrido considerables quebrantos, no creemos que estos deban atribuirse todos á la ruina del trono absoluto. Durante los últimos sesenta años la religion ha sufrido mucho en Francia, pero es bien seguro que sus heridas estaban abiertas ántes, y esas heridas las habia recibido en tiempo de un gobierno absoluto:

la religion no tiene que lamentarse tanto ni de Luis Felipe ni de Napoleon, como de Luis XV, y de su favorita Madama Pompadour.

El espíritu de oposicion á la Santa Sede, ¿no fueron monarcas absolutos los que le fomentaron en la misma Italia? Los que tanto contristaron el corazon de Clemente XIII y de otros Papas, ¿de quién eran ministros sinó de príncipes absolutos en los reinos más poderosos de Europa? Pero han reconocido su error, se nos dirá : no se trata de eso, sinó de sus obras y de los resultados; como quiera, lo cierto es que sin esos tronos, que se creian omnipotentes, el altar se conserva. Una palabra del Sumo Pontífice todavía conmueve el mundo en ambos hemisferios; y el poder de Luis XV y de Carlos III se han hundido en América y Europa; despues de largas catástrofes en sus imperios y familias, sus coronas conservan apenas sombra de lo que fueron, y algunos de sus infortunados descendientes vagan abrumados de infortunio por tierra extranjera.

«Guardémonos de equiparar cosas tan diferentes : en la historia del mundo las formas absolutas ocupan unas breves páginas, la religion llena los fastos de los siglos. Los que temieran por la causa de la religion al ver que se han desplomado en unas partes y en otras bambolean las formas absolutas, habrian reflexionado bien poco sobre la enseñanza de la historia. ¿De qué tiempo datan esas formas, tales como las conocemos en Europa? Del siglo XVI. Llegan á su apogeo en el XVII, y empiezan á caer en el XVIII; estos

son los hechos. Por el contrario, la religion cristiana progresa bajo la espada de los emperadores gentiles ; se extiende entre las dificultades y hasta persecuciones que le suscitan algunos emperadores cristianos ; permanece en pié en el cataclismo de la invasion bárbara y sojuzga á los invasores por su ascendiente moral ; se conserva miéntras el feudalismo y las invasiones sarracenas destrazan la Europa ; sufre un quebranto con el protestantismo, pero en cambio se extiende por las Indias orientales y occidentales ; sale pura del crisol de la persecucion en la revolucion francesa, y al mismo tiempo se propaga en Inglaterra y en los Estados-Unidos á la sombra de la libertad.

«No se alcanza por qué se han de atribuir todos los males de la religion á las formas representativas; indudablemente se les pueden hacer en nuestra historia cargos muy graves, pero es preciso convenir en que muchas veces se les han achacado culpas que no habian cometido. Desde 1833, si el gobierno de Madrid hubiese sido absoluto, *salvas las demás condiciones*, quizás hubiera hecho más daño ; y es harto probable que en la cadena de providencias que empezó en la restriccion de las facultades de los Obispos para ordenar, y acababa en el proyecto de Alonso, se hubiera ido más allá. Aun últimamente, ¿hay alguno que hubiese deseado á ciertos hombres ministros de un rey absoluto, sin córtes ni prensa? Las complicaciones de los últimos tiempos ¿hubieran sido menos peligrosas bajo un ministerio de un rey absoluto?

«La acción de un gobierno no depende únicamente de las formas, sino del espíritu que á él preside: mientras la Inglaterra emancipa á los católicos, mientras las repúblicas de América piden misioneros, mientras los Estados-Unidos dejan en amplia libertad á los fieles, la Rusia comete aquellos atentados de que tan sentidamente se lamentó en una alocucion Gregorio XVI. La democracia es funesta cuando está falta de religion y de moral; pero es todavía más temible que la anarquía un monarca absoluto, cuyo gobierno adolezca del mismo vicio. La incredulidad sabe muy bien servir á los reyes absolutos y tomarlos por instrumento. Las formas nada le importan. Los incrédulos aplaudirán á la república como al despotismo: segun los casos y las circunstancias, emitirán su voto en la convencion ó en un consejo de regalistas; ensalzarán los derechos imprescriptibles del pueblo ó los del monarca, declamarán contra los tiranos ó contra los que quieran usurpar las prerrogativas de la majestad; se harán partidarios de la independencia de las naciones, ó se burlarán cínicamente de la muerte de un gran pueblo; llorarán sobre su tumba, ó insultarán su última agonía. ¡Cuánto no se lamentan ahora de la suerte de la Polonia los discípulos de Voltaire! Y sin embargo la historia nos dice que mientras Clemente XIII, en 30 de abril de 1769, escribia á Luis XV, á Carlos III y José II, exhortándolos á que salvaran la Polonia, Voltaire en sus cartas al Rey de Prusia y á la Emperatriz de Rusia, se mofaba de los males de aquel país, adulaba bajamente á los soberanos que se

proponian matar su nacionalidad, y lo que es más singular, cubria de befa y escarnio á los caballeros franceses que habian ido á pelear por la independencia polaca.

«En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion; todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas. La proteccion de los reyes absolutos le produce un bien, cual es el ampararla contra los perturbadores violentos; pero esa misma proteccion degenera en usurpaciones escandalosas; testigo el abuso que se ha hecho de las regalías. La tolerancia de las formas libres la daña con la licencia, que estravía las ideas y corrompe las costumbres; pero en cambio la deja más expedita en el ejercicio de sus funciones augustas: testigo la Bélgica, la Inglaterra y los Estados-Unidos, testigos esa misma Francia, dónde se halla solo en las formas libres la esperanza ya que no la realidad, de derribar un dia el monopolio universitario. Es preciso, pues, no ligar con demasiada intimidad unas cosas con otras, no apocarse el espíritu con ideas pusilánimes, y no lanzar un *ay!* de espanto á cada paredon que se desploma en los antiguos edificios del mundo político. Todo lo humano envejece; todo se reduce á polvo; los mismos cielos y la tierra pasarán; lo que no pasará es la palabra de Dios.

Por estas razones considero como una empresa, peligrosa sí, pero noble, digna de un alma grande, el hacer á su tiempo las debidas reformas, manifestando que no se teme el movimiento de la época, para atraer

á todos los espíritus nobles, persuadiéndoles que en la religion no hay nada que se oponga al buen orden en la administracion, al progreso material, al desarrollo de la inteligencia, al ejercicio de la libertad política; que entre las formas humanas que caducan y se arrumban, no debe ser contada la religion católica; y que ella con sus dogmas, su moral, su gerarquía, su autoridad puede permanecer ilesa en medio las vicisitudes de los imperios: que puede plantar la cruz sobre el palacio de los Césares como sobre las asambleas populares; que puede unjir á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, ó bendecir un camino de hierro; que puede ser heroica bajo la coraza de un cruzado ó la humilde toca de una hermana de la caridad; que puede defender á un Rey contra las huestes de Napoleon, ó la libertad republicana en las banderas del Sonderbund.»

Sobre el sistema de resistencia absoluta, se explica de este modo:

«La absoluta resistencia á toda idea de libertad, se podrá defender en teoría como el único medio de salvacion para las naciones; pero ello es que esta teoría se halla en contradiccion con los hechos. Empeñarse en que el sistema de Austria ó de Rusia es la sola esperanza de la sociedad, es desahuciar al género humano; porque el mundo no vá por el camino de Metternich ni de Nicolás. Echad la vista sobre el mapa; ved la extension que ocupan las naciones civilizadas, y notad lo que le queda á la política de una resistencia absoluta. No se trata de saber si hay en

esto un bien ó un mal, sinó lo que hay. La América entera ha abrazado los sistemas de libertad; en todo aquel inmenso continente, no hay mas que un solo monarca, y éste de poca importancia, y todavía con gobierno representativo: el Emperador del Brasil, el hijo de D. Pedro. Toda la América está cubierta de repúblicas. En Europa hay formas de libertad política, en Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda, Gran-Bretaña, Suecia, Suiza, en muchos puntos de la Confederacion Germánica, y se han empezado á ensayar en la misma Prusia. ¿A qué se reduce el dominio de las formas de absoluta resistencia? Esto en el espacio; ¿qué sucede en el tiempo? Ved qué formas habia en muchos de aquellos países ochenta años atrás, y notaréis la asombrosa rapidez con que las trasformaciones se han hecho: siendo el tiempo tan poco y el espacio recorrido tan grande, ¡Cuánta debe ser la velocidad del movimiento! Así, pues, no seria muy acertada la opinion de quien hiciera descansar el porvenir del mundo sobre la política de Metternich.

«No es así, nó, mil veces nó: hay algo en la marcha de los acontecimientos, que no cabe en moldes tan mezquinos; hay algo en la corriente de las ideas que pasa por entre las vallas de bayonetas; hay algo en la agitacion presente y en los secretos del porvenir que no se encierra en las carteras diplomáticas. Es preciso no contar demasiado con los medios represivos, porque la experiencia los muestra débiles: á ideas es necesario oponer ideas; á sentimientos, senti-

mientos; á espíritu público, espíritu público; á la abundancia de mal, abundancia de bien; á la constancia en disolver, constancia en unir; á tenacidad en trastornar, perseverancia en organizar. Lúchese en buen hora con las armas, cuando sea preciso; pero sin olvidar nunca la fuerza de la palabra y de la pluma; sin olvidar que los discursos y los escritos han trastornado más imperios que todos los ejércitos; que los estragos de la revolucion francesa fueron precedidos de las palabras de fuego de Rousseau y Voltaire; que los triunfos de Napoleon sobre las monarquías antiguas, fueron precedidos de la lógica de Sieyes y la elocuencia de Mirabeau.

«¡Pues qué! ¿No proceden con arreglo á esa política previsora los más adheridos á lo que habia de venerando y santo en la sociedad antigua? Su lenguaje político, ¿es acaso el de 1814 y 1823? La política del Conde de Montemolin, ¿es la política de D. Carlos? Los manifiestos del jóven principe, ¿son los manifiestos de Portugal en 1833, y de las provincias del Norte en los años posteriores? Los discursos del ilustre proscrito en los convites de Inglaterra, ¿contienen acaso el espíritu de la Gaceta de Oñate, y demás escritos de aquella época? Los partidarios del Duque de Burdeos en Francia, ¿hablan por ventura el lenguaje de Luis XIV, ni siquiera de Carlos X? El mismo D. Miguel de Portugal, ¿no usa un lenguaje diverso del de los tiempos de su reinado? ¿Qué significa ese homenaje tributado á la libertad, á las reformas, á la tolerancia, al progreso? Todos los que lo

hacen, ¿son débiles ó ciegos? Entónces, ¿dónde están los fuertes y que tienen vista? ¿Por qué no han salido á torcer la marcha del género humano? ¿Por qué no salen? ¿Por qué no han revelado, por qué no revelan al mundo sus secretos? ¿Por qué no le cubren con su égida? ¿Cómo es que en tantos países, tantos y tan poderosos intereses no han podido defenderse de esa invasion del espíritu moderno? Se dirá que porque no se ha sabido. Pero entónces, ¿qué pensaríamos de instituciones que han carecido de lo que más necesita toda institucion, que es un buen escudo? ¿qué de los hombres formados á su sombra, y encargados de su custodia y defensa? Grandes efectos suponen grandes causas; efectos universales requieren causas universales; cuando tantos tropiezan, fuertes obstáculos habrá; cuando tantos sucumben, récio será el golpe que sufren; cuando tanto son arrebataados, muy poderosa será la corriente.»

Despues de haber escuchado á Balmes, fijemos la atencion en el siguiente razonamiento del Padre Felix, discurriendo sobre el mismo tema.

«Antes de entrar en materia, tenemos que resolver una cuestion. ¿Es cierto que esta libertad constituye todo el porvenir del mundo nuevo? ¿No habrá siempre respecto de la Iglesia, ora algo de persecucion, ora parte de proteccion? ¿Todas las sociedades marchan en el dia de hecho y marcharán siempre hácia ese estado de neutralidad completa que dejará pasar á la Iglesia como una libre viajera al través de las anchas sendas de la independendencia y la libertad?»

«En cuanto á la primera cuestion, cada cual es libre, segun la claridad de su intuicion y la seguridad de sus presentimientos, de hacer oír aquí los vaticinios del filósofo y del hombre de Estado. Confieso por mi parte que no tengo sobre este punto ninguna vision cierta. Los gobiernos de lo porvenir ¿darán en todas partes la libertad en general y á la Iglesia en particular? Más de un signo de la época me autoriza á dudarlo y con toda sinceridad, lo dudo. Si los gobiernos no vuelven á ser católicos, confieso que temo que algun dia burlarán todos más ó ménos todas nuestras esperanzas de libertad... Veo en todas partes, y particularmente en Europa, un síntoma que me aterra para la libertad de la Iglesia. La centralizacion, á pesar de algunos altos ó algunas apariencias de retroceso, crece y avanza sin cesar, y su red va extendiéndose y enlazando cada vez más en las trabas administrativas los libres movimientos de la vida. Si esta tendencia continúa desenvolviéndose, un dia tal vez, los pueblos que creian nadar prósperos y alegres en las aguas profundas de la libertad, se sentirán cojidos como en una inmensa red y se despertarán exclamando: «¿En dónde están nuestras libertades?» No hago una profecía sino que espreso un temor. Confieso que no sé lo que harán respecto de la Iglesia los gobiernos del porvenir y las sociedades futuras. Las sociedades como los hombres son libres y harán lo que quieran: ignoro la parte de libertad que nos darán; creo que nadie en el mundo está en el caso de saberlo, y diré gustoso con un grande obispo: «No

se debe acusar inconsideradamente á lo pasado, pero tampoco se debe prejuzgar con ligereza lo porvenir.»

«Pero sea lo que quiera de la cuestion de hecho y de la fórmula doctrinal, si este estado de libertad profetizado por las nobles almas es verdaderamente nuestro porvenir, debo decir que este porvenir, léjos de aterrarnos, ha de suscitar nuestras esperanzas. Esperarlo todo y no temer nada, hé aquí nuestra actitud ante la nueva era de la libertad que anuncian y nos prometen siempre.

«¡Ah! por mi parte, lo confieso, cuando veo á la Iglesia obligada á vivir, aquí bajo un gobierno cismático, allí bajo un gobierno herético, allá bajo un gobierno escéptico, y cuando á testigos de las opiniones, sistemas y filosofías que dividen, fraccionan, subdividen y parecen querer pulverizar el mundo nuevo, oigo decir que la Iglesia Católica no tiene que esperar de los gobiernos de lo porvenir más que la égida del derecho comun y la libertad de todos, os repito que me anima la esperanza, y que, léjos de temer por mi Madre inmortal esta tercera prueba, *espero ante el cielo y la tierra la más magnífica demostracion de su divinidad.*

¿Por qué, señores? Porque entregada á sí propia, sin una espada para herirla y sin un escudo para defenderla, se verá más patentemente que su vida sale de las propias entrañas y que sus conquistas son hijas de sus propias obras. Entónces se demostrará más y más que la Iglesia Católica es en el mundo la religion sin igual, la religion que vive, la religion que

combate y triunfa por sí sola, la religion que procede de Dios, que es el mismo Dios en la humanidad haciendo brotar de todos modos en la atmósfera de la libertad las manifestaciones espontáneas de su divina energía.

«En efecto, en esas nuevas sendas por dónde andará por sí sola bajo el sol de la libertad, la Iglesia encontrará tambien *tres pruebas* que manifestarán tres veces la divinidad de su vida. Sentirá caer á un tiempo sobre ella la irradiacion de todas las ciencias, el fuego de todas las pasiones y el choque de todas las revoluciones, y para defenderse de estas tres cosas que más ó ménos irán á atacarla siempre en su libre atmósfera, estará sola, y sola tambien hará brillar mejor el triple milagro de su vida. La libre irradiacion de la ciencia manifestará todo su poder de vida y de fuerza intelectual, el fuego continuo de las pasiones manifestará todo su poder de vida y de fuerza moral, y el choque perpétuamente renovado de las revoluciones manifestará todo su poder de vida y conservacion social.

«La prueba de la discusion y la ciencia está ya hecha al menos en gran parte. La Iglesia no ha cesado un solo dia de sufrir sus ataques, pero puede decirse que Dios habia reservado para estos últimos tiempos la prueba decisiva y que reserva para lo porvenir una prueba más brillante aun. Un génio de primer orden ha dicho: «Ninguna religion, exceptuando una, puede sostener la prueba de la ciencia: la ciencia es como el ácido que disuelve todos los metales, á excep-

cion del oro.» Nuestros mismos enemigos habian adivinado que si la vida católica no se componia más que de elementos humanos, el progreso de la ciencia iba á pulverizarla, y este es el único punto en que el génio científico no ha engañado el golpe de vista de los sábios. Habia comprendido como De Maistre que si la vida de la Iglesia no era divina, seria disuelta por la ciencia humana, y esto es lo que le habia dado la esperanza de acabar con el cristianismo y con la Iglesia.

«Recordad, señores, aquella conspiracion que no ha tenido igual, que hizo oír en el siglo pasado este santo y seña infernal que resonó en toda Europa: *¡Aplastad, aplastad al infame!* ¿A quién creéis que convocaba este grito famoso? ¿Convocaba soldados ó verdugos? No, convocaba sábios. Al oír este grito, todos los hombres que aquella época habian dedicado su ciencia al génio del error y su corazon al génio del mal, se reunieron llevando en una mano la antorcha de la ciencia y en la otra la espada de la discusion; poetas, literatos, historiadores, filósofos, matemáticos, físicos, naturalistas, astrónomos y geólogos, todos se adivinaron desde todos los confines del mundo intelectual, literario y científico, y todos se dieron la cita de los ódios conjurados contra la Iglesia en el campo de batalla de la filosofía y de la ciencia. Se habian dicho, seguros de su victoria: «Ea, reunamos todos nuestros esfuerzos, formemos un foco inmenso con tantas luces dispersas, y que este foco penetrante irradie desde todas partes sobre el catoli-

cismo. La vieja religion vá á disolverse y de sus restos purificados y rejuvenecidos formaremos para el porvenir la nueva religion de las inteligencias emancipadas.»

«Y todos obedecieron al santo y seña, todos pusieron manos á la obra, y todos requirieron á la filosofía, á la historia, á la física, á la astronomía, á la fisiología ó á la geología un mentís contra la verdad, una profecía contra la vida y una maldicion contra la Iglesia.

«Pues bien, ¿qué fué de la vida católica bajo esta irradiacion de todas las luces unidas y condensadas por la ciencia? ¿Lo preguntais? Resistió ante este gran foco de ciencia encendido para disolverla y pulverizarla, resplandeció con más pureza su brillo velado en parte tal vez por el orin del tiempo, y desde entónces los sábios temerarios que se habian atrevido á someter la vida divina á la prueba de su ciencia humana, han visto sus filosofías y sus sistemas absurdos arrojados en monton en el horno encendido por ellos mismos para consumir la verdad y la vida de Dios, y la historia no ha recojido más que un poco de este polvo de doctrina que se lleva el viento como cualquiera otro polvo.

«Se habia querido ver y se vió; á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir, principiar de pronto como Balaan á glorificar y bendecir: se vió á la historia arrojar cada vez más la luz en los orígenes cristianos; se vió á la geología relatar la creacion de Moisés; se vió á

la cronología confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la lingüística, la fisiología y la etnografía atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre!... Y lo que hemos visto ya, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusion y bajo la libre irradiacion de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, dónde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impia: «No temais la discusion ni os dé miedo la ciencia; la discusion me consolida y la ciencia me demuestra, porque soy la verdad: *Ego sum veritas.*» No nos inquieten la nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia, si verdaderamente es la ciencia; habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con mayor esplendor en la luz científica.

«Y así como la prueba de las ciencias hará brillar mejor toda su verdad, la prueba de las pasiones hará brillar mejor toda su santidad. ¡La prueba de las pasiones! ¡Ah! nuestra vida militante la ha conocido siempre hace diez y ocho siglos. Por do quiera se han estremecido las pasiones delante de la Iglesia, pues es una necesidad del bien escitar los estremecimientos del mal. Pero debe esperarse que las pasiones humanas, al ver á esta hija del cielo andando á su lado por

las mismas sendas, sola, débil, desarmada y sin mas defensa que su propia enerjía, tendrán contra ella inauditas audacias, y si así puedo decirlo, insolencias indignas. Las pasiones son siempre las mismas, son cobardes: cuando ven detrás de una religion la mano de un potentado ó la punta de un acero, callan, como esos perros atrevidos que se retiran gruñendo bajo la amenaza del amo; pero cuando se presenta sola y desarmada, cubierta únicamente con esa comun garantía que no protege mas que contra las violencias materiales, nadie puede explicar los clamores, las calumnias, los insultos, las amenazas, los estremecimientos y algunas veces los alaridos que hacen oír las pasiones en torno de esa Iglesia que ningun escudo protege ni defiende ninguna espada. Este fuego universal y permanente de las pasiones humanas forma á la Iglesia una atmósfera tan abrasadora y le abre una senda tan escabrosa, que cualquiera religion humana sucumbiria en ellas muy pronto.

«Pero, señores, no solamente no sucumbirá en ellas la vida de la Iglesia, sino que afirmo que dará nuevas manifestaciones de su santidad divina. El reinado de la libertad creará el gran discernimiento; zanjará de una manera definitiva el partido del bien y el partido del mal. Por el único poder de su atraccion la Iglesia reunirá en torno suyo la aristocracia de las almas y lo mas selecto de la humanidad, y entonces dirá al mundo: «Atraigo todo lo que es bueno, y todo lo que es bueno me atrae; luego soy el bien, luego soy la santidad de Dios en la humanidad.»

«El estado de proteccion ofusca más ó ménos en la vida de la Iglesia el brillo de esta manifestacion. Cuando la religion tiene por apoyo oficial príncipes de la tierra y especialmente príncipes corrompidos, los malvados se acercan entonces fácilmente á la religion para alcanzar los favores, pues esperan manifestándose religiosos recojer una parte de los beneficios que el soberano deja caer sobre la misma religion. La devocion llega á ser una forma de su adulacion, y para hacer mejor la corte al príncipe afectan adorar su Dios. Entonces os cuesta trabajo distinguir por el valor moral los que tienen religion de los que no la tienen. Entonces es difícil decir: «Hé aquí los hombres de bien, hé aquí los virtuosos, hé aquí los santos.» *La misma Iglesia parece más ó ménos cómplice de las corrupciones de todos esos devotos equívocos y de todos esos adoradores parásitos que atrae hácia la religion protegida el cebo de los favores.* Pero ¿qué sucede cuando la religion se queda sin Príncipe, sin Rey y sin Emperador; cuando es la Iglesia tan solo y no puede dar á nadie ni un óbolo, ni un empleo ni una condecoracion? Sucede lo que debe suceder. El enjambre de adoradores hipócritas y de servidores interesados desaparece de pronto. Los malos obedecen su instinto, huyen de la Iglesia, porque no puede ya hacer su fortuna; se alejan del bien que nada tiene ya para darles; y así, siendo ellos el mal, se retiran hasta el otro polo del mundo moral, desde dónde principian á gritar á los cuatro vientos del cielo con todos los orgullosos, todos los concupiscentes, todos los volup-

tuosos, todos los corazones corrompidos y todas las almas perversas: ¡*Abajo la Iglesia!* ¡*Abajo la Iglesia!* lo cual quiere decir: ¡*Viva el mal y abajo el bien!*

«Y en tanto, todos los nobles corazones y todas las grandes almas, en una palabra, todos los hombres de bien experimentan sin apercibirse de ello una misma atraccion que les aproxima á la Iglesia. No se han puesto de acuerdo y se comprenden, y cuanto mas se acercan al corazon del catolicismo que los solicita y llama con sus divinas afinidades, tanto mas sienten crecer el movimiento que los atrae, así como los cuerpos se precipitan acercándose á su centro. Y cuando están allí, agrupados todos en torno del corazon de la Iglesia, ¡ah! experimentan entonces el gozo mas grato que puede sentirse en la tierra, la dicha de encontrarse en comunión eficaz con lo que hay de mas puro, mas generoso y mas santo en la humanidad. Y todos los corazones unidos en el bien cantan con unánime júbilo lo que cantan en este momento todos los nuestros: *Ecce quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum!*...

«De este modo, señores, el imperio de la verdadera libertad hará en la vida católica esta segunda manifestacion y hará brillar con mas esplendor la aureola de su santidad. El fuego de las pasiones creará el discernimiento del bien, así como la irradiacion de la ciencia formará el discernimiento de la verdad.

«Resta la tercera manifestacion no menos gloriosa que procederá del choque de las revoluciones. La

Iglesia, desprendida de los lazos que la ataban á las potestades, no será ya solidaria de sus culpas ni de sus caídas. En la continua agitacion que parece una necesidad de las sociedades bajo el régimen de la libertad militante, la Iglesia oirá el estruendo de los desplomes, verá el espectáculo de las ruinas, y con frecuencia mas de un escombros, rodando hasta ella, amenazará con hierirla, como hiera al viajero en el camino el fragmento de una piedra rota bajo el martillo destructor. Pero la Iglesia, para continuar en su integridad invulnerable, no tendrá que hacer entonces mas que apartarse para dejar correr la oleada de la revolucion que pasa y rodar los restos de las instituciones que se desmoronan. No habiendo pedido nada á las dinastías que se van y á los gobiernos que caen, se encontrará á sí propia, parecida á sí propia, al día siguiente lo mismo que en la víspera de la revolucion consumada, mas fuerte en medio de los desfallecimientos, mas grande alzándose sobre las ruinas y mas segura de su inmortal progreso al cruzar por entre todas las decadencias.

«La Iglesia conservará entonces su integridad y su permanencia divina, y en el día de las grandes inundaciones sociales y de los grandes cataclismos, se la verá otra vez quizás agitada y flotante sobre el abismo como un arca sobre las aguas del diluvio, pero arca impenetrable, guardando para las insurrecciones de lo porvenir á la humanidad escogida. Y á medida que los vientos se calmen y desaparezcan las aguas, se la encontrará en la tierra húmeda aun, como la

depositaria de la humanidad pasada, como la protectora de la humanidad presente y como la esperanza de la humanidad futura. Se la volverá á ver, en medio de las sociedades trastornadas y en ruinas, como el más profundo modelo de vida social que el cielo haya presentado jamás en la tierra, con su incomparable jerarquía y su inmortal constitucion, con la autoridad arriba, la obediencia abajo y el órden en todas partes, y dispuesta á trabajar con infatigable valor para volver á poner en pié las ruinas del mundo y hacer entrar á la humanidad purificada por sus desastres en la senda de un nuevo progreso.

«Así aparecerá la Iglesia al sol de las revoluciones futuras, como la más poderosa garantía de las sociedades, y tanto más capaz de salvarlas á todas en cuanto no se encadenará á ninguna, y que despues del paso de todos los diluvios, podrá presentar hasta aquellos que se hicieron sus enemigos el olivo de la paz y la mano de la fraternidad.

Hé aquí lo que esperamos del régimen de la libertad y la neutralidad, si lo que nos anuncian ha de ser realmente la verdadera neutralidad y la verdadera libertad: tres nuevas manifestaciones de la divinidad de nuestra vida; las ciencias demostrando cada vez más cuál es su verdad por medio de sus luces y sus progresos, las pasiones manifestando cada vez más cuál es su santidad con sus excesos y corrupciones, y las revoluciones patentizando cada vez más cuál es su órden y estabilidad con sus sacudimientos y desastres. ¡Grandes y luminosas perspectivas que me veo

obligado á cerrar demasiado pronto y que solo he podido indicar al paso y saludar desde léjos en mi rápida carrera!

«Y las mismas razones que nos inducen á esperar todo contribuyen tambien á que de nada tengamos miedo. ¿Y por qué habíamos de tener miedo á la libertad si lo que nos profetizan ha de ser verdaderamente libertad? ¿Qué puede hacer á nuestra vida católica el aire de la libertad? Señores, lo que hace á una planta donde abunda la savia un cielo despejado y una atmósfera libre, la floescencia y la expansion de la vida.

«Cesen de preparar nuestros funerales los profetas que anuncian nuestra ruina como más ó menos próxima; y al ver el mundo moderno gravitar hácia el astro deslumbrante de la libertad, en torno del cual hacen girar ya todas las sociedades de lo porvenir, no vengán más á preguntarnos con fingido terror y calculada ironía: ¿Pasará el catolicismo al través de la nueva era que se prepara? ¿Aceptará las condiciones que le impondrán en ese mundo nuevo cuyo gran sol será la libertad? Y si la acepta ¿soportará la accion de esa devoradora atmósfera? ¿Qué sucederá, en fin, si todos los poderosos de la tierra, retirándole su apoyo, le dejan pasar como á un estraño sin insulto pero sin defensa al través de todas sus repúblicas, sus reinos y sus imperios bajo la única salvaguardia de una comun libertad?» ¡Oh profetas, dejad, dejad á Dios que desde el fondo de su eternidad guie el tiempo y prepare el porvenir, el misterioso porvenir!

Pero si el tiempo y Dios trajeran en efecto en todas partes á la Iglesia católica esas nuevas condiciones, ¿creéis verdaderamente que nosotros, sus hijos, pensaríamos en abrir un sepulcro á nuestra Madre? ¿Creéis que os suplicaríamos que viniéseis á asistir á su postrera agonía y pronunciar su elogio fúnebre? No, mil veces no.

«¡Cómo! La Iglesia, que nada ama tanto como la libertad, la igualdad y la fraternidad, ¿había de tener miedo de esos bienes de que ella sola ha dotado á generaciones ingratas? ¿Creéis que no podría desplegarse en un cielo vasto y libre esa vida que no ha podido agotarse bajo la cuchilla de ninguna persecucion, esa vida que ha brotado al través de tantos obstáculos conjurados contra su vida indestructible? ¿Creéis que perecería infaliblemente en esa atmósfera que la hace florecer todos los dias en la Gran Bretaña, dónde cada grado ascendente de la libertad pública indica el creciente progreso de la vida católica, y en la vasta América, dónde cincuenta nuevas diócesis fundadas en ménos de cincuenta años, demuestran á los que saben ver y comprender cómo nos mata la libertad?

«¡Matarnos la libertad! ¡Ah! si así lo creéis en efecto, id, id á decir á todos los potentados que retiren de todas partes el acero que hiere y la mano que protege; que os tomen por testigos, y que juren ante el cielo y la tierra, que en adelante la libertad para todos no será ya una palabra sinó un hecho, y que no protegerán la verdad, pero que tampoco protegerán el

error. Que no tengan más una mano visiblemente extendida para defender la Iglesia, pero que tampoco tengan una mano extendida en la sombra para todos los que la atacan; que realicen, en fin, lo que han anunciado, pero con sinceridad absoluta y completa verdad; que dejen á nuestra Iglesia toda la libertad de su palabra, de su caridad, de su oracion, de su enseñanza y de su gobierno, y entónces los nuevos milagros de nuestra vitalidad os dirán patentemente por qué no tememos la libertad.

«¡Ah! señores, la prueba pública y solemne de que la verdadera libertad no matará al catolicismo, es que sus enemigos nada temen tanto como verle enteramente libre. ¿Acaso han hecho más que conspirar contra nuestra libertad hace tres siglos bajo disfraces más ó ménos hábiles? ¿No se ha agitado en todas direcciones el génio del error y del mal desde la gran rebelion contra la Iglesia para disputar al catolicismo la luz, el aire y el sol de la libertad? ¿No se ha visto en todas partes hace trescientos años, especialmente de un siglo á esta parte, á los sinceros enemigos de la Iglesia, tratar de forzar las manos á los reyes de la tierra, para obligarles á atar las suyas? Sí, los poderosos de este mundo creian prudente encadenar esas manos sagradas y protectoras que querian defender el órden defendiendo la libertad. Les dijeron que la Iglesia tenia celos de su poder, y ataban con no sé cuántas trabas á la cruz de su divino Maestro su mano derecha y su mano izquierda, y ella, con las dos manos clavadas, hacia aun lo que podia, y decia á

sus medrosos enemigos: «Si quereis saber lo que puedo aun para vencer el error y salvar la humanidad, quitadme estas ataduras y vereis!» Y sus enemigos decian: «¡Ah! si fueras libre, serias más fuerte que nosotros, y no lo serás.»

«Así se ha revelado el secreto de muchos corazones; el instinto de la fuerza y de la vitalidad que sentian agitarse en nosotros, era todo el misterio del miedo que les inspirábamos. Así han patentizado en la publicidad de la historia los reinos y las repúblicas, los principes y los pueblos con sus cortesanos, que despues de diez y ocho siglos de vida; esto es, de luchas y victorias, el catolicismo estaba en pié como un gigante á quien era forzoso atarle los brazos si se queria que la humanidad se soltase de sus manos, y que la libertad, la verdadera libertad, no era su terror, sinó el terror de sus enemigos.

«Nó, no tememos para la vida católica la prueba de la verdadera libertad. Tal vez es designio de Dios dar á su Iglesia con esta nueva prueba una suprema manifestacion de su fuerza y divinidad. Nosotros no llamamos, pero tampoco tememos esta prueba que es un secreto de Dios, esta prueba que unos llaman y otros temen. Venga, si el cielo nos la predestina; y cuando el mundo haya visto á la Iglesia católica sola y sin apoyo desarrollarse en la exuberancia y plenitud de su vida, cuando la hayan visto sin proteccion social ni cultivo humano, semejante á la palmera del desierto, desplegar bajo el cielo su más brillante y rica florescencia, entónces será forzoso reconocer

que esta vida no es de los hombres, sinó de Dios!»

De propósito hemos querido dar un lugar en nuestra obra á las páginas que acaban de leerse de dos grandes ingénios, de dos hombres que han llamado la atención del mundo, el primero por las grandes obras que produjera su pluma, y el segundo por sus admirables Conferencias, predicadas no hace muchos años en Nuestra Señora de París, traducidas despues en muchos idiomas, y leídas con placer por los hombres entendidos de toda la Europa. Pero creemos que si hoy peregrinasen aun por el mundo Balmes y el Padre Félix, hubiesen modificado sus ideas. Ambos como excelentes católicos, fueron respetuosísimos para con la Santa Sede: ambos veían en el anciano del Vaticano, en el sucesor de Pedro, el Doctor universal puesto por Dios en las alturas del Santuario para rejr y gobernar á ovejas y Pastores, para dirigir á los hombres por las vías de la salvacion. En todas las grandes cuestiones que dicen órden á la religion, nosotros profesamos la conocida máxima de una lumbrera de la Iglesia: *habló Roma, la causa es concluida*. Pues bien; Roma nos ha dicho á qué debemos atenernos con respecto al actual liberalismo, á ese liberalismo, patrocinado tercamente por la escuela llamada *católico-liberal*. Nosotros nos inclinamos respetuosos ante la sabiduría de esos hombres que han sabido llenar el mundo con su fama, pero respetamos más á San Jerónimo, á San Agustín, á Santo Tomás de Aquino, á esos grandes doctores de la Iglesia, y á la enseñanza que procede de la cátedra infalible de San Pedro.

Dice bien Balmes. «Por ese espíritu de libertad que invade el mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un río que se desborda, no hemos de temer que perezca la religion.» Digna es esta sentencia de que se escriba con letras de oro y sea presentada á los que creen, como creyeron Voltaire, Federico de Prusia y sus secuaces, que solo un poco de constancia bastaba para acabar de una vez y para siempre con la Iglesia de Jesucristo. Nó, las sangrientas persecuciones del imperio romano no hicieron otra cosa que robustecerla, é impotentes fueron para conmover sus cimientos los terribles ataques de las herejías, el ódio de grandes poderes de la tierra y los esfuerzos coaligados de los filósofos. No tememos que la religion perezca, porque la religion es hija del cielo y está sostenida por un poder superior á todos los esfuerzos de la tierra; no tememos porque está empeñada la palabra de Dios, y primero que esta palabra faltarán los cielos y la tierra.

Pero de esto, á amar, á patrocinar la mano que se extiende sobre la Iglesia, que la ataca, que la perjudica en sus derechos, que pretende cubrir con lodo su frente inmaculada, hay una distancia inmensa.

Ni porque de este modo nos expresamos se nos crea amantes de añejas ideas, reñidas con el adelanto de los tiempos; los siglos llevan su marcha y no está en la mano del hombre hacerlos retroceder. Si la civilizacion moderna la constituyen esos grandes adelantos que acortan las distancias y unen los pueblos, que nos hacen comunicar instantáneamente con nuestros her-

manos que viven en apartadas regiones y aun al otro lado de los mares; si el progreso del siglo XIX consiste en esos rápidos progresos hechos por las ciencias naturales; si lleva la instruccion y los adelantos á esa clase que llaman *desheredada* y que tiene un derecho igual al de las demás clases sociales para ser instruida y enseñada, nosotros exclamarémos, no sólo los labios, sinó con el corazon, con toda nuestra alma: ¡Viva la civilizacion! ¡Viva el progreso! Nosotros henchidos de placer nos arrojamus en los brazos de esa civilizacion y nos felicitamos de haber nacido en el siglo XIX, que es seguramente el siglo de los grandes acontecimientos. Empero, si la civilizacion ha de consistir en arrancar del fondo de los corazones todo sentimiento religioso; si la libertad no ha de consistir en dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que pertenece al César, si ha de proclamar el imperio de la razon sobre el imperio de la revelacion divina, si ha de sobreponer la materia al espíritu y ha de quebrantar el sentimiento de la conciencia humana, enseñando al hombre la máxima de *no hay mas allá despues de la muerte*, ó hace al hombre irresponsable de sus actos ó quiere asemejarle á la bestia, dándole por origen, no el soplo de la Divinidad sobre el barro amasado por las manos del Omnipotente, sinó ese animal cuadrúmano que llamamos mono, en este caso apreciando el don hermoso de la razon, esa preciosa aureola con la que Dios ha ornado nuestras sienas, no podremos menos de exclamar: «Atrás esa civilizacion, ese progreso, esa libertad que arrebatá todas nuestras espe-

ranzas, que hunde en el polvo toda nuestra gloria, que nos anonada y envilece!»

Nosotros hacemos una distincion entre la libertad, la verdadera libertad, y el liberalismo. En la verdadera acepcion de la primera palabra, somos amantes hasta el entusiasmo de la libertad, porque odiamos la tiranía. Jesucristo destruyó con su doctrina y enseñanza divinas las antiguas tiranías que deshonraban y envilecian á la humanidad. ¿Qué hombre dotado de recto criterio ha de amar el ser gobernado con centro de hierro? ¿Qué pueblo ha de suspirar porque sus destinos caigan en manos de déspotas intolerables? No somos hombres políticos, ni nuestra pluma se ha ocupado jamás de política, á ménos que una cuestion política no haya ido íntimamente enlazada con la cuestion religiosa, y en este caso nos encontramos ahora. Sabemos muy bien lo que Balmes quiso recordarnos; esto es, que la accion de un gobierno no depende únicamente de las formas sinó del espíritu que á él preside; y que la religion puede vivir con todas las formas de gobierno. No deshauciaremos nosotros al género humano, ni aumentaremos con nuestro nombre harto insignificante la lista de los que para salvar un pueblo se fijan en una personalidad. ¿Qué significa un nombre para la marcha de un pueblo? ¿Puede un hombre por sí solo, sin el auxilio de los demás ciudadanos sacar de su postracion á una nacion que sufre y que padece? Almas mezquinas son las que en tan débiles apoyos quieren fundar la grandeza ó la resurreccion de un pueblo.

Hemos sentado nuestra opinion particular sobre la libertad, que nadie como la Iglesia ha extendido por el mundo, protejiendo todas las grandes ideas, y procurando en todo el tiempo el desarrollo de las ciencias y de las artes que sólo al calor de la religion han podido llegar al grado altísimo en que hoy las contemplamos.

Pero, dispensemos nuestro malogrado compatriocio, y con él el P. Félix, y las otras eminencias de la escuela católico-liberal: el *liberalismo*, que no confundimos con la libertad de la que nos hemos ocupado, que dañifica continuamente á la Iglesia, que tiende especialmente á desvirtuar y á remover la saludable influencia que la Iglesia católica, por mandato de Jesucristo, debe libremente ejercer hasta la consumacion de los siglos, no puede en manera alguna ser disculpado. En este sentido, el Maestro y Doctor universal de la católica Iglesia Pio IX, ha condenado esta proposicion: «*El romano Pontifice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna* (1).» Estúdiense la historia moderna desde la revolucion de Francia á fines del siglo XVIII hasta el presente; vean cuáles han sido las relaciones entre la Iglesia y los Estados y cuáles vienen siendo, y se verá qué recto criterio ha dictado la bula *Quanta cura*, y el *Syllabus*. El que no está conmigo está contra Mí, ha dicho Jesucristo. Pues bien; con el Papa ó contra el Papa, con la Iglesia ó con el libe-

(1) *Syllabus*. Prop. LXXX.

CAPITULO VII.

Sucesion de Soberanos Pontífices. — San Márcos. — San Julio I. — Durante este pontificado muere el emperador Constantino. — San Liberio. — Orígen prodigioso de la basílica Liberiana. — San Felix II. — San Dámaso I. — Sus obras. — San Ciricio. — Orígen de la palabra Papa. — San Anastasio ? . — San Inocencio I. — San Zósimo. — San Bonifacio I.

Explicada la herejía arriana, cúmplenos ahora retroceder en nuestro relato de la Historia general de la Iglesia, y vamos á dar principio con la cronología de los Sumos Pontífices que ocuparon la cátedra de San Pedro durante la segunda época de la Iglesia, que comprende desde la paz de Constantino hasta el Pontificado de San Gregorio el Magno (1).

San Silvestre disfrutó de un dilatado Pontificado, pues que habiendo sido elejido el 31 de enero del año 314, murió en el Señor el 31 de diciembre del año

(1) Publicado el primer tomo de esta obra, algunos señores suscritores nos han manifestado la conveniencia de que al principio de cada época insertemos la cronología de los Sumos Pontífices que durante la misma gobernaron la Iglesia universal, cuyos capítulos unidos formarán una historia de los Papas dentro de la general de la Iglesia. Accedemos á estos deseos desde la segunda época. De los Pontífices de la primera época; esto es, desde San Pedro hasta San Silvestre, nos hemos ocupado en sus respectivos lugares.

de 335, habiendo por lo tanto gobernado la Iglesia veinte y un años y once meses.

Este es el único Pontífice exceptuando al Príncipe de los Apóstoles, en cuyo honor se haya celebrado fiesta de precepto, costumbre que prevaleció cinco siglos y medio, y que fué convertida en ley por Gregorio IX, en 1240, y abolida por Pio VI en 1798. San Silvestre, es el primer Papa que se ha representado coronado con la tiara. La que usaba el Santo fué llevada á Avignon, y trasladada luego á Roma, fué colocada en la Iglesia de los Santos Silvestre y Martino.

Entre las glorias de este Pontificado, se cuenta la de haber celebrado San Silvestre el primer concilio general en Nicea bajo la proteccion de Constantino, para condenar la herejía de Arrio, de la que tan extensamente nos hemos ocupado.

Sucedióle

SAN MÁRCOS, cuyo pontificado fué de muy breve duracion, pues no llegó á cumplir el año, y murió el día 7 de octubre de 336. Artaud de Montor, fundándose en la autoridad de Cesaroti, dice: «En los últimos años de su vida, tuvo este Pontífice el dolor de ver á Constantino, tan celoso defensor hasta entónces de la Iglesia, seducido por los sectarios de Arrio, y volvió á su gracia como un inocente calumniado; el Emperador, alucinado por la hipocresía y equívocas confesiones de aquel sofista, se disponia para hacerle rehabilitar en la Iglesia, cuando una muerte, que puede calificarse de prodigiosa, arrebató á Arrio en el momento en que entreveía ya su triunfo. Por des-

gracia, su muerte no abrió los ojos de Constantino, ni humilló tampoco el arrianismo.»

Por muerte de San Márcos fué elejido.

SAN JULIO I, en 337. Sus mayores trabajos consistieron en combatir por todos los medios posibles la persecucion suscitada por los arrianos contra San Atanasio, de cuyo asunto está ya suficientemente enterado el lector. Así, pues, por ser su contenido de mucha importancia histórica, nos concretamos á reproducir el siguiente razonamiento de Fleury, acerca de Constantino, que murió á principios del Pontificado de Julio I, despues de haber recibido el bautismo.

«El Emperador Constantino, dice, era entónces de edad de sesenta y cinco años (337) y habia gozado siempre de tan excelente salud que sin fatigas podia entregarse á todos los ejercicios militares. En aquel tiempo preparábase para la guerra contra los persas, disponiendo, entre otras cosas, que le siguieran cierto número de obispos, y que se construyera una tienda en forma de Iglesia portátil, ricamente adornada, para orar con ellos, y llegada la fiesta de Pascua, pasó la víspera, segun su costumbre, en oracion delante de los fieles. Constantino era siempre el primero en celebrar aquella solemnidad, y, para hacerla más pomposa, mandaba iluminar, durante la noche, no sólo las iglesias, sinó las calles de la ciudad de Constantinopla, encendiendo en ellas grandes cirios, ó mejor, columnas de cera y un sinnúmero de hachones.

Llegado el dia hacia grandes liberalidades al pueblo, á fin de imitar los beneficios del Salvador, y

habiendo celebrado, según su costumbre, la Pascua de aquel año (337), cayó enfermo y recurrió á los baños calientes de Constantinopla, y luego á los de Helenopolis, dónde pasó mucho tiempo en oracion en la iglesia de San Luciano, mártir. Entónces fué cuando conociendo que se hallaba próximo el término de su vida, resolvió recibir el bautismo, y, después de meditar en su conciencia sobre la necesidad de este sacramento y su maravillosa virtud, postróse en su oratorio, confesó sus pecados, y recibió la imposición de manos, ingresando entre los catecúmenos; desde allí hizose conducir á Achiron, cerca de Nicomedia, y habiendo mandado llamar á los obispos, les habló en los términos siguientes:

«Ha llegado el tiempo que tanto deseaba, el tiempo en que espero obtener de Dios la gracia de la salvacion y el signo santo que comunica la inmortalidad; habia pensado recibir el bautismo en el rio Jordan, dónde lo recibiera el Salvador para darnos el ejemplo; pero Dios, que sabe lo que puede sernos útil, quiere concederme aquí tan señalado favor; acordádmelo, pues, y si permite que pase aun algun tiempo en la tierra, estoy resuelto á mezclarme con todos los fieles en las asambleas de la Iglesia, y á prescribirme, para mi conducta futura, reglas que sean dignas de la santidad de Dios.»

En los primeros tiempos era una devocion ordinaria el hacerse bautizar en el Jordan, ó al ménos, bañarse en sus aguas, como lo practican todavía los peregrinos.

Luego que el Emperador hubo hablado del modo que hemos visto, Eusebio de Nicomedia y los obispos que le acompañaban, le dieron el bautismo y los demás sacramentos, y observando exactamente las acostumbradas ceremonias, despojáronle luego de la púrpura y cubriéronle de vestidos blancos, pero de una magnificencia arreglada á su dignidad; su lecho fué tambien cubierto de blanco, y elevando entónces la voz, dirigió una oracion á Dios para darle gracias por el beneficio que le habia dispensado, terminando con estas palabras: «Ahora soy verdaderamente feliz, y puedo creerme digno de la luz divina. ¡Cuán desgraciado es el que se halla privado de estos bienes!» Y como sus capitanes que habian penetrado en su estancia se afligian al ver que les dejaba y rogaban á Dios que prolongase su vida, contestóles conocer mejor que nadie los grandes bienes que acababa de recibir, y que no deseaba diferir el remontarse á Dios. Esto sucedia en la fiesta de Pentecostés.

En su testamento, Constantino confirmó la division del imperio que hiciera ántes entre sus tres hijos, y sus dos sobrinos, y mandó que se levantase el destierro á San Atanasio, á pesar de que Eusebio de Nicomedia trató de disuadirle de esta idea.

Ordenadas todas sus cosas, el Emperador Constantino murió el medio dia de la fiesta de Pentecostés, 20 de mayo del año 337, despues de reinar treinta y un años, siendo su reinado el más largo despues del de Augusto. Su cuerpo fué depositado en un ataud de oro y llevado á Constantinopla.

La memoria de Constantino es bendecida en la Iglesia por los grandes favores que la dispensó, protegiéndola con todo su poder y manifestando de repetidos modos su celo por la verdadera religion... Debe creerse que el bautismo borró todas las faltas de su vida, faltas graves en que incurrió aun despues de haberse declarado por la religion cristiana... El mismo Eusebio, gran admirador de este príncipe, reconoce que muchos romanos se quejaban de su estremada indulgencia, la que dió origen á dos grandes vicios, á la violencia de los que oprimian á los débiles para contentar su insaciable codicia, y á la hipocresía de los falsos cristianos, que ingresaban en la Iglesia para captarse el afecto del Emperador. Finalmente, para no engañarse, créase el mal que de este Emperador dice Eusebio y el bien que del mismo dice Zozimo.»

Murió San Julio I el 12 de abril de 352, habiendo gobernado la Iglesia quince años, dos meses y quince dias. Despues de una vacante de veinte y cinco dias, fué elejido

LIBERIO, que habia sido creado por San Silvestre cardenal diácono. Su eleccion se verificó en 8 de mayo de 352, y dicen algunos historiadores que una de las disposiciones de este Pontífice fué el suspender el curso de las causas durante los dias de ayuno, exhortando al propio tiempo á los fieles para que en la cuaresma no ejerciesen sus derechos contra sus deudores.

Hemos visto en la historia del arrianismo la energia de que estaba dotado este Pontífice, que supo re-

sistir á cuántas amenazas se le hicieron para que condenase á San Atanasio, por lo que fué conducido á Milan á presencia del Emperador. Por no repetirnos, no diremos más sobre este punto.

Se hizo célebre este Papa por el milagro de la nieve, que cayó milagrosamente en el Esquilino, el día 5 de agosto. Tuvo Liberio una vision al mismo tiempo que el patricio Juan, por la cual tuvieron conocimiento del lugar dónde la Santísima Virgen quiso que se le erijiese un templo en su honor. Liberio trazó los cimientos, sobre los cuáles le construyó Juan, y fué consagrado en 533, con el nombre de basílica Liberiana; despues se llamó Santa Maria la Mayor, para indicar que ocupa el primer lugar entre todas las iglesias dedicadas á la Virgen. El papa Liberio murió en 9 de setiembre de 366.

SAN FÉLIX II, cuyo pontificado empiezan algunos á contar en 359. Se cree que los arrianos le pusieron en la Silla despues del destierro de Liberio, haciendo las veces de Papa, pero que despues fué legitimamente confirmado. Ha habido cuestiones sobre la legitimidad de este Papa. Sucedióle

SAN DÁMASO, que fué el primer Papa español. Fué elegido el 15 de setiembre de 366, á la edad de sesenta y dos años. El historiador Artaud de Montor dedica al Pontífice San Dámaso el siguiente elogio:

«Admirable por su virtud, verdaderamente sabio en la ciencia de las Sagradas Escrituras, ilustre por sus escritos, célebre por la excelente y constante organizacion de los actos de su pontificado, con dispo-

siciones para el cultivo de la poesía, aunque no tan sobresaliente en este género de estudios, mereció que San Jerónimo, elogiando su continencia, le llamara : El Doctor virgen de una Iglesia virgen. Tolerante con toda suerte de injurias personales, San Dámaso jamás consintió que la Iglesia fuese injuriada, y con exquisito tacto supo distinguir perfectamente las ofensas dirigidas contra su persona, que siempre perdonó cuando no ofendían al dogma de que era representante.

«Las verdaderas obras del papa San Dámaso se imprimieron en París en 1672. Esta edicion en octavo francés va precedida de la vida del Pontífice, que se encuentra asimismo en la *Biblioteca de los Santos Padres*, y en las *Epístolas de los Romanos Pontífices*, por Constant. Otra edicion se habia hecho anteriormente por Federico Ubaldini, que la publicó en 1630. En 1638 salió otra edicion en Roma, y finalmente en el año 1754 publicó la suya el canónigo Antonio María Merenda. Muchos otros autores han hablado asimismo y examinado las obras de San Dámaso.

Este Pontífice y el emperador Teodosio son dos figuras nobilísimas que se destacan majestuosamente en el teatro de la Iglesia, y que honran á la España, su patria, á esta nacion venturosa que, como iremos viendo en el curso de esta obra, ha sido fecunda en todos los siglos en héroes que han causado la admiracion del mundo, y que ha excitado la envidia de las demás naciones. ¡Bendigamos á la Providencia, que de tal modo ha querido fecundizar esta tierra clásica del catolicismo!

El Concilio de Calcedonia llamó á este Papa ornamento y gloria de Roma, y como uno de los más bellos actos de su pontificado, se cita la amistad íntima que medió entre él y San Jerónimo. Con efecto, el hombre que se hace interpretar por otro hombre de un talento tan brillante, de una nombradía tan superior, da una admirable prueba de la modestia que le adorna; y á esta circunstancia debióse sin duda el grande ascendiente que por aquel entónces adquirió la influencia moral del Papado. Cuando un Jefe de la Religion tan grande por sí mismo, dotado de tan especial sabiduría y de las más excelentes cualidades literarias, llamó á su lado y en su ayuda al varon elocuente, enérgico, ardiente, de arrebatador estilo, pacífico, en todo erudito, al más eminente doctor de la Iglesia latina, dió una prueba de que queria ser doblemente grande por su ilimitada confianza en San Jerónimo, que tan digno era de ella (1).

Conociendo San Dámaso la sabiduría de San Jerónimo, le llamó á su lado para que le sirviese de secretario encargado de contestar las cartas que el Santo Pontífice recibia, ora de los concilios, ora de las iglesias. Gobernó la Iglesia este Pontífice diez y ocho años y unos dos meses, y murió en diciembre de 384, sucediéndole

SAN CIRICIO ó SIRICIO, romano, cardenal que era del orden de presbíteros del título de Santa Prudenciana *in pastore*, aunque otros quieren que fuese del orden

(1) Artaud de Montor t. 1. pag. 148.

de diáconos. Se asegura que este Papa fué el autor del *communicantes* de la misa.

Segun se lee en una obra (1) apreciable, San Ciricio fué el primero que se hizo dar el dictado de Papa.

Sobre el origen de la palabra Papa, hé aquí como se explica Novaes :

«Este nombre, dice, es derivado del título de *P. Ater*, *P. Atræ*: otros le hacen derivatorio de *P. Ater*, *P. Atrum*, ó de *P. Ater*, *P. Astórum*. Algunos son de opinion de que este nombre proviene de las letras iniciales, *Petri Apostoli Potestatem Accipiens*. Todas estas interpretaciones son aplicables á un nombre de suyo tan misterioso.

«Este calificativo fué en un principio aplicado á todos los sacerdotes, de dónde viene la costumbre de llamar *padres* á los sacerdotes regulares; más tarde fué exclusivo á los obispos; y Papebrock (*in conat. chrom-histor. ad Siricium*, p. 117, n. 9.) dice que San Siricio fué el primero que se hizo llamar *papa*, titulóndose así en muchas cartas que escribió á las provincias. San Leon Magno, electo en 440, siguió este ejemplo, y en su epístola 17 se intitula : «Leo papa universis per Siciliam constitutis, salutem.» A la conclusion del siglo IX este nombre era peculiar tan sólo de los Soberanos Pontífices de Roma. A fines del siglo X, lo usó Arnolfo, segundo, arzobispo de Milan, de lo cual se quejó en 998 Gregorio V, y en el concilio de Pavía (Muratori, *anales de Italia*, año 998),

(1) *Etimología en las palabras Papa y Pontífice*. Roma 1830.

decretó que Arnolfo debía desistir de su empeño de llamarse papa.

«También los cismáticos se dieron á sí mismos el nombre de papa, por lo cual Gregorio VII en el concilio de Roma, celebrado el año de 1076, ordenó bajo rigurosas penas que el título de papa fuera único en el mundo católico, prohibiendo á todos llevar este nombre, ó darle á otra persona (Baronio, Martirol, á 10 de enero y 25 de junio).

«Cenni escribió una disertación sobre la validez de este decreto de San Gregorio VII (tom. I de sus obras, pág. 152). Esta disertación está escrita en italiano, aunque su epígrafe es latino.»

Uno de los primeros cuidados de San Ciricio al ser elevado á la Santa Sede, fué el contestar á Himerio ó Llimerio, obispo de Tarragona, que tenia consultado á Roma sobre algunos puntos. La carta de San Ciricio es la primera de las más auténticas. Prohibió que fuesen ordenados los bigamos, y prescribió al mismo tiempo el celibato de los presbíteros y los diáconos. Antes de este Papa no habia ninguna ley eclesiástica que prescribiese el celibato, si bien algunos escritores afirman que era mirado como obligatorio, como decreto de ley divina, intimado por el apóstol. Despues de haber gobernado la Iglesia catorce años, murió en el de 398, á los 74 de su edad, siendo su sucesor.

SAN ANASTASIO I, romano, cuya elección se verificó á fines del año 398. Varon de *riquísima pobreza, y solitud apostólica* le llama San Jerónimo, y entre sus disposiciones se cuentan las siguientes:

Prohibió ordenar á todo el que tuviese de formidabilidad corporal.

Dispuso que los peregrinos no fueran admitidos á las órdenes sin una carta firmada de su obispo propio, de dónde tomarian su origen las letras llamadas dimisorias.

Que mientras el diácono léyese el Evangelio, los sacerdotes se levantasen é inclinasen la cabeza.

Defendió denodadamente á San Crisóstomo á quien querian despojar de su Sede de Constantinopla. Murió en el año 401 á los tres años y diez dias de su Pontificado.

SAN INOCENCIO I, elegido al terminarse el año 401. En 409 se trasladó á Rávena con el objeto de avistarse con el Emperador Honorio y obtener su confirmacion para la capitulacion terminada entre el Senado de Roma y el rey Alarico que sitiaba aquella ciudad, que saqueó al año siguiente. De regreso en Roma, sin haber obtenido lo que deseaba se dedicó á consolar á los romanos y á restaurar las iglesias y enriquecerlas en cuanto le fué posible. Combatió á los arrianos y condenó á los Donatistas.

Este Pontífice que estaba adornado de un talento superior y de una prudencia esquisita, tenia por máxima que no debia hacerse cambio alguno en el personal de los ministros de su antecesor. «Los recién venidos, decia, no hacen otra cosa que embrollar los negocios antes de enterarse de ellos.» Murió en 28 de julio del año 417.

SAN ZÓSIMO, griego, segun unos y natural de Ce-

sarea en Capadocia, y segun otros de la Calabria, fué elegido Pontífice en 19 de agosto de 417. Algunos autores le atribuyen la invencion del cirio pascual, de dónde se originaron los *agnus Dei* de cera bendita, pero esto es negado por otros escritores. Gobernó la Iglesia un año, nueve meses y nueve dias, y murió el 26 de diciembre de 418, siendo su sucesor

SAN BONIFACIO I, romano, elegido el dia siguiente de la muerte de su antecesor. Algunos diáconos y unos cuantos presbíteros apartándose del voto de la mayoría, elijieron á Eulalio que habia sido nombrado arcediano y cardenal por Inocencio I, pero intervino el Emperador y fué reconocido solemnemente Bonifacio, resultando de esta diferencia el que Honorio primeramente, y luego los reyes de Italia y otros interviniesen en las elecciones de los pontífices.

Entre las disposiciones de Bonifacio se cuenta la de que no fuese ordenado presbítero ningun clérigo menor de treinta años, como ya habia querido San Fabian, é introdujo el uso de cantar el jueves santo el himno *Gloria in excelsis Deo*. Despues de haber gobernado la Iglesia tres años, ocho meses y siete dias, murió en 422, y despues de una vacante de ocho dias fué elegido

SAN CELESTINO I, romano, diácono-cardenal, el cual en 431 hizo celebrar en Efeso el tercer concilio general contra Nestorio, asamblea importantísima de la que hablaremos á su tiempo. Gobernó la Iglesia cerca de diez años, y durante su Pontificado murió el P. San Agustin.

SAN SIXTO III, inmediato sucesor de San Celestino I, confirmó el concilio de Efeso, aprobado ya por su antecesor, y trabajó con celo incansable en la destrucción de la herejía pelagiana, así como en el restablecimiento de la paz entre Cirilo, obispo de Alejandría, y Juan, obispo de Antioquía.

Queriendo este Papa erigir un monumento en honor de la Santísima Virgen, por la victoria conseguida sobre la herejía de Nestorio, aumentó y renovó la preciosa basílica de Santa María la Mayor, enriqueciéndola con rentas considerables y preciosos dones. Murió en 28 de marzo de 440, después de haber gobernado la Iglesia por espacio de unos ocho años. Sucedióle

SAN LEON I, llamado el *Grande*, por su eminente sabiduría. Aseguran algunos autores que fué romano mientras otros le hacen toscano.

En 451 mandó celebrar el cuarto concilio general en Calcedonia. En este concilio fué condenado Dióscoro, obispo de Alejandría, así como Eutiques, archimandrita, ó abad general de un monasterio muy célebre de Constantinopla, en el cual sólo se reconocía una naturaleza en Jesucristo.

Las disposiciones de este Pontífice fueron todas de mucha importancia, contándose entre ellas la severa prohibición de la usura, tanto á los clérigos como á los legos, y de la confesión pública, no mandada nunca por la Iglesia. Al cánon de la misa añadió las palabras: *Sanctum sacrificium, immaculatam hostiam.*

En ocasión en que Genserico, rey de los vándalos,

avanzaba con su ejército hácia Roma, el papa Leon le salió al encuentro á seis millas de la ciudad, y si bien no pudo obtener el que la ciudad se librara, alcanzó al ménos que no se cometiesen hostilidades contra los que se hubiesen acogido á las basílicas de San Juan, San Pedro y San Pablo. La ciudad sufrió un saqueo de catorce dias. Hé aquí unas líneas que leemos en la *Historia de los Soberanos Pontífices* de Artaud de Montor: «Tritemo, en sus *Escritores eclesiásticos*. llama á San Leon el Tulio de las facultades eclesiásticas, el Homero de la teología sagrada, el Ariosto de las raznes de la fé, el Pedro de la autoridad apostólica, y el Pablo de la caridad cristiana. Por su parte, Inesnel, en una especie de dedicatoria, al frente de su edicion de todas las obras de este papa, llama á San Leon «hombre apostólico, lumbrera de la Iglesia, columna de la fé ortodoxa, intérprete de la voz de Pedro, defensor de los dogmas apostólicos, hombre que igualó á los apóstoles y que es igual á los ángeles.»

Por importantes vamos á continuar las noticias que nos da sobre San Leon, el citado historiador Artaud de Montor: «Este gran pontífice, dice, no fué tan solo un autor profundamente versado en las ciencias sagradas, sinó tambien muy hábil en las ciencias profanas, como prueban sus *cartas y sermones*. Se distingue por una doctrina justa y exacta, una gravedad y elocuencia poco comun, acompañadas de un estilo quizás incorrecto alguna vez, pero que, sin embargo, agrada y seduce por las imágenes de que está adornado. «Hé aquí como le juzga M. Receveur:

«Por más que los escritos de San Leon no estén exentos de algunos defectos, propios del mal gusto de su época, no por esto dejan de ser notables en extremo por la nobleza y elegancia del estilo, por la precision y claridad de las ideas, por la fuerza del raciocinio y los movimientos patéticos de una elocuencia brillante que seduce el espíritu y penetra los corazones.»

«Gobernó la Iglesia veinte y un años, un mes y cuatro dias, y falleció en 11 de abril de 461. Fué el primer Papa trasladado á San Pedro, pues sus predecesores habian sido sepultados en los subterráneos al lado del santo Apóstol, ó en el pórtico. Sus despojos han sido trasladados cuatro veces á cuatro distintos sitios de aquella basilica. La primera traslacion data del reinado de Sergio I, en 668. Este Pontífice los mandó trasladar del átrio de la antigua basilica al interior. Por los años de 1580, Gregorio XIII los hizo trasladar á la capilla, que en honor de este Santo, elevó en la actual basilica. La tercera traslacion fué dispuesta por Paulo V, en 1607. Habiendo sido encontrado en 26 de marzo el cuerpo casi entero (1) con las insignias pontificias y el pálio, Paulo mandó que tan preciosa reliquia fuese colocada el dia siguiente debajo del altar de la bienaventurada María *della Colonna*, dónde descansaban los cuerpos de los santos Leon II, Leon III y Leon IV. Finalmente, Clemente XI, en 1715, dejando á estos últimos debajo del altar, mandó que se exhumara el cuerpo de San Leon I

(1) Tenia ocho palmos de altura; el palmo romano representa unos veinte y dos centímetros.

el día 11 de abril, día de la fiesta del Santo, y le hizo trasladar con solemne pompa al altar de su nombre, levantado anteriormente por Inocencio X. En dicho altar se vé el célebre bajo relieve de Alejandro Algardi, que representa al Santo saliendo al encuentro de Atila. El escultor se ha guardado muy bien de olvidar la aparicion de San Pedro y San Pablo, que produce un admirable efecto en aquella dramática composicion. San Leon señala los dos apóstoles al rey Scita, y le amenaza con su cólera. Este bajo relieve, colocado entre dos columnas de granito oriental, resalta con imponente magestad. Es una de las mejores obras de escultura moderna. Benedicto XIV, que á la sazón no era más que promotor de la fé y canónigo de San Pedro, intervino en esta última traslacion, que se encuentra descrita en su obra de la canonizacion de los Santos, pág. 2, cap. XXIII, v. 7 y siguientes.

«Son tantos los autores que hablan de San Leon, que es cosa imposible citarlos todos: diremos, sin embargo, que la edicion de las obras de San Leon, publicada por Inesnel, contiene, segun algunos, muchos errores, y que debe otorgarse la mayor confianza á las ediciones dadas por Cacciari, del órden de carmelitas, Roma, 1751, en fól. y por los hermanos Pedro y Jerónimo Ballerini, sábios sacerdotes de Verona, Venecia, 1755. La biblioteca del *Gesu*, en Roma, contiene un manuscrito, intitulado: *S. Leonis I, vita compendium, editum ante ejusdem opera.*»

A tan gran pontifice sucedió en la silla de San Pedro.

SAN HILARIO, de Cagliari, en Cerdeña, diácono-cardenal y legado de San Leon en el concilio de Calcedonia. Fué creado en 12 de noviembre de 461.

«En el concilio romano, dice el historiador citado, celebrado el dia aniversario de su consagracion, 17 de noviembre de 465, entre otros decretos de disciplina elesiástica, dió uno en el que se especificaba que no fuese ordenado clérigo alguno que no hubiese cultivado las bellas letras; que ningun obispo fuese consagrado sin el consentimiento de su metropolitano, y finalmente, que ningun obispo elegido se escogiera sucesor, como hacian algunos. El primer concilio de Nicea habia decretado esta prohibicion: Este papa confirmó los concilios generales de Nicea, Efeso y Calcedonia y la célebre carta de san Leon á san Flavio, obispo de Constantinopla, llamada por san Gregorio *tomo y definicion*, carta en la que se examina y define toda la controversia acerca del misterio de la encarnacion, en la que se condenan los errores de Nestorio y de Eutiches, y se explica muy claramente la doctrina católica.»

Segun el testimonio de Bury, Hilario por el desprecio de las riquezas y lo grande de sus empresas, brilló entre los más sublimes pontífices.

Gobernó la Iglesia cerca de seis años, y murió en primero de setiembre de 467. Despues de una vacante de nueve dias, fué elejido

SAN SIMPLICIO, en 20 de setiembre del mismo año de 467. Al modo que sus santos predecesores San Leon y San Hilario, resistió con la mayor entereza á las sú-

plicas del emperador Leon, el cual rogaba al papa, acosado por Acacio, obispo de Constantinopla, que aprobara el cánon veinte y ocho del concilio de Calcedonia, en el cual se habia intentado conceder el primer lugar á la sede de Constantinopla despues de la de Roma, lo cual habia sido desaprobado por San Leon, que habia mandado cesar el cánon.

En 482, San Simplicio nombró primado en España al obispo de Sevilla (1). «Era esto, dice Artaud de Montor, una prerogativa personal puramente, que consistia en un poder otorgado por el papa para confiar á este obispo el cuidado de hacer observar los cánones. El primado de Sevilla duró hasta la celebracion del concilio de Toledo, que se celebró por los años de 681. Desde 482 á 681, el obispo de Sevilla no fué único en gozar de la preeminencia de vicario ó de legado de la Santa Sede, pues el papa Ormidas en el año 517, dió poderes semejantes á Juan, obispo de Tarragona.» Gobernó Simplicio la Iglesia por más de quince años, y murió en primero de marzo de 483, y despues de una vacante de siete dias, fué elejido

(1) En nuestra primitiva obra *Siglos del cristianismo*, al hablar de la primacia en España, abogamos por la Iglesia de Toledo, presentando documentos de gran valor histórico. Con este motivo recibimos algunas reclamaciones procedentes de eclesiásticos de la metropoli de Tarragona, quejándose de que no hubiésemos insertado los documentos en que aquella antiquísima Iglesia se apoya para titularse primada. Con tal motivo ofrecimos en uno de los apéndices tratar detenidamente esta cuestion en un folleto, lo que aun no hemos podido cumplir por impedirnoslo otras muchas ocupaciones. En su lugar respectivo cumpliremos en esta obra nuestro compromiso, con cuyo objeto hemos consultado á eminentes canonistas así de Toledo como de Tarragona, y venimos estudiando los documentos que se nos han facilitado.

SAN FELIX III, en 8 de marzo de 483.

Hé aquí lo que acerca de este Pontífice nos dice el citado historiador de los Papas :

«El año siguiente de su elevacion condenó y rechazó de la comunión católica y del episcopado, á Acacio, patriarca de Constantinopla, autor del primer cisma entre la iglesia griega y la latina que duró treinta y cinco años, hasta el pontífice Ormisdas, nombrado en 514. Acacio era tambien fautor infatigable de Pedro Mongus, obispo de Alejandría, y de Pedro el batanero, falso obispo de Antioquia, ambos condenados como herejes eutiquenos. La misma pena fulminóse por este papa contra Vital, obispo de *Trento*, ciudad de Piceno, hoy reducida á un escaso número de casas, y contra Miseno, obispo de Enmas, porque habiendo sido enviados como legados á Constantinopla para los negocios de Oriente, se habian dejado intimidar por las amenazas de Zenon y de Acacio, y habian hecho traicion al divino ministerio que se les confiára.

«Félix reprobó el *Henóstico*, esto es, el *edicto de pacificación*, que tenia por objeto en apariencia establecer la unidad, pero que en realidad, encerraba un lazo tendido por los ministros del Emperador Zenon. Tratóbase de conciliar á los católicos y á los eutiquenos; Acacio por medio de las más viles adulaciones esforzábase en persuadir á este príncipe de que podia decidir cuestiones de fé. Con este motivo el Emperador habia dado este edicto llamado tambien *unitivo*. Recta parecia la intencion y el decreto, en apariencia, no contenia cosa que no fuese abiertamente católica;

pero Félix, que estaba dotado de un esquisito discernimiento, observó que en el *Henóstico* había omisiones que podían parecer inocentes á espíritus poco cautos, y entónces la sagacidad del pontífice las reconoció como maliciosas, tendiendo solamente á establecer una apariencia de reconciliacion política y á confundir los fieles con los falsos creyentes.

«Veamos como Acacio tuvo conocimiento de la excomunion fulminada contra él por Félix. Era necesario hacer publicar este anatema en la misma Constantinopla en medio de la gloria y poderio de Acacio; y un domingo, miéntras se dirijia solemnemente á la iglesia, unos monjes acemetes le prendieron en la capa episcopal la excomunion enviada por Félix. Esos valientes monjes pagaron su audacia con la vida, pues fueron inmediatamente condenados á muerte.

«No se contentaba Félix con cuidar de los intereses de la Iglesia de Constantinopla, pues no perdía de vista los de la Iglesia africana. Escribió al Emperador para que interviniera cerca de Unerico, rey de los vándalos, y le dispusiese á no ejercer crueldades contra los padres africanos. Fué el primer papa que dió á los Emperadores el nombre de *hijo*. Una de sus cartas á Zenon empieza así: *Gloriosissimo et serenissimo filio Zenoni Augusto, Felix, episcopus in Domino, salutem*. El papa Anastasio II imitó este ejemplo al escribir al Emperador Anastasio. Gobernó la Iglesia ocho años, once meses y diez y siete dias; murió en 28 de febrero de 492, y fué enterrado en san Pablo estramuros. La vacante de la santa sede duró cuatro dias.»

Sucesor de San Félix III, fué San Gelasio, elevado á la silla de San Pedro el 2 de marzo de 492. En un concilio celebrado en Roma en 494, declaró cuáles eran los libros sagrados de uno y otro testamento, é hizo distincion entre los libros de los Santos Padres que eran reconocidos por la Iglesia, y los apócrifos, y mandó venerar como Santos los cuatro concilios generales de Nicea, Constantinopla, Efeso y el de Calcedonia.

Aun se conservaban en Roma algunas costumbres que recordaban los tiempos del paganismo. San Gelasio concluyó con las lupercales, en las que algunos hombres desnudos recorrían la ciudad azotando con pieles de cabra á mujeres estériles, con lo cual los paganos creían conseguir que las esposas fuesen fecundas.

Este papa murió en 21 de noviembre de 496, después de haber gobernado la Iglesia cuatro años, ocho meses y diez y nueve días.

Continuaremos en el capítulo siguiente la série de los otros Pontífices que ocuparon la silla de San Pedro, hasta San Gregorio el Magno.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

LIBRO PRIMERO

	<u>Páginas.</u>
CAP. XIV.—San Dionisio, papa. — S. Dionisio de Alejandría. — Muerte de S. Cipriano.— Mártires de la masa blanca.— Persecucion de las Galias. — S. Montano y sus compañeros. — El santo niño Cirilo.—Diversos mártires.—La Iglesia entra en un período de paz.— Muerte de Valeriano. — S. Marin, mártir.— Desastrosa fin de la raza de Valeriano. — S. Félix I, sucede á San Dionisio, en la Silla apostólica. — Pedro de Somosata. — Su condenacion. — Aureliano emperador.	5
CAP. XV.—Novena persecucion.— Fué brevísima.— San Mames ó Mamente. — Martirio de San Felix I, papa. — San Eutiquiano. — Los santos Claudio, Artenio, Neon, Domnina y Teonila. — Comon. — Aureliano es asesinado. — Probo, emperador. — Heregia de Manés. — El maniquesimo. — San Cayo, papa. — Sabacio. — Cayo, emperador. — Reflexiones. — La legion Tebana. — San Marcelino, papa. — Falsedad de su caída. . . .	22
CAP. XVI.—Gran número de Mártires en España.— Testimonio de Tertuliano y de Arnobio. — San Magin. — San Fructuoso, obispo de Tarragona y sus diáconos Augurio y Eulogio.— Apostasia de los obispos Marcial y Basilides. — Felix de Tarragona. — Falsificación de actas en España. — Obras de San Cipriano. — Diversos escritores eclesiásticos.. . . .	43
CAP. XVII.—Reflexiones preliminares al triunfo de la Iglesia católica. — Carácter de Diocesiano y Maximiano.— Tiburcio, mártir. — Crueldad de los edictos. — S. Vicente, Diácono. — Santos Justo y Pastor. — San Servando y San German. — Mártires en diversos puntos. — Santa Eulalia de Barcelona. . . .	52

- CAP. XVIII.—Concilio de Elvira.— Que sedes episcopales existian en España. — Explicacion de varios cánones del Concilio.—Si se celebraron antes del de Elvira algunos otros concilios. — Se explica la disciplina antigua y moderna sobre los Metropolitanos. — Metrópolis y obispados sufragáneos que existen hoy en España en virtud del último concordato. . . . 84
- CAP. XIX.—Empieza la persecucion mas terrible y mas gloriosa para la Iglesia, que es la décima, suscitada por Dioclesiano y Maximiliano. — Es destruida la Iglesia de Nicomedia.— Cruelles edictos que se publican en diez años.—Su ejecucion empieza por uno que arranca el primer cartel.—Siguió por los domésticos de Dioclesiano. — Y por todos los fieles de Nicomedia. — Castigo de los perseguidores. — Abdicacion de Dioclesiano y Maximiliano. — Galerio y Constancio Cloro. — Constantino. — Sucesion de Soberanos Pontífices.— San Silvestre. . . . 99
- CAP. XX.—Reflexiones sobre el triunfo de la Religion cristiana. — Aparece la Cruz á Constantino.— Es visitado por Jesucristo. — Derrota y muerte de Magencio. — Júbilo con que es recibido Constantino en Roma.— Licinio y sus tropas imploran al Dios santo.— Fin de Maximino. — Edicto de Constantino y Licinio. — Rómese la paz entre los dos emperadores. — Derrota de Sicinio. — Constantino queda por único emperador. — Su bautismo. — Santa Elena. — Hallazgo de la Santa Cruz, y del sepulcro del Salvador. 119

LIBRO SEGUNDO.

- CAP. I.—Eusebio.— Refuta el paganismo.— Demuestra la excelencia de la doctrina de los hebreos. — Hace ver que los cristianos no deben observar las ceremonias judáicas. — No debe confundirse á Eusebio de Cesarea con otros cuatro obispos del mismo nombre y de la misma época. — Otras obras escritas por Eusebio.— Generosidad de Constantino.— Justicia de sus leyes. — Son dirigidas, unas contra los ídolos, y otras á favor de la Iglesia. — Cumple con la de santificar las fiestas. — Muerto Licinio protege la Iglesia oriental. — Llama á los gentiles á la fé por medio de un edicto. — Prohibe con severidad los ídolos. 168
- CAP. II.—Principios de la herejía de Arrio.— En qué consiste el arrianismo. — Circunstancias que concurrían en el herege. — Concilio reunido por San Alejandro de Alejandría. — Carta sinodal que aquel santo Prelado dirige á todos los obispos.

— Segundo y mas numeroso concilio. — Arrio se retira á la Palestina. — Desde alli pasa á Nicomedia. — Canciones del *Thalia*. — Escribe Constantino á S. Alejandro y á Arrio. — Osio, obispo de Córdoba en España. — Se determina celebrar un concilio general en Nicea. — Persecucion contra S. Atanasio—Idem contra S. Eustacio.— Otros sucesos concernientes al arrianismo. 190

CAP. III.—Padecimientos de la Iglesia en Constantinopla causados por los arrianos. — Pablo patriarca de aquella Iglesia. — Se excusan los hereges de acudir á Roma. — Queda San Atanasio plenamente justificado en concilio tenido por el papa Julio.—Los eusebianos mudan su confesion de fé.—Son condenados en Sardica y se juntan en Filipópolis. — Concilio de Milan. — Apodéranse los arrianos de la Iglesia de Antioquia. Constancio escribe á San Atanasio para que vuelva á su Iglesia. — Gozo del pueblo al recibirle. — Condenacion de Fotino. — Renuevan la persecucion los arrianos. — Nueva acusacion contra San Atanasio.— Su condenacion en Arlés.—Escribe el santo su Apología. — El papa Liberio le defiende y el emperador Constancio le hace condenar á Milan. — Su destierro. — Notable carta de Osio. 218

CAP. IV.—Martirios en Alejandria.—Persecucion en el Egipto y la Libia. — Retiro de San Atanasio en los desiertos de Egipto. — Escribe al emperador Constancio. — Crueldad de la persecucion en Constantinopla. — Mudanza de Osio. — Vuelve á su primitiva firmeza. — ¿Cayó Liberio? — Ocupacion de San Atanasio é Hilario en el desierto — Semi-arrianos. — Concilio de Rimini. — Adopta una mala fórmula. — Triunfo de los semi-arrianos en el concilio de Seleucia. — Otro concilio en Constantinopla. — Escribe San Atanasio un tratado sobre los concilios de Rimini y de Seleucia. — Nueva division de los arrianos en el conciliábulo de Constantinopla. — San Melecio de Antioquia defiende la fé pura. — Con la muerte de Constancio cesa la persecucion. — Renacimiento de la paz durante el imperio de Joviniano. 228

CAP. V.—Motivos que contribuyeron á que cesara la persecucion. — Perfecta paz que se disfrutó durante el corto imperio de Joviano. — Renuévase la persecucion en Occidente. — Valente persigue á todos los que no son arrianos puros. — Conversion de muchos semi-arrianos. — San Atanasio vuelve á ser perseguido. — El obispo católico de los Scitas. — Martirio de ochenta clérigos de Constantinopla. — Trabajos de San Dáma-

- so contra la herejía. — Afraates. — Fé del pueblo en Edesa. — San Eulogio. — Muerte de San Atanasio. — San Basilio se defiende de los hereges. — Confunde á Modesto y asombra á Valente. — Trabajos del Santo en favor de la fé. — Destierro de San Eusebio de Samosata. — Persecucion de varias iglesias. — Cesa la persecucion. — El arrianismo vá perdiendo su fuerza en el Oriente. — S. Gregorio Nacianceno en Constantinopla. 260
- CAP. VI.—Máximo el cinico. — Teodosio dá á San Gregorio las iglesias á los arrianos. — Condenacion de los Macedonianos en Constantinopla. — Idem. de los arrianos en Aquileya. — Admirable firmeza de San Ambrosio. — Permiso que alcanzan los arrianos para juntarse. — Impide el pueblo que se prenda á San Ambrosio. — De que manera el Señor restituye la paz. — En Oriente pierde su fuerza el arrianismo. — En el Occidente triunfa con los bárbaros. — Las iglesias de Africa son arruinadas. — Martirio de algunos españoles. — Otros mártires. — Alternativas de la persecucion. — San Eusebio de Cartago cura á un ciego. — Gran número de mártires en diversos puntos. — En Cartago se empeñan los herejes en rebautizar á los católicos. — Tras una breve paz vuelve la persecucion. — Elocuencias de San Fulgencio. — Agonía y muerte de la funesta herejía arriana. — Reflexiones. 290
- CAP. VII.—Sucesion de Soberanos Pontífices. — San Márcos. — San Julio I. — Durante este pontificado muere el emperador Constantino. — San Liberio. — Origen prodigioso de la basilica Liberiana. — San Felix II. — San Dámaso I. — Sus obras. — San Ciricio. — Origen de la palabra Papa. — San Anastasio I. — San Inocencio I. — San Zósimo. — San Bonifacio I. 374

ADVERTENCIA.

Vencidas las dificultades que á causa de la guerra del Norte se presentaban para podernos proveer de papel, lo que ha motivado el retardo en la publicacion de este segundo tomo, en adelante seguirá publicándose uno cada mes sin nuevas interrupciones.

La empresa editorial dá las gracias á los señores suscritores por la bondad que han manifestado, en esperar más tiempo del que hubiésemos deseado.

